ANA JULIA DARNET DE FERREYRA

ACERVO LITERARIO

EDITORIAL ESTRADA

ACERVO LITERARIO

ANA JULIA DARNET DE FERREYRA

Profesora de Castellano y Literatura que fué en la Escuela Normal de Profesoras Nº 1 "Roque Sáenz Peña", en la escuela Normal de Maestras Nº 6 "Vicente López y Planes" y en el Colegio Nacional Nº 2 "Domingo Faustino Sarmiento". Profesora de Castellano y Literatura, por concurso, en la Escuela Superior de Comercio "Carlos Pellegrini", de la Universidad de Buenos Aires.

ACERVO LITERARIO

SELECCIÓN DE LECTURAS, PRECEDIDAS DE LA PERTINENTE NOTICIA BIOGRÁFICA, PARA LOS CURSOS DE PRIMERO Y SEGUNDO AÑOS DE LA ENSEÑANZA MEDIA

Retratos de **EMILIA BERTOLÉ**

PRIMERA EDICIÓN

ANGEL ESTRADA & Cía. S. A. - EDITORES
BOLÍVAR 466 — 1940 — BUENOS AIRES

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

Régimen Legal de la Propiedad Intelectual. Ley 11.723.

A mis alumnos de la Escuela Superior de Comercio "Carlos Pellegrini", de esa casa querida en la que me inicié en la enseñanza de la lengua noble, rica y hermosa, entre las más hermosas, ricas y nobles.

Ut desint vires, tamen laudanda est voluntas.
VIRGILIO.

DOS PALABRAS

Este libro desarrolla el programa de lectura vigente en la Escuela Superior de Comercio "Carlos Pellegrini", de la Universidad de Buenos Aires, para los cursos de Primero y Segundo Años.

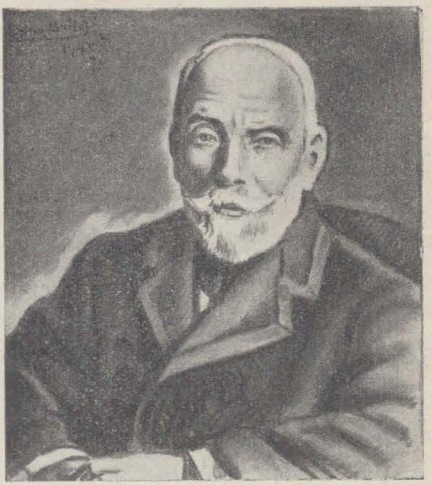
Ahora bien, tal programa, ecléctico y atrayente, es en extremo adecuado, por la naturaleza de su contenido, a la mentalidad del alumno que se inicia en la enseñanza media, sea el que fuere el tipo de escuela: Colegio Nacional, Liceo de Señoritas, Escuela Normal, Escuela de Comercio.

Creo, por ello, que en ACERVO LITERARIO *hallará el profesor de tales cursos, auxiliar valioso para su enseñanza.*

Si así fuere, quedaría generosamente recompensado el esfuerzo que su preparación me ha exigido.

PRIMERA PARTE

BIBLIOTECA NACIONAL DE MAESTROS



ARMANDO PALACIO VALDÉS

Armando Palacio Valdés, el novelista español que más popularidad ha alcanzado fuera de su patria, nació en Entralgo, provincia de Asturias, en el año 1853.

Luego de cursar la carrera de leyes, dedicóse a la economía política, que muy luego dejó por la literatura. Habiéndose iniciado en ella con una serie de semblanzas humorísticas de escritores y oradores españoles, que apareció en la *"Revista Europea"*, por él dirigida, dióse luego a la crítica, género en el que produjo estudios serios y profundos, revestidos de fino humorismo.

Hacia 1881 tentó Palacio Valdés la novela, que había de ser su género definitivo, con *"El señorito Octavio"*, al que siguieron *"El idilio de un enfermo"*, *"Marta y María"*, *"Aguas fuertes"* y *"José"*, novela ésta de costumbres marítimas, que le coloca a la altura de Pereda, a quien, digámoslo de paso, sucedió en 1906 como académico de la lengua.

"Riverita" y *"Maximina"*, *"El cuarto poder"*, *"La Hermana San Sulpicio"*, por muchos considerada la más perfecta de las novelas de Palacio Valdés, *"Las majas de Cádiz"*,

"La alegría del capitán Ribot", *"La novela de un novelista"*, *"Papeles del doctor Angélico"*, *"Años de juventud del doctor Angélico"*, son los títulos de las más difundidas de sus novelas, a través de las cuales puede seguirse la evolución ideológica del autor que, fino humorista algunas veces, es fuertemente realista otras, sentimental aquí, autobiográfico sincero allá.

A su pluma débense también algunos preciosos cuentos: *"Polifemo"*, *"¡Solo!"*, *"A cara o cruz"*, etc., y apasionadas crónicas de la guerra que en 1914 asoló Europa, reunidas bajo el título de *"La guerra injusta"*.

Armando Palacio Valdés, cuyo credo estético afirma que no hay hermosura sino dentro de la naturaleza y que, en consecuencia, aconsejaba al artista no apartarse de ella y olvidar que antes de él ha habido artistas y escuelas, ha enriquecido la novela hispánica con obras que le han conquistado un lugar de predilección entre los novelistas, no sólo de su tierra, mas del mundo entero, por donde sus novelas se han desparramado en numerosas traducciones.

POLIFEMO

El coronel Toledano, por mal nombre Polifemo, era un hombre feroz, que gastaba levita larga, pantalón de cuadros y sombrero de copa de alas anchurosas, reviradas. Estatura gigantesca, paso rígido, imponente, enormes bigotes blancos, voz de trueno y corazón de bronce. Pero aun más que esto, infundía pavor y grima la mirada torva, sedienta de sangre, de su ojo único. El Coronel era tuerto. En la guerra de África había dado muerte a muchísimos moros, y se había gozado en arrancarles las entrañas aun palpitantes. Esto creíamos al menos ciegamente todos los chicos que al salir de la escuela

íbamos a jugar al parque de San Francisco, en la muy noble y heroica ciudad de Oviedo.

Por allí paseaba también metódicamente, los días claros, de doce a dos de la tarde, el implacable guerrero. Desde muy lejos columbrábamos entre los árboles su arrogante figura, que infundía espanto en nuestros infantiles corazones; y cuando no, escuchábamos su voz fragosa, resonando entre el follaje como un torrente que se despeña.

El Coronel era sordo también, y no podía hablar sino a gritos.

—Voy a comunicarle a usted un secreto — decía a cualquiera que le acompañase en el paseo —. Mi sobrina Jacinta no quiere casarse con el chico de Navarrete.

Y de este secreto se enteraban cuantos se hallasen a doscientos pasos en redondo.

Paseaba generalmente solo; pero cuando algún amigo se acercaba, hallábalo propicio. Quizá aceptase de buen grado la compañía por tener ocasión de abrir el odre donde guardaba aprisionada su voz potente. Lo cierto es que en cuanto tenía interlocutor, el parque de San Francisco se estremecía. No era ya un paseo público; entraba en los dominios exclusivos del Coronel. El gorjeo de los pájaros, el susurro del viento y el dulce murmurar de las fuentes, todo callaba. No se oía más que el grito imperativo, autoritario, severo, del guerrero de África. De tal modo, que el clérigo que le acompañaba (a tal hora, sólo algunos clérigos acostumbraban a pasear por el parque), parecía estar allí únicamente para abrir, ahora uno, después otro, todos los registros que la voz del Coronel poseía. ¡Cuántas veces, oyendo aquellos gritos terribles, fragorosos, viendo su ademán airado y su ojo encendido, pensamos que iba a arrojarse sobre el desgraciado sacerdote que había tenido la imprevisión de acercarse a él!

Este hombre pavoroso tenía un sobrino de ocho o diez años, como nosotros. ¡Desdichado! No podíamos verle en el paseo sin sentir hacia él compasión infinita. Andando el tiempo, he visto a un domador de fieras introducir un cordero en la jaula del león. Tal impresión me produjo, como la de Gasparito Toledano paseando con su tío. No entendía-

mos cómo aquel infeliz muchacho podía conservar el apetito y desempeñar regularmente sus funciones vitales, cómo no enfermaba del corazón o moría consumido por una fiebre lenta. Si transcurrían algunos días sin que apareciese por el parque, la misma duda agitaba nuestros corazones: "¿Se lo habrá merendado ya?" Y cuando al cabo le hallábamos sano y salvo en cualquier sitio, experimentábamos a la par sorpresa y consuelo. Pero estábamos seguros de que un día u otro concluiría por ser víctima de algún capricho sanguinario de Polifemo.

Lo raro del caso era que Gasparito no ofrecía en su rostro vivaracho aquellos signos de terror y abatimiento que debían de ser los únicos en él impresos. Al contrario, brillaba constantemente en sus ojos una alegría cordial que nos dejaba estupefactos. Cuando iba con su tío marchaba con la mayor soltura, sonriente, feliz, brincando unas veces, otras compasadamente, llegando su audacia o su inocencia hasta a hacernos muecas a espaldas de él. Nos causaba el mismo efecto angustioso que si le viésemos bailar sobre la flecha de la torre de la catedral. "¡Gaspar!" El aire vibraba y transmitía aquel bramido a los confines del paseo. A nadie de los que allí estábamos nos quedaba el color entero. Sólo Gasparito atendía como si le llamara una sirena: "¿Qué quiere usted, tío?", y venía hacia él ejecutando algún paso complicado de baile.

Además de este sobrino, el monstruo era poseedor de un perro que debía vivir en la misma infelicidad, aunque tampoco lo parecía. Era un hermoso danés, de color azulado, grande, suelto, vigoroso, que respondía al nombre de Muley, en recuerdo sin duda de algún moro infeliz sacrificado por su amo. El Muley, como Gasparito, vivía en poder de Polifemo lo mismo que en el regazo de una odalisca. Gracioso, juguetón, campechano, incapaz de falsía, era, sin ofender a nadie, el perro menos espantadizo y más tratable de cuantos he conocido en mi vida.

Con estas partes no es milagro que todos los chicos estuviésemos prendados de él. Siempre que era posible ha-

cerlo, sin peligro de que el Coronel lo advirtiese, nos disputábamos el honor de regalarle con pan, bizcocho, queso y otras golosinas que nuestras mamás nos daban para merendar. El Muley lo aceptaba todo con no fingido regocijo, y nos daba muestras inequívocas de simpatía y reconocimiento. Mas a fin de que se vea hasta qué punto eran nobles y desinteresados los sentimientos de este memorable can, y para que sirva de ejemplo perdurable a perros y hombres, diré que no mostraba más afecto a quien más le regalaba. Solía jugar con nosotros algunas veces (en provincias y en aquel tiempo, entre los niños, no existían clases sociales) un pobrecito hospiciano, llamado Andrés, que nada podía darle, porque nada tenía. Pues bien: las preferencias de Muley estaban por él. (Los rabotazos más vivos, las carocas más subidas y vehementes, a él se consagraban, en menoscabo de los demás.) ¡Qué ejemplo para cualquier diputado de la mayoría!

¿Adivinaba el Muley que aquel niño desvalido, siempre silencioso y triste, necesitaba más de su cariño que nosotros? Lo ignoro; pero así parecía.

Por su parte, Andresito había llegado a concebir una verdadera pasión por este animal. Cuando nos hallábamos jugando en lo más alto del parque al marro o a las chapas y se presentaba por allí de improviso Muley, ya se sabía, llamaba aparte a Andresito y se entretenía con él largo rato, como si tuviese que comunicarle algún secreto. La silueta colosal de Polifemo se columbraba allá entre los árboles.

Pero estas entrevistas rápidas y llenas de zozobra fueron sabiéndole a poco al hospiciano. Como un verdadero enamorado, ansiaba disfrutar de la presencia de su ídolo largo rato y a solas.

Por eso, una tarde, con osadía increíble, se llevó a presencia nuestra el perro hasta el Hospicio, como en Oviedo se denomina la Inclusa, y no volvió hasta el cabo de una hora. Venía radiante de dicha. El Muley parecía también satisfechísimo. Por fortuna, el Coronel aun no se había ido del paseo ni advirtió la deserción de su perro.

Repitiéronse una tarde y otra tales escapatorias. La amistad de Andresito y Muley se iba consolidando. Andresito no hubiera vacilado en dar su vida por el Muley. Si la ocasión se presentase, seguro estoy de que éste no sería menos.

Pero aun no estaba contento el hospiciano. En su mente germinó la idea de llevarse el Muley a dormir con él a la Inclusa. Como ayudante que era del cocinero, dormía en uno de los corredores al lado del cuarto de éste, en un jergón fementido de hoja de maíz. Una tarde condujo al perro al Hospicio y no volvió. ¡Qué noche deliciosa para el desgraciado niño! No había sentido en su vida otras caricias que las de Muley. Los maestros primero, el cocinero después, le habían hablado siempre con el látigo en la mano. Durmieron abrazados como dos novios. Allá al amanecer, el niño sintió el escozor de un palo que el cocinero le había dado en la espalda la tarde anterior. Se despojó de la camisa:

—Mira, Muley — dijo en voz baja, mostrándole el cardenal.

El perro, más compasivo que el hombre, lamió su carne amoratada.

Luego que abrieron las puertas lo soltó. El Muley corrió a casa de su dueño; pero a la tarde ya estaba en el parque dispuesto a seguir a Andresito. Volvieron a dormir juntos aquella noche y la siguiente, y la otra también. Pero la dicha es breve en este mundo. Andresito era feliz al borde de una sima.

Una tarde, hallándonos todos en apretado grupo jugando a los botones, oímos detrás dos formidables estampidos.

—¡Alto! ¡Alto !

Todas las cabezas se volvieron como movidas por un resorte. Frente a nosotros se alzaba la talla ciclópea del coronel Toledano.

—¿Quién de vosotros es el pilluelo que secuestra mi perro todas las noches, vamos a ver?

Silencio sepulcral en la asamblea. El terror nos tiene clavados, rígidos, como si fuéramos de palo.

Otra vez sonó la trompeta del juicio final.

—¿Quién es el secuestrador? ¿Quién es el bandido? ¿Quién es el miserable?...

El ojo ardiente de Polifemo nos devoraba a uno en pos de otro. El Muley, que le acompañaba, nos miraba también con los suyos, leales, inocentes, y movía el rabo vertiginosamente en señal de inquietud.

Entonces Andresito, más pálido que la cera, adelantó un paso y dijo:

—No culpe a nadie, señor. Yo he sido.

—¿Cómo?

—Que he sido yo — repitió el chico en voz más alta.

—¡Hola! ¡Has sido tú! — dijo el Coronel sonriendo ferozmente —. ¿Y tú no sabes a quién pertenece este perro?

Andresito permaneció mudo.

—¿No sabes de quién es? — volvió a preguntar a grandes gritos.

—Sí, señor.

—¿Cómo?... Habla más alto.

Y se ponía la mano en la oreja para reforzar su pabellón.

—Que sí, señor.

—¿De quién es, vamos a ver?

—Del señor Polifemo.

Cerré los ojos. Creo que mis compañeros debieron hacer otro tanto. Cuando los abrí, pensé que Andresillo estaría ya borrado del libro de los vivos. No fué así, por fortuna. El Coronel le miraba fijamente, con más curiosidad que cólera.

—¿Y por qué te lo llevas?

—Porque es mi amigo y me quiere — dijo el niño con voz firme.

El Coronel volvió a mirarle fijamente.

—Está bien — dijo al cabo —. ¡Pues cuidado con que otra vez te lo lleves! Si lo haces, ten por seguro que te arranco las orejas.

Y giró majestuosamente sobre los talones. Pero antes de dar un paso, se llevó la mano al chaleco, sacó una moneda de medio duro, y dijo volviéndose:

—Toma, guárdatelo para dulces. ¡Pero cuidado con que vuelvas a secuestrar el perro! ¡Cuidado!

Y se alejó. A los cuatro o cinco pasos ocurriósele volver la cabeza. Andresito había dejado caer la moneda al suelo y sollozaba, tapándose la cara con las manos. El Coronel se volvió rápidamente.

—¿Estás llorando? ¿Por qué? No llores, hijo mío.

—Porque le quiero mucho..., porque es el único que me quiere en el mundo — gimió Andrés.

—¿Pués de quién eres hijo? — preguntó el Coronel sorprendido.

—Soy de la Inclusa.

—¿Cómo? — gritó Polifemo.

—Soy hospiciano.

Entonces vimos al Coronel demudarse. Abalanzóse al niño, le separó las manos de la cara, le enjugó las lágrimas con su pañuelo, le abrazó, le besó, repitiendo con agitación:

—¡Perdona, hijo mío, perdona! No hagas caso de lo que te dicho... Llévate el perro cuando se te antoje... Tenlo contigo el tiempo que quieras, ¿sabes?... Todo el tiempo que quieras...

Y después que le hubo serenado con estas y otras razones, proferidas con un registro de voz que nosotros no sospechábamos en él, se fué de nuevo al paseo volviéndose repetidas veces para gritarle:

—Puedes llevártelo cuando quieras, ¿sabes, hijo mío?... Cuando quieras...

Dios me perdone; pero juraría haber visto una lágrima en el ojo sangriento de Polifemo.

Andresillo se alejaba corriendo, seguido de su amigo, que ladraba de gozo.

ESOPO

La existencia de **Esopo** constituye, aun en nuestros días, uno de los puntos más difíciles de dilucidar en la historia de las literaturas. Aunque Vico sostiene que "Esopo no ha sido un hombre, sino una personificación imaginaria y un tipo poético de los compañeros o servidores de los héroes", encontramos en los escritores de la antigüedad numerosos testimonios relativos a su vida que, si bien es cierto, no permiten reconstruir su biografía, en el sentido que la crítica moderna asigna a esta palabra, prestan fundamento a la idea de que Esopo existió, fué hombre de agudo ingenio, y compuso, no en verdad todas las fábulas que posteriormente se le han atribuído, pero sí un número crecido de ellas, que él mismo recitaba.

Diversas ciudades — Atenas, Samos, Sardes, Mesembria, Cotaedum — le disputan por hijo; la leyenda le hace nacer en Frigia y nos lo presenta jorobado, tartamudo y extremadamente feo. Esclavo, según la misma leyenda, de Iadmón de Samos, conquistó Esopo, por su talento, la libertad,

continuando como amigo y consejero de la familia de su amo. De genio aventurero, viajó mucho, hallándose en Atenas cuando sus ciudadanos deseaban desprenderse del tirano Pisistrato. Contó en esa ocasión a los atenienses su fábula *de las ranas pidiendo rey* y aquéllos, agradecidos, le levantaron una estatua.

Herodoto, historiador griego posterior en más de un siglo a nuestro fabulista, cuenta su muerte a manos de los habitantes de Delfos, que, ofendidos por haberles enrostrado Esopo su avaricia, le acusaron de robo y le precipitaron al abismo desde lo alto de la roca Hiampea.

Las fábulas, única obra que de Esopo se conserva, pertenecen por su fondo y forma al siglo II o III a. J. C., habiendo entre ellas muchas de origen oriental y otras netamente griegas.

Las fábulas esopianas cumplen admirablemente los requisitos del género: breves, concisas, claras, presentan el hecho con magnífica plasticidad, para luego deducir, de la manera más natural y espontánea la moraleja. Ello explica su difusión pasmosa y justifica su popularidad, siempre viva, a través de más de veinte siglos. Autores de todos los tiempos las han traducido, adaptado e imitado, vaciando muchos de ellos modernos argumentos en el viejo molde esópico.

DOS FÁBULAS SOBRE LA AVARICIA

I

Habiendo vendido un avaro todos sus bienes, enterró en un sitio oculto el producto de la venta, y, como suele decirse, enterró allí también su corazón. Lo primero que hacía

nuestro hombre al levantarse, era ir a visitar su tesoro; pero esta repitición de actos fué causa de que, observándolo un vecino, se fuese antes que él, y desenterrando las doblas de oro, se las llevase a su casa.

Era de oír al avariento cuando encontró vacío su escondite, mesábase los cabellos, golpeábase el rostro y ensordecía el aire con sus lamentos. "No te desesperes — dijo uno que le estaba oyendo — y toma mi consejo: Pon una piedra donde tenías el dinero y figúrate que es el tesoro. ¡Para el uso que hacías de él, es igual".

¿De qué vale poseer riquezas, si no se les da el empleo conveniente?

II

Dos hombres, entrambos despreciables a causa de su envidia el uno, y por la avaricia el otro, rogaban de consuno a Júpiter que se dignase escuchar con benevolencia sus anhelosas súplicas.

Respondió el dios que lo que otorgara al primero, eso mismo daría por duplicado al segundo de los pedigüeños. Echó entonces sus cuentas el avariento, y dijo entre sí: "Es todo lo probable que éste quiera riquezas; me conviene, pues, invitarle — como efectivamente lo hizo — a que pida antes que yo". Mas el envidioso, que era un mal intencionado socarrón, pidió que le sacaran un ojo. No hay para qué decir que al avaro le sacaron los ojos.

Si es mala la avaricia, no habrá quien tenga por buena a la envidia.

JOSÉ MARTÍ

José Martí, el iniciador, el apóstol y el brazo armado de la conspiración que en 1893 abatió la soberanía española en Cuba; uno de los fundadores con Gutiérrez Nájera, Rubén Darío, Julián del Casal y José Asunción Silva del modernismo literario en América, nació en La Habana el 28 de enero de 1853, en hogar español.

Pensador y artista, patriota y mártir de la libertad, "humilde con los humildes, sencillo de maneras, dulce y afable en la amistad, rendido ante las damas, hermano de todos los hombres, magnánimo con sus enemigos, domeñador de sus pasiones, esclavo del deber, previsor de lo remoto, cauto en elegir, audaz en el resolver, discreto en el obrar, escrupuloso en los medios, firme en sus propósitos", (1) el 19 de marzo de 1895 moría José Martí en Boca de Dos Ríos, como él lo había deseado: combatiendo heroicamente por la independencia de su tierra. Su muerte gloriosa, verdadera desgracia americana, extinguió el brillo de un astro que, de haber gozado más larga y sosegada vida, habría resplandecido entre los máximos fulgores de las letras castellanas.

(1) Retrato de José Martí por Américo Lugo, su comentador.

Su obra comprende inflamados panfletos de índole política — *"El presidio político en Cuba"*, *"La República Española ante la revolución cubana"*, *"A mis hermanos muertos el 27 de noviembre"* —; magníficos artículos de crítica literaria y científica — *"El poema del Niágara,* de Pérez Bonalde", *"Un poeta"* (García Sellén), *"Darwin ha muerto"* —; tal cual obra dramática; una preciosa revista para niños — *"La edad de oro"* —, en la que pretendía enseñar a sus pequeños lectores a amar la libertad "como el derecho que tiene el hombre a ser honrado y a pensar y hablar sin hipocresía"; y sus colecciones de poesías — *"Ismaelillo"*, conjunto de tiernas composiciones dedicadas a su único hijo; *"Versos sencillos"*, poesías amorosas y patrióticas; *"Versos libres"* y *"Versos cubanos"*, saturados de pasión, y algunos "tan llenos de enojo, que están mejor donde no se les ve".

UN CUENTO DE ELEFANTES

Partidas enteras de gente europea están por África cazando elefantes; y ahora cuentan los libros de una gran cacería, donde eran muchos los cazadores. Cuentan que iban sentados a la mujeriega en sus sillas de montar, hablando de la guerra que hacen en el bosque las serpientes al león, y de una mosca venenosa que les chupa la piel a los bueyes hasta que se la seca y los mata, y de lo lejos que saben tirar la azagaya y la flecha los cazadores africanos; y en eso estaban, y en calcular cuándo llegarían a las tierras de Tippu Tib, que siempre tiene muchos colmillos que vender, cuando salieron de pronto a un claro de esos que hay en África en medio de los bosques, y vieron una manada de elefantes allá al fondo del claro, unos durmiendo de pie contra los troncos de los árboles, otros paseando juntos y meciendo el cuerpo de un lado a otro, otros echados sobre la yerba, con las patas de atrás estiradas. Les cayeron encima todas las balas de los cazadores. Los echados se levantaron de un impulso. Se juntaron las parejas. Los dormidos vinieron trotando donde

estaban los demás. Al pasar junto a la poza, se llenaban de un sorbo la trompa. Gruñían y tanteaban el aire con la trompa. Todos se pusieron alrededor de su jefe. Y la caza fué larga: los negros les tiraban lanzas y azagayas y flechas: los europeos, escondidos en los yerbales, les disparaban de cerca los fusiles: las hembras huían, despedazando los cañaverales como si fueran yerbas de hilo: los elefantes huían de espaldas, defendiéndose con los colmillos cuando les venía encima un cazador. El más bravo le vino a un cazador encima, a un cazador que era casi un niño, y estaba solo atrás, porque cada uno había ido siguiendo a su elefante. Muy colmilludo era el bravo, y venía feroz. El cazador se subió a un árbol, sin que lo viese el elefante, pero él lo olió en seguida y vino mugiendo; alzó la trompa como para sacar de la rama al hombre; con la trompa rodeó el tronco, y lo sacudió como si fuera un rosal: no lo pudo arrancar, y se echó de ancas contra el tronco. El cazador, que ya estaba al caerse, disparó su fusil, y lo hirió en la raíz de la trompa. Temblaba el aire, dicen, de los mugidos terribles, y deshacía el elefante el cañaveral con las pisadas, y sacudía los árboles jóvenes, hasta que de un impulso vino contra el del cazador,y lo echó abajo. ¡Abajo el cazador, sin tronco a que sujetarse! Cayó sobre las patas de atrás del elefante, y se le agarró, en el miedo de la muerte, de una pata de atrás. Sacudírselo no podía el animal rabioso, porque la coyuntura de la rodilla la tiene el elefante tan cerca del pie que apenas le sirve para doblarla. ¿Y cómo se salva de allí el cazador? Corre bramando el elefante. Se sacude la pata contra el tronco más fuerte, sin que el cazador se le ruede, porque se le corre adentro y no hace más que magullarle las manos. ¡Pero se caerá por fin, y de una colmillada va a morir el cazador! Saca su cuchillo, y se lo clava en la pata. La sangre corre a chorros, y el animal enfurecido, aplastando el matorral, va al río, al río de agua que cura. Y se llena la trompa muchas veces, y la vacía sobre la herida, la echa con fuerza que le aturde, sobre el cazador. Ya va a entrar más a la honda el elefante. El cazador le dispara las cinco balas de su revólver en el vientre, y corre, por si se puede salvar, a un árbol cercano, mientras el elefante, con la trompa colgando, sale a la orilla, y se derrumba.

FEDRO

Escasas e inseguras son las noticias que de **Fedro** poseemos, cuya vida se conoce a través de sus obras.

Nacido en Macedonia, de un padre liberto, créese que vivió entre los años 40 y 70 de nuestra era. Recibido que hubo una muy esmerada educación, pasó a Roma. Allí se dió a la poesía, introduciendo en la literatura latina la fábula, a la cual imprimió cierto carácter de novedad, pues si bien tomó de Esopo la mayor parte de los asuntos, enriqueciólas considerablemente, transformándolos casi por completo.

Vivió pobremente en Roma y hubo de sufrir crueles persecuciones, en particular de un favorito de Tiberio, Seyano, que le hizo desterrar por creerse aludido en una de las composiciones del primer fabulista latino.

En sus fábulas, que integran cinco libros y que casi desconocidas en la antigüedad alcanzaron enorme difusión durante la Edad Media, Fedro se muestra más satírico que moralista u observador. Su lengua adquiere extraordinario vigor y su estilo es claro y conciso. Amigo de las alusiones personales y de las escenas contemporáneas, que entremezcla con los mitos primitivos, en Fedro apuntan ya las características del escritor moderno. Traducido a todas las lenguas e imitado numerosas veces, sus fábulas han vencido al tiempo.

EL ZAPATERO MÉDICO

NADA HAY MÁS FALIBLE QUE LA OPINIÓN DEL VULGO.

Un mal zapatero, agobiado por la pobreza, hubo de dejar su tierra, para dedicarse, lejos de ella, a nueva y productiva industria.

Habiendo cobrado, gracias a su artificiosa verbosidad, extraordinaria fama en el ejercicio de la medicina con la venta de un supuesto contraveneno, fué llamado por el rey de su patria de adopción para que le curase de la grave dolencia que le tenía postrado.

Mas, deseoso el Rey de probar la pericia del falso médico antes de ponerse en sus manos, mandóle beber el contenido de un vaso en el que había vertido agua, ostensiblemente adicionada de un tósigo y del contraveneno de nuestro zapatero, ofreciéndole un valioso premio si obedecía su orden.

Temeroso éste de morir víctima de su propio engaño, confesó que debía su renombre de médico famoso, no a su pericia en el arte de Hipócrates, sino a la fatua credulidad del vulgo.

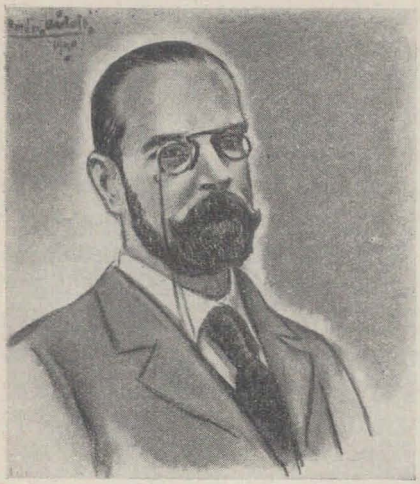
Convocando entonces el Rey a su pueblo, así le habló:
—"¿Pensáis que existe, por ventura, estupidez más ridícula que la vuestra, que os hace fiar la vida a quien sus coterráneos no fiaron ni sus zapatos?" Y yo os digo que esta fábula viene de perlas a aquellos cuya simpleza enriquece a la charlatanería.

EL PERRO FIEL

EL REGALO DEL MALVADO ES SIEMPRE SOSPECHOSO.

Un ladrón nocturno, deseoso de ganarse la voluntad de un perro guardián, ofrecióle un trozo de pan. Mas el fiel animal, conociendo la intención del regalo, así increpó a quien se lo brindaba:

—"¿Conque quieres taparme la boca para que no ladre en defensa de la hacienda de mi amo? Mucho te engañas si piensas así conquistarme: tu inesperada liberalidad me obliga a redoblar mi vigilancia para evitar que un olvido de mis deberes redunde en tu beneficio".



LEOPOLDO ALAS

(Clarín)

Leopoldo Alas, escritor fecundísimo y crítico insigne, que alcanzó enorme difusión con su seudónimo de **Clarín**, vió la luz en Zamora el 25 de abril de 1852.

Doctorado en leyes apenas salido de la adolescencia, compartió su vida entre el ejercicio de su carrera y la literatura. Dentro de la primera cúpole destacada actuación como profesor de diversas asignaturas: economía política, derecho romano y derecho natural, en las universidades de Salamanca, Zamora y Oviedo, cátedras todas que logró brillantemente por oposición; en el campo de las letras desde muy joven dióse a conocer por sus artículos de crítica, acerada y plena de pasión, aparecidos en diversos periódicos y revistas, y luego por sus novelas y cuentos. Entre los primeros descuella *"La Regenta"*; entre los segundos hemos de citar *"La conversión de Chiripa"* y *"Adiós, Cordera"*, verdaderas joyas dentro del género. El temperamento apasionado, inquieto y difícil de contentar de Clarín, hízole a veces llegar en su función de crítico a personalismos incompatibles con la serena imparciadad que ha de distinguir a quien aspira a ejercerla en su forma más alta y noble, aunque su agudo e innato sentido crí-

tico lograra casi siempre hacerle reconocer los méritos de sus adversarios. Sostuvo numerosas polémicas dentro del mundo literario, contándose entre las más famosas de ellas con Emilia Pardo Bazán, Manuel del Palacio y Fray Candil.

En conjunto, la obra de Clarín, que le revela dotado de un gran ingenio y de una erudición vastísima, comprende millares de artículos y más de treinta volúmenes.

Los últimos años de su vida nos le muestran ansioso de una restauración religiosa, por la que bregó como escritor y conferenciante, pues "sentía — confiesa — ansia de lo divino y anhelo de oxigenar de Dios su alma". El título de su novela póstuma, aun inédita: *"Sperandeo"*, dice de ese postrer estado de su espíritu, otrora fluctuante entre el idealismo de Hegel, el neomisticismo de Renán y el realismo de Zola. Murió cristianamente en Oviedo el 13 de junio de 1901.

¡ADIÓS, CORDERA!

¡Eran tres: siempre los tres! Rosa, Pinín y la *Cordera*.

El *prao* Somonte era un recorte triangular de terciopelo verde, tendido, como una colgadura, cuesta abajo por la loma. Uno de sus ángulos, el inferior, lo despuntaba el camino de hierro de Oviedo a Gijón. Un palo del telégrafo, plantado allí como pendón de conquista, con sus *jícaras* blancas y sus alambres paralelos, a derecha e izquierda, representaba para Rosa y Pinín el ancho mundo desconocido, misterioso, temible, eternamente ignorado. Pinín, después de pensarlo mucho, cuando a fuerza de ver días y días el poste tranquilo, inofensivo, campechano, con ganas, sin duda, de aclimatarse en la aldea y parecerse todo lo posible a un árbol seco, fué atreviéndose con él, llevó la confianza al extremo de abrazarse al leño y trepar hasta cerca de los alambres. Pero nunca llegaba a tocar la porcelana de arriba que le recordaba las *jícaras* que había visto en la rectoral de Puao. Al verse tan cerca del misterio sagrado, le acometía un pánico de respeto y se dejaba resbalar de prisa, hasta tropezar con los pies en el césped.

Rosa, menos audaz, pero más enamorada de lo desconocido, se contentaba con arrimar el oído al palo del telégrafo, y minutos, y hasta cuartos de hora, pasaba escuchando los formidables rumores metálicos que el viento arrancaba a las fibras del pino seco en contacto con el alambre. Aquellas vibraciones, a veces intensas como las del diapasón, que, aplicado al oído, parece que quema con su vertiginoso latir, eran para Rosa los *papeles* que pasaban, las *cartas* que se escribían por los *hilos*, el lenguaje incomprensible que lo ignorado hablaba con lo ignorado; ella no tenía curiosidad por entender lo que los de allá, tan lejos, decían a los del otro extremo del mundo. ¿Qué le importaba? Su interés estaba en el ruido por el ruido mismo, por su timbre y su misterio.

La *Cordera*, mucho más formal que sus compañeros, verdad es que, relativamente, de edad también mucho más madura, se abstenía de toda comunicación con el mundo civilizado, y miraba de lejos el palo del telégrafo, como lo que era para ella, efectivamente, como cosa muerta, inútil, que no le servía siquiera para rascarse. Era una vaca que había vivido mucho. Sentada horas y horas, pues, experta en pastos, sabía aprovechar el tiempo, meditaba más que comía, gozaba del placer de vivir en paz, bajo el cielo gris y tranquilo de su tierra, como quien alimenta el alma, que también tienen los brutos; y si no fuera profanación, podría decirse que los pensamientos de la vaca matrona, llena de experiencia, debían de parecerse todo lo posible a las más sosegadas y doctrinales odas de Horacio.

Asistía a los juegos de los pastorcicos encargados de *llindarla*, como una abuela. Si pudiera, se sonreiría al pensar que Rosa y Pinín tenían por misión en el prado cuidar de que ella, la *Cordera*, no se extralimitase, no se metiese por la vía del ferrocarril ni saltara a la heredad vecina. ¡Qué había de saltar! ¡Qué se había de meter!

Pastar de cuando en cuando, no mucho, cada día menos, pero con atención, sin perder el tiempo en levantar la cabeza por curiosidad necia, escogiendo sin vacilar los mejores bocados, y, después, sentarse sobre el cuarto trasero con delicia, a rumiar la vida, a gozar el deleite del no padecer, del dejarse existir: esto era lo que ella tenía que hacer, y todo lo

demás, aventuras peligrosas. Ya no recordaba cuándo le había picado la mosca.

"El *xatu* (el toro), los saltos locos por las praderas delante... ¡todo eso estaba tan lejos!"

Aquella paz sólo se había turbado en los días de prueba de la inauguración del ferrocarril. La primera vez que la *Cordera* vió pasar el tren, se volvió loca. Saltó la sebe de lo más alto del Somonte; corrió por prados ajenos; el terror duró muchos días, renovándose, más o menos violento, cada vez que la máquina asomaba por la trinchera vecina. Poco a poco se fué acostumbrando al estrépito inofensivo. Cuando llegó a convencerse de que era un peligro que pasaba, una catástrofe que amenazaba sin dar, redujo sus precauciones a ponerse en pie y a mirar de frente, con la cabeza erguida, al formidable monstruo; más adelante no hacía más que mirarle, sin levantarse, con antipatía y desconfianza; acabó por no mirar al tren siquiera.

En Pinín y Rosa la novedad del ferrocarril produjo impresiones más agradables y persistentes. Si al principio era una alegría loca, algo mezclada de miedo supersticioso, una excitación nerviosa, que les hacía prorrumpir en gritos, gestos, pantomimas descabelladas, después fué un recreo pacífico, suave, renovado varias veces al día. Tardó mucho en gastarse aquella emoción de contemplar la marcha vertiginosa, acompañada del viento, de la gran culebra de hierro, que llevaba dentro de sí tanto ruido y tantas castas de gentes desconocidas, extrañas.

Pero telégrafo, ferrocarril, todo eso era lo de menos: un accidente pasajero que se ahogaba en el mar de soledad que rodeaba el *prao* Somonte. Desde allí no se veía vivienda humana; allí no llegaban ruidos del mundo más que al pasar el tren. Mañanas sin fin, bajo los rayos del sol a veces, entre el zumbar de los insectos, la vaca y los niños esperaban la proximidad del mediodía para volver a casa. Y luego, tardes eternas, de dulce tristeza silenciosa, en el mismo prado, hasta venir la noche, con el lucero vespertino por testigo mudo en la altura. Rodaban las nubes allá arriba, caían las sombras de los árboles y de las peñas en la loma y en la cañada, se acostaban los pájaros, empezaban a brillar algunas estrellas

en lo más obscuro del cielo azul, y Pinín y Rosa, los niños gemelos, los hijos de Antón de Chinta, teñida el alma de la dulce serenidad soñadora de la solemne y seria Naturaleza, callaban horas y horas, después de sus juegos, nunca muy estrepitosos, sentados cerca de la *Cordera*, que acompañaba el augusto silencio de tarde en tarde con un blando son de perezosa esquila.

En este silencio, en esta calma inactiva, había amores. Se amaban los dos hermanos como dos mitades de un fruto verde, unidos por la misma vida, con escasa conciencia de lo que en ellos era distinto, de cuanto los separaba; amaban Pinín y Rosa a la *Cordera*, la vaca abuela, grande, amarillenta, cuyo testuz parecía una cuna. La *Cordera* recordaría a un poeta la *zavala* de Ramayana, la vaca santa; tenía en la amplitud de sus formas, en la solemne serenidad de sus pausados y nobles movimientos, aires y contornos de ídolo destronado, caído, contento con su suerte, más satisfecha con ser vaca verdadera que dios falso. La *Cordera*, hasta donde es posible adivinar estas cosas, puede decirse que también quería a los gemelos encargados de apacentarla.

Era poco expresiva; pero la paciencia con que los toleraba cuando en sus juegos ella les servía de almohada, de escondite, de montura y para otras cosas que ideaba la fantasía de los pastores, demostraba tácitamente el afecto del animal pacífico y pensativo.

En tiempos difíciles, Pinín y Rosa habían hecho por la *Cordera* los imposibles de solicitud y cuidado. No siempre Antón de Chinta había tenido el prado Somonte. Este regalo era cosa relativamente nueva. Años atrás, la *Cordera* tenía que salir *a la gramática*, esto es, a apacentarse como podía, a la buena ventura de los caminos y callejas de las rapadas y escasas praderías del común, que tanto tenían de vía pública como de pastos. Pinín y Rosa, en tales días de penuria, la guiaban a los mejores altozanos, a los parajes más tranquilos y menos esquilmados, y la libraban de las mil injurias a que están expuestas las pobres reses que tienen que buscar su alimento en los azares de un camino.

En los días de hambre, en el establo, cuando el heno escaseaba y el narvaso para *estrar* el lecho caliente de la

vaca faltaba también, a Rosa y a Pinín debía la *Cordera* mil industrias que la hacían más suave la miseria. ¡Y qué decir de los tiempos heroicos del parto y la cría, cuando se entablaba la lucha necesaria entre el alimento y regalo de la *nación*, y el interés de los Chinitos, que consistía en robar a las ubres de la pobre madre toda la leche que no fuera absolutamente indispensable para que el ternero subsistiese! Rosa y Pinín, en tal conflicto, siempre estaban de parte de la *Cordera*, y en cuanto había ocasión, a escondidas, soltaban el recental, que, ciego y como loco, a testaradas contra todo, corría a buscar el amparo de la madre, que le albergaba bajo su vientre, volviendo la cabeza agradecida y solícita, diciendo a su manera:

—Dejad a los niños y a los recentales que vengan a mí. Estos recuerdos, estos lazos, son de los que no se olvidan.

Añádase a todo que la *Cordera* tenía la mejor pasta de vaca sufrida del mundo. Cuando se veía emparejada bajo el yugo con cualquier compañera, fiel a la gamella, sabía someter su voluntad a la ajena, y horas y horas se la veía con la cerviz inclinada, la cabeza torcida, en incómoda postura, velando en pie mientras la pareja dormía en tierra.

★

Antón de Chinta comprendió que había nacido para pobre cuando palpó la imposibilidad de cumplir aquel sueño dorado suyo de tener un *corral* propio con dos yuntas por lo menos. Llegó, gracias a mil ahorros, que eran mares de sudor y purgatorios de privaciones, llegó a la primera vaca, la *Cordera*, y no pasó de ahí; antes de poder comprar la segunda se vió obligado, para pagar atrasos al *amo*, el dueño de la *casería* que llevaba en renta, a llevar al mercado a aquel pedazo de sus entrañas, la *Cordera*, el amor de sus hijos. Chinta había muerto a los dos años de tener la *Cordera* en casa. El establo y la cama del matrimonio estaban pared por medio, llamando pared a un tejido de ramas de castaño y de cañas de maíz. La Chinta, musa de la economía en aquel hogar miserable, había muerto mirando a la vaca por un boquete del destrozado tabique de ramaje, señalándola como salvación de la familia.

—Cuidadla; es vuestro sustento — parecían decir los ojos de la pobre moribunda, que murió extenuada de hambre y de trabajo.

El amor de los gemelos se había concentrado en la *Cordera;* el regazo, que tiene su cariño especial, que el padre no puede reemplazar, estaba al calor de la vaca, en el establo, y allá, en el Somonte.

Todo esto lo comprendía Antón a su manera confusamente. De la venta necesaria no había que decir palabra a los *neños.* Un sábado de julio, al ser de día, de mal humor Antón, echó a andar hacia Gijón, llevando la *Cordera* por delante, sin más atavío que el collar de esquila. Pinín y Rosa dormían. Otros días había que despertarlos a azotes. El padre los dejó tranquilos. Al levantarse se encontraron sin la *Cordera.*

—Sin duda, *mío pá* la habrá llevado al *xatu.*

No cabía otra conjetura. Pinín y Rosa opinaban que la vaca iba de mala gana; creían ellos que no deseaba más hijos, pues todos acababa por perderlos pronto, sin saber cómo ni cuándo.

Al obscurecer, Antón y la *Cordera* entraban por la *corrada* mohinos, cansados y cubiertos de polvo. El padre no dió explicaciones, pero los hijos adivinaron el peligro.

No había vendido, porque nadie había querido llegar al precio que a él se le había puesto en la cabeza. Era excesivo: un sofisma del cariño. Pedía mucho por la vaca para que nadie se atreviese a llevársela. Los que se habían acercado a intentar fortuna se habían alejado pronto echando pestes de aquel hombre que miraba con ojos de rencor y desafío al que osaba insistir en acercarse al precio fijo en que él se abroquelaba. Hasta el último momento del mercado estuvo Antón de Chinta en el Humedal, dando plazo a la fatalidad.

—No se dirá — pensaba — que yo no quiero vender: son ellos que no me pagan la *Cordera* en lo que vale.

Y, por fin, suspirando, si no satisfecho, con cierto consuelo, volvió a emprender el camino por la carretera de Candás adelante, entre la confusión y el ruido de cerdos y novillos, bueyes y vacas, que los aldeanos de muchas parroquias del contorno conducían con mayor o menor trabajo, según eran de antiguo las relaciones entre dueños y bestias.

En el Natahoyo, en el cruce de dos caminos, todavía estuvo expuesto el de Chinta a quedarse sin la *Cordera;* un vecino de Carrió que le había rondado todo el día ofreciéndole pocos duros menos de los que pedía, le dió el último ataque, algo borracho.

El de Carrió subía, subía, luchando entre la codicia y el capricho de llevar la vaca. Antón, como una roca. Llegaron a tener las manos enlazadas, parados en medio de la carretera, interrumpiendo el paso... Por fin, la codicia pudo más; el pico de los cincuenta los separó como un abismo; se soltaron las manos, cada cual tiró por su lado; Antón, por una calleja que, entre madreselvas que aun no florecían y zarzamoras en flor, le condujo hasta su casa.

*

Desde aquel día en que adivinaron el peligro, Pinín y Rosa no sosegaron. A media semana se *personó* el mayordomo en el *corral* de Antón. Era otro aldeano de la misma parroquia, de malas pulgas, cruel con los *caseros* atrasados. Antón, que no admitía reprimendas, se puso lívido ante las amenazas del desahucio.

El amo no esperaba más. Bueno, vendería la vaca a vil precio, por una merienda. Había que pagar o quedarse en la calle.

El sábado inmediato acompañó al Humedal Pinín a su padre. El niño miraba con horror a los contratistas de carnes, que eran los tiranos del mercado. La *Cordera* fué comprada en su justo precio por un rematante de Castilla. Se la hizo una señal en la piel y volvió a su establo de Puao, ya vendida, ajena, tañendo tristemente la esquila. Detrás caminaban Antón de Chinta, taciturno, y Pinín, con ojos como puños. Rosa, al saber la venta, se abrazó al testuz de la *Cordera,* que inclinaba la cabeza a las caricias como al yugo.

—¡Se iba la vieja! — pensaba con el alma destrozada Antón el huraño.

Ella ser, era una bestia; pero sus hijos no tenían otra madre ni otra abuela.

Aquellos días en el pasto, en la verdura del Somonte, el silencio era fúnebre. La *Cordera,* que ignoraba su suerte, descansaba y pacía como siempre su *specie aeternitatis,* como

descansaría y comería un minuto antes de que el brutal porrazo la derribase muerta. Pero Rosa y Pinín yacían desolados, tendidos sobre la hierba, inútil en adelante. Miraban con rencor los trenes que pasaban, los alambres del telégrafo. Era aquel mundo desconocido, tan lejos de ellos por un lado, y por otro el que les llevaba su *Cordera*.

El viernes, al obscurecer, fué la despedida. Vino un encargado del rematante de Castilla por la res. Pagó; bebieron un trago Antón y el comisionado, y se sacó a la *quintana* la *Cordera*. Antón había apurado la botella; estaba exaltado; el peso del dinero en el bolsillo le animaba también. Quería aturdirse. Hablaba mucho, alababa las excelencias de la vaca. El otro sonreía, porque las alabanzas de Antón eran impertinentes. ¿Que daba la res tantos y tantos *xarros* de leche? ¿Que era noble en el yugo, fuerte con la carga? ¿Y qué, si dentro de pocos días había de estar reducida a chuletas y otros bocados suculentos? Antón no quería imaginar esto; se la figuraba viva, trabajando, sirviendo a otro labrador, olvidada de él y de sus hijos, pero viva, feliz. Pinín y Rosa, sentados sobre el montón de *cucho*, recuerdo para ellos sentimental de la *Cordera* y de los propios afanes, unidos por las manos, miraban al enemigo con ojos de espanto. En el supremo instante se arrojaron sobre su amiga; besos, abrazos: hubo de todo. No podían separarse de ella. Antón, agotada de pronto la excitación del vino, cayó como en un marasmo; cruzó los brazos y entró en el *corral* obscuro.

Los hijos siguieron un buen trecho por la calleja, de altos setos, el triste grupo del indiferente comisionado y la *Cordera*, que iba de mala gana con un desconocido y a tales horas. Por fin, hubo que separarse. Antón, malhumorado, clamaba desde casa:

—¡Bah, bah, *neños*, acá vos digo; basta de *pamemes!*

Así gritaba de lejos el padre con voz de lágrimas.

Caía la noche; por la calleja obscura que hacían casi negros los altos setos, formando casi bóveda, se perdió el bulto de la *Cordera*, que parecía negra de lejos. Después no quedó de ella más que el *tintán* pausado de la esquila, desvanecido con la distancia, entre los chirridos melancólicos de cigarras infinitas.

—¡Adiós, *Cordera!* — gritaba Rosa deshecha en llanto —. ¡Adiós, *Cordera* de *mío* alma!

—¡Adiós, *Cordera!* — repetía Pinín, no más sereno.

—Adiós — contestó, por último, a su modo, la esquila, perdiéndose su lamento triste, resignado, entre los demás sonidos de la noche de julio en la aldea...

*

Al día siguiente, muy temprano, a la hora de siempre, Pinín y Rosa fueron al *prao* Somonte. Aquella soledad no había sido nunca para ellos triste; aquel día, el Somonte sin la *Cordera* parecía el desierto.

De repente silbó la máquina, apareció el humo, luego el tren. En un furgón cerrado, en unas estrechas ventanas altas o respiraderos, vislumbraron los hermanos gemelos, cabezas de vacas que, pasmadas, miraban por aquellos tragaluces.

—¡Adiós, *Cordera!* — gritó Rosa, adivinando allí a su amiga, a la vaca abuela.

—¡Adiós, *Cordera!* — vociferó Pinín con la misma fe, enseñando los puños al tren, que volaba camino de Castilla.

Y, llorando, repetía el rapaz, más enterado que su hermana de las picardías del mundo:

—La llevan al Matadero... Carne de vaca, para comer los señores, los curas... los indianos.

—¡Adiós, *Cordera!*

—¡Adiós, *Cordera!*

Y Rosa y Pinín miraban con rencor la vía, el telégrafo, los símbolos de aquel mundo enemigo, que les arrebataba, que les devoraba a su compañera de tantas soledades, de tantas ternuras silenciosas, para sus apetitos, para convertirla en manjares de ricos glotones...

—¡Adiós, *Cordera!*...

—¡Adiós, *Cordera!*...

*

Pasaron muchos años. Pinín se hizo mozo y se lo llevó el rey. Ardía la guerra carlista. Antón de Chinta era casero de un cacique de los vencidos; no hubo influencia para declarar inútil a Pinín, que, por ser, era como un roble.

Y una tarde triste de octubre, Rosa, en el *prao* Somonte, sola, esperaba el paso del tren correo de Gijón, que le llevaba a sus únicos amores: su hermano. Silbó a lo lejos la máquina, apareció el tren en la trinchera, pasó como un relámpago, Rosa, casi metida en las ruedas, pudo ver un instante en un coche de tercera multitud de cabezas de pobres quintos que gritaban, gesticulaban, saludando a los árboles, al suelo, a los campos, a toda la patria familiar, a la pequeña, que dejaban para ir a morir en las luchas fratricidas de la patria grande, al servicio de un rey y de unas ideas que no conocían.

Pinín, con medio cuerpo fuera de una ventanilla, tendió los brazos a su hermana: casi se tocaron. Y Rosa pudo oír entre el estrépito de las ruedas y la gritería de los reclutas la voz distinta de su hermano, que sollozaba exclamando, como inspirado por un recuerdo de dolor lejano:

—¡Adiós, Rosa!... ¡Adiós, *Cordera!*

—¡Adiós, Pinín! ¡Pinín de *mío* alma!...

"Allá iba, como la otra, como la vaca abuela. Se lo llevaba el mundo. Carne de vaca para los glotones, para los indianos; carne de su alma, carne de cañón para las locuras del mundo, para las ambiciones ajenas."

Entre confusiones de dolor y de ideas, pensaba así la pobre hermana viendo al tren perderse a lo lejos, silbando triste, con silbido que repercutían los castaños, las vegas y los peñascos...

¡Qué sola se quedaba! Ahora sí, ahora sí que era un desierto el *prao* Somonte.

¡Adiós, Pinín! ¡Adiós, *Cordera!*

Con qué odio miraba Rosa la vía manchada de carbones apagados; con qué ira los alambres del telégrafo. ¡Oh!, bien hacía la *Cordera* en no acercarse. Aquello era el mundo, lo desconocido, que se lo llevaba todo. Y sin pensarlo, Rosa apoyó la cabeza sobre el palo clavado como un pendón en la punta del Somonte. El viento cantaba en las entrañas del pino seco su canción metálica. Ahora ya lo comprendía Rosa. Era canción de lágrimas, de abandono, de soledad, de muerte.

En las vibraciones rápidas, como quejidos, creía oír, muy lejana, la voz que sollozaba por la vía adelante:

—¡Adiós, Rosa! ¡Adiós, *Cordera!*

LA FONTAINE

Juan de La Fontaine, el celebérrimo fabulista francés, nació en Chateau-Thierry, en Champagne, el 8 de julio de 1621. Por vocación decidió abrazar la carrera religiosa, para la cual, tras año y medio de noviciado, comprendió no se prestaba su temperamento. Habiendo terminado los estudios de abogacía, dedicóse, en su pueblo natal, al ejercicio de su profesión, mas sus innatas dotes literarias, agudizadas por la lectura de los clásicos, lleváronle a París, deseoso de conquistarse un nombre en el mundo de las letras.

Durante dos lustros pagó La Fontaine su tributo al preciosismo, escuela literaria a la sazón en boga en la corte de Luis XIV. Nada escribió en esa época que pueda ser comparado a la obra posterior, que había de conquistarle la inmortalidad.

Del año 1665 data su primera colección de cuentos, a la que siguieron una y otra en años sucesivos. Estos cuentos, de índole picaresca, alcanzaron gran éxito, que se afianzó cuando, en 1668, publicó sus fábulas. Las características sobresalientes de éstas son la naturalidad y la verdad, unidas al arte

exquisito del autor, que hace de cada una de ellas "pequeñas comedias inmortales que los animales representan entre sí" (1). Pocas fábulas de La Fontaine son originales en cuanto al asunto, mas ha de reconocerse, y va en ello su mejor elogio, que al verter a Fedro y Esopo al francés, no desmereció de ellos en cuanto a ingenio, belleza y concisión, volviendo a crear, por así decirlo, las obras maestras de los fabulistas clásicos.

Algunos poemas de diversa índole, comedias, poesías religiosas, nada agregan a su fama, que su segunda colección de fábulas, dedicadas por el autor a Madame Montespan y que Madame de Sevigné calificó de divinas, consolidó definitivamente.

Arrepentido de su vida frívola, hizo La Fontaine en 1693 pública retractación de ella, viviendo piadosamente sus días postreros, que ocupó en componer poesías religiosas y su última serie de fábulas, que dedicó al duque de Borgoña.

Murió cristianamente en París el 13 de abril de 1695. Sus fábulas, desafiando al tiempo, le sobreviven en innumerables ediciones modernas.

LA ENCINA Y LA CAÑA

Dijo un día la encina,
hablando con la caña:
—"Con sobrada razón, oh pobrecita,
te pudieras quejar de la fortuna.
Cualquiera pajarillo
es para ti una carga muy pesada,
y el soplo más ligero,

(1) Palabras de Mas y Pí.

que suele apenas encrespar la lisa
superficie del agua,
te obliga a dar de hocicos en el polvo.
Al contrario, mi copa,
cual eminente Cáucaso elevada,
del sol se opone a los ardientes rayos,
e insulta y desafía
al ímpetu ruidoso de los vientos.
Al menos si te hubieses
criado aquí al abrigo de las ramas
con que cubro este monte,
vivieras más segura,
guarecida por mí de las tormentas.
Pero tú, desdichada,
creces sobre esas playas descubiertas,
a ser débil juguete de los cierzos.
Por cierto que contigo
anduvo bien cruel naturaleza".
—"Amiga, yo agradezco
tu compasión — le respondió la caña —;
mas no tengas cuidado,
pues yo, doblando el cuello a los embates
del viento, más segura
estoy que tú, por más que hayas altiva
resistido hasta ahora. Vamos viendo".
Mientras la caña habla,
del opuesto horizonte
un recio vendaval se precipita
con furia impetuosa.
Al punto se encorvó la débil caña;
mas la robusta encina
resiste a los embates,
hasta que al fin, doblando sus esfuerzos
el viento asolador, descuaja y troncha
al árbol que escondía
su alta copa en las nubes
y su raíz en el profundo abismo.

Traducción de Gaspar M. de Jovellanos.

LOS DOS MULOS

Iban dos mulos caminando un día,
cargado uno de yeso,
y otro de gran tesoro para el fisco.
Iba éste tan ufano con el peso
de su opulenta carga,
que no la soltaría por un reino.
Marchaba mesurado
con grave paso y levantado el cuello,
tocando su cencerro;
cuando hételo que sale
de pronto una cuadrilla de bandidos,
que, hambrientos de dinero,
sobre el ufano conductor se arrojan;
le rodean, le agarran por el freno,
le oprimen y detienen.
Pretenden resistirlo;
pero, sintiendo al punto
de todas partes sobre sí mil palos,
"En esto — dijo sollozando — ¿En esto
han venido a parar mis esperanzas?
Este otro que me sigue,
me sigue sin peligro;
yo caigo en él, y del salir no fío".
—"No siempre provechosos
los grandes cargos son, amigo mío,
— le dijo el camarada —
que agora en tal apuro no te vieras
si, a ejemplo mío, hubieses
prestado tus servicios a un yesero".

Traducción de Gaspar M. de Jovellanos.

JOSÉ MARTÍNEZ RUIZ

(Azorín)

José Martínez Ruiz, universalmente conocido por su seudónimo de **Azorín,** nació en Alicante el 11 de junio de 1874. Hombre de leyes por su carrera, orientóse hacia las letras, dándose a conocer a los veintidós años escasos, ya en Madrid, por sus artículos literarios aparecidos en varios periódicos.

De 1902 data su primera novela, *"La voluntad"*, a la que siguió, luego de proficuos viajes a través de toda la península, estudiando paisajes y costumbres, *"La ruta de don Quijote"*.

Como cronista parlamentario perteneció Azorín a la redacción del *"A. B. C."*, creando un género de literatura periodística ampliamente difundida e imitada luego. Es redactor y colaborador de numerosas publicaciones españolas y americanas.

Azorín, que se jacta de no haber percibido jamás otro dinero que el ganado con su pluma, ha producido admirables estudios de los más ilustres escritores españoles de la pri-

mera mitad del siglo XIX, cuya alma ha intentado y logrado comprender a través del conocimiento del medio en que actuaron, creando así una nueva manera, que supone una ardua labor, dentro de la investigación literaria.

Escritor casticísimo, la lengua española ha alcanzado en Azorín el grado máximo de depuración y selección posible para un idioma: a través de sus palabras, que expresan exactamente sus ideas, fluye su pensamiento con diáfana claridad.

Crítico sereno, se caracteriza por su benevolencia para con los principiantes, en los que jamás cree ver futuros rivales. Por todo ello, este español enamorado de su patria es con toda justicia tenido como uno de los primeros escritores de nuestros días. Son algunos de sus títulos, además de los anteriormente mencionados: *"Los pueblos"* (ensayos acerca de la vida provinciana), *"España"* (hombres y paisajes), *"Lecturas españolas"*, *"Clásicos y modernos"*, *"La evolución de la crítica"*.

DON ILLÁN EL MÁGICO

(DE "EL CONDE DE LUCANOR")

Don Illán el Mágico vive en Toledo. Un mágico es un hombre sencillo y respetable. Tenéis una idea errada de lo que es un mágico. Un mágico no es un señor barbado y hosco que lleva en la cabeza un cucurucho con estrellas pintadas; un mágico es un hombre silencioso, discreto, de una mirada inteligente y dulce, de unas maneras suaves. Don Illán vive en Toledo; habita en una casa silenciosa y limpia. Grande es su renombre de sabiduría; a todos los ámbitos de España se extiende. Allá en Santiago de Galicia, un deán de la catedral ha entrado en deseos de conocer los secretos del arte mágico. ¿Para qué querrá conocer tales misterios

este deán? Y ¿quién mejor que don Illán podrá — si quiere — enseñárselos? Pues a Toledo se encamina nuestro deán. Cuando llega a Toledo endereza sus pasos a la casa de don Illán. A éste "fallólo que estaba leyendo en una cámara muy apartada"; es decir, tal vez en un desván, en un cuartito lejos de los ruidos de la calle, y que tiene por panorama — que se atalaya desde la ventana — una vasta extensión de tejados y de torrecillas, que se destacan bajo el cielo azul, un cielo por el que caminan unas nubes blancas.

Don Illán recibe cordialmente al viajero. Con exquisita amabilidad se dispone a enseñar su ciencia al deán de Santiago. En el coloquio que acaban de tener, el deán ha manifestado que él es hombre ante quien se abre un halagüeño porvenir: ahora es deán; dentro de unos años, seguramente llegará a arzobispo, a cardenal, a papa. El deán, en cambio de la ciencia que le iba a comunicar don Illán, "le prometió y le aseguró que de cualquier bien que de él oviere, que nunca faría sino lo que él mandase". No hay, por tanto, más que hablar. Don Illán manifiesta que la ciencia que él ha de enseñar "non se podía aprender sino en un lugar muy apartado". Esta misma noche tendrán los dos la misteriosa conferencia. Antes, don Illán llama a su cocinera y le ordena que prepare unas perdices para la cena. Don Illán desea obsequiar con este yantar al viajero.

Llega la noche: se dirigen ambos a esa cámara secreta donde don Illán ha de dar su conferencia. "Entraron ambos por una escalera de piedra muy bien labrada, y fueron descendiendo por ella muy gran pieza en guisa que parescían tan bajos que pasaba el río Tajo sobre ellos; é desque fueron en cabo de la escalera, fallaron una posada muy buena en una cámara mucho apuesta que ahí havía, do estaban los libros y el estudio en que habían de leer." No os imaginéis retortas, matraces, hornillos y redomas. No un gran caimán puesto colgando de una pared (como vemos en las ilustraciones del *Fausto*). No tibias humanas ni un ancho infolio y un reloj de arena colocados encima de una mesa. Esta cámara subterránea, tan honda que sobre ella quizá pase el río Tajo;

esta cámara no es más que una biblioteca henchida de raros y preciosos libros. La estancia no está alumbrada por el resplandor rojo de los hornillos (como también vemos en las estampas populares). Don Illán debía de ser uno de estos hombres que, viviendo en su siglo (el XII o el XX), viven realmente en un futuro en que fuerzas misteriosas que hoy desconocemos — pero que presentimos — harán que sea posible lo que hoy juzgamos irrealizable. Cuando ha entrado por su puerta el deán de Santiago, don Illán, a través de la materia y a través del tiempo, ha leído el alma de este hombre. Este hombre es un ingrato.

Ya se dispone don Illán a comenzar su conferencia, cuando aparecen unos mensajeros que le traen una carta al deán. Hemos olvidado decir que el deán es sobrino del arzobispo de Santiago. En la carta se le notifica una grave enfermedad del arzobispo. El deán contesta con otra epístola, diciendo que siente mucho no poder ir a compañar a su tío. "Dente a cuatro días llegaron otros hombres a pie, que traían otras cartas al deán, en que le fazía saber que el arzobispo era finado." Se preparaba en aquellos momentos en Santiago la elección de nuevo arzobispo; todos deseaban elegir al deán. Transcurren siete u ocho días más y aparecen "dos escuderos muy bien vestidos y muy bien aparejados"; los cuales escuderos se llegan hasta el deán, le besan reverentemente las manos y le entregan una carta en que se le notifica que ha sido elegido arzobispo de Santiago.

Ya tenemos a nuestro deán hecho arzobispo electo. Ya rebosa de satisfacción. Ya se ve en su palacio de Santiago sentado en uno de esos sillones de terciopelo, con bordados ricos de sedas en que — más tarde — había de poner Antonio Moro algunos de sus personajes regios. Don Illán da la enhorabuena al electo arzobispo. Y como don Illán ha sido generoso con él enseñándole su ciencia misteriosa, don Illán ruega al arzobispo que el deanazgo vacante lo provea en un hijo suyo. El arzobispo, cortés y atento, se dispone a acceder a la petición de don Illán; sin embargo, deseaba exponerle una cierta consideración. Él "le rogava que quisiese consen-

tir que aquel deanazgo lo hubiese en su hermano"... Nótese la irreprochable cortesía del electo arzobispo; el deanazgo es para el hijo de don Illán; no hay más que hablar de ello; mas él, el arzobispo, *ruega* a don Illán que *quiera consentir* que sea para un hermano del arzobispo con quien el arzobispo tiene un grande y antiguo compromiso. Y añade: "Más que él le faría bien en la Iglesia en guisa que él fuese pagado, y que le rogava que se fuese con él a Santiago y que llevase con él a aquel su fijo."

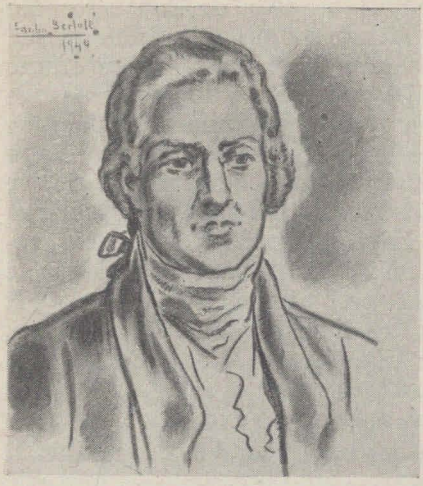
Ya están todos en Santiago. El arzobispo es un buen arzobispo; todos le quieren bien; él es bondadoso con todos. Al cabo de algún tiempo llegan unos mandaderos del Papa. Ha vacado el obispado de Tolosa; para esa sede nombra el Papa al arzobispo de Santiago. Entonces don Illán pide con mucho encarecimiento que el arzobispado vacante de Santiago sea para su hijo; de nuevo torna a darle la razón del antiguo deán a su amigo y bienhechor; pero le ruega que permita que este arzobispado sea para un tío suyo, hermano de su padre. "Y don Illán dijo que bien entendía que le faría muy gran tuerto, pero que lo consentía en tal que fuese seguro que ge lo enmendaría en adelante." De muy buen grado se lo prometió el arzobispo. y rogóle que fuese con él a Tolosa y que llevase a su hijo. Ya están todos en Tolosa. A los dos años llegan otra vez mandaderos del Papa. El Papa ha nombrado cardenal al obispo; el obispado de Tolosa puede darlo a quien quiera. Aquí tenemos a don Illán de nuevo solicitando la vacante para su hijo; tantas veces han fallado sus pretensiones, tantas veces el favor le ha sido denegado, que parece absurdo que ahora no se le cumplan sus afanes y el obispo le dé una nueva excusa. Pero así es, desgraciadamente. El nuevo cardenal ruega — tan cortés como siempre — que el obispado vacante de Tolosa sea para un tío suyo, hermano de su madre. "Y don Illán quejóse mucho, pero consintió en lo que el cardenal quiso, y fuése con él para la corte."

Ya están todos en Roma. El nuevo cardenal desempeña admirablemente su cargo; gran consideración le guardan los demás cardenales. Ocurrió que el Papa falleció; los carde-

nales eligieron por Papa al antiguo deán de Santiago. Ha llegado la ocasión — ¡por fin! — de que don Illán pueda ver colmados sus deseos. Su amigo no podrá tener efugio alguno para hacerlo. Al Papa representa don Illán lo que espera de él. "Y el Papa dijo que no le afincase tanto, que siempre habría lugar en que le hiciese merced según fuere razón". Entonces don Illán, amargado, desesperanzado, se lamentaba con palabras ardientes. Estas palabras pusieron en indignación al Papa. El Papa, apurada la paciencia, reprochó su pesadez y pertinacia a don Illán. Más hizo: le amenazó con meterle en prisión si persistía en su actitud; puesto que él, don Illán, era un hereje y un nigromántico, ejercitador de reprobadas y diabólicas artes. Cuando esto oyó don Illán, no quiso permanecer más en Roma. Ni para el camino le dió el Papa, su antiguo amigo, un viático...

Lector: Todo esto que nos cuenta un gran aristócrata, nieto de un santo y rey a la vez — don Fernando —, no tiene nada de irreverente. Todo es una ingeniosa ficción. Al llegar el relato al punto en que lo hemos interrumpido, bruscamente, mágicamente, el deán de Santiago y don Illán se encuentran los dos en la cámara subterránea de Toledo. Don Illán ha visto, en un segundo, a través de la materia y el tiempo. Despide al deán y él se come solo las perdices preparadas para la cena. Don Illán había adivinado que si él tuviera con este hombre la generosidad de enseñarle su ciencia, este hombre luego no sería agradecido con él.

Seamos buenos, corteses, afables: que nuestro corazón esté siempre dispuesto al bien. Pero cuando vayamos a poner toda nuestra alma, nuestro trabajo, nuestro porvenir, la paz de los nuestros y aun nuestra propia vida al servicio de un hombre o de una causa, miremos si ese hombre y si esa causa son dignos de nuestro supremo sacrificio.



FÉLIX MARÍA DE SAMANIEGO

Félix M. de Samaniego, el primero entre los fabulistas españoles, nació en Laguardia, en Alava, el 12 de octubre de 1745, donde murió el 11 de agosto de 1807.

Mayorazgo de la casa de los señores de las Cinco Villas del valle de Arraya, hizo estudios de leyes en la Universidad de Valladolid y viajó por Francia. Presidente de la primera Sociedad Vascongada que hubo en España, debió pasar algunas temporadas en el Seminario de Vergara, para cuyos pupilos, y a pedido del marqués de Peñaflorida, su tío, escribió sus *"Fábulas morales"*, imitando unas veces a los maestros de la antigüedad, Esopo y Fedro, o al francés La Fontaine, manifestándose otras plenamente original.

Son rasgos característicos de las fábulas de Samaniego la gracia y la naturalidad, la sencillez y la armonía; ellas constituyen vivo trasunto del donaire de la conversación del autor y de sus dichos, algunos de los cuales aun corren por su tierra.

Samaniego no concedía ninguna importancia a su fama literaria, como lo evidenció en el trance de su cristiana muerte, cuando dispuso que fueran quemados sus escritos. La posteridad, más justa que él, los ha conservado y, a través de los

años, sus fábulas siguen siendo lectura obligada para los niños de habla española.

EL CONGRESO DE LOS RATONES

Desde el gran Zapirón, el blanco y rubio,
que después de las aguas del diluvio
fué padre universal de todo gato,
ha sido Miauragato
quien más sangrientamente
persiguió a la infeliz ratona gente.
Lo cierto es que obligada
de su persecución, la desdichada,
en Ratópolis tuvo su congreso.
Propuso el elocuente Roequeso
echarle un cascabel, y de esa suerte
al ruido escaparían de la muerte.
El proyecto aprobaron uno a uno.
¿Quién lo ha de ejecutar? Eso, ninguno.
—"Yo soy corto de vista". —"Yo, muy viejo".
—"Yo, gotoso" — decían. El consejo
se acabó como muchos en el mundo.
Proponen un proyecto sin segundo:
le aprueban. Hacen otro. ¡Qué portento!
¿Pero la ejecución? Ahí está el cuento.

EL VIEJO Y LA MUERTE

Entre montes por áspero camino,
tropezando con una y otra peña,
iba un viejo cargado con su leña,
maldiciendo su mísero destino.

Al fin cayó, y viéndose de suerte
que apenas levantarse ya podía,
llamaba con colérica porfía
una, dos y tres veces a la Muerte.

Armada de guadaña en esqueleto
la Parca se le ofrece en aquel punto;

pero el Viejo, temiendo ser difunto,
lleno más de temor que de respeto,

trémulo la decía y balbuciente:
—Yo..., señora..., os llamé desesperado;
pero... — Acaba: ¿qué quieres desdichado?
—Que me carguéis la leña solamente.

Tenga paciencia quien se cree infelice,
que aun en la situación más lamentable
es la vida del hombre siempre amable:
el viejo de la leña nos lo dice.

LAS DOS RANAS

Tenían dos ranas
sus pastos vecinos:
una en un estanque,
otra en un camino.
Cierto día a ésta
aquélla le dijo:
—"¿Es creíble, amiga,
de tu mucho juicio,
que vivas contenta
entre los peligros,
donde te amenazan
al paso preciso
los pies y las ruedas,
riesgos infinitos?
Deja tal vivienda,
muda de destino,
sigue mi dictamen
y vente conmigo".
En tono de mofa,
haciendo mil mimos,
respondió su amiga:
—"¡Excelente aviso!
¡A mí novedades!
Vaya, ¡qué delirio!
Eso sí que fuera
darme el diablo ruido.
¡Yo dejar la casa
que fué domicilio
de padres, abuelos,
y todos los míos,
sin que haya memoria
de haber sucedido
la menor desgracia
desde luengos siglos!"
—"Allá te compongas,
mas ten entendido,
que tal vez suceda
lo que no se ha visto".
Llegó una carreta
a este tiempo mismo,
y a la triste Rana
tortilla la hizo.
Por hombres de seso
muchos hay tenidos,
que a nuevas razones
cierran los oídos.
Recibir consejos
es un desvarío:
la rancia costumbre
suele ser su libro.

BENITO PÉREZ GALDÓS

Benito Pérez Galdós, el más complejo y grande de los novelistas del siglo pasado, nació en Las Palmas, islas Canarias, el 10 de mayo de 1843. Acerca de su vida nos ilustra él mismo la única vez que su ingénita modestia le consintió hablar de sí propio en las *"Memorias de un desmemoriado"*.

Magníficamente dotado para el dibujo y apasionado por la música, Pérez Galdós estudió con desgano la carrera de leyes, manifestándose muy luego su fuerte vocación de novelista y su posición de revolucionario con su libro *"La fontana de oro"*. Siguieron a éste los magníficos *"Episodios nacionales"*, vibrante epopeya henchida de vida, verdadera novela cívica que Galdós escribió palpitante de patriotismo y rebosando de esa inspiración que, por boca de uno de sus héroes, él describe así: "Parece que en mi cerebro entra de improviso una gran luz que ilumina y da forma a mil ignorados prodigios, como la antorcha del viajero que esclareciendo la oscura cueva, da a conocer las maravillas de la geología tan de repente, que parece que la crea, y al mismo tiempo mi corazón, muerto para las grandes sensaciones, se levanta, Lázaro llamado

por la voz divina, y se me sacude en el pecho, causándome a la vez dolor y alegría". Y luego su vasta obra de novelista, que constituye su vida misma, pues Pérez Galdós pareció no vivir sino para ella, al punto que nadie hubiera reconocido en aquel hombre insignificante, que no hablaba como no fuera para preguntar, que no miraba sino para escudriñar, que no respiraba sino para explorar la vida, al creador de todo un mundo novelesco que dentro de sus límites encerró al mundo entero.

A los *"Episodios nacionales"* siguieron las *"Novelas contemporáneas"*, y entre unos y otras sus novelas de tesis, apasionadamente discutidas, que presentan el cuadro vivo de la lucha, en el terreno político y religioso, de las ideas renovadoras contra la tradición secular, que Pérez Galdós combatió denodadamente: *"Doña Perfecta"*, *"Gloria"*, *"La familia de León Roch"*.

A las *"Novelas contemporáneas"*, más reflexivas y dentro de la corriente del naturalismo francés, pertenecen *"La desheredada"*, *"El amigo Manso"*, *"Ángel Guerra"*, *"Marianela"*, *"El doctor Centeno"*, *"Miau"*, *"La loca de la casa"*, *"El abuelo"*, *"Misericordia"*, *"La razón de la sinrazón"* y docenas de otros títulos que integran el casi fantástico número de sus novelas, que nos recuerda la prodigiosa fecundidad de los dramaturgos del Siglo de Oro. Entre todas ellas sobresale la magnífica historia de *"Fortunata y Jacinta"* que Menéndez y Pelayo considera "uno de los mayores esfuerzos del ingenio español en nuestros días".

También tentó el teatro Pérez Galdós, llevando a la escena algunas de sus novelas o escribiendo dramas que, en verdad, no fueron sino novelas representables. Por ello, dice Cejador, "como autor dramático resiéntese la obra de Galdós de la tonalidad novelesca a que está acostumbrado". Hemos de

citar, dentro de la cuerda dramática: *"Realidad"*, *"Electra"*, *"Alma y vida"*, *"El abuelo"*. Benito Pérez Galdós, que nunca tuvo habilidad para manejar sus negocios con los editores de sus obras, murió en la misma pobreza en que había vivido, el 14 de enero de 1920.

LA MULA Y EL BUEY

CUENTO DE NAVIDAD

I

Cesó de quejarse la pobrecita; movió la cabeza, fijando los tristes ojos en las personas que rodeaban su lecho; extinguióse poco a poco su aliento, y expiró. El Ángel de la Guarda, dando un suspiro, alzó el vuelo y se fué.

La infeliz madre no creía tanta desventura; pero el lindísimo rostro de Celinina se fué poniendo amarillo y diáfano como cera; enfriáronse sus miembros, y quedó rígida y dura como el cuerpo de una muñeca. Entonces llevaron fuera de la alcoba a la madre, al padre y a los más inmediatos parientes, y dos o tres amigas y las criadas se ocuparon en cumplir el último deber con la pobre niña muerta.

La vistieron con riquísimo traje de batista; la falda, blanca y ligera como una nube, toda llena de encajes y rizos, que la asemejaban a espuma. Pusiéronle los zapatos, blancos también y apenas ligeramente gastada la suela, señal de haber dado pocos pasos, y después tejieron, con sus admirables cabellos de color castaño obscuro, graciosas trenzas enlazadas con cintas azules. Buscaron flores naturales; mas no hallándolas, por ser tan impropia de ellas la estación, tejieron una linda corona con flores de tela, escogiendo las más bonitas y las que más se parecían a verdaderas rosas frescas traídas del jardín.

Un hombre antipático trajo una caja algo mayor que la de un violín, forrada de seda azul con galones de plata,

y por dentro guarnecida de raso blanco. Colocaron dentro a Celinina, sosteniendo su cabeza en preciosa y blanca almohada, para que no estuviese en postura violenta, y después que la acomodaron bien en su fúnebre lecho, cruzaron sus manecitas, atándolas con una cinta, y entre ellas pusiéronle un ramo de rosas blancas, tan hábilmente hechas por el artista, que parecían hijas del mismo abril.

Luego las mujeres aquellas cubrieron de vistosos paños una mesa, arreglándola como un altar, y sobre ella fué colocada la caja. En breve tiempo armaron unos al modo de doseles de iglesia, con ricas cortinas blancas, que se recogían gallardamente a un lado y otro; trajeron de otras piezas cantidad de santos e imágenes, que ordenadamente distribuyeron sobre el altar, como formando la corte funeraria del ángel difunto, y, sin pérdida de tiempo, encendieron algunas docenas de luces en los grandes candelabros de la sala, los cuales, en torno a Celinina, derramaban tristísimas claridades. Después de besar repetidas veces las heladas mejillas de la pobre niña, dieron por terminada su piadosa obra.

II

Allá, en lo más hondo de la casa, sonaban gemidos de hombres y mujeres. Era el triste lamentar de los padres, que no podían convencerse de la verdad del aforismo *angelitos al cielo,* que los amigos administran como calmante moral en tales trances. Los padres creían entonces que la verdadera y más propia morada de los angelitos es la tierra; y tampoco podían admitir la teoría de que es mucho más lamentable y desastrosa la muerte de los grandes que la de los pequeños. Sentían, mezclada a su dolor, la profundísima lástima que inspira la agonía de un niño, y no comprendían que ninguna pena superase a aquella que destrozaba sus entrañas.

Mil recuerdos e imágenes dolorosas les herían, tomando forma de agudísimos puñales que les traspasaban el corazón. La madre oía sin cesar la encantadora media lengua de Celinina, diciendo las cosas al revés, y haciendo de las palabras de nuestro idioma graciosas caricaturas filológicas, que

afluían de su linda boca como la música más tierna que puede conmover el corazón de una madre. Nada caracteriza a un niño como su estilo, aquel genuino modo de expresarse y decirlo todo con cuatro letras, y aquella gramática prehistórica, como los primeros vagidos de la palabra en los albores de la humanidad, y su sencillo arte de declinar y conjugar, que parece la rectificación inocente de los idiomas regularizados por el uso. El vocabulario de un niño de tres años, como Celinina, constituye el verdadero tesoro literario de las familias. ¿Cómo había de olvidar la madre aquella lengüecita de trapo, que llamaba al sombrero *tumeyo* y al garbanzo *babancho?*

Para colmo de aflicción, vió la buena señora por todas partes los objetos con que Celinina había alborozado los últimos días; y como éstos eran los que preceden a Navidad, rodaban por el suelo pavos de barro con patas de alambre; un San José sin manos; un pesebre con el Niño Dios, semejante a una bolita de color de rosa; un Rey Mago montado en arrogante camello sin cabeza. Lo que habían padecido aquellas pobres figuras en los últimos días, arrastradas de aquí para allí, puestas en esta o en la otra forma, sólo Dios, la mamá y el purísimo espíritu que había volado al Cielo lo sabían.

Estaban las rotas esculturas impregnadas, digámoslo así, del alma de Celinina, o vestidas, si se quiere, de una singular claridad muy triste, que era la claridad de ella. La pobre madre, al mirarlas, temblaba toda, sintiéndose herida en lo más delicado y sensible de su íntimo ser. ¡Extraña alianza de las cosas! ¡Cómo lloraban aquellos pedazos de barro! ¡Llenos parecían de una aflicción intensa, y tan doloridos, que su vista sola producía tanta amargura como el espectáculo de la misma criatura moribunda, cuando miraba con suplicantes ojos a sus padres y les pedía que le quitasen aquel horrible dolor de su frente abrasada! La más triste cosa del mundo era para la madre aquel pavo con patas de alambre clavadas en tabilla de barro, y que en sus frecuentes cambios de postura había perdido el pico y el moco.

III

Pero si era aflictiva la situación de espíritu de la madre, éralo mucho más la del padre. Aquélla estaba traspasada de dolor; en éste, el dolor se agravaba con un remordimiento agudísimo. Contaremos brevemente el peregrino caso, advirtiendo que esto quizá parecerá en extremo pueril a algunos, pero a los que tal crean les recordaremos que nada es tan ocasionado a puerilidades como un íntimo y puro dolor, de esos en que no existe mezcla alguna de intereses de la tierra, ni el desconsuelo secundario del egoísmo no satisfecho.

Desde que Celinina cayó enferma, sintió el afán de las poéticas fiestas que más alegran a los niños: las fiestas de Navidad. Ya se sabe con cuánta ansia desean la llegada de estos risueños días, y cómo les trastorna el febril anhelo de los regalitos, de los nacimientos, y las esperanzas del mucho comer y del atracarse de pavo, mazapán, peladillas y turrón. Algunos se creen capaces, con la mayor ingenuidad, de embuchar en sus estómagos cuanto ostentan la Plaza Mayor y calles adyacentes.

Celinina, en sus ratos de mejoría, no dejaba de la boca el tema de la Pascua; y como sus primitos, que iban a acompañarla, eran de más edad y sabían cuanto hay que saber en punto a regalos y nacimientos, se alborotaba más la fantasía de la pobre niña oyéndoles, y más se encendían sus afanes de poseer golosinas y juguetes. Delirando, cuando la metía en su horno de martirios la fiebre, no cesaba de nombrar lo que de tal modo ocupaba su espíritu, y todo era golpear tambores, tañer zambombas, cantar villancicos. En la esfera tenebrosa que rodeaba su mente, no había sino pavos haciendo *clau clau;* pollos que gritaban *pío pío;* montes de turrón que llegaban al Cielo formando un Guadarrama de almendras; nacimientos llenos de luces y que tenían lo menos cincuenta mil millones de figuras; ramos de dulce, árboles cargados de cuantos juguetes puede idear la más fecunda imaginación tirolesa; el estanque del Retiro lleno de sopa de almendras; besugos que miraban a las cocineras con sus ojos cuajados; naranjas que llovían del

Cielo, cayendo en más abundancia que las gotas de agua en día de temporal, y otros mil prodigios que no tienen número ni medida.

IV

El padre, por no tener más chicos que Celinina, no cabía en sí de inquieto y desasosegado. Sus negocios le llamaban fuera de la casa; pero muy a menudo entraba en ella para ver cómo iba la enfermita. El mal seguía su marcha con alternativas traidoras: unas veces dando esperanzas de remedio; otras, quitándolas.

El buen hombre tenía presentimientos tristes. El lecho de Celinina, con la tierna persona agobiada en él por la fiebre y los dolores, no se apartaba de su imaginación. Atento a lo que pudiera contribuir a regocijar el espíritu de la niña, todas las noches, cuando regresaba a la casa, le traía algún regalito de Pascua, variando siempre de objeto y especie, pero prescindiendo siempre de toda golosina. Trájole un día una manada de pavos, tan al vivo hechos, que no les faltaba más que graznar; otro día sacó de sus bolsillos la mitad de la Sacra Familia, y al siguiente a San José con el pesebre y portal de Belén. Después vino con unas preciosas ovejas, a quien conducían gallardos pastores, y luego se hizo acompañar de unas lavanderas que lavaban, y de un choricero que vendía chorizos, y de un Rey Mago negro, al cual sucedió otro de barba blanca y corona de oro. Por traer, hasta trajo una vieja que daba azotes en cierta parte a un chico por no saber la lección.

Conocedora Celinina, por lo que charlaban sus primos, de todo lo necesario a la buena composición de un nacimiento, conoció que aquella obra estaba incompleta por la falta de dos figuras muy principales: la mula y el buey. Ella no sabía lo que significaba la tal mula ni el tal buey; pero atenta a que todas las cosas fuesen perfectas, reclamó una y otra vez del solícito padre el par de animales que se había quedado en Santa Cruz.

Él prometió traerlos, y en su corazón hizo propósito firmísimo de no volver sin ambas bestias; pero aquel día,

que era el 23, los asuntos y quehaceres se le aumentaron de tal modo, que no tuvo un punto de reposo. Además de esto, quiso el Cielo que se sacase la lotería, que tuviera noticia de haber ganado un pleito, que dos amigos cariñosos le embarazaran toda la mañana..., en fin, el padre entró en la casa sin la mula, pero también sin el buey.

Gran desconsuelo mostró Celinina al ver que no venían a completar su tesoro las dos únicas joyas que en él faltaban. El padre quiso al punto remediar su falta: mas la nena se había agravado considerablemente durante el día: vino el médico, y como sus palabras no eran tranquilizadoras, nadie pensó en bueyes, mas tampoco en mulas.

El 24 resolvió el pobre señor no moverse de la casa. Celinina tuvo por breve rato un alivio tan patente, que todos concibieron esperanzas, y lleno de alegría, dijo el padre: "Voy al punto a buscar eso."

Pero como cae rápidamente un ave herida al remontar el vuelo a lo más alto, así cayó Celinina en las honduras de una fiebre muy intensa. Se agitaba trémula y sofocada en los brazos ardientes de la enfermedad, que la constreñía sacudiéndola para expulsar la vida. En la confusión de su delirio, y sobre el revuelto oleaje de su pensamiento, flotaba, como el único objeto salvado de un cataclismo, la idea fija del deseo que no había sido satisfecho; de aquella codiciada mula y de aquel suspirado buey, que aun proseguían en estado de esperanza.

El papá salió medio loco, corrió por las calles; pero en mitad de una de ellas se detuvo y dijo: "¿Quién piensa ahora en figuras de nacimiento?"

Y, corriendo de aquí para allí, subió escaleras, y tocó campanillas, y abrió puertas sin reposar un instante, hasta que hubo juntado siete u ocho médicos, y les llevó a su casa. Era preciso salvar a Celinina.

V

Pero Dios no quiso que los siete u ocho (pues la cifra no se sabe a punto fijo) alumnos de Esculapio contraviniesen la sentencia que Él había dado, y Celinina fué cayendo,

cayendo más a cada hora, y llegó a estar abatida, abrasada, luchando con indescriptibles congojas, como la mariposa que ha sido golpeada y tiembla sobre el suelo con las alas rotas. Los padres se inclinaban junto a ella con afán insensato, cual si quisieran con la sola fuerza del mirar detener aquella existencia que se iba, suspender la rápida desorganización humana, y con su aliento renovar el aliento de la pobre mártir, que se desvanecía en un suspiro.

Sonaron en la calle tambores y zambombas y alegre chasquido de panderos. Celinina abrió los ojos, que ya parecían cerrados para siempre; miró a su padre, y con la mirada tan sólo y un grave murmullo que no parecía venir ya de lenguas de este mundo, pidió a su padre lo que éste no había querido traerle. Traspasados de dolor padre y madre, quisieron engañarla, para que tuviese una alegría en aquel instante de suprema aflicción, y presentándole los pavos, le dijeron:

—Mira, hija de mi alma, aquí tienes la mulita y el bueyecito.

Pero Celinina, aun acabándose, tuvo suficiente claridad en su entendimiento para ver que los pavos no eran otra cosa que pavos, y los rechazó con agraciado gesto. Después siguió con la vista fija en sus padres, y ambas manos en la cabeza señalando sus agudos dolores. Poco a poco fué extinguiéndose en ella aquel acompasado son, que es el último vibrar de la vida, y al fin todo calló, como calla la máquina del reloj que se para; y la linda Celinina fué un gracioso bulto, inerte y frío como mármol, blanco y transparente como la purificada cera que arde en los altares.

¿Se comprende ahora el remordimiento del padre? Porque Celinina tornara a la vida hubiera él recorrido la tierra entera para recoger todos los bueyes y todas, absolutamente todas las mulas que en ella hay. La idea de no haber satisfecho aquel inocente deseo era la espada más aguda y fría que traspasaba su corazón. En vano con el raciocinio quería arrancársela; pero ¿de qué servía la razón, si era tan niño entonces como la que dormía en el ataúd, y daba más importancia a un juguete que a todas las cosas de la tierra y del Cielo?

VI

En la casa se apagaron al fin los rumores de la desesperación, como si el dolor, internándose en el alma, que es su morada propia, cerrara las puertas de los sentidos para estar más solo y recrearse en sí mismo.

Era Nochebuena, y si todo callaba en la triste vivienda recién visitada de la muerte, fuera, en las calles de la ciudad, y en todas las demás casas, resonaban placenteras bullangas de groseros instrumentos músicos, y vocería de chiquillos y adultos cantando la venida del Mesías. Desde la sala donde estaba la niña difunta, las piadosas mujeres que le hacían compañía oyeron espantosa algazara, que al través del pavimento del piso superior llegaba hasta ellas, conturbándolas en su pena y devoto recogimiento. Allá arriba, muchos niños chicos, congregados con mayor número de niños grandes y felices papás y alborozados tíos y tías, celebraban la Pascua, locos de alegría ante el más admirable nacimiento que era dado imaginar, y atentos al fruto de juguetes y dulces que en sus ramas llevaba un frondoso árbol con mil vistosas candilejas alumbrado.

Hubo momentos en que, con el grande estrépito de arriba, parecía que retemblaba el techo de la sala, y que la pobre muerta se estremecía en su caja azul, y que las luces todas oscilaban, cual si, a su manera, quisieran dar a entender también que estaban algo peneques. De las tres mujeres que velaban, se retiraron dos; quedó una sola, y ésta, sintiendo en su cabeza grandísimo peso, a causa sin duda del cansancio producido por tantas vigilias, tocó el pecho con la barba y se durmió.

Las luces siguieron oscilando y moviéndose mucho, a pesar de que no entraba aire en la habitación. Creeríase que invisibles alas se agitaban en el espacio ocupado por el altar. Los encajes del vestido de Celinina se movieron también, y las hojas de sus flores de trapo anunciaban el paso de una brisa juguetona o de manos muy suaves. Entonces Celinina abrió los ojos.

Sus ojos negros llenaron la sala con una mirada viva y afanosa que echaron en derredor y de arriba abajo. Inmediatamente después separó las manos, sin que opusiera

resistencia la cinta que las ataba, y cerrando ambos puños se frotó con ellos los ojos, como es costumbre en los niños al despertarse. Luego se incorporó con rápido movimiento, sin esfuerzo alguno, y mirando al techo se echó a reír; pero su risa, sensible a la vista, no podía oírse. El único rumor que fácilmente se percibió era una bullanga de alas vivamente agitadas, cual si todas las palomas del mundo estuvieran entrando y saliendo en la sala mortuoria y rozaran con sus plumas el techo y las paredes.

Celinina se puso en pie, extendió los brazos hacia arriba, y al punto le nacieron unas alitas cortas y blancas. Batiendo con ellas el aire levantó el vuelo y desapareció.

Todo continuaba lo mismo: las luces ardiendo, derramando en copiosos chorros la blanca cera sobre las arandelas; las imágenes en el propio sitio, sin mover brazo ni pierna ni desplegar sus austeros labios; la mujer sumida plácidamente en un sueño que debía saberle a gloria; todo seguía lo mismo, menos la caja azul, que se había quedado vacía.

VII

¡Hermosa fiesta la de esta noche en casa de los señores de XXX!

Los tambores atruenan la sala. No hay quien haga comprender a esos endiablados chicos que se divertirán más renunciando a la infernal bulla de aquel instrumento de guerra. Para que ningún humano oído quede en estado de funcionar al día siguiente, añaden al tambor esa invención del Averno, llamada zambomba, cuyo ruido semeja a gruñidos de Satanás. Completa la sinfonía el pandero, cuyo atroz chirrido de caldereterío vieja alborota los nervios más tranquilos. Y, sin embargo, esta discorde algazara sin melodía y sin ritmo, más primitiva que la música de los salvajes, es alegre en aquesta singular noche y tiene cierto sonsonete lejano de coro celestial.

El Nacimiento no es una obra de arte a los ojos de los adultos; pero los chicos encuentran tanta belleza en las figuras, expresión tan mística en el semblante de todas ellas y propiedad tanta en sus trajes, que no creen haya salido de manos de los hombres obra más perfecta, y la atribuyen

a la industria peculiar de ciertos ángeles dedicados a ganarse la vida trabajando en barro. El portal, de corcho, imitando un arco romano en ruinas, es monísimo, y el riachuelo, representando por un espejillo con manchas verdes que remedan acuáticas hierbas y el musgo de las márgenes, parece que corre por la mesa adelante con plácido murmurio. El puente por do pasan los pastores es tal, que nunca se ha visto el cartón tan semejante a la piedra; al contrario de lo que pasa en muchas obras de nuestros ingenieros modernos, los cuales hacen puentes de piedra que parecen de cartón. El monte que ocupa el centro se confundiría con un pedazo de los Pirineos, y sus lindas casitas, más pequeñas que las figuras, y sus árboles figurados con ramitas de evónimus, dejan atrás a la misma Naturaleza.

En el llano es donde está lo más bello y las figuras más características: las lavanderas que lavan en el arroyo; los paveros y polleros conduciendo sus manadas; un guardia civil que lleva dos granujas presos; caballeros que pasean en lujosas carretelas junto al camello de un Rey Mago, y Perico el ciego tocando la guitarra en un corrillo donde curiosean los pastores que han vuelto del Portal. Por medio a medio, pasa un tranvía lo mismito que el del barrio Salamanca, y como tiene dos *rails* y sus ruedas, a cada instante le hacen correr de Oriente a Occidente, con gran asombro del Rey Negro, que no sabe qué endiablada máquina es aquélla.

Delante del Portal hay una lindísima plazoleta, cuyo centro lo ocupa una redoma de peces, y no lejos de allí vende un chico *La Correspondencia* y bailan gentilmente dos majos. La vieja que vende buñuelos y la castañera de la esquina son las piezas más graciosas de este maravilloso pueblo de barro, y ellas solas atraen con preferencia las miradas de la infantil muchedumbre. Sobre todo, aquel chicuelo andrajoso que en una mano tiene un billete de lotería, y con la otra le roba bonitamente las castañas del cesto a la tía Lambrijas, hace desternillar de risa a todos.

En suma: el Nacimiento *número uno* de Madrid es el de aquella casa, una de las más principales, y ha reunido en sus salones a los niños más lindos y más juiciosos de veinte calles a la redonda.

VIII

Pues ¿y el árbol? Está formado de ramas de encina y cedro. El solícito amigo de la casa que lo ha compuesto con gran trabajo, declara que jamás salió de sus manos obra tan acabada y perfecta. No se pueden contar los regalos pendientes de sus hojas. Son, según la suposición de un chiquitín allí presente, en mayor número que las arenas del mar. Dulces envueltos en cáscaras de papel rizado; mandarinas, que son los niños de pecho de las naranjas; castañas arropadas en mantillas de papel de plata; cajitas que contienen glóbulos de confitería homeopática; figurillas diversas a pie y a caballo: cuanto Dios crió para que lo perfeccionase luego la Mahonesa o lo vendiese Scropp, ha sido puesto allí por una mano tan generosa como hábil. Alumbraban aquel árbol de la vida candilejas en tal abundancia, que, según la relación de un convidado de cuatro años, hay allí más lucecitas que estrellas en el Cielo.

El gozo de la caterva infantil no puede compararse a ningún sentimiento humano: es el gozo inefable de los coros celestiales en presencia del Sumo Bien y de la Belleza Suma. La superabundancia de satisfacción casi les hace juiciosos y están como perplejos, en seráfico arrobamiento, con toda el alma en los ojos, saboreando de antemano lo que han de comer, y nadando, como los ángeles bienaventurados, en éter puro de cosas dulces y deliciosas, en olor de flores y de canela, en la esencia increada del juego y de la golosina.

IX

Mas de repente sintieron un rumor que no provenía de ellos. Todos miraron al techo, y como no veían nada, se contemplaban los unos a los otros, riendo. Oíase gran murmullo de alas rozando contra la pared y chocando en el techo. Si estuvieran ciegos, habrían creído que todas las palomas de todos los palomares del universo se habían metido en la sala. Pero no veían nada, absolutamente nada.

Notaron, sí, de súbito, una cosa inexplicable y fenomenal. Todas las figurillas del Nacimiento se movieron, todas variaron de sitio sin ruido. El coche del tranvía subió a lo alto de los montes, y los Reyes se metieron de patas en el

arroyo. Los pavos se colaron sin permiso dentro del Portal, y San José salió todo turbado, cual si quisiera saber el origen de tan rara confusión. Después, muchas figuras quedaron tendidas en el suelo. Si al principio las traslaciones se hicieron sin desorden, después se armó una baraúnda tal, que parecían andar por allí cien mil manos afanosas de revolverlo todo. Era un cataclismo universal en miniatura. El monte se venía abajo, faltándole sus cimientos seculares; el riachuelo variaba de curso, y echando fuera del cauce sus espejillos inundaba espantosamente la llanura; las casas hundían el tejado en la arena; el Portal se estremecía cual si fuera combatido de horribles vientos, y como se apagaron muchas luces, resultó nublado el sol y obscurecidas las luminarias del día y de la noche.

Entre el estupor que tal fenómeno producía, algunos pequeñuelos reían locamente, y otros lloraban. Una vieja supersticiosa les dijo:

—¿No sabéis quién hace este trastorno? Hácenlo los niños muertos que están en el Cielo, y a los cuales permite Padre Dios, esta noche, que vengan a jugar con los Nacimientos.

Todo aquello tuvo fin, y se sintió otra vez el batir de alas alejándose.

Acudieron muchos de los presentes a examinar los estragos, y un señor dijo:

—Es que se ha hundido la mesa y todas las figuras se han revuelto.

Empezaron a recoger las figuras y a ponerlas en orden. Después del minucioso recuento y de reconocer una por una todas las piezas se echó de menos algo. Buscaron y rebuscaron; pero sin resultado. Faltaban dos figuras: la mula y el buey.

X

Ya cercano el día iban los alborotadores caminos del Cielo, más contentos que unas Pascuas, dando brincos por esas nubes, y eran millones de millones, todos preciosos, puros, divinos, con alas blancas y cortas que batían más rápidamente que los más veloces pájaros de la tierra. La bandada que formaban era más grande que cuanto pueden abarcar

los ojos en el espacio visible, y cubría la luna y las estrellas, como cuando el firmamento se llena de nubes.

—A prisa, a prisa, caballeritos, que va a ser de día —dijo uno —, y el Abuelo nos va a reñir si llegamos tarde. No valen nada los Nacimientos de este año... ¡Cuando uno recuerda aquellos tiempos...!

Celinina iba con ellos, y como por primera vez andaba en aquellas altitudes, se atolondraba un poco.

—Ven acá — le dijo uno —, dame la mano y volarás más derecha... Pero ¿qué llevas ahí?

—Esto — repuso Celinina oprimiendo contra su pecho dos groseros animales de barro —. Son pa mí, pa mí.

—Mira, chiquilla, tira esos muñecos. Bien se conoce que sales ahora de la tierra. Has de saber que aunque en el Cielo tenemos juegos eternos y siempre deliciosos, el Abuelo nos manda al mundo esta noche para que enredemos un poco en los Nacimientos. Allá arriba se divierten también esta noche, y yo creo que nos mandan abajo porque les mareamos con el ruido que metemos... Pero si Padre Dios nos deja bajar y andar por las casas, es a condición de que no hemos de coger nada, y tú has afanado eso.

Celinina no se hacía cargo de estas poderosas razones, y apretando más contra su pecho los dos animales, repitió:

—Pa mí, pa mí.

—Mira, tonta — añadió el otro —; que si no haces caso nos vas a dar un disgusto. Baja en un vuelo, y deja eso, que es de la tierra y en la tierra debe quedar. En un momento vas y vuelves, tonta. Yo te espero en esta nube.

Al fin Celinina cedió, y, bajando, entregó a la tierra su hurto.

XI

Por eso observaron que el precioso cadáver de Celinina, aquello que fué su persona visible, tenía en las manos, en vez del ramo de flores, dos animalillos de barro. Ni las mujeres que la velaron, ni el padre, ni la madre, supieron explicarse esto; pero la linda niña, tan llorada de todos, entró en la tierra apretando en sus frías manecitas la mula y el buey.

TOMÁS DE IRIARTE

Tomás de Iriarte, poeta, erudito, y por encima de todo ello, fabulista de renombre universal, nació en Santa Cruz de Tenerife, islas Canarias, el 18 de setiembre de 1750, y dejó este mundo, en Madrid, el 17 de setiembre de 1791.

De innatas disposiciones para el estudio, recibió una esmeradísima educación: a un profundo conocimiento de las lenguas clásicas, unió el dominio de la francesa y de la literatura española.

Su obra primera fueron algunas traducciones, en especial de autores dramáticos franceses, a las que siguieron piezas de teatro originales, de variada índole, que dicen de su depurado gusto literario.

Como escritor erudito, que lo fué a la par de hombre de mundo refinado, ha dejado Iriarte buena muestra en sus traducciones del *"Arte poético"*, de Horacio, y de la *"Eneida"*, de Virgilio, así como en su poema didascálico *"La música"*, pero ha de confesarse que la fama que ha inmortalizado el

nombre de Iriarte débese a sus *"Fábulas literarias en verso castellano"*, acogidas, cuando su aparición, con extraordinario entusiasmo y celebradas de entonces acá.

A raíz de estas fábulas, y por haberse en algunas de ellas referido su autor a personajes afamados en el mundo de las letras y que no eran de su agrado, sostuvo con Forner, que le criticó acerbamente, y luego con Samaniego, que también terció en la contienda, una de las más enconadas de las varias polémicas que agitaron su vida.

Las fábulas de Iriarte, en general destinadas a señalar los vicios y flaquezas humanas, y de las que fluye sana enseñanza expresada en concisa y bien traída moraleja, le colocan en un puesto de vanguardia entre cuantos han cultivado este difícil género.

Enfermo y amargado por la agria crítica de Forner, terminó Iriarte sus días a la temprana edad de cuarenta y un años, cuando mucho podía aún esperarse de su erudición y buen gusto.

LA CAMPANA Y EL ESQUILÓN

En cierta catedral una campana había
que sólo se tocaba algún solemne día.
Con el más recio son, con pausado compás,
cuatro golpes o tres solía dar no más.
Por esto y ser mayor de la ordinaria marca
celebrada fué siempre en toda la comarca.
Tenía la ciudad en su jurisdicción
una aldea infeliz, de corta población,
siendo su parroquial una pobre iglesita
con chico campanario a modo de una ermita,

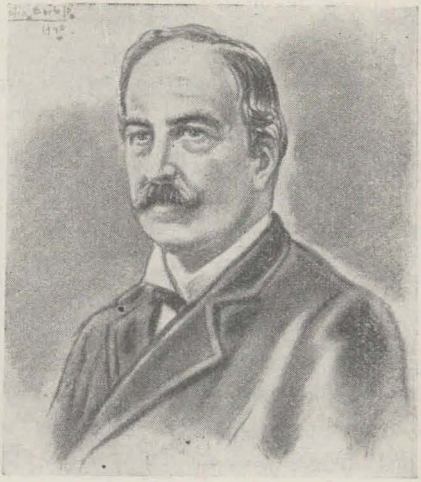
y un rajado Esquilón, pendiente en medio de él,
era allí quien hacía el principal papel.
A fin de que imitase aqueste campanario
al de la catedral, dispuso el vecindario
que despacio y muy poco el dichoso Esquilón
se hubiese de tocar sólo en tal cual función,
y pudo tanto aquello en la gente aldeana,
que el Esquilón pasó por una gran campana.
Muy verosímil es, pues, que la gravedad
suple en muchos así la capacidad;
dígnanse rara vez de despegar sus labios,
y piensan que con esto imitan a los sabios.

LOS DOS LOROS Y LA COTORRA

De Santo Domingo trajo
dos Loros una señora.
La isla es mitad francesa
y otra mitad española;
así, cada animalito
hablaba distinto idioma.
Pusiéronles al balcón,
y aquello era Babilonia.
De francés y castellano
hicieron tal pepitoria,
que al cabo ya no sabían
hablar ni una lengua ni otra.
El francés del español
tomó voces aunque pocas;
el español al francés
casi se las toma todas.
Manda el ama separarlos,
y el francés luego reforma
las palabras que aprendió
de lengua que no es de moda.
El español, al contrario,
no olvida la jerigonza,
y aun discurre que con ella
ilustra su lengua propia.
Llegó a pedir en francés
los garbanzos de la olla;
y desde el balcón de enfrente
una erudita Cotorra
la carcajada soltó,
haciendo del Loro mofa.
Él respondió solamente,
como por tacha afrentosa:
—"*Vos no sois que una pu-*
[rista".
Y ella dijo: —"¡A mucha
[honra!
¡Vaya, que los Loros son
lo mismo que las personas!"

LOS DOS HUÉSPEDES

Pasando por un pueblo
de la montaña,
dos caballeros mozos
buscan posada.
De dos vecinos
reciben mil ofertas
los dos amigos.
Porque a ninguno quieren
hacer desaire,
en casa de uno y otro
van a hospedarse.
De ambas mansiones
cada huésped la suya
a gusto escoge.
La que el uno prefiere
tiene un gran patio
y bello frontispicio
como un palacio:
Sobre la puerta
su escudo de armas tiene,
hecho de piedra.
La del otro la vista
no era tan grande,
mas dentro no faltaba
dónde alojarse;
como que había
piezas de muy buen temple,
claras y limpias.
Pero el otro palacio
del frontispicio
era, además de estrecho,
obscuro y frío:
Mucha portada,
y por dentro desvanes
a teja vana.
El que allí pasó un día
mal hospedado,
contaba al compañero
el fuerte chasco.
Pero él le dijo:
—"Otros chascos como ése
dan muchos libros".



ANTONIO DE TRUEBA

Antonio de Trueba, el vizcaíno ilustre de quien con toda justicia se ha dicho que "sintiendo y amando la tierra vasca, ensanchó sus fronteras y lindes para llevarla por ahí a que la conociesen y admirasen" (1), nació en el pueblecito de Montellano la víspera de la Navidad de 1819.

Hijo de labradores, desde sus más tiernos años mostró su afición a la literatura, que circunstancias imprevistas favorecieron de manera especialísima. Habiéndole ellas llevado a Madrid, movióse allí en un ambiente más refinado, y, alternando con gentes de letras, hizo sus primeras armas como periodista y planeó sus novelas primigenias, hasta que, en 1851, su *"Libro de los Cantares"* le sacó del anónimo. Muy luego sus colaboraciones en diversas revistas afianzaron el prestigio de su nombre.

Mas Trueba, vasco apasionado por su país, anhelaba retornar a su Vizcaya bienamada. De nuevo en ella, vivió allí los años más felices de su vida y sirvióla eficazmente desde los cargos de cronista y archivero, cuyas tareas alternaba con su labor literaria y periodística.

(1) Palabras de José M. de Lizana en su *"Elogio a Trueba"*.

Varia y nutrida es la producción de Antonio de Trueba: comentarios, leyendas genealógicas, artículos de historia, novelas, cantares y poesías populares, cuentos. El valor más alto de toda ella, el que cimentó su renombre y perpetúa su memoria, está representado por sus obras de ambiente popular, compuestas, él lo confiesa, "como sé, a la buena de Dios, como el pueblo compone las suyas", convencido de que "los versos no se sacan de la cabeza, sino que se sacan del corazón". Ellas dicen de los tres grandes amores de su vida: la patria, la familia y la religión, y patentizan su afán de escribir "para los pobres de espíritu y ricos de corazón".

Antonio de Trueba, tras una vida ejemplar, murió en Bilbao, en su país que tanto amó, el 10 de marzo de 1889. Allí una estatua, costeada por sus lectores del Nuevo y Viejo Mundo, es magnífico testimonio de la gratitud de los vascos hacia quien tan tiernamente supo evocar el suelo nativo.

EL MÁS LISTO QUE CARDONA

I

Comedia sin teatro, para maldita la cosa vale. Antes de hacer la comedia, hagamos el teatro.

El teatro representa la plaza de un lugar de la provincia de Madrid. A derecha e izquierda, bocacalles. En el fondo, una casa grande con balcones. Y hacia el lado del público, la concha del apuntador, donde el autor se mete y apunta en unas cuartillas de papel cuanto dicen y hacen los actores para ir en seguida a parlárselo al público.

Acaba de amanecer y acaba la tía Bolera de plantarse en medio de la plaza con una cesta de higos delante.

Sale Bartolo sin sombrero y mirando a todas partes, como si se le hubiese perdido algo.

Mucho oído, que comienzan a hablar Bartolo y la tía Bolera.

—Buenos días, tía Bolera.

—Buenos te los dé Dios, Bartolo.

—Hoy los mozos que salgan bien de la quinta, de seguro la dejan a usted sin higos para regalar a las novias. Yo que usted no hubiera madrugado tanto teniendo la venta segura.

—Pues tú madrugas también.

—Es que anoche, andando por aquí de ronda, me llevó el sombrero el aire, y no puedo dar con él por más que le busco.

—Cabeza es lo que debes buscar, que ésa te hace más falta que el sombrero.

—*Velay* usted lo que tiene el ser uno tonto.

—Vamos, ¿no me compras higos?

—¡Canasto, la pinta no es mala!

—Pruébalos, que son muy ricos.

—Vamos a ver — dice Bartolo manducándose higos —. Este... estaba un poco duro. Este... estaba demasiado blando. Este... amargaba un poco. Este... estaba demasiado dulce.

—¡Anda y prueba solimán de lo fino, que los higos están caros!

Y la tía Bolera amenazaba con una pesa a Bartolo.

—¡Pero, tía Bolera, si como soy tonto no sé lo que me pesco!

—Eso te vale, que si no te rompía la cabeza con una pesa. Vamos, ¿cuántos higos quieres?

—Aguarde usted, mujer, que antes de todo es ajustar. ¿A cómo son?

—A cuatro cuartos la libra.

—Vamos, que algo menos serán.

—No son un maravedí menos.

—¡Canasto, no ha de tener usted palabra de rey!

—Vaya, no muelas. ¿Cuántos quieres?

—Eche usted cuatro o seis libras si me los da usted fiados.

—¿Ahora salimos con eso?

—¡Pero, tía Bolera, si no tengo un cuarto!

—¡Anda, anda, lárgate de aquí o te descalabro!

—Tía Bolera, no me asuste usted, canasto, que me van a hacer daño los higos que he comido.

—¡Así reventaras!

—Pero, ¿tengo yo la culpa de ser tonto?

—¡Te he dicho que te largues!

Bartolo se retira a una esquina, y la tía Bolera añade en tono muy sentimental:

—¡Ay! ¡El Señor nos conserve cabales los cinco sentidos!

Cardona, que es un mozo cuya sonrisa burlona va por todas partes diciendo: "El que me la pegue a mí, no ha de ser rana", sale por la parte opuesta a la esquina en que está Bartolo, y pregunta:

—¿Qué es eso, tía Bolera?

—¡Qué ha de ser! Que si me descuido se zampa todos los higos ese zoquete.

—¡Canute! No me hable usted de ese tonto, porque me tiene muy quemado... ¿Creerá usted, tía Bolera, que pretende casarse con la Jeroma?

—¿Con la chica del señor Alcalde? En el nombre del Padre y del Hijo. ¡Con la más rica del lugar!

—¡Cabalito!

—Pero ella no le hará caso.

—¡Pues no se le ha de hacer, canute, si está *chaláa* por él, y dice que aunque la hagan tajadas no se casa conmigo!

—Pues ándate con cuidado, no sea que te la pegue.

—¡Pegármela a mí! ¡A mí, canute! ¡Ja!, ¡ja!, ¡ja! ¡Que es tonto el muchacho!

—Es verdad que ya sabes tú dónde el zapato te aprieta. Cardona te llaman, y te está pintiparado el nombre.

Bartolo, que no quita ojo de los higos de la tía Bolera, exclama:

—¡Canasto, y qué ganas de comer higos me han entrado!

—Vamos, ¿no me compras higos? — pregunta la tía Bolera a Cardona.

—¿A cómo son?

—A cuatro.

—Pues eche usted un par de libras para que rumie el ganado.

—¡Canasto! — exclama Bartolo —. ¡Que no tuviera yo cuatro cuartos para comprar una libra de higos!

—Apara el sombrero — dice a Cardona la tía Bolera —. Tú me estrenas, hijo.

—Con que son... cuatro y cuatro... doce — dice Cardona, contando por los dedos —. Ahí tiene usted los doce cuartos.

Cardona repara en Bartolo.

—¡Canute! — añade —. *¿Entuavía* está ese tonto ahí? Verá usted, tía Bolera, cómo le apedreo! ¡Anda, Bartolo! ¡Anda, borrico! ¡Anda, bestia! ¡Anda, tonto!

Así diciendo, Cardona tira higos a Bartolo, éste los va cogiendo y zampando con mucho gusto; y el uno tirando y el otro zampando sin más que decir: "Dime tonto y dame higos", desaparecen por una de las bocacalles.

—¡Ja!, ¡ja!, ¡ja! ¡Qué listo es este Cardona! — exclama la tía Bolera desternillándose de risa —. Con razón pasa por el más listo del pueblo. ¡Ja!, ¡ja!, ¡ja!

II

Cardona vuelve inmediatamente, y dice enseñando el sombrero completamente desocupado:

—Se acabó la munición y me quedé desarmado.

El tío No-hay-Dios sale de casa del Alcalde, y Cardona le grita:

—¡Eh! ¡Alguacil! ¡Tío No-hay-Dios!

—¡Mira, Cardona, que no pongas motes a nadie! No gastes bromas con nosotros los señores de justicia, que te planto en el cepo como soy alguacil.

—Pues ya puedes plantar en él a todo el lugar — replica la tía Bolera —, porque no hay quien no te llame Tío-No-Hay-Dios.

—Y ¿por qué te lo llaman? — pregunta Cardona.

—Porque cuando volví del servicio no quería ir a misa, so pretexto de si había Dios o dejaba de haberle. Me casé poco después, se me perdió la cosecha, se me murieron dos caballerías, y mi casa era una perdición. Un día fuí a Madrid a vender un borriquillo, que era lo último que en mi casa quedaba por vender, y al llegar allá, le dió un torozón a la bestia, y se murió. Vendí en un duro la piel del borrico, y volví a tomar el camino del pueblo, pensando si aquello me sucedería por decir que no había Dios, cuando cátate tú que encuentro un pobre con tres chiquillos desnudos y

muertos de hambre y me pide limosna, diciendo que Dios me daría ciento por uno. Yo tenía por *fáula* lo de Dios, pero tenía tres chiquillos como el pobre y me puse a pensar que estaban a pique de pedir limosna. Pues, señor, que se me ablanda el corazón, que doy el duro al pobre echándome la cuenta del perdido, y que sigo mi camino oyendo las bendiciones de los que se quedaban con el último duro de mi caudal. ¿Qué diréis que encontré al llegar a casa?

—¿Alguna cuerda para ahorcarte?

—No, eso hubiera sucedido si no hubiera Dios; pero como le hay, me encontré con una carta en que me decían que el coronel de mi regimiento, con quien estuve de asistente, había muerto y me había dejado mil duros. Salgo entonces por el pueblo gritando: "¡Hay Dios! ¡Hay Dios!" Mi casa comienza a prosperar, la justicia me nombra alguacil, viendo que me he hecho buen cristiano, y hoy sería el más dichoso del pueblo si me llamaran el tío Hay-Dios, en lugar de seguir llamándome el tío No-hay-Dios.

—Pero oye, que para eso te llamaba: tú, que eres algo de justicia, ¿no has olido algo de la causa que el juez del partido nos sigue al tonto y a mí, por los palos que llevaron los forasteros el día de la función?

—¡Pues no he de haber olido! Justamente vengo de entregar al señor Alcalde un oficio del Juez que han traído esta madrugada.

—¿Y sabes lo que dice?

—¡Vaya si lo sé! Como que su merced le ha leído alto delante de mí.

—¡Canute! Y ¿qué dice?

—Dice que a ti te han condenado por buenas composturas a pagar mil reales de las costas.

—¡Canute! ¡Por vida de...! ¿Y a Bartolo?

—Bartolo ha salido del todo libre.

—¡Pero si él fué quien pegó los palos, y yo no hice más que enzarzarle con los forasteros, y luego hacer que metía paz para que no rezara conmigo la causa!

—¡Ya! Pero el Juez dice que como Bartolo es tonto, no tiene pena, y te ha cargado a ti las costas que el tonto debía pagar.

—¡Canute! ¡Recanute! ¡Que esto me suceda a mí!

—Ea, con que *diquiá* luego, que hoy con la quinta estamos muy ocupados los señores de justicia. Tú, Cardona, no tengas miedo, que, como sois treinta los mozos útiles, y nada más que cuatro los soldados que piden, malo ha de ser que a ti te toque la china. Mira, ya tocan a misa. Vete a oírla, que ¡hay Dios!

El alguacil desaparece.

—¡Canute! ¡Para misas estoy yo! — dice Cardona tirándose de los pelos.

—Hombre — le arguye la tía Bolera —, no te desesperes por mil reales más o menos.

III

Muchas gentes atraviesan la plaza en dirección a la iglesia. El Alcalde y su hija salen de casa, llevando la Jeroma pañuelo a la cabeza.

Hablan el Alcalde y su hija.

—¡Jesús, padre, qué empeño en ir a misa primera!

—¡Picarona! ¿Quieres que me quede sin misa, para que al Alcalde le llamen tío No-hay-Dios, como al alguacil?

—Pues oiga usted misa mayor.

—No quiero, que me está esperando todo el Ayuntamiento para hacer el sorteo, y en seguida la declaración de soldados, para salir del paso cuanto antes.

—La declaración de soldados es de hoy en ocho.

—¡Qué sabes tú, habladora!

—Siempre ha sido así.

—Eso manda la ley; pero el Ayuntamiento ha acordado hacerla hoy y poner la fecha del domingo que viene, porque el domingo toda la justicia está convidada a una borrachera que da ese señor que ha venido de Madrid.

—¡Vaya un modo de cumplir la ley!

—¡Qué ley ni qué calabazas! En los pueblos no se anda con cumplimientos.

—Pues bien: váyase usted solo a misa primera, que yo me quedo para la mayor.

—¡Ya, ya te entiendo, pájara! Lo que tú quieres es ir sola a misa para gastar palique con el tonto. No te verás en ese espejo. Ya te he dicho que con quien te has de casar es con Cardona, que es el más listo del pueblo.

—Y a los hombres, ¿de qué les sirve ser listos?

—¡Calla, habladora, que te voy a sacar la lengua! Si no fuera yo listo, ¿no me la hubieras tú pegado ya?

—Si quisiera pegársela a usted...

—¡Pegármela tú a mí! ¡Facilillo es!

—Pues yo no me caso con Cardona, que me caso con Bartolo.

—Bartolo es tonto.

—Pues a mí me sirve aunque lo sea.

—¡Anda, el tercer toque! ¡Vamos a misa!

—¡Pues! ¡Y he de entrar en misa sin mantilla!

—¡Qué mantilla ni qué!... En los pueblos no se anda con cumplimientos. ¡Vamos, vamos, pícara! ¿Qué va a que por tu causa me ponen tío No-hay-Dios?

El Alcalde echa a correr, y al traspasar una esquina se le escapa su hija, que va a meterse por otra callejuela, diciendo:

—¡Sí, ahora me iba yo a quedar sin hablar con Bartolo, cuando no le he visto desde el domingo pasado!

En el soportal de la casa de Ayuntamiento comienza el sorteo para la quinta.

Bartolo se retira del soportal, llorando como un becerro porque ha sacado el número cuatro, y poco después hace lo mismo Cardona, pero saltando de alegría, porque ha sacado el número cinco, y tocando al pueblo sólo cuatro soldados, son útiles para coger el chopo los que han sacado los cuatro primeros números.

IV

El juicio de exenciones y declaración de soldados comienza.

Los tres primeros números son declarados útiles.

—¡Número cuatro! — grita el Secretario.

Y Bartolo se presenta.

—¿Tiene usted algo que alegar?

—Sí, señor; que soy tonto.

El Ayuntamiento delibera y declara inútil para el servicio a Bartolo por tonto de capirote.

—¡Número cinco! — vuelve a gritar el Secretario.

Y comparece Cardona tan desesperado, que se tiraría de los pelos si no se los hubiera arrancado ya de rabia.

—¿Tiene usted alguna exención que alegar?

—Sí, señor, que soy más tonto que una mata de habas — contesta Cardona con profunda convicción.

El Ayuntamiento y el respetable público se echan a reír como quien dice: "¡Qué pillo es ese muchacho!"

Cardona es declarado útil para poder manejar el chopo.

—¡Canute! ¡Recanute! — exclama Cardona arreándose puñetazos a sí mismo —. Que llamen al número seis, porque yo voy a matar al tonto y a ahorcarme en seguida en un árbol de mi huerto.

El respetable público vuelve a aplaudir.

—Tío No-hay-Dios — dice el Alcalde —, al cepo con ese quinto hasta que se haga la *entriega* en caja.

Cardona se defiende como un león; pero al fin el alguacil, ayudado por Bartolo y otros mozos, le sujetan.

—Cardona — le dice el alguacil por lo bajo al soplarle en el cepo —, ¡hay Dios!

—¡Ya lo sé! — contesta Cardona, ya más manso que un cordero.

V

Esta comedia tiene su epílogo y todo.

El epílogo es pasados unos quince días.

Cardona, con los demás quintos, sale del pueblo para ir a entrar en caja. Al pasar junto a su huerto, dirige la vista a los frutales, pesaroso de no ahorcarse en uno de ellos.

Jeroma y Bartolo salen de la iglesia, donde acaban de casarse. ¡Ahora sí que el tonto se mete en casa del Alcalde!

Entre la multitud de gentes que acompañan a los novios va el tío No-hay-Dios.

—Bartolo — dice el alguacil —, esto te probará que ¡hay Dios!

—Sí — contesta Bartolo —, y por eso tengo un remordimiento.

—¿Cuál?

—Cardona va soldado por haber alegado yo que soy tonto.

—¿Y sospechas que no lo eres?

—Lo sospecho.

—Yo también sospecho que eres más listo que Cardona.

JUAN EUGENIO DE HARTZENBUSCH

Juan E. de Hartzenbusch, escritor insigne y crítico eruditísimo, que dejó en casi todos los géneros de la literatura española rica muestra de su admirable talento, nació en Madrid el 6 de setiembre de 1806 y allí murió el 2 de agosto de 1880.

Hijo de un habilísimo maestro ebanista alemán y huérfano de madre desde sus más tiernos años, inclinóse primero a la carrera eclesiástica que, por consejo de su padre, que vió no le asistía para ella la necesaria vocación, abandonó por la pintura, arte que a su vez dejó para dedicarse a las letras, en las cuales, luego de entregarse con afán a la lectura de los clásicos, comprendió se hallaba su camino.

La obra primera de Hartzenbusch fueron algunas traducciones dentro del arte dramático, tan excelentes desde todo punto de vista que no parecen salidas de la pluma de un principiante. Mas pronto debió trocar ésta por las herramientas del ebanista a fin de asegurar su subsistencia y la de su padre, arruinado éste en la revolución de 1823. Durante siete años compartió Hartzenbusch su tiempo entre el rudo trabajo manual que le proporcionaba el sustento y la labor lite-

raria que complacía su vocación, hasta que en 1831 entró a formar parte de la redacción de *"La Gaceta de Madrid"*.

Sus dos primeras obras propias, dos dramas históricos, no tuvieron fortuna, pero en 1837 alcanzó resonante triunfo con *"Los amantes de Teruel"*, a quien siguieron *"Doña Mencía"*, *"Alfonso el Casto"*, *"Juan de las Viñas"*, *"La jura en Santa Gadea"* y *"La madre de Pelayo"*.

Perteneciendo a la Biblioteca Nacional como oficial primero desde 1844, este empleo sirvió a Hartzenbusch para afianzar su erudición ya considerable, que le conquistó un sitial en la Real Academia de la Lengua, a la cual prestó eficacísimos servicios, principalmente en la preparación del Diccionario, en varias de cuyas ediciones abundan sus definiciones.

Director más tarde de la Biblioteca Nacional y de la Escuela Normal, Hartzenbusch, a quien los honores y distinciones no consiguieron apartar de su ingénita modestia, vivió tristemente sus años postreros, pues la ceguera y la parálisis le privaron de perseverar en su labor de crítico, de la cual abundante muestra hállase desparramada en los diarios y revistas de sus días y en la Biblioteca de Autores Españoles de Rivadeneyra. Su vasta producción incluye, además de numerosas obras dramáticas, artículos en prosa, ensayos poéticos, fábulas, cuentos. En toda ella sobresale siempre el erudito sobre el poeta y el escritor.

EL COMPRADOR Y EL HORTERA

Cuentecillo forjado por deleite
parecerá sin duda la contienda
que se trabó en Madrid en una tienda
de vinagre y aceite.

Despachaba en la calle de Tarija
líquidos un muchacho madrileño;
y otro, según la traza, lugareño,
fué por aceite allí con su vasija.

—"Tú, cara de lechuza —
dijo sin aprensión el forastero
—, despáchame ligero,
llénaME bien la alcuza".

—"Cuando sepas hablar en castellano —
le replicó el hortera
— sabrás que lo que tienes en la mano
se llama la aceitera".

—"En toda tierra que garbanzos cría —
contestó el provincial enardecido
— alcuza siempre ha sido
y alcuza la nombramos en el día".

—"En tierra — dijo el otro — de garbanzos,
corre por aceitera solamente,
y quien le ponga nombre diferente
ha nacido entre malvas y mastranzos".

El patán en sus trece se mantuvo;
le rechazaba el horterilla listo:
se incomodaron, y hubo,
por consiguiente, la de Dios es Cristo.

A las voces y apodos
cachetina siguió, larga y furiosa:
todo por una cosa
que se puede llamar de entrambos modos.

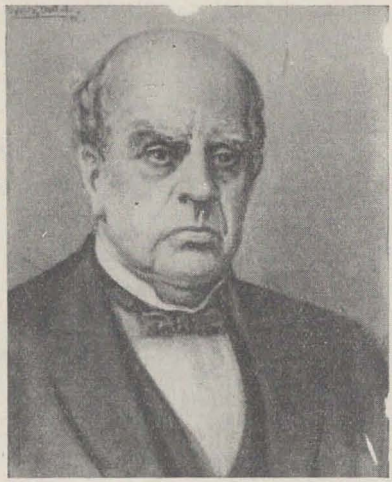
Pueril extravagancia
es, pero comunísima en el hombre,
no poner en disputa la sustancia
y reñir por el nombre.

A SU TIEMPO CADA COSA

Una zorra iba huyendo
por una loma
de un mastín que llevaba
casi a la cola.
Por encima volando
la ve una alondra,
que en el aire piaba
muy sin zozobra.
—"Oye — dice a la que hu- [ye —
mi voz sonora".
—"¡Para música vamos!" —
dijo la zorra.
Divertir quiere a todos
cierta persona,
y por no ser a tiempo
los incomoda.

EL AVARO Y EL JORNALERO

Todo su caudal guardaba
cierto avariento cuitado
en onzas de oro, metidas
en un puchero de barro.
Por tenerlo más seguro
fué con su puchero al campo:
al pie de un árbol cavó,
y lo enterró con recato.
Amaneció al otro día
hambriento y desesperado
un jornalero, sin pan
ni esperanza de ganarlo.
Sacudió las faltriqueras
y hallando en una cuartos,
sale, se compra una soga,
y en seguida, como un rayo,
se va al campo a que le quite
los pesares el esparto.
Trataba de ahorcarse, en fin,
y escogió para ello el árbol
que era del tesoro en onzas,
inmóvil depositario.
Al afianzar de una rama
bien la soga el pobre diablo,
se le hundió en el hoyo un pie
y halló el puchero enterrado.
Cogióle, besóle y fuése;
y corriendo, a corto rato,
sus preciosas amarillas
vino a visitar el amo.
La tierra encontró movida
y el hoyo desocupado;
pero de puchero y onzas
no vió ni sombra ni rastro.
Reparó en la soga entonces,
y haciendo a la punta un lazo,
se ahorcó para no vivir
sin su tesoro adorado.
Así el puchero y la soga
mal o bien se aprovecharon:
él en un hambriento, y ella
en el cuello de un avaro.



DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO

Domingo F. Sarmiento, "hijo predilecto de los tiempos heroicos de América, soldado del progreso, heraldo del libre pensamiento, adalid de la reforma y del bienestar de los pueblos y uno de los más honrados políticos de la República Argentina" (1), vino al mundo en el pobre hogar de los Sarmiento de San Juan, el 15 de febrero de 1811.

Modelado su espíritu, primero por su madre, la admirable mujer que el hijo evoca en párrafos llenos de devoción y honda ternura; después por su tío, el presbítero don José de Oro y Albarracín, hombre culto y liberal por excelencia entre los de su época, fué Sarmiento un autodidacta, devorado por la pasión de saberlo y comprenderlo todo, que había de hermanarse luego en él con la de enseñar al pueblo para elevarlo.

Aprendiz de agrimensor, dependiente de almacén, maestro, minero, periodista, militar, político, escritor, Sarmiento llegó, desde la posición más humilde a la más encumbrada a que un hombre puede aspirar. Diputado, senador, ministro, presidente de la República, todo lo fué Sarmiento con profunda consagración, sin por ello abandonar un solo día su

(1) Palabras de Carlos Guerra, uno de sus más minuciosos biógrafos.

vigorosa pluma de periodista de combate y su vocación de maestro.

De su vasta producción literaria señalan los valores más altos su apasionado *"Facundo o Civilización y barbarie en las pampas argentinas"*, obra escrita con un fin político: desprestigiar a Rosas a los ojos de su pueblo, haciendo conocer el origen de su poder y la calidad de sus adeptos; de estilo a veces incorrecto, incoherente por momentos, pero marcado con el sello inconfundible del genio; *"Recuerdos de provincia"*, de alto valor autobiográfico y pleno de legítima belleza literaria, en cuyas páginas campean la proverbial vanidad del autor, su acendrado amor filial y la emoción con que evoca los sucesos de que fué actor o espectador; y los *"Viajes"*, compendio magnífico de impresiones recogidas en sus andanzas por tierras del Viejo y Nuevo Mundo.

Decaídas hacia 1887 las fuerzas del viejo luchador, hubo de buscar en la dulzura de la tierra paraguaya clima más propicio para los días de su ancianidad. Allí le encontró la muerte el 11 de setiembre de 1888. Una nave de nuestra armada repatrió sus restos mortales, a los que pueblo y gobierno tributaron los más excelsos honores. Desde entonces descansan ellos en el cementerio de la Recoleta y el bronce y el mármol perpetúan en todos los rincones de la patria la memoria del más genial de los argentinos.

EL RASTREADOR

Todos los gauchos del interior son rastreadores. En llanuras tan dilatadas en donde las sendas y caminos se cruzan en todas direcciones, y los campos en que pacen o transitan las bestias son abiertos, es preciso saber seguir las huellas de un animal y distinguirlas entre mil; conocer si va despacio o ligero, suelto o tirado, cargado o de vacío. Esta es

una ciencia casera y popular. Una vez caía yo de un camino de encrucijada al de Buenos Aires, y el peón que me conducía echó, como de costumbre, la vista al suelo.

—Aquí va — dijo luego — una mulita mora, muy buena... Esta es la tropa de don N. Zapata..., es de muy buena silla..., va ensillada..., ha pasado ayer...

Este hombre venía de la sierra de San Luis, la tropa volvía de Buenos Aires, y hacía un año que él había visto por última vez la mulita mora cuyo rastro estaba confundido con el de toda una tropa en un sendero de dos pies de ancho. Pues esto, que parece increíble, es, con todo, la ciencia vulgar; éste era un peón de arria, y no un rastreador de profesión.

El rastreador es un personaje grave, circunspecto, cuyas aseveraciones hacen fe en los tribunales inferiores. La conciencia del saber que posee le da cierta dignidad reservada y misteriosa. Todos le tratan con consideración: el pobre, porque puede hacerle mal, calumniándole o denunciándole; el propietario, porque su testimonio puede fallarle. Un robo se ha ejecutado durante la noche; no bien se nota, corren a buscar una pisada del ladrón, y, encontrada, se cubre con algo para que el viento no la disipe. Se llama en seguida al rastreador, que ve el rastro, y lo sigue sin mirar sino de tarde en tarde el suelo, como si sus ojos vieran de relieve esta pisada, que para otro es imperceptible. Sigue el curso de las calles, atraviesa los huertos, entra en una casa, y señalando un hombre que encuentra, dice fríamente: "Éste es." El delito está probado, y raro es el delincuente que resiste a esta acusación. Para él, más que para el juez, la deposición del rastreador es la evidencia misma; negarla sería ridículo, absurdo. Se somete, pues, a este testigo, que considera como el dedo de Dios que le señala. Yo mismo he conocido a Calíbar, que ha ejercido en una provincia su oficio durante cuarenta años consecutivos. Tiene ahora cerca de ochenta años; encorvado por la edad, conserva, sin embargo, un aspecto venerable y lleno de dignidad. Cuando le hablan de su reputación fabulosa, contesta:

—Ya no valgo nada; ahí están los niños.

Los niños son sus hijos, que han aprendido en la escuela de tan famoso maestro. Se cuenta de él que durante un

viaje a Buenos Aires le robaron una vez su montura de gala. Su mujer tapó el rastro con una artesa. Dos meses después Calíbar regresó, vió el rastro, ya borrado e imperceptible para otros ojos, y no se habló más del caso. Año y medio después Calíbar marchaba cabizbajo por una calle de los suburbios; entra en una casa y encuentra su montura, ennegrecida ya y casi inutilizada por el uso. Había encontrado el rastro de su raptor después de dos años. El año 1830, un reo condenado a muerte se había escapado de la cárcel. Calíbar fué encargado de buscarlo. El infeliz, previendo que sería rastreado, había tomado todas las precauciones que la imagen del cadalso le sugirió. Precauciones inútiles. Acaso sólo sirvieron para perderle; porque, comprometido Calíbar en su reputación, el amor propio ofendido le hizo desempeñar con calor una tarea que perdía a un hombre, pero que probaba su maravillosa vista. El prófugo aprovechaba todas las desigualdades del suelo para no dejar huellas; cuadras enteras había marchado pisando con la punta del pie; trepábase en seguida a las murallas bajas, cruzaba un sitio, y volvía para atrás; Calíbar le seguía sin perder la pista; si le sucedía momentáneamente extraviarse, al hallarla de nuevo, exclamaba:

—¿Dónde te mi - as - dir?

Al fin, llegó a una acequia de agua en los suburbios, cuya corriente había seguido aquél para burlar al rastreador... ¡Inútil! Calíbar iba por las orillas, sin inquietud, sin vacilar.

Al fin se detiene, examina unas hierbas, y dice:

—Por aquí ha salido; no hay rastro; pero estas gotas de agua en los pastos lo indican.

Entra en una viña. Calíbar reconoció las tapias que la rodeaban, y dijo:

—Dentro está.

La partida de soldados se cansó de buscar, y volvió a dar cuenta de la inutilidad de las pesquisas.

—No ha salido — fué la breve respuesta que, sin moverse, sin proceder a nuevo examen, dió el rastreador. No había salido, en efecto, y al día siguiente fué ejecutado.

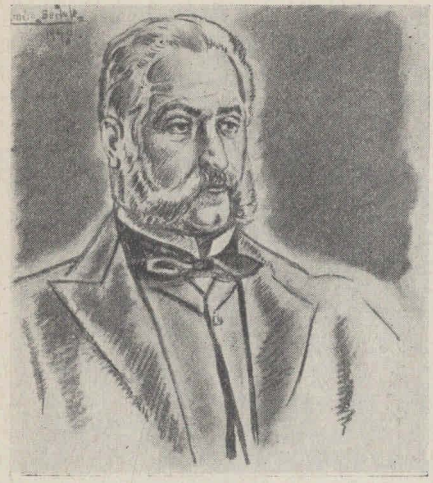
En 1830, algunos presos políticos intentaban una evasión; todo estaba preparado; los auxiliares de afuera, prevenidos. En el momento de efectuarla, uno dijo:

—¿Y Calíbar?

—¡Cierto! — contestaron los otros, anonadados, aterrados —, ¡Calíbar!

Sus familias pudieron conseguir de Calíbar que estuviese enfermo cuatro días, contados desde la evasión, y así pudo efectuarse sin inconveniente.

¿Qué misterio es este del rastreador? ¿Qué poder microscópico se desenvuelve en el órgano de la vista de estos hombres? ¡Cuán sublime criatura es la que Dios hizo a su imagen y semejanza!



RAMÓN DE CAMPOAMOR

Ramón de Campoamor, el poeta del pasado siglo que mayor fama y popularidad ha conquistado en las tierras hispano hablantes, vino al mundo en Asturias el 24 de setiembre de 1817 y dejólo en Madrid el 12 de febrero de 1901.

Sucesivamente alumno brillante de filosofía y de medicina, abandonó una y otra para darse íntegramente a las disciplinas literarias, en las cuales a los veinte años mal cumplidos hizo sus primeras armas como poeta romántico. Aconsejado por Espronceda y deseoso de formarse una sólida cultura literaria, estudió ahincada y fervorosamente los maestros de la lengua.

Las letras y la política fueron las dos pasiones de su vida honrada y ejemplar. Dentro de la segunda cúpole destacada actuación como miembro del partido monárquico conservador: su carácter integérrimo, su acrisolada honestidad y su lealtad inquebrantable le granjearon el respeto de sus mismos adversarios, al punto de poderse afirmar que ni aun entre éstos llegó a contar Campoamor un solo enemigo per-

sonal. En el campo de las letras su vasta producción puede apartarse en tres grupos:

I. — Las obras didácticas en prosa: *"La filosofía de las leyes"*, donoso pero superficial comentario de los orígenes del derecho; *"La historia crítica de las cortes reformadoras"*, precioso documento para la historia política de España; la *"Poética"*, clara y amena exposición de los principios de la preceptiva, sincero y bien fundado ataque al convencionalismo y a la rutina dentro de la literatura; *"El personalismo"*, *"Lo absoluto"* y *"El idealismo"*, estudios filosóficos poco felices por la posición intransigente que en ellos adopta el autor. En ninguna de estas obras descansa, por cierto, la fama que aureola el nombre de Campoamor dentro de las letras castellanas.

II. — Las obras poéticas en verso: *"Colón"*, epopeya injustamente olvidada, aunque no en absoluto desprovista de rasgos geniales: *"El drama universal"*, extraña mezcla de lo divino y lo humano, lo real y lo fantástico, acertadamente calificado de caótico, por críticos autorizados; *"El licenciado Torralba"*, especie de Fausto español, sólo a medias logrado; los *"Pequeños poemas"*, en los que aparece el maestro inimitable ofreciendo con donosa sencillez felices cuadros plenos de emoción, que dicen de su fino conocimiento del corazón humano.

III. — Otras especies: *"Fábulas morales y políticas"*, todas ellas plenas de intención y no inferiores a las mejores del género; *"Doloras"* y *"Humoradas"*, poemitas breves y delicados, a veces irónicos, pero siempre con un fondo de verdad y de sentimiento, cuyas raíces han de buscarse en la vida misma, en los cuales Campoamor se revela habilísimo escrutador de los impulsos del alma, en especial de la femenina.

Algunas de ellas, y escribió no menos de mil, son preciosas miniaturas, dignas de la más cuidada de las antologías, y justifican el juicio de Leopoldo Alas cuando decía en 1889: "Campoamor es un gran poeta, nuestro mejor poeta".

LOS HIJOS Y LOS PADRES

Ni arrastrada un pastor llevar podía
a una cabra infeliz que oía amante
balar detrás al hijo, que inconstante,
marchar junto a la madre no quería.

—"¡Necio! — al pastor un sabio le decía.
—Al que llevas detrás, ponle delante;
échate el hijo al hombro, y al instante
la madre verás ir tras de la cría".

Tal consejo el pastor creyó sencillo;
cogió la cría y se marchó corriendo
llevando al animal sobre el hatillo.

La cabra sin ramal les fué siguiendo,
mas siguiendo tan cerca al cabritillo,
que los pies por detrás le iba lamiendo.

LOS PADRES Y LOS HIJOS

Un enjambre de pájaros metidos
en jaula de metal guardó un cabrero,
y a cuidarlos voló desde el otero
la pareja de padres afligidos.

—Si aquí — dijo el pastor — vienen unidos
sus hijos a cuidar con tanto esmero,
ver cómo cuidan a los padres quiero
los hijos por amor y agradecidos.

Deja entre redes la pareja envuelta,
la puerta abre al pastor del duro alambre,
cierra a los padres y a los hijos suelta.

Huyó de los hijuelos el enjambre,
y como en vano se esperó su vuelta,
mató a los padres el dolor y el hambre.

LOS DOS GORRIONES

—"Llégame el comedero" —
dijo a un gorrión otro gorrión muy maula.
—"Pues ábreme primero —
contestó aquél — la puerta de la jaula".
—"¿Y si al verte ya libre, en tu embeleso,
te vas sin darme de comer en pago?"
—"¿Y quién me dice a mí — responde el preso —
que abrirás si llenas el monago?"
Y en conclusión, por si ha de ser primero
llegar el comedero
o correr el alambre,
quedóse el enjaulado prisionero
y el hambriento volvióse con el hambre.
¡Digno amigo, por Dios, de tal amigo!
Y ahora diréis, y bien, como yo digo:
—"¡Vaya, que son en ciertas ocasiones
lo mismo que los hombres los gorriones!"

MARIANO DE CAVIA

Mariano de Cavia fué un notable periodista español nacido en Zaragoza, en el año 1855 y muerto en 1920. Aunque estudió la carrera de leyes, su vocación llevóle, niño casi, a la redacción de diversos periódicos, desde cuyas columnas muy pronto logró su firma inmensa popularidad, bajo el seudónimo de **Sobaquillo.**

Sus famosas crónicas de *"El Imparcial"*, por él distinguidas con el título de *"Chácharas"*, son inimitables por su originalidad. Lo mismo ha de decirse de sus comentarios *"Despachos del otro mundo"*, crítica, aunque cultísima, asaz cáustica, de sucesos contemporáneos, que el autor pone en boca de personajes ya fallecidos y de sus famosos *"Platos del día"*.

Su labor de periodista, nutridísima, no impidió a Mariano de Cavia intentar los más diversos géneros literarios: poesía, cuento, crítica, crónica; mas ha de reconocerse que es en esta última donde alcanza su valor más alto.

LAS DOS MULTAS

I

Muel es un pueblo de *moriegos* — como se llamaba en Aragón a los moriscos — situado entre Zaragoza y Cariñena.

Guárdase en él todavía, si bien con mucho menos esmero y pulcritud que en el pueblo valenciano de Manises, la tradición de una de las artes más características de la España musulmana, cual es la construcción de la loza con reflejos metálicos.

Y guárdase también otra tradición de igual abolengo (¡ésta sí que se guarda con verdadero tesón y amor constante!), que vemos igualmente guardada en las nueve décimas partes del resto de la España actual, cual es la típica y genuina tradición de la *alcaldada*.

No son los de Muel alcaldes de monterilla — por la natural razón de no estar muy en uso por aquellas latitudes semejantes "artefacto" —; pero la manta moruna en que se envuelve el cuerpo y el ancho cachirulo con que se ciñe la cabeza, recuerdan con harta más viveza y exactitud que las prendas de vestir usadas en otros lugares, el alquicel y el turbante del *alcadí* de otros tiempos, padre y modelo del alcalde de nuestros días.

Bien puede ocurrir, puesto que no hay cuento ni chascarrillo al cual no le saquen los eruditos la punta de su estirpe, buscándosela allá en los remotos tiempos de la India, la Persia y la China, que el cuento de *"Las dos multas"* sea un "sucedido" real y efectivo, ya que no en épocas y regiones tan lejanas, al menos en los días en que Alfonso *el Batallador* se aprestaba a poner la férrea mano sobre aquellas comarcas; pero como yo no he oído atribuir el lance a ningún Abdallá ni a ningún Muley de los que mandaran en Muel "por aquel entonces", sino al tío Goticaceite, que imperaba allá por los primeros años del reinado de Isabel II (de *felice* memoria), claro está que al tío Goticaceite me he de referir.

—¿Quién era el tío Goticaceite?

—¡El hombre más agudo de Muel! — respondían en el acto sus admiradores, cuando oían tal pregunta.

A lo cual replicaban otros, menos admiradores del tío Goticaceite:

—Miá tú que como agudo... ¡Tamién es agudo el tío Mostillo!

Y sobre cuál lo era más o lo era menos se armaban discusiones y disputas, que dejaban tamañitas las del *omousios* y el *omoiusios* de los teólogos de Bizancio.

Mientras tanto, el tío Goticaceite y el tío Mostillo eran los mejores amigos, no digo del mundo, sino de Muel... ¡que vale más!

El tío Mostillo era el juez de paz; y el tío Goticaceite, alcalde.

Júpiter y César compartiendo el mando.

II

Y ocurrió una tarde, "entre clara y entre yema", que ambos tíos — o si se quiere deidades — estaban en la Casa Consistorial de Muel, acompañados de tres compinches de la misma laya, trazando honradamente el plan... de una merienda.

—¿Amos a juála al guiñote? — dijo el tío Mostillo.

(*Juála* es el equivalente mudéjar de "jugarla".)

—Pa ese viaje — respondió el tío Goticaceite — no se necesitan alforjas. Lo que es a mí, no me hacen bondá las alifaras, si no son a cuenta de otri.

—¿De otri?

—De otri.

—¿Y de ánde vas a sacar las cuadernas?

—¡Aura lo verís! — dijo con majestuosa entonación aquel Agrajes municipal y aragonés.

—Tú, Sopleta — añadió dirigiéndose al secretario del Ayuntamiento, que también era de la partida —, ¿cómo está ese fondo de multas?

—Medianicamente.

—¿A cuánto llegará?

—A ocho riales, y eso en chavos.

—¡Muchos que me diás, Sopleta! Pero a lo que estamos, maños. ¿Cómo cuánto más hará falta pa el corderico, las olivicas. el queso y el pan?

—De un duro no baja.

—Pus ¡voy a por el duro!

Y diciendo y haciendo, *arreó pa alante* el tío Goticaceite, seguido del tío Pachón, alguacil, sacristán y "voz pública" de Muel.

Momentos después hallábanse ambos en la plaza, olfateando la pieza, cuando vino de una callejuela inmediata este grito que alegró el corazón de Goticaceite:

—¡Miel, a la rica miel ¡Miel, a la güena, güena miel!

—Tío güeno — dijo el alcalde al serrano, a tiempo que éste desembocaba en la plaza —, ¿me la quiusté enseñar?

—¡Y que va usté a enamoráse de ella! — respondió el melero, levantando el lienzo que cubría la cántara.

—¡Rediós! — exclamó Goticaceite, haciendo un gesto de asco —. ¡Esa miel tiene viruelas!

—¿Viruelas?

—Sí, hombre, sí; y si no, ¿qué concho son esos punticos negros?

—Moscas.

—¿Cómo moscas?...

—Moscas, sí, siñor; porque ya sabusté que las moscas...

—¡Alto a la reina, rediós! ¡Gorrino, más que gorrino! ¿Cómo satrevusté a venir a vender a los de Muel esa cochinada?

—Pero...

—A ver, tío Pachón, ¿cuántas moscas trái la miel?

—Una, dos, tres, cuatro, seis, nueve, doce, quince..., ¡veinte justicas!

—Pus a rial por mosca, son veinte riales de multa. ¡A pagála u a la cárcel!

Y el melero, después de nuevas protestas suyas y nuevas amenazas del alcalde, no tuvo más remedio que aflojar el duro, con el cual penetraba triunfante a los pocos minutos el tío Goticaceite en la Casa Consistorial de Muel.

III

—Tanto pa el corderico... Tanto pa las olivicas... Tanto pa el queso... Tanto pa el pan... ¡La cuenta está justa! — decía el bueno del Alcalde.

—Y el vino, ¿ánde lo pones? — preguntó el socarrón del Juez de paz.

—¡Otra! Pus el tío Mostillo tié razón...

—Lo que es a por la miaja de la bebía no imos dir al charco...

—Ni a la juente...

El tío Goticaceite cortó todas estas exclamaciones, diciendo amostazado:

—¡Aun querís que vaya y le saque otro duro al tío de la miel!

—No; porque el que va a sacárselo, soy yo.

—¿Tú, Mostillo?

—¡Yo!

—¡Aura lo verís! — dijo el rival de Goticaceite en mañas y agudezas, tomando el portante en el acto, y seguido, como el otro, por el indispensable tío Pachón.

—¡Miel, a la rica miel! ¡Miel, a la güena, güena miel! — seguía gritando el serrano en la plaza, no sin dejar traslucir en su acento la rabia que el lance ya narrado le había producido.

—¿Se pué ver, tío güeno? — preguntó el juez de paz.

Destapó el hombre la cántara, y el tío Mostillo empezó a mirar y remirar la miel, haciendo gestos de extrañeza.

—¿Qué es lo que busca usté?

—¡Qué he de buscar! ¡Las moscas!

—¿Las moscas?

—Sí, hombre, sí; paice usté el tonto de Lumpiaque... ¿Cómo es que esta miel no tié moscas? ¿No sabusté que miel sin moscas es miel de mentiricas?

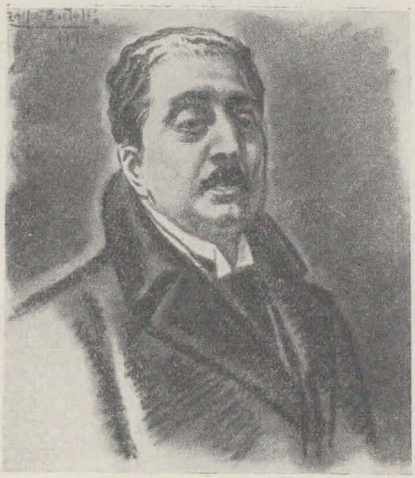
—Sí, siñor; pero como el siñor alcalde mi ha mandau quitar las moscas que traía mi miel...

—¡Eso no pué ser! Y por faltar a la autoridá con calumnias, a más de venir a engañar a los de Muel con miel mala, va usté a pagar aura mismito veinte riales de multa.

—Pero...

—¡A pagálos, rediós! ¡A pagálos, u a la cárcel!

Y excusado es decir que las autoridades de Muel remojaron "el corderico", "el queso" y "las olivicas", con líquido que no se trajo del charco ni de la *juente*, sino de la famosa y acreditada taberna de la señá Agustina, vulgarmente llamada *la Barrigona*.



TRILUSSA

Carlos Alberto Salustri, universalmente conocido por su anagramático seudónimo de Trilussa, es un escritor romano contemporáneo. Apenas adolescente, publicó un almanaque, *"Il mago di Borgo"*, que le hizo popular. Dióse luego a fustigar los vicios de la sociedad romana, publicando varias obras de carácter eminentemente satírico, pero debe, en verdad, su renombre casi universal a sus modernas fábulas.

EL SAPO Y EL CANGREJO

Así el Sapo al Cangrejo interpeló:
—"¿Por qué andas para atrás y arrevesado?
¡Cuánto tiempo pudiste haber ganado
si anduvieras derecho como yo!"

—"Por sexta vez renuevas el asunto —
dijo el Cangrejo —. Bueno es que comprendas
que, aparte el modo de seguir las sendas,
ambos llegamos siempre al mismo punto.

Entre otras muchas, hay una razón:
Desde que mi familia, que es muy fuerte,
ha caminado siempre de esa suerte,
yo debo conservar la tradición".

Y replicóle el Sapo: —"Es temerario
imaginar que todo se concilia
llamando tradiciones de familia
a lo que sólo es vicio hereditario".

EL LEÓN AGRADECIDO

En el desierto de África un León
que en una pata se clavó una espina,
llamó al teniente de la guarnición
quien lo operó con táctica ladina.

—"¡Bravo! — dijo el León al cirujano,
agradecido del favor inmenso —.
¿Qué es lo que más deseas? ¿Un ascenso?
Bien. Si es que puedo, te daré una mano".

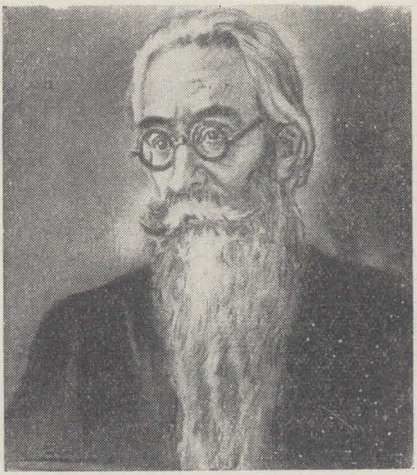
Y aquella misma noche, dióse priesa
por cumplir su promesa.
Y más fiel que cualquier hijo de Adán,
al teniente buscó y le dijo: —"Amigo,
te ascenderán. Yo sé lo que te digo:
me acabo de comer al capitán".

LA FAMA

Decía un Cientopiés: —"A duras penas,
esta mañana me conté las patas,
y resulta que a gatas
llegan a tres decenas.

No se me ocurre, pues,
por qué diablos el hombre
me llama con un nombre
que no se ajusta al número de pies".
—"¡Calla infeliz! — le dijo, ante esa cuenta,
un Pastel que escuchaba sus congojas —.
Yo también llevo el nombre de Mil hojas,
y no tengo ni ochenta.
Pero eso me lo guardo para mí
y no ando haciendo cálculos absurdos,
cuando el mundo está lleno de palurdos
que han llegado a ser célebres así".

Traducciones de Ricardo del Campo.



RAMÓN DEL VALLE INCLÁN

Ramón del Valle Inclán, maestro de la lengua española, nació el 28 de octubre de 1870, en Pontevedra, donde transcurrieron los años de su infancia y adolescencia.

Cursados los estudios de abogacía, y de regreso de un corto viaje a Méjico, radicóse en Madrid, en cuya prensa empezó a darse a conocer con sus artículos y cuentos. Desde entonces, interrumpiendo su labor literaria y su famosa tertulia del café con frecuentes viajes al extranjero y a su Galicia, ha enriquecido extraordinariamente las letras españolas, a las que aportó un original personaje, el marqués de Bradomín, protagonista de sus *"Sonatas"*, gallego tradicionalista y monárquico, chapado a la antigua, linajudo y señor de sus estados, pero mundano y lascivo, conquistador donjuanesco, refinado en placeres; en suma, en el fondo del alma, un español aristócrata a la antigua española, forrado de la moderna aristocracia a la cual "acomodó su manera de presentarse en todas partes, ya que no su manera de vivir, por no permitírselo la maldita falta de pecunia" (1).

(1) Palabras de Julio Cejador.

A las *"Sonatas"*, en número de cuatro y una para cada estación del año, que le asignaron un nombre en el mundo literario y la fama entre el público, siguieron nuevas obras que consolidaron su posición y revelaron la fuerza de su temperamento: *"Águila de blasón"*, *"Romance de lobos"*, *"Flor de santidad"*, novelas; *"La pipa de Kipp"*, *"Aroma de serenidad"*, poesías; *"La guerra carlista"*, narraciones históricas; *"La marquesa Rosalinda"*, *"Ligazón"*, *"La rosa de papel"*, *"El embrujado"*, *"La cabeza del Bautista"*, obras de teatro; y muchas otras que dicen de su fecundidad asombrosa.

Son sus obras postreras las reunidas en la serie por él llamada *"El ruedo ibérico"*, interpretación humorística de la realidad poética de la España del siglo XIX. En ellas, así como en las antes mencionadas, campean calidades tan altas, que no es exagerado llamarle con González Blanco el primero entre los estilistas españoles.

¡MALPOCADO!

La vieja más vieja de la aldea camina con su nieto de la mano por un sendero de verdes orillas, triste y desierto, que parece aterido bajo la luz del alba. Camina encorvada y suspirante, dando consejos al niño, que llora en silencio.

—Ahora que comienzas a ganarlo, has de ser humildoso, que es ley de Dios.

—Sí, señora, sí...

—Has de rezar por quien te hiciere bien y por el alma de sus difuntos.

—Sí, señora, sí...

—En la feria de San Gundián, si logras reunir para ello, has de comprarte una capa de juncos, que las lluvias son muchas.

—Sí, señora, sí...

—Para caminar por las veredas has de descalzarte los zuecos.

—Sí, señora, sí...

Y la abuela y el nieto van anda, anda, anda...

La soledad del camino hace más triste aquella salmodia infantil, que parece un voto de humildad, de resignación y de pobreza hecho al comenzar la vida. La vieja arrastra penosamente las madreñas que choclean en las piedras del camino, y suspira bajo el manteo que lleva echado por la cabeza. El nieto llora y tiembla de frío: va vestido de harapos; es un zagal albino, con las mejillas asoleadas y pecosas; lleva trasquilada sobre la frente, como un siervo de otra edad, la guedeja lacia y pálida, que recuerda las barbas del maíz.

En el cielo lívido del amanecer aún brillan algunas estrellas mortecinas. Un raposo que viene huído de la aldea, atraviesa corriendo el sendero. Óyese lejano el ladrido de los perros y el canto de los gallos... Lentamente el sol comienza a dorar la cumbre de los montes, brilla el rocío sobre la hierba; revolotean en torno de los árboles, con tímido aleteo, los pájaros nuevos que abandonan el nido por vez primera; ríen los arroyos, murmuran las arboledas, y aquel camino de verdes orillas, triste y desierto, despiértase como viejo camino de geórgicas. Rebaños de ovejas suben por la falda del monte; mujeres cantando vuelven de la fuente; un aldeano de blancas guedejas pica la yunta de sus bueyes, que se detienen mordisqueando en los vallados: es un viejo patriarcal; desde larga distancia deja oír su voz:

—¿Vais para la feria de Barbanzón?

—Vamos para San Amedio buscando amo para el rapaz.

—¿Qué tiempo tiene?

—El tiempo de ganarlo. Nueve años hizo por el mes de Santiago.

Y la abuela y el nieto van anda, anda, anda...

Bajo aquel sol amable que luce sobre los montes cruza por los caminos la gente de las aldeas. Un chalán asoleado y brioso trota con alegre fanfarria de espuelas y de herraduras; viejas labradoras de Cela y de Lestrove van para la feria con gallinas, con lino, con centeno. Allá, en la hondonada, un zagal alza los brazos y vocea para asustar a las cabras, que se gallardean encaramadas en los peñascales. La abuela y el nieto se apartan para dejar paso al señor arci-

preste de Lestrove, que se dirige a predicar en una fiesta de aldea:

—¡Santos y buenos días nos dé Dios!

El señor arcipreste refrena su yegua, de andadura mansa y doctoral.

—¿Vais de feria?

—¡Los pobres no tenemos qué hacer en la feria! Vamos a San Amedio buscando amo para el rapaz.

—¿Ya sabe la doctrina?

—Sabe, sí, señor. La pobreza no quita el ser cristiano.

Y la abuela y el nieto van anda, anda, anda...

En una lejanía de niebla azul divisan los cipreses de San Amedio, que se alzan en torno del santuario, obscuros y pensativos, con las cimas mustias, ungidas por un reflejo dorado y matinal. En la aldea ya están abiertas todas las puertas, y el humo indeciso y blanco que sube de los hogares se disipa en la luz como salutación de paz. La abuela y el nieto llegan al atrio. Sentado en la puerta, un ciego pide limosna y levanta al cielo los ojos, que parecen dos ágatas blanquecinas:

—¡Santa Lucía bendita vos conserve la amable vista y salud en el mundo para ganarlo!... ¡Dios vos otorgue que dar y que tener!... ¡Salud y suerte en el mundo para ganarlo!... Tantas buenas almas del Señor como pasan, ¿no dejarán al pobre un bien de caridad?...

Y el ciego tiende hacia el camino la palma seca y amarillenta. La vieja se acerca con su nieto de la mano, y murmura tristemente:

—¡Somos otros pobres, hermano!... Dijéronme que buscabas un criado...

—Dijéronte verdad. Al que tenía enantes abriéronle la cabeza en la romería de Santa Baya de Cela. Está que loquea...

—Yo vengo con mi nieto.

—Vienes bien.

El ciego extiende los brazos palpando en el aire:

—Llégate, rapaz.

La abuela empuja al niño, que tiembla como una oveja acobardada y mansa, ante aquel viejo hosco, envuelto en un roto capote de soldado. La mano amarillenta y pedigüeña

del ciego se posa sobre los hombros del niño, anda a tientas por la espalda, corre a lo largo de las piernas.

—¿Te cansarás de andar con las alforjas a cuestas?

—No, señor; estoy hecho a eso.

—Para llenarlas hay que correr muchas puertas. ¿Tú conoces bien los caminos de las aldeas?

—Donde no conozca, pregunto.

—En las romerías, cuando yo eche una copla, tú tienes de responderme con otra. ¿Sabrás?

—En aprendiendo, sí, señor.

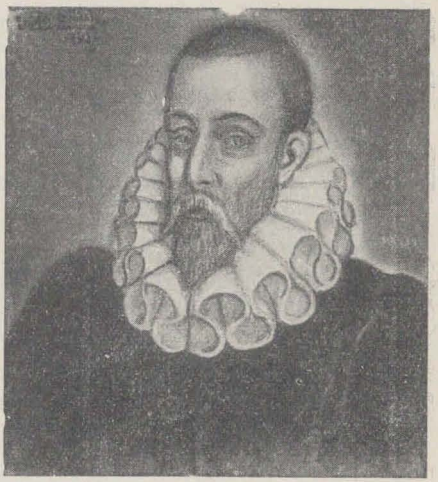
—Ser criado de ciego es acomodo que muchos quisieran.

—Sí, señor, sí.

—Puesto que has venido vamos hasta el Pazo de Cela. Allí hay caridad. En este paraje no se recoge una triste limosna.

El ciego se incorpora entumecido, y apoya la mano en el hombro del niño, que contempla tristemente el largo camino y la campiña verde y húmeda, que sonríe en la paz de la mañana, con el caserío de las aldeas disperso y los molinos lejanos, desapareciendo bajo el emparrado de las puertas, y las montañas azules, y la nieve en las cumbres. A lo largo del camino, un zagal anda encorvado segando hierba, y la vaca de trémulas y rosadas ubres pace mansamente arrastrando el ronzal. El ciego y el niño se alejan lentamente, y la abuela murmura enjugándose los ojos:

—¡Malpocado; nueve años y gana el pan que come!... ¡Alabado sea Dios!...



CERVANTES

Miguel de Cervantes Saavedra, el más grande novelista de España y del mundo entero, que con su *"Don Quijote"* marca el punto culminante de la literatura hispánica de todos los tiempos, nació en Alcalá de Henares, en cuya iglesia de Santa María la Mayor fué bautizado el 9 de octubre de 1547, en fecha aun no precisada. Su niñez transcurrió en un ambiente de privaciones, aprietos y andanzas, pues su familia, cuyo jefe era un oscuro cirujano poco favorecido por la suerte, recorrió tras ésta, siempre esquiva, las principales ciudades de la península.

De niño estudió con los jesuítas, y parece que fueron éstos sus únicos maestros, pues, lector infatigable, toda su instrucción hubo de deberla a sí mismo, logrando su profundo conocimiento de la vida en su trajinar de mozo andariego y curioso.

Su vida fué azarosa y rica de aventuras: viajó por Italia; participó en la guerra contra los turcos, en una de cuyas acciones, la de Lepanto, por él calificada como "la más grande que vieron los siglos pasados y verán los venideros", perdió la mano izquierda y conquistó el mote glorioso e inmortal

de "el manco de Lepanto"; cayó en poder de los piratas berberiscos, que le retuvieron cautivo en Argel durante cinco años y, de nuevo en la patria, donde casó con Catalina de Palacios, vivió asediado por la miseria, compartiendo su tiempo entre la literatura, a la que se había dedicado con afán, y diversas comisiones oficiales que le acarrearon no pocas desazones: la excomunión por parte de la iglesia y la prisión en repetidas ocasiones por cuenta del Estado. En una de ellas, en la cárcel de Sevilla, concibió Cervantes el *"Quijote"*: ¡gloriosa prisión que dió vida a la obra cumbre de la literatura universal!

Casi septuagenario, pobre de toda pobreza, la enfermedad postróle al comenzar el año 1616 y la muerte le llevó el 23 de abril.

La gloria de Cervantes, si bien fué el suyo un ingenio de varias facetas, reposa sobre el *"Quijote"*, admirable creación, muy española, porque en ella palpita toda la sociedad de la España del siglo XVI, con sus mil tipos de hombres y mujeres de toda clase y condición, con fidelidad reproducidos aunque ennoblecidos por la sonriente indulgencia del artista; y muy humana, por su riqueza psicológica y moral; libro maravilloso, a la par cómico y triste, ligero y profundo, pintoresco y tierno, ilusionado y pesimista, tan vario y complejo como la vida misma, en el que se contraponen genialmente el idealismo personificado en don Quijote y el sentido común que Sancho representa, y que asestó tremendo golpe de gracia a toda la literatura caballeresca.

Excluído el *"Quijote"*, lo mejor que dentro del género novelesco brotó de la pluma de Cervantes son las *"Novelas ejemplares"*, de desigual valor y factura diversa, entre las que hemos de citar preferentemente *"La gitanilla"*, *"El licenciado Vidriera"*, *"La ilustre fregona"*, *"Rinconete y Cortadillo"* y *"El coloquio de los perros"*.

Muy inferior se mostró Cervantes en *"La Galatea"*, novela pastoril escrita cuatro lustros antes que el *"Quijote"* y en *"Los trabajos de Persiles y Segismunda"*, su obra póstuma.

Como poeta — Cervantes cultivó precoz y tenazmente el verso en la cuerda lírica, satírica y dramática — nada agrega a su gloria el príncipe de los ingenios. Su *"Viaje al Parnaso"* es un poema asaz pesado y entre los quince mil versos de variada índole que constituyen su acervo lírico, poco podría espigarse. Al teatro, única especie de literatura productiva en sus días, dió Cervantes alrededor de treinta comedias en verso, que en vano intentaron competir con las del gran Lope de Vega. Entre las mejores ha de citarse *"La Numancia"*, evocación de la gloriosa defensa de esta plaza frente a Escipión el Africano, y *"Pedro de Urdemalas"*, movido cuadro de la vida picaresca. Son de menor mérito *"El trato de Argel"*, *"Los baños de Argel"*, *"El gallardo español"*, recuerdos de sus años de cautiverio. Completan la producción escénica de Cervantes sus entremeses, entre ellos: *"El retablo de las maravillas"*, *"La cueva de Salamanca"*, *"El juez de los divorcios"*, verdaderos trozos de vida, palpitantes de realidad y humorismo, cuyos personajes se mueven y dialogan con gracia y agilidad.

LA ESPAÑOLA INGLESA

Entre los despojos que los ingleses llevaron de la ciudad de Cádiz, Clotaldo, un caballero inglés, capitán de una escuadra de navíos, llevó a Londres una niña de edad de siete años, poco más o menos, y esto contra la voluntad y sabiduría del conde de Leste, que con gran diligencia hizo buscar la niña para volvérsela a sus padres, que ante él se quejaron de la falta de su hija, pidiéndole que, pues se contentaba

con las haciendas y dejaba libres las personas, no fuesen ellos tan desdichados que, ya que quedaban pobres, quedasen sin su hija, que era la lumbre de sus ojos, y la más hermosa criatura que había en toda la ciudad.

Mandó el conde echar bando por toda su armada, que, so pena de la vida, volviese la niña cualquiera que la tuviese; mas ningunas penas ni temores fueron bastantes a que Clotaldo la obedeciese, que la tenía escondida en su nave, aficionado, aunque cristianamente, a la incomparable hermosura de Isabel, que así se llamaba la niña. Finalmente, sus padres se quedaron sin ella, tristes y desconsolados y Clotaldo, alegre sobre modo, llegó a Londres y entregó por riquísimo despojo a su mujer a la hermosa niña.

Quiso la buena suerte que todos los de la casa de Clotaldo eran católicos secretos, aunque en lo público mostraban seguir la opinión de su reina. Tenía Clotaldo un hijo llamado Ricaredo, de edad de doce años, enseñado de sus padres a amar y temer a Dios, y a estar muy entero en las verdades de la fe católica. Catalina, la mujer de Clotaldo, noble, cristiana y prudente señora, tomó tanto amor a Isabel, que, como si fuera su hija, la criaba, regalaba e industriaba; y la niña era de tan buen natural, que con facilidad aprendía todo cuanto le enseñaban; con el tiempo y con los regalos fué olvidando los que sus padres verdaderos le habían hecho; pero no tanto que dejase de acordarse y suspirar por ellos muchas veces; y aunque iba aprendiendo la lengua inglesa, no perdía la española, porque Clotaldo tenía cuidado de traerle a casa secretamente españoles que hablasen con ella; desta manera, sin olvidar la suya, como está dicho, hablaba la lengua inglesa como si hubiera nacido en Londres; después de haberle enseñado todas las cosas de labor, que puede y debe saber una doncella, la enseñaron a leer y escribir más que medianamente; pero en lo que tuvo extremo fué en tañer todos los instrumentos que a una mujer son lícitos, y esto con toda perfección de música, acompañándola con una voz que le dió el cielo tan extremada, que encantaba cuando cantaba.

Todas estas gracias, adquiridas y puestas sobre la natural suya, poco a poco fueron encendiendo el pecho de Ricaredo, a quien ella, como a hijo de su señor, quería y servía; al principio le salteó amor con un modo de agradarse y com-

BIBLIOTECA NACIONAL DE MAESTROS

placerse de ver la sin igual belleza de Isabel, y de considerar sus infinitas virtudes y gracias, amándola como si fuera su hermana, sin que sus deseos saliesen de los términos honrados y virtuosos. Pero como fué creciendo Isabel, que ya cuando Ricaredo ardía, tenía doce años, aquella benevolencia primera, y aquella complacencia y agrado de mirarla, se volvió en ardentísimos deseos de gozarla y de poseerla: no porque aspirase a esto por otros medios que por los de ser su esposo, pues de la incomparable honestidad de Isabela — que así la llamaban ellos — no se podía esperar otra cosa, ni aun él quisiera esperarla aunque pudiera; porque la noble condición suya y la estimación en que a Isabela tenía, no consentían que ningún mal pensamiento echase raíces en su alma: mil veces determinó manifestar su voluntad a sus padres, y otras tantas no aprobó su determinación, porque él sabía que le tenían dedicado para ser esposo de una muy rica y principal doncella escocesa, asimismo secreta cristiana como ellos; y estaba claro, según él decía, que no habían de querer dar a una esclava — si este nombre se podía dar a Isabela — lo que ya tenían concertado de dar a una señora: y así perplejo y pensativo, sin saber qué camino tomar para venir al fin de su buen deseo, pasaba una vida tal, que le puso a punto de perderla. Pero pareciéndole ser gran cobardía dejarse morir sin intentar algún género de remedio a su dolencia, se animó y esforzó a declarar su intento a Isabela.

Andaban todos los de su casa tristes y alborotados por la enfermedad de Ricaredo, que de todos era querido, y de sus padres con el extremo posible, así por no tener otro, como porque lo merecía su mucha virtud y su gran valor y entendimiento: no le acertaban los médicos la enfermedad, ni él osaba ni quería descubrírsela. En fin, puesto en romper por las dificultades que él se imaginaba, un día que entró Isabela a servirle, viéndola sola, con desmayada voz y lengua turbada le dijo:

—Hermosa Isabela, tu valor, tu mucha virtud y grande hermosura me tienen como me ves; si no quieres que deje la vida en manos de las mayores penas que pueden imaginarse, responda el tuyo a mi buen deseo, que no es otro que el de recebirte por mi esposa a hurto de mis padres, de los cuales temo que, por no conocer lo que yo conozco que mereces, me

BIBLIOTECA NACIONAL DE MAESTROS

han de negar el bien que tanto me importa: si me das la palabra de ser mía, yo te la doy, desde luego, como verdadero y católico cristiano, de ser tuyo; que puesto que no llegue a gozarte, como no llegaré hasta que con bendición de la Iglesia y de mis padres sea, aquel imaginar que con seguridad eres mía, será bastante a darme salud y a mantenerme alegre y contento hasta que llegue el feliz punto que deseo.

En tanto que esto dijo Ricaredo, estuvo escuchándole Isabela, los ojos bajos, mostrando en aquel punto que su honestidad se igualaba a su hermosura, y a su mucha discreción su recato; y así, viendo que Ricaredo callaba, honesta, hermosa y discreta, le respondió desta suerte:

—Después que quiso el rigor o la clemencia del cielo — que no sé a cuál destos extremos lo atribuya — quitarme a mis padres, señor Ricaredo, y darme a los vuestros, agradecida a las infinitas mercedes que me han hecho, determiné que jamás mi voluntad saliese de la suya, y así sin ella tendría no por buena, sino por mala fortuna la inestimable merced que queréis hacerme; si con su sabiduría fuere yo tan venturosa que os merezca, desde aquí os ofrezco la voluntad que ellos me dieren, y en tanto que esto se dilatare, o no fuere, entretengan vuestros deseos saber que los míos serán eternos y limpios en desearos el bien que el cielo puede daros.

Aquí puso silencio Isabela a sus honestas y discretas razones, y allí comenzó la salud de Ricaredo, y comenzaron a revivir las esperanzas de sus padres, que en su enfermedad muertas estaban.

Despidiéronse los dos cortésmente: él con lágrimas en los ojos, ella con admiración en el alma de ver tan rendida a su amor la de Ricaredo; el cual, levantado del lecho, al parecer de sus padres por milagro, no quiso tenerles más tiempo ocultos sus pensamientos: y así un día se los manifestó a su madre, diciéndole en el fin de su plática, que fué larga, que si no le casaban con Isabela, que el negársela y darle la muerte era todo una misma cosa: con tales razones, con tales encarecimientos subió al cielo las virtudes de Isabel, Ricaredo, que le pareció a su madre que Isabela era la engañada en llevar a su hijo por esposo. Dió buenas esperanzas a su hijo de disponer a su padre a que con gusto viniese en lo que ya ella también venía; y así fué, que diciendo a su

marido las mismas razones que a ella había dicho su hijo, con facilidad le movió a querer lo que tanto su hijo deseaba, fabricando excusas que impidiesen el casamiento que casi tenía concertado con la doncella de Escocia. A esta sazón tenía Isabela catorce, y Ricaredo veinte años, y en esta tan verde y tan florida edad su mucha discreción y conocida prudencia los hacía ancianos.

Cuatro días faltaban para llegarse aquel en el cual sus padres de Ricaredo querían que su hijo inclinase el cuello al yugo santo del matrimonio, teniéndose por prudentes y dichosísimos de haber escogido a su prisionera por su hija, teniendo en más la dote de sus virtudes que la mucha riqueza que con la escocesa se les ofrecía: las galas estaban ya a punto, los parientes y los amigos convidados, y no faltaba otra cosa sino hacer a la reina sabedora de aquel concierto, porque sin su voluntad y consentimiento entre los de ilustre sangre no se efectúa casamiento alguno; pero no dudaron de la licencia, y así se detuvieron en pedirla. Digo, pues, que, estando todo en este estado, cuando faltaban los cuatro días hasta el de la boda, una tarde turbó todo su regocijo un ministro de la reina, que dió un recaudo a Clotaldo, que su Majestad mandaba que otro día por la mañana llevasen a su presencia a su prisionera la española de Cádiz. Respondióle Clotaldo que de muy buena gana haría lo que su Majestad le mandaba. Fuése el ministro, y dejó llenos los pechos de todos de turbación, de sobresalto y miedo.

—¡Ay! — decía la señora Catalina — si sabe la reina que yo he criado a esta niña a la católica, y de aquí viene a inferir que todos los desta casa somos cristianos, pues si la reina le pregunta qué es lo que ha aprendido en ocho años que ha que es prisionera, ¿qué ha de responder la cuitada que no nos condene, por más discreción que tenga? Oyendo lo cual Isabela, le dijo:

—No le dé pena alguna, señora mía, ese temor, que yo confío en el cielo, que me ha de dar palabras en aquel instante por su divina misericordia, que no sólo no os condenen, sino que redunden en provecho vuestro.

Temblaba Ricaredo, casi como adivino de algún mal suceso. Clotaldo buscaba modos que pudiesen dar ánimo a su mucho temor, y no los hallaba sino en la mucha confianza

que en Dios tenía y en la prudencia de Isabela, a quien encomendó mucho que por todas las vías que pudiese excusase el condenallos por católicos; que puesto que estaban prontos con el espíritu a recebir martirio, todavía la carne enferma rehusaba su amarga carrera. Una y muchas veces le aseguró Isabela estuviesen seguros que por su causa no sucedería lo que temían y sospechaban; porque aunque ella entonces no sabía lo que había de responder a las preguntas que en tal caso le hiciesen, tenía viva y cierta esperanza que había de responder de modo que, como otra vez había dicho, sus respuestas les sirviesen de abono.

Discurrieron aquella noche en muchas cosas, especialmente en que si la reina supiera que eran católicos, no les enviara recaudo tan manso, por donde se podía inferir que sólo quería ver a Isabela, cuya sin igual hermosura y habilidades habría llegado a sus oídos como a todos los de la ciudad; pero ya en no habérsela presentado se hallaban culpados, de la cual culpa hallaron sería bien disculparse con decir que, desde el punto que entró en su poder la escogieron y señalaron para esposa de su hijo Ricaredo; pero también en esto se culpaban, por haber hecho el casamiento sin licencia de la reina, aunque esta culpa no les pareció digna de gran castigo. Con esto se consolaron, y acordaron que Isabela no fuese vestida humildemente, como prisionera, sino como esposa, pues ya lo era de tan principal esposo como su hijo.

Resueltos en esto, otro día vistieron a Isabela a la española, con una saya entera de raso verde acuchillada, y forrada en rica tela de oro, tomadas las cuchilladas con unas eses de perlas, y toda ella bordada de riquísimas perlas: collar y cintura de diamantes, y con abanico a modo de las señoras damas españolas: sus mismos cabellos, que eran muchos, rubios y largos, entretejidos y sembrados de diamantes y perlas, le servían de tocado. Con este adorno riquísimo, y con su gallarda disposición y milagrosa belleza, se mostró aquel día a Londres sobre una hermosa carroza, llevando colgados de su vista las almas y los ojos de cuantos la miraban. Iban con ella Clotaldo y su mujer, y Ricaredo, en la carroza, y a caballo, muchos ilustres parientes suyos. Toda esta hon-

ra quiso hacer Clotaldo a su prisionera, por obligar a la reina la tratase como a esposa de su hijo.

Llegados, pues, a palacio y a una gran sala donde la reina estaba, entró por ella Isabela, dando de sí la más hermosa muestra que pudo caber en una imaginación. Era la sala grande y espaciosa, y a dos pasos se quedó el acompañamiento, y se adelantó Isabela, y como quedó sola, pareció lo mismo que parece la estrella o exhalación que por la región del fuego en serena y sosegada noche suele moverse, o bien ansí como rayos del sol que al salir del día, por entre dos montañas se descubre, todo esto pareció, y aun cometa que pronosticó el incendio de más de una alma de los que allí estaban, a quien amor abrasó con los rayos de los hermosos soles de Isabela. La cual, llena de humildad y cortesía, se fué a poner de hinojos ante la reina, y en lengua inglesa le dijo:

—Dé vuestra Majestad las manos a esta su sierva, que desde hoy más se tendrá por señora, pues ha sido tan venturosa que ha llegado a ver la grandeza vuestra.

Estúvola la reina mirando por un buen espacio, sin hablarle palabra, pareciéndole, como después dijo a su camarera, que tenía delante un cielo estrellado, cuyas estrellas eran las muchas perlas y diamantes que Isabela traía, su bello rostro y sus ojos el sol y la luna, y toda ella una nueva maravilla de hermosura. Las damas que estaban con la reina quisieran hacerse todas ojos, porque no les quedase cosa por mirar en Isabela; cuál alababa la viveza de sus ojos, cuál la color del rostro, cuál la gallardía del cuerpo y cuál la dulzura de la habla, y tal hubo que, de pura envidia, dijo:

—Buena es la española; pero no me contenta el traje.

Después que pasó algún tanto la suspensión de la reina, haciendo levantar a Isabela, le dijo:

—Habladme en español, doncella, que yo le entiendo bien, y gustaré de ello. Y, volviéndose a Clotaldo, dijo: —Clotaldo, agravio me habéis hecho en tenerme este tesoro tantos años ha encubierto; mas él es tal que os haya movido a codicia: obligado estáis a restituírmele, porque de derecho es mío.

—Señora — respondió Clotaldo —, mucha verdad es lo que vuestra Majestad dice: confieso mi culpa, si lo es haber guardado este tesoro a que estuviese en la perfección que convenía para parecer ante los ojos de vuestra Majestad; y ahora que lo está, pensaba traerle mejorado, pidiendo licencia a vuestra Majestad para que Isabela fuese esposa de mi hijo Ricaredo, y daros, alta Majestad, en los dos todo cuanto puedo daros.

—Hasta el nombre me contenta — respondió la reina —, no le faltaba más sino llamarse Isabela la española, para que no me quedase nada de perfección que desear en ella; pero advertid, Clotaldo, que sé que sin mi licencia la teníades prometida a vuestro hijo.

—Así es verdad, señora — respondió Clotaldo —; pero fué en confianza que los muchos y relevados servicios que yo y mis pasados tenemos hechos a esta corona, alcanzarían de vuestra Majestad otras mercedes más dificultosas que las desta licencia: cuanto más que aun no está desposado mi hijo.

—Ni lo estará — dijo la reina — con Isabela hasta que por sí mismo lo merezca; quiero decir, que no quiero que para esto le aprovechen vuestros servicios ni de sus pasados: él por sí mismo se ha de disponer a servirme, y a merecer por sí esta prenda, que yo la estimo como si fuese mi hija.

Apenas oyó esta última palabra Isabela, cuando se volvió a hincar de rodillas ante la reina, diciéndole en lengua castellana:

—Las desgracias que tales descuentos traen, serenísima señora, antes se han de tener por dichas que por desventuras: ya vuestra Majestad me ha dado nombre de hija: sobre tal prenda, ¿qué males podré temer, o qué bienes no podré esperar?

Con tanta gracia y donaire decía cuanto decía Isabela, que la reina se le aficionó en extremo, y mandó que se quedase en su servicio, y se la entregó a una gran señora, su camarera mayor, para que la enseñase el modo de vivir suyo.

Ricaredo, que se vió quitar la vida en quitarle a Isabela, estuvo a pique de perder el juicio; y así, temblando y con sobresalto, se fué a poner de rodillas ante la reina, a quien dijo:

—Para servir yo a vuestra Majestad no es menester incitarme con otros premios que con aquellos que mis padres y mis pasados han alcanzado por haber servido a sus reyes; pero pues vuestra Majestad gusta que yo la sirva con nuevos deseos y pretensiones, querría saber en qué modo y en qué ejercicio podré mostrar que cumplo con la obligación en que vuestra Majestad me pone.

—Dos navíos — respondió la reina — están para partirse en corso, de los cuales he hecho general al barón de Lansac: del uno dellos os hago a vos capitán; porque la sangre de do venís me asegura que ha de suplir la falta de vuestros años; y advertid a la merced que os hago, pues os doy ocasión en ella a que correspondiendo a quien sois, sirviendo a vuestra reina, mostréis el valor de vuestro ingenio y de vuestra persona, y alcancéis el mejor premio que a mi parecer vos mismo podéis acertar a desearos: yo mismo os seré guarda de Isabela, aunque ella da muestras que su honestidad será su más verdadera guarda: id con Dios, que pues vais enamorado, como imagino, grandes cosas me prometo de vuestras hazañas: felice fuera el rey batallador que tuviera en su ejército diez mil soldados amantes, que esperaran que el premio de sus victorias había de ser gozar de sus amadas. Levantaos, Ricaredo, y mirad si tenéis o queréis decir algo a Isabela, porque mañana ha de ser vuestra partida.

Besó las manos Ricaredo a la reina, estimando en mucho la merced que le hacía, y luego se fué a hincar de rodillas ante Isabela, y queriéndola hablar no pudo, porque se le puso un nudo en la garganta, que le ató la lengua, y las lágrimas acudieron a los ojos, y él acudió a disimularlas lo más que le fué posible; pero con todo eso no se pudieron encubrir a los ojos de la reina, pues dijo:

—No os afrentéis, Ricaredo, de llorar, ni os tengáis en menos por haber dado en este trance tan tiernas muestras de vuestro corazón, que una cosa es pelear con los enemigos, y otra despedirse de quien bien se quiere; abrazad, Isabela, a Ricaredo, y dadle vuestra bendición, que bien lo merece su sentimiento.

Isabela, que estaba suspensa y atónita de ver la humildad y dolor de Ricaredo, que como a su esposo le amaba, no entendió lo que la reina le mandaba, antes comenzó a derra-

mar lágrimas, tan sin pensar lo que hacía, y tan ciega y tan sin movimiento alguno, que no parecía sino que lloraba una estatua de alabastro. Estos afectos de los dos amantes, tan tiernos y tan enamorados, hicieron verter lágrimas a muchos de los circunstantes, y sin hablar más palabra Ricaredo y sin haberle hablado alguna a Isabela, haciendo Clotaldo y los que con él venían reverencia a la reina, se salieron de la sala, llenos de compasión, de despecho y de lágrimas.

Quedó Isabela como huérfana que acaba de enterrar sus padres, y con temor que la nueva señora quisiese que mudase las costumbres en que la primera la había criado. En fin, se quedó, y de allí a dos días Ricaredo se hizo a la vela, combatido, entre otros muchos, de dos pensamientos que le tenían fuera de sí: era el uno el considerar que le convenía hacer hazañas que le hiciesen merecedor de Isabela, y el otro que no podía hacer ninguna, si había de responder a su católico intento, que le impedía no desvainar la espada contra católicos, y si no la desenvainaba, había de ser notado de cristiano, o de cobarde, y todo esto redundaba en perjuicio de su vida y en obstáculo de su pretensión. Pero, en fin, determinó de posponer al gusto de enamorado el que tenía de ser católico, y en su corazón pedía al cielo le deparase ocasiones donde, con ser valiente, cumpliese con ser cristiano, dejando a su reina satisfecha y a Isabela merecida.

Seis días navegaron los dos navíos con próspero viento, siguiendo la derrota de las islas Terceras, paraje donde nunca faltan o naves portuguesas de las Indias orientales, o algunas derrotadas de las occidentales. Y al cabo de los seis días les dió de costado un recísimo viento que en el mar Océano tiene otro nombre que en el Mediterráneo, donde se llama mediodía, el cual viento fué tan durable y tan recio, que sin dejarles tomar las islas, les fué forzoso correr a España; y junto a su costa, a la boca del estrecho de Gibraltar, descubrieron tres navíos, uno poderoso y grande, y los dos pequeños: arribó la nave de Ricaredo a su capitán, para saber de su general si quería embestir a los tres navíos que se descubrían; y antes que a ella llegase, vió poner sobre la gavia mayor un estandarte negro, y llegándose más cerca, oyó que tocaban en la nave clarines y trompetas roncas, señales claras o que el general era muerto, o alguna otra principal per-

sona de la nave. Con este sobresalto llegaron a poderse hablar, que no lo habían hecho después que salieron del puerto; dieron voces de la nave capitana diciendo que el capitán Ricaredo pasase a ella, porque el general la noche antes había muerto de una apoplejía. Todos se entristecieron, si no fué Ricaredo que se alegró, no por el daño de su general, sino por ver que quedaba él libre para mandar en los dos navíos, que así fué la orden de la reina, que faltando el general, lo fuese Ricaredo, el cual con presteza se pasó a la capitana, donde halló que unos lloraban por el general muerto, y otros se alegraban con el vivo: finalmente, los unos y los otros le dieron luego la obediciencia, y le aclamaron por su general con breves ceremonias, no dando lugar a otra cosa dos de los tres navíos que habían descubierto, los cuales, desviándose del grande, a las dos naves se venían.

Luego conocieron ser galeras y turquescas, por las medias lunas que en las banderas traían, de que recebió gran gusto Ricaredo, pareciéndole que aquella presa, si el cielo se la concediese, sería de consideración, sin haber ofendido a ningún católico. Las dos galeras turquescas llegaron a reconocer los navíos ingleses, los cuales no traían insignias de Inglaterra, sino de España, por desmentir a quien llegase a reconocellos, y no los tuviesen por navíos de corsarios. Creyeron los turcos ser naves derrotadas de las Indias, y que con facilidad las rendirían. Fuéronse entrando poco a poco, y de industria los dejó llegar Ricaredo hasta tenerlos a gusto de su artillería, la cual mandó disparar a tan buen tiempo, que con cinco balas dió en la mitad de una de las galeras, con tanta furia, que la abrió por medio toda; dió luego a la banda, y comenzó a irse a pique sin poderse remediar. La otra galera, viendo tan mal suceso, con mucha priesa le dió cabo, y le llevó a poner debajo, del costado del gran navío; pero Ricaredo que tenía los suyos prestos y ligeros, que salían y entraban como si tuvieran remos, mandando cargar de nuevo toda la artillería, los fué siguiendo hasta la nave, lloviendo sobre ellos infinidad de balas. Los de la galera abierta, así como llegaron a la nave, la desampararon, y con priesa y celeridad procuraban acogerse a la nave. Lo cual, visto por Ricaredo, y que la galera sana se ocupaba con la rendida, cargó sobre ella con sus navíos, y sin dejarla rodear ni va-

lerse de los remos, la puso en estrecho, que los turcos se aprovecharon ansimismo del refugio de acogerse a la nave, no para defenderse en ella, sino por escapar las vidas por entonces. Los cristianos, de quien venían armadas las galeras, arrancando las brancas y rompiendo las cadenas, mezclados con los turcos, también se acogieron a la nave, y como iban subiendo por su costado, con la arcabucería de los navíos los iban tirando como al blanco; a los turcos no más, que a los cristianos mandó Ricaredo que nadie los tirase. Desta manera, casi todos los más turcos fueron muertos, y los que en la nave entraron, por los cristianos que con ellos se mezclaron, aprovechándose de sus mismas armas, fueron hechos pedazos; que la fuerza de los valientes, cuando caen, se pasa a la flaqueza de los que se levantan; y así, con el calor que les daba a los cristianos, pensó que los navíos ingleses eran españoles, hicieron por su libertad maravillas. Finalmente, habiendo muerto casi todos los turcos, algunos españoles se pusieron a bordo del navío, y a grandes voces llamaron a los que pensaban ser españoles, entrasen a gozar el premio del vencimiento. Preguntándoles Ricaredo en español que ¿qué navío era aquél?, respondieron que era una nave que venía de la India de Portugal, cargada de especería, y con tantas perlas y diamantes, que valía más de un millón de oro, y que con tormenta había arribado a aquella parte, toda destruída y sin artillería, por haberla echado a la mar la gente enferma y casi muerta de sed y de hambre, y que aquellas dos galeras, que eran del corsario Arnaute Mamí, el día antes la habían rendido, sin haberse puesto en defensa, y que, a lo que habían oído decir, por no poder pasar tanta riqueza a sus dos bajeles, la llevaban a jorro para meterla en el río de Larache, que estaba allí cerca.

Ricaredo les respondió que si ellos pensaban que aquellos dos navíos eran españoles, se engañaban, que no eran sino de la señora reina de Inglaterra, cuya nueva dió que pensar y que temer a los que la oyeron, pensando, como era razón que pensasen, que de un lazo habían caído en otro. Pero Ricaredo les dijo que no temiesen algún daño, y que estuviesen ciertos de su libertad, con tal que no se pusiesen en defensa.

—Ni es posible ponernos en ella — respondieron —, porque, como se ha dicho, este navío no tiene artillería, ni nos-

otros armas: así que nos es forzoso acudir a la gentileza y liberalidad de vuestro general; pues será justo que quien nos ha librado del insufrible cautiverio de los turcos, lleve adelante tan gran merced y beneficio, pues le podrá hacer famoso en todas las partes, que serán infinitas, donde llegare la nueva desta memorable victoria y de su liberalidad, más de nosotros esperada que temida.

No le parecieron mal a Ricaredo las razones del español; y llamando a consejo los de su navío, les preguntó cómo haría para enviar todos los cristianos a España, sin ponerse a peligro de algún siniestro suceso, si el ser tantos les daba ánimo para levantarse. Pareceres hubo, que los hiciese pasar uno a uno a su navío, y así como fuesen entrando debajo de cubierta, matarles, y desta manera matarlos a todos, y llevar la gran nave a Londres, sin temor ni cuidado alguno.

A esto respondió Ricaredo:

—Pues que Dios nos ha hecho tan gran merced en darnos tanta riqueza, no quiero corresponderle con ánimo cruel y desagradecido, ni es bien que lo que puedo remediar con la industria, lo remedie con la espada; y así soy de parecer que ningún cristiano católico muera, no porque los quiero bien, sino porque me quiero a mí muy bien, y querría que esta hazaña de hoy ni a mí ni a vosotros, que en ella me habéis sido compañeros, nos diese, mezclado con el nombre de valientes, el renombre de crueles, porque nunca dijo bien la crueldad con la valentía: lo que se ha de hacer es que toda la artillería de un navío destos se ha de pasar a la gran nave portuguesa, sin dejar en el navío otras armas ni otra cosa más del bastimento, y no lejando la nave de nuestra gente, la llevaremos a Inglaterra, y los españoles se irán a España.

Nadie osó contradecir lo que Ricaredo había propuesto, y algunos le tuvieron por valiente y magnánimo y de buen entendimiento; otros le juzgaron en sus corazones por más católico que debía. Resuelto, pues, en esto Ricaredo, pasó con cincuenta arcabuceros a la nave portuguesa, todos alerta y con las cuerdas encendidas: halló en la nave casi trescientas personas, de las que habían escapado de las galeras: pidió luego el registro de la nave, y respondióle aquel mismo que desde el borde le habló la vez primera, que el registro le había tomado el corsario de los bajeles, que con ellos se había aho-

gado. Al instante puso el torno en orden, y acostando su segundo bajel a la gran nave, con maravillosa presteza y con fuerza de fortísimos cabestrantes, pasaron la artillería del pequeño bajel a la mayor nave: luego, haciendo una breve plática a los cristianos, les mandó pasar al bajel desembarazado, donde hallaron bastimento en abundancia para más de un mes y para más gente; y así como se iban embarcando, dió a cada uno cuatro escudos de oro españoles, que hizo traer de su navío, para remediar en parte su necesidad cuando llegasen a tierra, que estaba tan cerca, que las altas montañas de Abila y Calpe desde allí se parecían. Todos le dieron infinitas gracias por la merced que les hacía, y el último que se iba a embarcar fué aquel que por los demás había hablado, el cual le dijo:

—Por más ventura tuviera, valeroso caballero, que me llevaras contigo a Inglaterra, que no que me enviaras a España, porque aunque es mi patria, y no habrá sino seis días que della partí, no he de hallar en ella otra cosa que no sea de ocasiones de tristezas y soledades mías: sabrás, señor, que en la pérdida de Cádiz, que sucedió habrá quince años, perdí una hija que los ingleses debieron de llevar a Inglaterra, y con ella perdí el descanso de mi vejez y la luz de mis ojos, que después que no la vieron, nunca han visto cosa que de su gusto sea: el grave descontento en que me dejó su pérdida y la de la hacienda, que también me faltó, me pusieron de manera que ni más quise ni más pude ejercitar la mercancía, cuyo trato me había puesto en opinión de ser el más rico mercader de toda la ciudad: y así era la verdad, pues fuera del crédito, que pasaba de muchos centenares de millares de escudos, valía mi hacienda dentro de las puertas de mi casa más de cincuenta mil ducados: todo lo perdí, y no hubiera perdido nada, como no hubiera perdido a mi hija: tras esta general desgracia, y tan particular mía, acudió la necesidad a fatigarme, hasta tanto que, no pudiéndola resistir, mi mujer y yo, que es aquella triste que allí está sentada, determinamos irnos a las Indias, común refugio de los pobres generosos; y habiéndonos embarcado en un navío de aviso seis días ha, a la salida de Cádiz dieron con el navío estos dos bajeles de cosarios, y nos cautivaron, donde se renovó nuestra desgracia y se confirmó nuestra desventura; y fuera ma-

yor si los cosarios no hubieran tomado aquella nave portuguesa, que los entretuvo, hasta haber sucedido lo que él había visto.

Preguntó Ricaredo cómo se llamaba su hija. Respondióle que Isabel. Con esto acabó de confirmarse Ricaredo en lo que ya había sospechado, que era que el que se lo contaba era el padre de su querida Isabela; y sin darle algunas nuevas della, le dijo que de muy buena gana llevaría a él y a su mujer a Londres, donde podría ser hallasen nuevas de las que deseaban: hízolos pasar luego a su capitana, poniendo marineros y guardas bastantes en la nao portuguesa. Aquella noche alzaron velas, y se dieron priesa a apartarse de las costas de España, porque el navío de los cautivos libres —entre los cuales también iban hasta veinte turcos, a quien también Ricaredo dió libertad, por mostrar que más por su buena condición y generoso ánimo se mostraba liberal, que por forzarle amor que a los católicos tuviese—, rogó a los españoles que en la primera ocasión que se ofreciese, diesen entera libertad a los turcos, que ansimismo se le mostraron agradecidos.

El viento, que daba señales de ser próspero y largo, comenzó a calmar un tanto, cuya calma levantó gran tormenta de temor en los ingleses, que culpaban a Ricaredo y a su liberalidad, diciéndole que los libres podían dar aviso en España de aquel suceso, y que si acaso había galeones de armada en el puerto, podían salir en su busca, y ponerlos en aprieto, y en término de perderse. Bien conocía Ricaredo que tenían razón; pero venciéndolos a todos con buenas razones, los sosegó; pero más los quietó el viento que volvió a refrescar de modo que, dándole en todas las velas, sin tener necesidad de amainallas ni aun de templallas, dentro de nueve días se hallaron a la vista de Londres, y cuando en él, victoriosos, volvieron, habría treinta que dél faltaban. No quiso Ricaredo entrar en el puerto con muestras de alegría, por la muerte de su general, y así mezcló las señales alegres con las tristes: unas veces sonaban clarines regocijados, otras, trompetas roncas: unas tocaban los atambores alegres y sobresaltadas armas, a quien con señas tristes y lamentables respondían los pífanos: de una gavia colgada puesta al revés una bandera de medias lunas sembrada: en otra se veía un

luengo estandarte de tafetán negro, cuyas puntas besaban el agua. Finalmente, con estos tan contrarios extremos, entró en el río de Londres con su navío, porque la nave no tuvo fondo en él que la sufriese; y así se quedó en la mar a lo largo. Estas tan contrarias muestras y señales tenían suspenso el infinito pueblo que desde la ribera les miraba: bien conocieron por algunas insignias que aquel navío menor era la capitana del barón de Lansac, mas no podían alcanzar cómo el otro navío se hubiese cambiado con aquella poderosa nave, que en la mar se quedaba; pero sacólos desta duda haber saltado en el esquife, armado de todas armas, ricas y resplandecientes, el valeroso Ricaredo, que a pie, sin esperar otro acompañamiento que aquel de un innumerable vulgo que le seguía, se fué a palacio, donde ya la reina puesta a unos corredores estaba esperando le trujesen la nueva de los navíos: estaba con la reina y con las otras damas Isabela vestida a la inglesa, y parecía tan bien como a la castellana: antes que Ricaredo llegase, llegó otro que dió las nuevas a la reina de como Ricaredo venía. Alborotóse Isabela, oyendo el nombre de Ricaredo, y en aquel instante temió y esperó malos y buenos sucesos de su venida.

Era Ricaredo alto de cuerpo, gentil hombre y bien proporcionado; y como venía armado de peto, espaldar, gola y brazaletes y escarcelas, con unas armas milanesas de once vistas, grabadas y doradas, parecía en extremo bien a cuantos le miraban: no le cubría la cabeza morrión alguno, sino un sombrero de gran falda, de color leonado, con mucha diversidad de plumas terciadas a la valona: la espalda ancha, los tiros ricos, las calzas, a la esguízara. Con este adorno, y con el paso brioso que llevaba, algunos hubo que le compararon a Marte, dios de las batallas, y otros, llevados de la hermosura de su rostro, dicen que le compararon a Venus, que para hacer alguna burla a Marte de aquel modo se había disfrazado. En fin, él llegó ante la reina. Puesto de rodillas le dijo:

—Alta Majestad, en fuerza de vuestra ventura y en consecución de mi deseo, después de haber muerto de una apoplejía el general de Lansac, quedando yo en su lugar, merced a la liberalidad vuestra, me deparó la suerte dos galeras turquescas que llevaban remolcando aquella gran nave que allí

se parece: acometíla, pelearon vuestros soldados como siempre; echáronse a fondo los bajeles de los cosarios; en el uno de los nuestros, en vuestro real nombre, di libertad a los cristianos que del poder de los turcos escaparon; sólo truje conmigo a un hombre y a una mujer, españoles, que por su gusto quisieron venir a ver la grandeza vuestra; aquella nave es de las que vienen de la India de Portugal, la cual por tormenta vino a dar en poder de los turcos, que con poco trabajo, por mejor decir sin ninguno, la rindieron, y según dijeron algunos portugueses de los que en ella venían, pasa de un millón de oro el valor de la especería y otras mercancías de perlas y diamantes que en ellas vienen; a ninguna cosa se ha tocado, ni los turcos habían llegado a ella; porque todo lo dedicó el cielo, y yo lo mandé guardar para vuestra Majestad, que con una joya sola que se me dé, quedaré en deuda de otras diez naves; la cual joya ya vuestra Majestad me la tiene prometida, que es a mi buena Isabela; con ella quedaré rico y premiado, no sólo deste servicio, cual él se sea, que a vuestra Majestad he hecho, sino de otros muchos que pienso hacer por pagar alguna parte del todo casi infinito que en esta joya vuestra Majestad me ofrece.

—Levantaos, Ricaredo — respondió la reina —, y creedme que si por precio os hubiera de dar a Isabela, según yo la estimo, no la pudiérades pagar ni con lo que trae esa nave ni con lo que queda en las Indias; dóyosla porque os la prometí, y porque ella es digna de vos, y vos lo sois della; vuestro valor sólo la merece; si vos habéis guardado las joyas de la nave para mí, yo os he guardado la joya vuestra para vos; y aunque os parezca que no hago mucho en volveros lo que es vuestro, yo sé que os hago mucha merced en ello; que las prendas que se compran a deseos y tienen su estimación en el alma del comprador, aquello valen que vale una alma, que no hay precio en la tierra con que apreciallа. Isabela, es vuestra, véisla allí; cuando quisiéredes podéis tomar su entera posesión, y creo será con su gusto, porque es discreta, y sabrá ponderar la amistad que le hacéis, que no la quiero llamar merced, sino amistad; porque me quiero alzar con el nombre de que yo sola puedo hacerle mercedes; idos a descansar, y venidme a ver mañana, que quiero más particularmente oír vuestras hazañas; y traedme esos dos que decís, que de su

voluntad han querido venir a verme, que se lo quiero agradecer.

Besóle las manos Ricaredo por las muchas mercedes que le hacía. Entróse la reina en una sala, y las damas rodearon a Ricaredo, y una dellas, que había tomado grande amistad con Isabela, llamada la señora Tansi, tenida por la más discreta, desenvuelta y graciosa de todas, dijo a Ricaredo:

—¿Qué es esto, señor Ricaredo, qué armas son éstas? ¿Pensábades por ventura que veníades a pelear con vuestros enemigos? Pues en verdad que aquí todas somos vuestras amigas, si no es la señora Isabela, que como española está obligada a no teneros buena voluntad.

—Acuérdese ella, señora Tansi, de tenerme alguna, que, como yo, esté en su memoria — dijo Ricaredo —; yo sé que la voluntad será buena, pues no puede caber en su mucho valor y entendimiento y rara hermosura la fealdad de ser desgradecida.

A lo cual respondió Isabela:

—Señor Ricaredo, pues he de ser vuestra, a vos está tomar de mí toda la satisfación que quisiéredes para recompesaros de las alabanzas que me habéis dado y de las mercedes que pensáis hacerme.

Estas y otras honestas razones pasó Ricaredo con Isabela y con las damas, entre las cuales había una doncella de pequeña edad, la cual no hizo sino mirar a Ricaredo mientras allí estuvo; alzábale las escarcelas, por ver qué traía debajo dellas, tentábale la espada, y con simplicidad de niña quería que las armas le sirviesen de espejo, llegándose a mirar de muy cerca en ellas; y cuando se hubo ido, volviéndose a las damas, dijo:

—Ahora, señora, yo imagino que debe de ser cosa hermosísima la guerra, pues aun entre mujeres parecen bien los hombres armados.

—Y ¿cómo si parecen? — respondió la señora Tansi —, si no, mirad a Ricaredo, que no parece sino que el sol se ha bajado a la tierra, y en aquel hábito va caminando por la calle.

Rieron todas del dicho de la doncella y de la disparatada semejanza de Tansi; y no faltaron murmuradores que tuvie-

ron por impertinencia el haber venido armado Ricaredo a palacio, puesto que halló disculpa en otros, que dijeron que, como soldado, lo pudo hacer para mostrar su gallarda bizarría.

Fué Ricaredo de sus padres, amigos, parientes y conocidos con muestras de entrañable amor recebido. Aquella noche se hicieron generales alegrías en Londres por su buen suceso. Ya los padres de Isabela estaban en casa de Clotaldo, a quien Ricaredo había dicho quién eran; pero que no les diesen nueva ninguna de Isabela hasta que él mismo se la diese. Este aviso tuvo la señora Catalina, su madre, y todos los criados y criadas de su casa. Aquella misma noche, con muchos bajeles, lanchas y barcos, y con no menos ojos que lo miraban, se comenzó a descargar la gran nave, que en ocho días no acabó de dar la mucha pimienta y otras riquísimas mercaderías que en su vientre encerradas tenía.

El día que siguió a esta noche fué Ricaredo a palacio, llevando consigo al padre y madre de Isabela, vestidos de nuevo a la inglesa, diciéndoles que la reina quería verlos. Llegando todos donde la reina estaba en medio de sus damas, esperando a Ricaredo, a quien quiso lisonjear y favorecer con tener junto a sí a Isabela, vestida con aquel mismo vestido que llevó la vez primera, mostrándose no menos hermosa ahora que entonces. Los padres de Isabela quedaron admirados y suspensos de ver tanta grandeza y bizarría junta. Pusieron los ojos en Isabela, y no la conocieron, aunque el corazón, presagio del bien que tan cerca tenían, les comenzó a saltar en el pecho, no con sobresalto que les entristeciese, sino con un no sé qué de gusto, que ellos no acertaban a entendelle. No consintió la reina que Ricaredo estuviese de rodillas ante ella; antes le hizo levantar y sentar en una silla rasa, que para sólo esto allí puesta tenían, inusitada merced para la altiva condición de la reina, y alguno dijo a otro:

—Ricaredo no se sienta hoy sobre la silla que le han dado, sino sobre la pimienta que él trujo.

Otro acudió, y dijo:

—Ahora se verifica lo que comúnmente se dice, que dádivas quebrantan peñas; pues las que ha traído Ricaredo han ablandado el duro corazón de nuestra reina.

Otro acudió, y dijo:

—Ahora que está tan bien ensillado. más de dos se atreverán a correrle.

En efecto, de aquella nueva honra que la reina hizo a Ricaredo, tomó ocasión la envidia para nacer en muchos pechos de aquellos que mirándole estaban; porque no hay merced que el príncipe haga a su privado, que no sea una lanza que atraviese el corazón del envidioso. Quiso la reina saber de Ricaredo menudamente cómo había pasado la batalla con los bajeles de los cosarios; él le contó de nuevo, atribuyendo la victoria a Dios y a los brazos valerosos de sus soldados, encareciéndoles a todos juntos, y particularizando algunos hechos de algunos que más que los otros se habían señalado, con que obligó a la reina a hacer a todos merced, y en particular a los particulares; y cuando llegó a decir la libertad que en nombre de Su Majestad había dado a los turcos y cristianos, dijo:

—Aquella mujer y aquel hombre que allí están — señalando a los padres de Isabela — son los que dije ayer a vuestra Majestad, que con deseo de ver vuestra grandeza, encarecidamente me pidieron los trujese conmigo; ellos son de Cádiz, y de lo que ellos me han contado, y de lo que en ellos he visto y notado, sé que son gente principal y de valor.

Mandóles la reina que se llegasen cerca; alzó los ojos Isabela a mirar los que decían ser españoles, y más de Cádiz, con deseo de saber si por ventura conocían a sus padres. Así como Isabela alzó los ojos, los puso en ella su madre y detuvo el paso para mirarla más atentamente, y en la memoria de Isabela se comenzaron a despertar unas confusas noticias, que le querían dar a entender que en otro tiempo ella había visto aquella mujer que delante tenía. Su padre estaba en la misma confusión, sin osar determinarse a dar crédito a la verdad que sus ojos le mostraban. Ricaredo estaba atentísimo a ver los afectos y movimientos que hacían las tres dudosas y perplejas almas, que tan confusas estaban entre el sí y el no de conocerse. Conoció la reina la suspensión de entrambos, y aun el desasosiego de Isabela, porque la vió trasudar, y levantar la mano muchas veces a componerse el cabello.

En esto deseaba Isabela que hablase la que pensaba ser su madre: quizá los oídos la sacarían de la duda en que sus

ojos la habían puesto. La reina dijo a Isabela que en lengua española dijese a aquella mujer y a aquel hombre le dijese qué causa les había movido a no querer gozar de la libertad que Ricaredo les había dado, siendo la libertad la cosa más amada, no sólo de la gente de razón, más aún de los animales que carecen de ella. Todo esto preguntó Isabela a su madre, la cual sin responderle palabra, desatentadamente y medio tropezando se llegó a Isabela, y sin mirar a respeto, temores ni miramientos cortesanos, alzó la mano a la oreja derecha de Isabela, y descubrió un lunar negro que allí tenía, la cual señal acabó de certificar su sospecha; y viendo claramente ser Isabela su hija, abrazándose con ella dió una gran voz, diciendo:

—¡Oh, hija de mi corazón! ¡Oh prenda cara del alma mía! — y sin poder pasar adelante se cayó desmayada en los brazos de Isabela.

Su padre, no menos tierno que prudente, dió muestras de su sentimiento, no con otras palabras que con derramar lágrimas, que sesgamente su venerable rostro y barbas le bañaron. Juntó Isabela su rostro con el de su madre, y volviendo los ojos a su padre, de tal manera le miró, que le dió a entender el gusto y el descontento que de verlos allí su alma tenía. La reina, admirada de tal suceso, dijo a Ricaredo:

—Yo pienso, Ricaredo, que con vuestra discreción se han ordenado estas vistas, y no se os diga que han sido acertadas, pues sabemos que así suele matar una súbita alegría como mata una tristeza — y diciendo esto, se volvió a Isabela, y la apartó de su madre, la cual, habiéndose echado agua en el rostro, volvió en sí, y estando un poco más en su acuerdo, puesta de rodillas delante de la reina, le dijo:

—Perdone vuestra Majestad mi atrevimiento, que no es mucho perder los sentidos con la alegría del hallazgo desta amada prenda.

Respondióle la reina que tenía razón, sirviéndole de intérprete, para que lo entendiese, Isabela, la cual de la manera que se ha contado conoció a sus padres, y sus padres a ella, a los cuales mandó la reina quedar en palacio, para que despacio pudiesen ver y hablar a su hija, y regocijarse con ella; de lo cual Ricaredo se holgó mucho, y de nuevo pidió a la reina le cumpliese la palabra que le había dado de dársela, si

es que acaso la merecía; y de no merecerla, le suplicaba, desde luego, le mandase ocupar en cosas que le hiciesen digno de alcanzar lo que deseaba. Bien entendió la reina que estaba Ricaredo satisfecho de sí mismo y de su mucho valor, que no había necesidad de nuevas pruebas para calificarle; y así le dijo que de allí a cuatro días le entregaría a Isabela, haciendo a los dos la honra que a ella fuese posible. Con esto se despidió Ricaredo contentísimo con la esperanza propincua que llevaba de tener en su poder a Isabela, sin sobresalto de perderla, que es el último deseo de los amantes. Corrió el tiempo, y no con la ligereza que él quisiera; que los que viven con esperanzas de promesas venideras, siempre imaginan que no vuela el tiempo, sino que anda sobre los pies de la pereza misma. Pero en fin llegó el día, no donde pensó Ricaredo poner fin a sus deseos, sino de hallar en Isabela gracias nuevas que le moviesen a quererla más, si más pudiese. Mas en aquel breve tiempo, donde él pensaba que la nave de su buena fortuna corría con próspero viento hacia el deseado puerto, la contraria suerte levantó en su mar tal tormenta, que mil veces temió anegarse.

Es, pues, el caso que la cámarera mayor de la reina, a cuyo cargo estaba Isabela, tenía un hijo de edad de veintidós años, llamado el conde Arnesto. Hacíanle la grandeza de su estado, la alteza de su sangre, el mucho favor que su madre con la reina tenía; hacíanle, digo, estas cosas más de lo justo arrogante, altivo y confiado. Este Arnesto, pues, se enamoró de Isabela tan encendidamente, que en la luz de los ojos de Isabela tenía abrasada el alma; y aunque en el tiempo que Ricaredo había estado ausente, con algunas señales le había descubierto su deseo, nunca de Isabela fué admitido; y puesto que la repugnancia y los desdenes en los principios de los amores suelen hacer desistir de la empresa a los enamorados, en Arnesto obraron lo contrario los muchos y conocidos desdenes que le dió Isabela, porque con sus celos ardía y con su honestidad se abrasaba; y como vió que Ricaredo, según el parecer de la reina, tenía merecida a Isabela, y que en tan poco tiempo se le había de entregar por mujer, quiso desesperarse; pero antes que llegase a tan infame y tan cobarde remedio, habló a su madre, diciéndole pidiese a la reina le diese a Isabela por esposa, donde no, que pensase que la

muerte estaba llamando a las puertas de su vida. Quedó la camarera admirada de las razones de su hijo, y como conocía la aspereza de su arrojada condición, y la tenacidad con que se le pegaban los deseos en el alma, temió que sus amores habían de parar en algún infelice suceso. Con todo eso, como madre a quien es natural desear y procurar el bien de sus hijos, prometió al suyo de hablar a la reina, no con esperanza de alcanzar della el imposible de romper su palabra, sino por no dejar de intentar cómo en salir desahuciada de los últimos remedios.

Y estando aquella mañana Isabela vestida por orden de la reina tan ricamente, que no se atreve la pluma a contarlo, y habiéndole echado la misma reina al cuello una sarta de perlas de las mejores que traía la nave, que las apreciaron en veinte mil ducados, y puéstole un anillo de un diamante, que se apreció en seis mil escudos, y estando alborozadas las damas por la fiesta que esperaban del cercano desposorio, entró la camarera mayor a la reina, y de rodillas le suplicó suspendiese el desposorio de Isabela por otros dos días, que con esta merced sola que Su Majestad le hiciese, se tendría por satisfecha y pagada de todas las mercedes que por sus servicios merecía y esperaba. Quiso saber la reina primero por qué le pedía con tanto ahinco aquella suspensión, que tan derechamente iba contra la palabra que tenía dada a Ricaredo; pero no se la quiso dar la camarera hasta que le hubo otorgado que haría lo que le pedía; tanto deseo tenía la reina de saber la causa de aquella demanda. Y así después que la camarera alcanzó lo que por entonces deseaba, contó a la reina los amores de su hijo, y como temía que si no le daban por mujer a Isabela, o se había de desesperar, o hacer algún hecho escandaloso; y que si había pedido aquellos dos días, era por dar lugar a que Su Majestad pensase qué medio sería a propósito y conveniente para dar a su hijo remedio.

La reina respondió que si su real palabra no estuviera de por medio, que ella hallara salida a tan cerrado laberinto, pero que no la quebrantaría ni defraudaría las esperanzas de Ricaredo por todo el interés del mundo. Esta respuesta dió la camarera a su hijo, el cual sin detenerse un punto, ardiendo en amor y en celos, se armó de todas armas, y sobre un fuerte y hermoso caballo se presentó ante la casa de Clo-

taldo, y a grandes voces pidió que se asomase Ricaredo a la ventana, el cual a aquella sazón estaba vestido de galas de desposado, y a punto para ir a palacio con el acompañamiento que tal acto requería; mas habiendo oído las voces, y siéndole dicho quién las daba, y del modo que venía, con algún sobresalto se asomó a una ventana, y como le vió Arnesto, dijo:

—Ricaredo, estáme atento a lo que decirte quiero: la reina mi señora te mandó fueses a servirla, y a hacer hazañas que te hiciesen merecedor de la sin par Isabela; tú fuiste, y volviste cargadas las naves de oro, con el cual piensas haber comprado y merecido a Isabela; y aunque la reina mi señora te la ha prometido, ha sido creyendo que no hay ninguno en su corte que mejor que tú la sirva, ni quien con mejor título merezca a Isabela, y en esto bien podrá ser se haya engañado; y así llegándome a esta opinión que yo tengo por verdad averiguada, digo que ni tú has hecho cosas tales que te hagan merecer a Isabela, ni ninguna podrás hacer que tanto bien te levante; y en razón de que no la mereces, si quisieres contradecirme, te desafío a todo trance de muerte.

Calló el conde, y desta manera le respondió Ricaredo:

—En ninguna manera me toca salir a vuestro desafío, señor conde, porque yo confieso, no sólo que no merezco a Isabela, sino que no la merece ninguno de los que hoy viven en el mundo; así que contestando yo lo que vos decís, otra vez digo que no me toca vuestro desafío; pero yo le acepto por el atrevimiento que habéis tenido en desafiarme.

Con esto se quitó de la ventana, y pidió apriesa sus armas. Alborotáronse sus parientes, y todos aquellos que para ir a palacio habían venido a acompañarle. De la mucha gente que había visto al conde Arnesto armado, y la había oído las voces del desafío, no faltó quien lo fué a contar a la reina, la cual mandó al capitán de su guarda que fuese a prender al conde. El capitán se dió tanta priesa, que llegó a tiempo que ya Ricaredo salía de su casa, armado con las armas con que se había desembarcado, puesto sobre un hermoso caballo. Cuando el conde vió al capitán, luego imaginó a lo que venía, determinó de no dejar prenderse, y alzando la voz contra Ricaredo, dijo:

—Ya ves, Ricaredo, el impedimento que nos viene; si tuvieres ganas de castigarme, tú me buscarás; y por la que yo tengo de castigarte, también te buscaré; y pues dos que se buscan fácilmente se hallan, dejemos para entonces la ejecución de nuestros deseos.

—Soy contento — respondió Ricaredo.

En esto llegó el capitán con toda su guarda, y dijo al conde que fuese preso en nombre de Su Majestad. Respondió el conde que se daba; pero no para que lo llevasen a otra parte que a la presencia de la reina. Contentóse con esto el capitán, y cogiéndole en medio de la guarda le llevó a palacio ante la reina, la cual ya de su camarera estaba informada del amor grande que su hijo tenía a Isabela, y con lágrimas había suplicado a la reina perdonase al conde, que como mozo y enamorado, a mayores yerros estaba sujeto. Llegó Arnesto ante la reina, la cual, sin entrar con él en razones, le mandó quitar la espada, y llevasen preso a una torre.

Todas estas cosas atormentaban el corazón de Isabela y de sus padres, que tan presto veían turbado el mar de su sosiego. Aconsejó la camarera a la reina que para sosegar el mal que podía suceder entre su parentela y la de Ricaredo, que se quitase la causa de por medio, que era Isabela, enviándola a España, y así cesarían los efectos que debían de temerse; añadiendo a estas razones decir que Isabela era católica, y tan cristiana que ninguna de sus persuasiones, que habían sido muchas, la habían podido torcer en nada de su católico intento. A lo cual respondió la reina que por eso la estimaba en más, pues tan bien sabía guardar la ley que sus padres la habían enseñado, y que en lo de enviarla a España no tratase, porque su hermosa presencia y sus muchas gracias y virtudes le daban mucho gusto, y que, sin duda, si no aquel día, otro se la había de dar por esposa a Ricaredo, como se lo tenía prometido. Con esta resolución de la reina quedó la camarera tan desconsolada, que no le replicó palabra, y pareciéndole lo que ya le había parecido, que si no era quitando a Isabela de por medio, no había de haber medio alguno que la rigurosa condición de su hijo ablandase ni redujese a tener paz con Ricaredo, determinó de hacer una de las mayores crueldades que pudo caber jamás en pensamiento de mujer principal, y tanto como ella lo era; y fué su determinación

matar con tósigo a Isabela; y como por la mayor parte sea la condición de las mujeres ser prestas y determinadas, aquella misma tarde atosigó a Isabela en una conserva que le dió, forzándola que la tomase por ser buena contra las ansias de corazón que sentía.

Poco espacio pasó después de haberla tomado, cuando a Isabela se le comenzó a hinchar la lengua y la garganta, y a ponérsele denegridos los labios, y a enronquecérsele la voz, turbársele los ojos y apretársele el pecho; todas conocidas señales de haberle dado veneno. Acudieron las damas a la reina, contándole lo que pasaba, y certificando que la camarera había hecho aquel mal recaudo. No fué menester mucho para que la reina lo creyese, y así fué a ver a Isabela, que ya casi estaba expirando. Mandó llamar la reina con priesa sus médicos, y en tanto que tardaban, la hizo dar cantidad de polvos de unicornio, con otros muchos antídotos que los grandes príncipes suelen tener prevenidos para semejantes necesidades. Vinieron los médicos, y esforzaron los remedios, y pidieron a la reina hiciese decir a la camarera qué genero de veneno le había dado; porque no se dudaba que otra persona alguna sino ella la hubiese envenenado. Ella lo descubrió, y con esta noticia los médicos aplicaron tantos remedios y tan eficaces, que con ellos y con el ayuda de Dios quedó Isabela con vida, o a lo menos con esperanza de tenerla. Mandó la reina prender a su camarera, y encerrarla en un aposento estrecho de palacio, con intención de castigarla como su delito merecía, puesto que ella se disculpaba diciendo que en matar a Isabela hacía sacrificio al cielo, quitando de la tierra a una católica, y con ella la ocasión de las pendencias de su hijo.

Estas tristes nuevas oídas de Ricaredo, le pusieron en términos de perder el juicio; tales eran las cosas que hacía y las lastimeras razones con que se quejaba. Finalmente, Isabela no perdió la vida, que el quedar con ella la naturaleza lo conmutó en dejarla sin cejas, pestañas y sin cabello, el rostro hinchado, la tez perdida, los cueros levantados y los ojos lagrimosos. Finalmente quedó tan fea, que como hasta allí había parecido un milagro de hermosura, entonces parecía un monstruo de fealdad. Por mayor desgracia tenían los que la conocían haber quedado de aquella manera que si la hubiera

muerto el veneno. Con todo esto, Ricaredo se la pidió a la reina, y le suplicó se la dejase llevar a su casa, porque el amor que la tenía pasaba del cuerpo al alma, y que si Isabela había perdido su belleza, no podía haber perdido sus infinitas virtudes.

—Así es — dijo la reina —, lleváosla, Ricaredo, y haced cuenta que lleváis una riquísima joya encerrada en una caja de madera tosca: Dios sabe si quisiera dárosla como me la entregastes, pero pues no es posible, perdonadme; quizá el castigo que diere a la cometedora de tal delito satisfará en algo el deseo de la venganza.

Muchas cosas dijo Ricaredo a la reina disculpando a la camarera, y suplicándola la perdonase, pues las disculpas que daba eran bastantes para perdonar mayores insultos. Finalmente, le entregaron a Isabela y a sus padres, y Ricaredo los llevó a su casa, digo a la de sus padres; a las ricas perlas y al diamante añadió otras joyas la reina y otros vestidos tales, que descubrieron el mucho amor que a Isabela tenía, la cual duró dos meses en su fealdad, sin dar indicio alguno de poder reducirse a su primera hermosura; pero al cabo deste tiempo comenzó a caérsele el cuero y a descubrírsele su hermosa tez.

En este tiempo los padres de Ricaredo, pareciéndoles no ser posible que Isabela en sí volviese, determinaron enviar por la doncella de Escocia, con quien primero que con Isabela tenían concertado de casar a Ricaredo, y esto sin que él lo supiese, no dudando que la hermosura presente de la nueva esposa hiciese olvidar a su hijo la ya pasada de Isabela; a la cual pensaban enviar a España con sus padres, dándoles tanto haber y riquezas que recompensasen sus pasadas pérdidas. No pasó mes y medio, cuando sin sabiduría de Ricaredo, la nueva esposa se le entró por las puertas, acompañada como quien ella era, y tan hermosa que después de la Isabela, que solía ser, no había otra tan bella en todo Londres. Sobresaltóse Ricaredo con la improvisa vista de la doncella, y temió que el sobresalto de su venida había de acabar la vida a Isabela; y así para templar este temor se fué al lecho donde Isabela estaba, y hallóla en compañía de sus padres, delante de los cuales dijo:

—Isabela de mi alma, mis padres con el grande amor que me tienen, aun no bien enterados del mucho que yo te

tengo, han traído a casa una doncella escocesa, con quien ellos tenían concertado de casarme antes que yo conociese lo que vales; y esto a lo que creo con intención que la mucha belleza desta doncella borre de mi alma la tuya, que en ella estampada tengo; yo, Isabela, desde el punto que te quise, fué con otro amor de aquel que tiene su fin y paradero en el cumplimiento del sensual apetito; que puesto que tu corporal hermosura me cautivó los sentidos, tus infinitas virtudes me aprisionaron el alma, de manera que si hermosa te quise, fea te adoro, y para confirmar esta verdad, dame esa mano; y dándole ella la derecha y asiéndola él con la suya, prosiguió diciendo:

—Por la fe católica que mis cristianos padres me enseñaron, la cual si no está en la entereza que se requiere, por aquella juro que guarda el Pontífice romano, que es la que yo en mi corazón confieso, creo y tengo; y por el verdadero Dios que nos está oyendo, te prometo — ¡oh, Isabela, mitad de mi alma! — de ser tu esposo, y lo soy, desde luego, si tú quieres levantarme a la alteza de ser tuyo.

Quedó suspensa Isabela con las razones de Ricaredo, y sus padres atónitos y pasmados. Ella no supo qué decir ni hacer otra cosa que besar muchas veces la mano de Ricaredo, y decirle con voz mezclada con lágrimas, que ella le aceptaba por suyo y se entregaba por su esclava. Besóla Ricaredo en el rostro feo, no habiendo tenido jamás atrevimiento de llegarse a él cuando hermoso; los padres de Isabela solemnizaron con tiernas y muchas lágrimas las fiestas del desposorio; Ricaredo les dijo que él dilataría el casamiento de la escocesa que ya estaba en casa, del modo que después verían, y cuando su padre los quisiese enviar a España a todos tres, no lo rehusasen, sino que se fuesen y le aguardasen en Cádiz o en Sevilla dos años, dentro de los cuales les daba su palabra de ser con ellos, si el cielo tanto tiempo le concedía de vida, y que si deste término pasase, tuviesen por cosa certísima que algún grande impedimento, o la muerte, que era lo más cierto, se había opuesto a su camino. Isabela le respondió que no solos dos años le aguardaría, sino todos aquellos de su vida hasta estar enterada que él no la tenía; porque en el punto que esto supiese, sería el mismo de su muerte. Con estas tiernas palabras se renovaron las

lágrimas en todos, y Ricaredo salió a decir a sus padres como en ninguna manera no se casaría, ni daría la mano a su esposa la escocesa, sin haber primero ido a Roma a asegurar su conciencia. Tales razones supo decir a ellos, y a los parientes que habían venido con Clisterna, que así se llamaba la escocesa, que como todos eran católicos fácilmente las creyeron; y Clisterna se contentó de quedar en casa de su suegro hasta que Ricaredo volviese, el cual pidió de término un año.

Esto ansí puesto y concertado, Clotaldo dijo a Ricaredo como determinaba enviar a España a Isabela y a sus padres, si la reina les daba licencia; quizá los aires de la patria apresurarían y facilitarían la salud que ya comenzaba a tener. Ricaredo por no dar indicio de sus designios, respondió tibiamente a su padre que hiciese lo que mejor le pareciese; sólo le suplicó que no quitase a Isabela ninguna cosa de las riquezas que la reina le había dado. Prometióselo Clotaldo, y aquel mismo día fué a pedir licencia a la reina, así para casar a su hijo con Clisterna, como para enviar a Isabela y a sus padres a España. De todo se contentó la reina, y tuvo por acertada la determinación de Clotaldo; y aquel mismo día, sin acuerdo de letrados y sin poner a su camarera en tela de juicio, la condenó en que no sirviese más su oficio, y en diez mil escudos de oro para Isabela; y al conde Arnesto por el desafío le desterró por seis años de Inglaterra. No pasaron cuatro días, cuando ya Arnesto se puso a punto de salir a cumplir su destierro, y los dineros estuvieron juntos. La reina llamó a un mercader rico que habitaba en Londres, y era francés, el cual tenía correspondencia en Francia, Italia y España, al cual entregó los diez mil escudos y le pidió cédulas para que se los entregasen al padre de Isabela en Sevilla o en otra plaza de España. El mercader, descontados sus intereses y ganancias, dijo a la reina que las daría ciertas y seguras para Sevilla sobre otro mercader francés, su correspondiente, en esta forma: que él escribiría a París, para que allí se hiciesen las cédulas por otro correspondiente suyo, a causa que rezasen las fechas de Francia, y no de Inglaterra, por el contrabando de la comunicación de los dos reinos, y que bastaba llevar una letra de aviso suya sin fecha con sus contraseñas, para que luego diese el dinero el mercader de Sevilla, que ya estaría avisado del de París. En resolución,

la reina tomó tales seguridades del mercader, que no dudó de ser cierta la partida; y no contenta con esto, mandó llamar a un patrón de una nave flamenca, que estaba para partirse otro día a Francia a sólo tomar en algún puerto della testimonio para poder entrar en España a título de partir de Francia, y no de Inglaterra, al cual pidió encarecidamente llevase en su nave a Isabela y a sus padres, y con toda seguridad y buen tratamiento los pusiese en un puerto de España, el primero a do llegase.

El patrón, que deseaba contentar a la reina, dijo que sí haría, y que los pondría en Lisboa, Cádiz o Sevilla. Tomados, pues, los recaudos del mercader, envió la reina a decir a Clotaldo no quitase a Isabela todo lo que ella le había dado, así de joyas como de vestidos. Otro día vino Isabela y sus padres a despedirse de la reina, que los recibió con mucho amor. Dióles la reina la carta del mercader, y otras muchas dádivas, así de dineros como de otras cosas de regalo para el viaje. Con tales razones se lo agradeció Isabela, que de nuevo dejó obligada a la reina para hacerle siempre mercedes; despidióse de las damas, las cuales como ya estaba fea, no quisieran que se partiera, viéndose libres de la envidia que a su hermosura tenían, y contentas de gozar de sus gracias y discreciones. Abrazó la reina a los tres, y encomendándolos a la buena ventura y al patrón de la nave, y pidiendo a Isabela la avisase de su buena llegada a España, y siempre de su salud por la vía del mercader francés, se despidió de Isabela y de sus padres, los cuales aquella misma tarde se embarcaron, no sin lágrimas de Clotaldo y de su mujer y de todos los de su casa, de quien era en todo extremo bien querida. No se halló a esta despedida presente Ricaredo, que por no dar muestras de tiernos sentimientos aquel día hizo que unos amigos suyos le llevasen a caza. Los regalos que la señora Catalina dió a Isabela para el viaje fueron muchos, los abrazos infinitos, las lágrimas en abundancia, las encomiendas de que la escribiese sin número, y los agradecimientos de Isabela y de sus padres correspondieron a todo; de suerte que aunque llorando, los dejaron satisfechos.

Aquella noche se hizo el bajel a la vela, y habiendo con próspero viento tocado en Francia, y tomado en ella los recaudos necesarios para poder entrar en España, de allí a

treinta días entró por la barra de Cádiz, donde desembarcaron Isabela y sus padres, y siendo conocidos de todos los de la ciudad, los recebieron con muestra de mucho contento. Recebieron mil parabienes del hallazgo de Isabela, y de la libertad que habían alcanzado ansí de los moros que los habían cautivado — habiendo sabido todo su suceso de los cautivos a que dió libertad la liberalidad de Ricaredo —, como de la que habían alcanzado de los ingleses. Ya Isabela en este tiempo comenzaba a dar grandes esperanzas de volver a cobrar su primera hermosura. Poco más de un mes estuvieron en Cádiz, restaurando los trabajos de la navegación, y luego se fueron a Sevilla por ver si salía cierta la paga de los diez mil escudos, que librados sobre el mercader francés traían. Dos días después de llegar a Sevilla le buscaron, y le hallaron, y le dieron la carta del mercader francés de la ciudad de Londres; él la reconoció, y dijo que hasta que de París le viniesen las letras y carta de aviso, no podía dar el dinero; pero que por momentos aguardaba el aviso.

Los padres de Isabela alquilaron una casa principal frontero de Santa Paula, por ocasión que estaba monja en aquel santo monasterio una sobrina suya, única y extremada en la voz; y así por tenerlas cerca, como por haber dicho Isabela a Ricaredo que si viniese a buscarla la hallaría en Sevilla, y le diría su casa su prima la monja de Santa Paula, y que para conocella no había menester más de preguntar por la monja que tenía la mejor voz en el monasterio, porque estas señas no se le podían olvidar. Otros cuarenta días tardaron de venir los avisos de París; y a dos que llegaron el mercader francés entregó los diez mil ducados a Isabela, y ella a sus padres, y con ellos, y con algunos más que hicieron vendiendo algunas de las muchas joyas de Isabela, volvió su padre a ejercitar su oficio de mercader, no sin admiración de los que sabían sus grandes pérdidas. En fin, en pocos meses fué restaurando su perdido crédito, y la belleza de Isabela volvió a su ser primero, de tal manera que en hablando de hermosas, todos daban el lauro a la Española inglesa, que tanto por este nombre, como por su hermosura, era de toda la ciudad conocida. Por la orden del mercader francés de Sevilla escribieron Isabela y sus padres a la reina de Inglaterra su llegada, con los agradecimientos y sumisiones que

requerían las muchas mercedes della recebidas; asimismo escribieron a Clotaldo y a su señora Catalina, llamándolos Isabela padres, y sus padres señores. De la reina no tuvieron respuesta; pero de Clotaldo y de su mujer sí, donde les daban el parabién de la llegada a salvo, y los avisaban como su hijo Ricaredo otro día después que ellos se hicieron a la vela se había partido a Francia, y de allí a otras partes, donde le convenía ir para seguridad de su conciencia, añadiendo a estas otras razones y cosas de mucho amor y de muchos ofrecimientos. A la cual carta respondieron con otra no menos cortés y amorosa que agradecida.

Luego imaginó Isabela que el haber dejado Ricaredo a Inglaterra, sería para venirla a buscar a España; y alentada con esta esperanza vivía la más contenta del mundo, y procuraba vivir de manera que cuando Ricaredo llegase a Sevilla, antes le diese en los oídos la fama de sus virtudes, que el conocimiento de su casa. Pocas o ninguna vez salía de su casa sino para el monasterio; no ganaba otros jubileos que aquellos que en el monasterio se ganaban. Desde su casa y desde su oratorio andaba con el pensamiento los viernes de cuaresma la santísima estación de la cruz, y los siete venideros del Espíritu Santo; jamás visitó el río, ni pasó a Triana, ni vió el común regocijo en el campo de Tablada y puerta de Jerez el día, si le hace claro, de San Sebastián, celebrado de tanta gente que apenas se puede reducir a número; finalmente, no vió regocijo público, ni otra fiesta en Sevilla; todo lo libraba en su recogimiento y en sus oraciones y buenos deseos esperando a Ricaredo. Este su grande retraimiento tenía abrasados y encendidos los deseos, no sólo de los pisaverdes del barrio, sino de todos aquellos que una vez la hubiesen visto; de aquí nacieron músicas de noche en su calle y carreras de día. Deste no dejar verse y desearlo muchos, crecieron las alhajas de las terceras, que prometieron mostrarse primas y únicas en solicitar a Isabela, y no faltó quien se quiso aprovechar de lo que llaman hechizos, que no son sino embustes y disparates; pero a todo esto estaba Isabela como roca en mitad de la mar, que la tocan, pero no la mueven las olas ni los vientos. Año y medio era ya pasado, cuando la esperanza propincua de los dos años por Ricaredo prometidos, comenzó con más ahinco que hasta allí a fatigar el corazón de Isabela;

y cuando ya le parecía que su esposo llegaba, y que le tenía ante los ojos, y le preguntaba qué impedimentos le habían detenido tanto; cuando ya llegaban a sus oídos las disculpas de su esposo, y cuando ya ella le perdonaba y le abrazaba, y como a mitad de su alma le recebía, llegó a sus manos una carta de la señora Catalina, fecha en Londres cincuenta días había; venía en lengua inglesa; pero leyéndola en español, vió que así decía:

"Hija de mi alma: Bien conociste a Guillarte el paje de Ricaredo; éste se fué con él al viaje, que por otra parte te avisé que Ricaredo a Francia y a otras partes había hecho el segundo día de tu partida; pues este mismo Guillarte, a cabo de diez y seis meses que no habíamos sabido de mi hijo, entró ayer por nuestra puerta con nuevas que el conde Arnesto había muerto a traición en Francia a Ricaredo. Considera, hija, cuál quedaríamos su padre y yo, y su esposa con tales nuevas; tales digo, que aun no nos dejaron poner en duda nuestra desventura. Lo que Clotaldo y yo te rogamos otra vez, hija de mi alma, es que encomiendes muy de veras a Dios la de Ricaredo, que bien merece este beneficio el que tanto te quiso como tú sabes; también pedirás a Nuestro Señor nos dé a nosotros paciencia y buena muerte, a quien nosotros también pediremos y suplicaremos te dé a ti y a tus padres largos años de vida."

Por la letra y por la firma no le quedó que dudar a Isabela para no creer la muerte de su esposo; conocía muy bien al paje Guillarte, y sabía que era verdadero, y que de suyo no habría querido ni tenía para qué fingir aquella muerte, ni menos su madre, la señora Catalina, la habría fingido, por no importarle nada enviarle nuevas de tanta tristeza; finalmente, ningún discurso que hizo, ninguna cosa que imaginó le pudo quitar del pensamiento no ser verdadera la nueva de su desventura. Acabada de leer la carta, sin derramar lágrimas, ni dar señales de doloroso sentimiento con sesgo rostro y al parecer con sosegado pecho se levantó de un estrado donde estaba sentada y se entró en un oratorio, y hincándose de rodillas ante la imagen de un devoto crucifijo, hizo voto de ser monja, pues lo podía ser teniéndose por viuda. Sus padres disimularon y encubrieron con discreción la pena que les había dado la triste nueva, por poder consolar a

Isabela en la amarga que sentía; la cual, casi como satisfecha de su dolor, templándole con la santa y cristiana resolución que había tomado, ella consolaba a sus padres, a los cuales descubrió su intento, y ellos le aconsejaron que no le pusiese en ejecución hasta que pasasen los dos años que Ricaredo había puesto por término a su venida, que con esto se confirmaría la verdad de la muerte de Ricaredo, y ella con más seguridad podía mudar de estado. Ansí lo hizo Isabela, y los seis meses y medio que quedaban para cumplirse los dos años, los pasó en ejercicios de religiosa, y en concertar la entrada del monasterio, habiendo elegido el de Santa Paula, donde estaba su prima. Pasóse el término de los dos años, y llegóse el día de tomar el hábito, cuya nueva se extendió por la ciudad, y de los que conocían de vista a Isabela, y de aquellos que por sola su fama, se llenó el monasterio y la poca distancia que dél a la casa de Isabela había; y convidando su padre a sus amigos, y aquéllos a otros, hicieron a Isabela uno de los más honrados acompañamientos que en semejantes actos se habían visto en Sevilla. Hallóse en él el asistente, y el provisor de la Iglesia y vicario del arzobispo, con todas las señoras y señores de título que había en la ciudad; tal era el deseo que en todos había de ver el sol de la hermosura de Isabela, que tantos meses se les había eclipsado; y como es costumbre de las doncellas que van a tomar el hábito ir lo posible galanas y bien compuestas, como quien en aquel punto echa el resto de la bizarría y se descarta della, quiso Isabela ponerse lo más bizarra que le fué posible; y así se vistió con aquel vestido mismo que llevó cuando fué a ver a la reina de Inglaterra, que ya se ha dicho cuán rico y cuán vistoso era; salieron a luz las perlas y el famoso diamante, con el collar y cintura, que asimismo era de mucho valor. Con este adorno y con su gallardía, dando ocasión para que todos alabasen a Dios en ella, salió Isabela de su casa a pie, que el estar tan cerca el monasterio excusó los coches y carrozas; el concurso de la gente fué tanto, que les pesó de no haber entrado en los coches, que no les daban lugar de llegar al monasterio; unos bendecían a sus padres, otros al cielo que de tanta hermosura la había dotado; unos, se empinaban por verla; otros, habiéndola visto una vez, corrían adelante por verla otra; y el que

más solícito se mostró en esto, y tanto que muchos echaron de ver en ello, fué un hombre vestido en hábito de los que vienen rescatados de cautivos, con una insignia de la Trinidad en el pecho en señal que han sido rescatados por la limosna de sus redentores. Este cautivo, pues, al tiempo que ya Isabela tenía un pie dentro de la portería del convento, donde habían salido a recebirla, como es uso, la priora y las monjas con la cruz, a grandes voces, dijo:

—Detente, Isabela; detente, que mientras yo fuere vivo no puedes tú ser religiosa.

A estas voces Isabela y sus padres volvieron los ojos, y vieron que hendiendo por toda la gente hacia ellos venía aquel cautivo, que habiéndosele caído un bonete azul redondo que en la cabeza traía, descubrió una confusa madeja de cabellos de oro ensortijados, y un rostro como el carmín y como la nieve, colorado y blanco, señales que luego le hicieron conocer y juzgar por extranjero de todos. En efecto, cayendo y levantando llegó donde Isabela estaba, y asiéndola de la mano, le dijo:

—¿Conocésme, Isabela? Mira que yo soy Ricaredo, tu esposo.

—Si conozco — dijo Isabela —, si ya no eres fantasma que viene a turbar mi reposo.

Sus padres le asieron y atentamente le miraron, y en resolución conocieron ser Ricaredo el cautivo; el cual, con lágrimas en los ojos, hincando las rodillas delante de Isabela, le suplicó que no impidiese la extrañeza del traje en que estaba su buen conocimiento, ni estorbase su baja fortuna, que ella no correspondiese a la palabra que entre los dos se habían dado. Isabela, a pesar de la impresión que en su memoria había hecho la carta de la madre de Ricaredo, dándole nuevas de su muerte, quiso dar más crédito a sus ojos y a la verdad que presente tenía; y así abrazándose con el cautivo, le dijo:

—Vos, sin duda, señor mío, sois aquel que sólo podrá impedir mi cristiana determinación; vos, señor, sois, sin duda, la mitad de mi alma, pues sois mi verdadero esposo; estampado os tengo en mi memoria, y guardado en mi alma; las nuevas que de vuestra muerte me escribió mi señora y vuestra madre, ya que no me quitaron la vida me hicieron escoger

la de la religión, que en este punto quería entrar a vivir en ella; mas pues Dios con tan justo impedimento muestra querer otra cosa, ni podemos ni conviene que por mi parte se impida; venid, señor, a la casa de mis padres, que es vuestra, y allí os entregaré mi posesión por los términos que pide nuestra santa fe católica.

Todas estas razones oyeron los circunstantes y el asistente, y vicario, y provisor del arzobispo, y de oirlas se admiraron y suspendieron, y quisieron que luego se les dijese qué historia era aquella, qué extranjero aquel, y de qué casamiento trataban. A todo lo cual respondió el padre de Isabela, diciendo que aquella historia pedía otro lugar y algún término para decirse; y así suplicaba a todos aquellos que quisiesen saberla, diesen la vuelta a su casa, pues estaba tan cerca, que allí se la contarían de modo que con la verdad quedasen satisfechos, y con la grandeza y extrañeza de aquel suceso admirados. En esto, uno de los presentes alzó la voz, diciendo:

—Señores, este mancebo es un gran cosario inglés, que yo le conozco, y es aquel que habrá poco más de dos años tomó a los cosarios de Argel la nave de Portugal que venía de las Indias; no hay, sin duda, sino que es él, que yo le conozco; porque él me dió libertad y dineros para venir a España, y no sólo a mí, sino a otros trescientos cautivos.

Con estas razones se alborotó la gente, y se avivó el deseo que todos tenían de saber y ver la claridad de tan intrincadas cosas. Finalmente, la gente más principal con el asistente y aquellos dos señores eclesiásticos volvieron a acompañar a Isabela a su casa, dejando a las monjas tristes, confusas y llorando por lo que perdían en no tener en su compañía a la hermosa Isabela, la cual estando en su casa, en una gran sala della hizo que aquellos señores se sentasen; y aunque Ricaredo quiso tomar la mano en contar su historia, todavía le pareció que era mejor fiarlo de la lengua y discreción de Isabela, y no de la suya, que no muy expertamente hablaba la lengua castellana. Callaron todos los presentes, y teniendo las almas pendientes de las razones de Isabela, ella así comenzó su cuento: el cual le reduzco yo a que dijo todo aquello que, desde el día que Clotaldo la robó de Cádiz

hasta que entró y volvió a él, le había sucedido, contando asimismo la batalla que Ricaredo había tenido con los turcos; la liberalidad que había usado con los cristianos; la palabra que entrambos a dos se habían dado de ser marido y mujer; la promesa de los dos años; las nuevas que había tenido de su muerte, tan ciertas a su parecer, que la pusieron en el término que habían visto de ser religiosa; engrandeció la liberalidad de la reina; la cristiandad de Ricaredo y de sus padres; y acabó con decir que Ricaredo lo que le había sucedido después que salió de Londres hasta el punto presente, donde le veían con hábito de cautivo, y con una señal de haber sido rescatado por limosna.

—Así es — dijo Ricaredo —, y en breves razones sumaré los inmensos trabajos míos.

—Después que me partí de Londres por excusar el casamiento que no podía hacer con Clisterna, aquella doncella escocesa católica con quien ha dicho Isabela que mis padres me querían casar, llevando en mi compañía a Guillarte, aquel paje que mi madre escribe que llevó a Londres las nuevas de mi muerte, atravesando por Francia llegué a Roma, donde se alegró mi alma y se fortaleció mi fe; besé los pies al Sumo Pontífice, confesé mis pecados con el mayor penitenciero, absolvióme dellos, y dióme los recaudos necesarios que diesen fe de mi confesión y penitencia, y de la reducción que había hecho a nuestra universal madre la Iglesia. Hecho esto, visité los lugares tan santos como innumerables que hay en aquella ciudad santa, y de dos mil escudos que tenía en oro, di los mil y seiscientos a un cambio, que me los libró en esta ciudad sobre un tal Roqui, florentín; con los cuatrocientos que me quedaron, con intención de venir a España me partí para Génova, donde había tenido nuevas que estaban dos galeras de aquella señoría, de partida para España. Llegué con Guillarte mi criado a un lugar que se llama Aquapendente, que viniendo de Roma a Florencia es el último que tiene el Papa, y en una hostería o posada donde me apeé, hallé al conde Arnesto, mi mortal enemigo, que con cuatro criados disfrazados, y encubierto, más por ser curioso que por ser católico, entendí que iba a Roma; creí sin duda que no me había conocido; encerréme en un aposento con mi criado, y estuve con

cuidado y con determinación de mudarme a otra posada en cerrando la noche; no lo hice ansí, porque el descuido grande que noté que tenían el conde y sus criados, me aseguró que no me habían conocido; cené en mi aposento, cerré la puerta, apercebí mi espada, encomendéme a Dios y no quise acostarme; durmióse mi criado, y yo sobre una silla me quedé medio dormido; mas poco después de la media noche me despertaron para hacerme dormir el eterno sueño cuatro pistoletes que, como después supe, dispararon contra mí el conde y sus criados, y dejándome por muerto, teniendo ya a punto los caballos se fueron, diciendo al huésped de la posada que me enterrase, porque era hombre principal, y con esto se fueron.

—Mi criado — según dijo después el huésped — despertó al ruido, y con el miedo se arrojó por una ventana que caía a un patio, y diciendo: "¡Desventurado de mí, que han muerto a mi señor!" Se salió del mesón; y debió de ser con tal miedo, que no debió de parar hasta Londres, pues él fué el que llevó las nuevas de mi muerte. Subieron los de la hostería y halláronme atravesado con cuatro balas, y con muchos perdigones; pero todos por partes, que de ninguna fué mortal la herida. Pedí confesión, y todos los sacramentos como católico cristiano; diéronmelos, curáronme, y no estuve para ponerme en camino en dos meses, al cabo de los cuales vine a Génova, donde no hallé otro pasaje, sino en dos falugas que fletamos yo y otros dos principales españoles, la una para que fuese delante descubriendo, y la otra donde nosotros fuésemos; con esta seguridad nos embarcamos, navegando tierra a tierra con intención de no engolfarnos; pero llegando a un paraje que llaman las Tres Marías, que es en la costa de Francia, yendo nuestra primera faluga descubriendo, a deshora salieron de una cala dos galeotas turquescas, y tomándonos la una la mar y la otra la tierra, cuando íbamos a embestir en ella nos cortaron el camino, y nos cautivaron; en entrando en la galeota nos desnudaron hasta dejarnos en carnes; despojaron las falugas de cuanto llevaban, y dejáronlas embestir en tierra sin echallas a fondo, diciendo que aquellos les servirían otra vez de traer otra galima, que con este nombre llaman ellos a los despojos que de los cristianos toman; bien se me podrá creer si digo que sentí en el

alma mi cautiverio, y sobre todo, la pérdida de los recaudos de Roma, donde en una caja de lata los traía, con la cédula de los mil y seiscientos ducados; mas la buena suerte quiso que viniese a manos de un cristiano cautivo español, que los guardó; que si viniera a poder de los turcos, por lo menos había de dar por mi rescate lo que rezaba la cédula, que ellos averiguarían cuya era.

Trujéronnos a Argel, donde hallé que estaban rescatando los padres de la Santísima Trinidad; hablélos, díjeles quién era, y movidos de caridad, aunque yo era extranjero, me rescataron en esta forma: que dieron por mí trescientos ducados, los ciento luego, y los doscientos cuando volviese el bajel de la limosna a rescatar al padre de la redención, que se quedaba en Argel empeñado en cuatro mil ducados, que había gastado más de los que traía; porque a toda esta misericordia y liberalidad se extiende la caridad destos padres, que dan su libertad por la ajena, y se quedan cautivos por rescatar los cautivos. Por añadidura del bien de mi libertad hallé la caja perdida, con los recaudos y la cédula; mostrésela al bendito padre que me había rescatado, y ofrecíle quinientos ducados más de los de mi rescate para ayuda de su empeño. Casi un año se tardó en volver la nave de la limosna; y lo que en este año me pasó, a poderlo contar ahora, fuera otra nueva historia; sólo diré que fuí conocido de uno de los veinte turcos, que di libertad con los demás cristianos ya referidos, y fué tan agradecido y tan hombre de bien, que no quiso descubrirme; porque a conocerme los turcos por aquel que había echado a fondo sus dos bajeles, y quitádoles de las manos la gran nave de la India, o me presentaran al Gran Turco, o me quitaran la vida; y de presentarme al Gran Señor redundara no tener libertad en mi vida. Finalmente, el padre redentor vino a España conmigo y con otros cincuenta cristianos rescatados. En Valencia hicimos la procesión general, y desde allí cada uno se partió donde más le plugo, con las insignias de su libertad, que son estos habiticos; hoy llegué a esta ciudad con tanto deseo de ver a Isabela mi esposa, que sin detenerme a otra cosa, pregunté por este monasterio, donde me habían de dar nuevas de mi esposa; lo que en él me ha sucedido ya se ha visto; lo que queda por ver son estos

recaudos, para que se pueda tener por verdadera mi historia, que tiene tanto de milagrosa como de verdadera; y luego en diciendo esto, sacó de una caja de lata los recaudos que decía, y se los puso en las manos del provisor, que los vió junto con el señor asistente, y no halló en ellos cosa que le hiciese dudar de la verdad que Ricaredo había contado. Y para más confirmación della, ordenó el cielo que se hallase presente a todo esto el mercader florentín, sobre quien venía la cédula de los mil y seiscientos ducados, el cual pidió que le mostrasen la cédula, y mostrándosela la reconoció, y la aceptó para luego, porque él muchos meses había que tenía aviso desta partida; todo esto fué añadir admiración a admiración y espanto a espanto. Ricaredo dijo que de nuevo ofrecía los quinientos ducados que había prometido. Abrazó el asistente a Ricaredo y a los padres de Isabela, y a ella, ofreciéndoseles a todos con corteses razones. Lo mismo hicieron los dos señores eclesiásticos, y rogaron a Isabela que pusiese toda aquella historia por escrito, para que la leyese su señor el arzobispo, y ella lo prometió. El grande silencio que todos los circunstantes habían tenido, escuchando el extraño caso, se rompió en dar alabanzas a Dios por sus grandes maravillas, y dando desde el mayor hasta el más pequeño el parabién a Isabela, a Ricaredo y a sus padres, los dejaron; y ellos suplicaron al asistente honrase sus bodas, que de allí a ocho días pensaban hacerlas. Holgó de hacerlo así el asistente, y de allí a ocho días, acompañado de los más principales de la ciudad, se halló en ellas. Por estos rodeos y por estas circunstancias, los padres de Isabela cobraron su hija y restauraron su hacienda, y ella favorecida del cielo y ayudada de sus muchas virtudes, a despecho de tantos inconvenientes, halló marido tan principal como Ricaredo, en cuya compañía se piensa que aun hoy vive en las casas que alquilaron frontero de Santa Paula, que después las compraron de los herederos de un hidalgo burgalés, que se llamaba Hernando de Cifuentes.

Esta novela nos podría enseñar cuánto puede la virtud y cuánto la hermosura, pues son bastantes juntas y cada una de por sí a enamorar aún hasta los mismos enemigos, y de cómo sabe el cielo sacar de las mayores adversidades nuestras, nuestros mayores provechos.

RICARDO PALMA

Ricardo Palma, el venerado tradicionalista peruano, **don Ricardo** para sus connacionales, nació en Lima el 7 de febrero de 1833. Doctor en leyes a los veinte años mal cumplidos, funcionario celoso en diversos ministerios, político militante durante largos años, terminó por abandonar todo lo que no fuesen las letras, la pasión de su vida, a las que desde temprana edad se había dedicado.

Enamorado de los libros, reconstruyó con amor y paciencia infinitas la Biblioteca Pública de Lima, fundada por San Martín y destruída cuando el ejército chileno ocupó la ciudad de los Reyes.

De su labor literaria — obras dramáticas, artículos de periódico, páginas de historia, versos, crítica — marcan el valor más alto sus famosas *"Tradiciones peruanas"*, creación completamente suya, feliz amalgama de historia y romance, de pasmosa erudición y ameno y sencillo estilo, velado por fina ironía, en que se retratan de mano maestra, sobre bases de realidad histórica o de vuelo imaginativo las costumbres del antiguo virreinato del Perú.

Adorado por los suyos, venerado por su pueblo, vivió Ricardo Palma en su quinta de Miraflores los años de su serena ancianidad, los postreros de su vida intensa y generosa, a la que puso fin la muerte el 6 de octubre de 1919. Con él desapareció un legítimo orgullo de su patria, de la América latina y de la prosa castellana.

EL LATÍN DE UNA LIMEÑA

Sabido es que en el sistema de educación antiguo entraba por mucho el hacer perder a los muchachos tres o cuatro años en el estudio de la lengua de Cicerón y Virgilio, y a la postre se quedaban sin saber a derechas el latín ni el castellano.

Preguntábale un chico al autor de sus días:

—Papá, ¿qué cosa es latín?

—Una cosa que se aprende en tres años y se olvida en tres semanas.

Heineciọ con su *Metafísica* en latín, Justiniano con su *Instituta* en latín e Hipócrates con sus *Aforismos* en latín, tengo para mí que debían dejar poco jugo en la inteligencia de los escolares. Y no lo digo porque piense (¡Dios me libre de tal barbaridad!) que en los tiempos que fueron no hubo entre nosotros hombres eminentes en letras y ciencias, sino porque me escarabajea el imaginarme una actuación universitaria en la cual se leía, durante sesenta minutos, una tesis doctoral, muy aplaudida siempre, por lo mismo que el concurso de damas y personajes no conocía a Nebrija ni por el forro, y que los mismos catedráticos de Scoto y Digesto Viejo se quedaban a veces tan a obscuras como el último motilón.

Así, no era extraño que los estudiantes saliesen de las aulas con poca substancia en el meollo, pero muy cargados de ergotismo y muy pedantes de lengua.

En Medicina, los galenos a fuerza de latinajos, más que de recetas, enviaban al prójimo a pudrir tierra.

Los enfermos preferían morirse en castellano; y de esta preferencia en el gusto nació el gran prestigio de los remedios caseros y de los charlatanes que los propinaban. Entre los medicamentos de aquella inocentona edad, ninguno me

hace más gracia, por lo barato y expeditivo, que la virtud atribuída a las oraciones de la doctrina cristiana. Así, al atacado de un tabardillo le recetaban una *salve*, que, en el candoroso sentir de nuestros abuelos, era cosa más fresca y desirritante que una horchata de pepitas de melón. En cambio, el *credo* se reputaba como remedio cálido y era mejor sudorífico que el agua de borrajas y el *gloriado*. Y dejo en el tintero que los *Evangelios*, aplicados sobre el estómago, eran una excelente cataplasma; y nada digo de los panecillos benditos de San Nicolás, ni de las jaculatorias contra el mal de siete días, ni de los globulillos de cristal que vendían ciertos frailes para preservar a los muchachos de encanijamiento o de que los chupasen brujas.

En los estrados de los tribunales la gente de toga y garnacha zurcía los alegatos mitad en latín y mitad en castellano, con lo cual, amén del batiborrillo, la justicia, que de suyo es ciega, sufría como si le batieran las cataratas.

Tan a la orden del día anduvo la lengua del Lacio, que no sólo había latín de sacristía, sino latín de cocina; y buena prueba de ello es lo que se cuenta de un Papa, que, fastidiado de la *polenta* y de los *macarroni*, aventuróse un día a comer cierto plato de estas tierras de América, y tan sabroso hubo de parecerle a Su Santidad, que perdió la chaveta, y, olvidándose del toscano, exclamó en latín: *Beati indiani qui manducant pepiani.*

Reprendiendo cierto obispo a un clérigo que andaba armado de estoque, disculpóse éste alegando que lo usaba para defenderse de los perros.

Pues para eso — replicó Su Ilustrísima — no necesitas de estoque, que con rezar el Evangelio de San Juan libre estarás de mordeduras.

—Está bien, señor obispo; pero, y si los perros no entienden latín, ¿cómo salvo del peligro?

En Literatura el gongorismo estaba de moda y los escritores se disputaban a cuál rayaría más alto en la extravagancia. Ahí están, para no dejarme de mentiroso, las obras de dos ilustres poetas limeños: el jesuíta Rodrigo Valdez y el enciclopédico Peralta, muy apreciables desde otro punto de vista. Y nada digo del Lunarejo, sabio cuzqueño, que, entre otros libros, publicó uno titulado *Apologético de Góngora.*

Por los tiempos del virrey conde de Superunda tuvimos una poetisa, hija de este vergel limano, llamada doña María Manuela Carrillo de Andrade y Sotomayor, dama de muchas campanillas, la cual, no sólo martirizó a las musas castellanas, sino a las latinas. Y digo que las martirizó y sacó a vergüenza pública, porque (y perdóneseme la falta de galantería) los versos que de mi paisana he leído son de lo malo lo mejor. La de Andrade y Sotomayor borroneó por resmas papel de Cataluña y hasta escribió loas y comedias que se representaron en nuestro coliseo.

Y me dejo en el tintero hablar, entre otras limeñas que tuvieron relaciones íntimas con las traviesas ninfas que en el Parnaso moran, de doña Violante de Cisneros; de doña Rosalía Astudillo y Herrera; de Sor Rosa Corbalán, monja de la Concepción; de doña Josefa Bravo de Lagunas, abadesa de Santa Clara; de la capuchina Sor María Juana; de la monja catalina Sor Juana de Herrera y Mendoza; de doña Manuela Orrantia, y de doña María Juana Calderón y Vadillo, hija del marqués de Casa Calderón y esposa de D. Gaspar Ceballos, caballero de Santiago, y también aficionado a las letras. Doña María Juana, que murió en 1809, a los ochenta y tres años de edad, tuvo por maestro de Literatura al obispo del Cuzco Gorrochátegui, y era muy hábil traductora del latín, francés e italiano.

Muchas de esas damas no sólo conocían el latín, sino hasta el griego; y húbolas, como doña Isabel de Orbea, la denunciada ante la Inquisición por filósofa, y la monja trinitaria doña Clara Fuentes, que podían dar triunfo y baza a todos los teólogos, juristas y canonistas de la cristiandad.

He traído a cuento esto de doña María Manuela Carrillo de Andrade y Sotomayor y demás compañeras mártires para hacer constar que hasta las mujeres dieron en la flor de latinizar, y que muchas traducían al dedillo las *"Metamorfosis* y el *"Ars amandi"*, de Ovidio, con lo que está dicho que hubo hasta latín de alcoba.

Ahora, con la venia de ustedes, voy a sacar a luz un cuentecito que oí muchas veces cuando era muchacho... ¡y ya ha llovido de entonces para acá!

Pues, señor, había en Lima, por los tiempos de Amat, una chica llamada Mariquita Castellanos, muchacha de mu-

chas entradas y salidas, de la cual tuve ocasión de hablar largo en mi primer libro de *"Tradiciones"*. Como que ella fué la autora del dicho que se transformó en refrán: "¡Bonita soy yo, la Castellanos!"

Parece que Mariquita pasó sus primeros años en el convento de Santa Clara hasta que la llegó la edad del *chivateo* (que así llamaban nuestros antepasados a la pubertad) y abandonó rejas y se echó a retozar por esta nobilísima ciudad de los Reyes. La mocita era linda como un ramilletico de flores, y más que esto, aguda de ingenio, como lo prueba la fama que tuvieron en Lima sus chistosas ocurrencias.

Había a la sazón un poetastro, gran latinista, cuyo nombre no hace al cuento, a quien la Castellanos traía como un zarandillo prendido al faldellín. Habíala el galán ofrecido llevarla de regalo una saya de raso cuyo importe era de tres ojos de buey, vulgo onzas de oro. Pero estrella es de los poetas abundar en consonantes y no en dinero, y corrían días y días y la prometida prenda allí se estaba, corriendo peligro de criar moho, en el escaparate del tendero.

Mariquita se picó con la burla y resolvió poner término a ella despidiendo al informal cortejo, tan largo en el prometer como corto en el cumplir. Llegó a visitarla el galán, y como por entonces no se habían inventado los *nervios* y el *spleen*, que son dos achaques muy socorridos para hacer o decir una grosería, la ninfa le recibió con aire de displicencia, esquivando la conversación y aventurando uno que otro monosílabo. El poeta perdió los estribos y la lengua se le *enlatinó*, diciendo a la joven:

—Háblame, niña, con pausa.
¿Estás triste? *Quare causa?*

Y Mariquita, recordando el latín que había oído al capellán de las clarisas, le contestó rápidamente:

—*Tristis est anima mea,*
hasta que la saya vea.

El amartelado poeta, viendo que la muchacha ponía el dedo en la llaga, tuvo que formular esta excusa, que, en situaciones tales, basta para cortar el nudo gordiano:

—*Et quare conturbas me*
si sabes que no hay con qué?

A lo que la picaruela demoledora de corazones, mostrándole el camino de la puerta, le dijo:

—Entonces, *fugite in allia,*
que otro gato dará algalia.

Y arroz crudo para el diablo rabudo, y arroz de munición para el diablo rabón, y arroz de Calcuta para el diablo hijo de... perra, y colorín colorado, que aquí el cuento se ha acabado.

LA PANTORRILLA DEL COMANDANTE

I

FRAGMENTO DE CARTA DEL TERCER JEFE DEL IMPERIAL ALEJANDRO AL SEGUNDO COMANDANTE DEL BATALLÓN GERONA

Cuzco, 3 de diciembre de 1822.

Mi querido paisano y compañero: Aprovecho para escribirte la oportunidad de ir el capitán don Pedro Uriondo con pliegos del Virrey para el general Valdés.

Uriondo es el malagueño más entretenido que madre andaluza ha echado al mundo. Te lo recomiendo muy mucho. Tiene la manía de proponer apuestas por todo y sobre todo, y lo particular es que siempre las gana. ¡Por Dios!, hermano, no vayas a incurrir en la debilidad de aceptarle apuesta alguna, y haz esta prevención caritativa a tus amigos. Uriondo se jacta de que jamás ha perdido apuesta, y dice verdad. Con que así, abre el ojo y no te dejes atrapar...

. . . . . .

Siempre tuyo.

JUAN ECHERRY.

II

CARTA DEL SEGUNDO COMANDANTE DEL GERONA A SU AMIGO DEL IMPERIAL ALEJANDRO

Sama, 28 de diciembre de 1822.

Mi inolvidable camarada y pariente: Te escribo sobre un tambor en el momento de alistarse el batallón para emprender marcha a Tacna, donde tengo por seguro que vamos a copar al gaucho Martínez antes de que se junte con las tropas de Alvarado, a quien después nos proponemos hacer bailar el zorongo. El diablo se va a llevar de esta hecha a los insurgentes. Ya es tiempo de que cargue Satanás con lo suyo y de que las charreteras de coronel luzcan sobre los hombros de este tu invariable amigo.

Te doy las gracias por haberme proporcionado la amistad del capitán Uriondo. Es un muchacho que vale en oro lo que pesa, y en los pocos días que le hemos tenido en el Cuartel general ha sido la niña bonita de la oficialidad. ¡Y lo bien que canta el diantre del mozo! ¡Y vaya si sabe hacer hablar las cuerdas de una guitarra!

Mañana saldrá, de regreso para el Cuzco, con comunicaciones del General para el Virrey.

Siento decirte que sus laureles como ganador de apuestas van marchitos. Sostuvo esta mañana que el aire de vacilación que tengo al andar dependía, no del balazo que me plantaron en el Alto Perú, cuando lo de Guaqui, sino de un lunar, grueso como un grano de arroz, que, según él afirmaba, como si me lo hubiera visto y palpado, debía yo tener en la parte baja de la pierna izquierda. Agregó, con un aplomo digno del físico de mi batallón, que ese lunar era cabeza de vena y que, andando los tiempos, si no me lo hacía quemar con piedra infernal, me sobrevendrían ataques mortales al corazón. Yo, que conozco los alifafes de mi agujereado cuerpo y que no soy lunarejo, solté el trapo a reír. Picóse un tanto Uriondo, y apos-

tó seis onzas a que me convencía de la existencia del lunar. Aceptarle, equivalía a robarle la plata, y me negué; pero, insistiendo él tercamente en su afirmación, terciaron el capitán Murrieta, que fué alférez de Cosacos desmontados en el Callao; nuestro paisano Goytizolo, que es ahora capitán de la quinta; el teniente Silgado, que fué de Húsares y sirve hoy en Dragones; el padre Marieluz, que está de capellán de tropa, y otros oficiales, diciéndome todos:

—¡Vamos, Comandante! Gánese esas peluconas que le caen de las nubes.

Ponte en mi caso. ¿Qué habrías tú hecho? Lo que yo hice, seguramente. Enseñar la pierna desnuda, para que todos viesen que en ella no había ni sombra de lunar. Uriondo se puso más rojo que camarón sancochado, y tuvo que confesar que se había equivocado. Y me pasó las seis onzas, que se me hizo cargo de conciencia aceptar; pero que, al fin, tuve que guardarlas, pues él insistió en declarar que las había perdido en toda regla.

Contra tu consejo, tuve la debilidad (que de tal la calificaste) de aceptarle una apuesta a tu conmigo desventurado malagueño, quedándome, más que el provecho de las seis amarillas, la gloria de haber sido el primero en vencer al que tú considerabas invencible.

Tocan en este momento llamada y tropa.

Dios te guarde de una bala traidora, y a mí... lo mesmo.

DOMINGO ECHIZARRAGA.

III

CARTA DEL TERCER JEFE DEL IMPERIAL ALEJANDRO AL SEGUNDO COMANDANTE DEL GERONA

Cuzco, enero 10 *de* 1823.

Compañero: Me... fundiste.

El capitán Uriondo había apostado conmigo treinta onzas a que te hacía enseñar la pantorrilla el día de Inocentes.

Desde ayer hay, por culpa tuya, treinta peluconas de menos en el exiguo caudal de tu amigo, que te perdona el candor y te absuelve de la desobediencia al consejo.

JUAN ECHERRY.

IV

Y yo el infrascrito garantizo, con toda la seriedad que a un tradicionalista incumbe, la autenticidad de las firmas de Echerry y Echizarraga.

LOS MOSQUITOS DE SANTA ROSA

Cruel enemigo es el zancudo o mosquito de trompetilla, cuando le viene en antojo revolotear en torno de nuestra almohada, haciendo imposible el sueño con su incansable musiquería. ¿Qué reposo para leer ni para escribir tendrá un cristiano si en lo mejor de la lectura, o cuando se halla absorbido por los conceptos que del cerebro traslada al papel, se siente interrumpido por el impertinente animalejo? No hay más que cerrar el libro o arrojar la pluma, y coger el plumerillo o abanico para ahuyentar al malcriado.

Creo que una nube de zancudos es capaz de acabar con la paciencia de un santo, aunque sea más cachazudo que Job, y hacerle renegar como un poseído.

Por eso mi paisana Santa Rosa, tan valiente para mortificarse y soportar dolores físicos, halló que tormento superior a sus fuerzas morales era el de sufrir, sin refunfuño, las picadas y la orquesta de los alados musiquines.

Y ahí va, a guisa de tradición, lo que sobre tema tal refiere uno de los biógrafos de la santa limeña.

*

Sabido es que en la casa en que nació y murió la Rosa de Lima hubo un espacioso huerto, en el cual edificó la santa una ermita u oratorio destinado al recogimiento y penitencia. Los pequeños pantanos que las aguas de regadío forman son criaderos de miriadas de mosquitos, y como la santa no podía pedir a su Divino Esposo que, en obsequio de ella, alterase las leyes de la Naturaleza optó por parlamentar con los mosquitos. Así, decía:

—Cuando me vine a habitar esta ermita hicimos pleito homenaje los mosquitos y yo: yo, de que no les molestaría, y ellos, de que no me picarían ni harían ruido.

Y el pacto se cumplió por ambas partes, como no se cumplen... ni los pactos politiqueros.

Aun cuando penetraban por la puerta y ventanilla de la ermita, los bullangueritos y lanceteros guardaban compostura hasta que con el alba, al levantarse la santa, les decía:

—¡Ea, amiguitos, id a alabar a Dios!

Y empezaba un concierto de trompetillas, que sólo terminaba cuando Rosa les decía:

—Ya está bien, amiguitos; ahora vayan a buscar su alimento.

Y los obedientes suctorios se esparcían por el huerto.

Ya al anochecer los convocaba, diciéndoles:

—Bueno será, amiguitos, alabar conmigo al Señor, que les ha sustentado hoy.

Y repetíase el matinal concierto, hasta que la bienaventurada decía:

—A recogerse, amigos, formalitos y sin hacer bulla.

Eso se llama buena educación, y no la que da mi mujer a nuestros nenes, que se le insubordinan y forman algazara cuando los manda a la cama.

No obstante, parece que alguna vez se olvidó la santa de dar orden de buen comportamiento a sus súbditos, porque, habiendo ido a visitarla en la ermita una beata llamada Catalina, los mosquitos se cebaron en ella. La Catalina, que no aguantaba pulgas, dió una manotada y aplastó un mosquito.

—¿Qué haces, hermana? — dijo la santa —. ¿Mis compañeros me matas de esa manera?

—Enemigos mortales, que no compañeros, dijera yo — replicó la beata —. ¡Mira éste como se había cebado en mi sangre, y lo gordo que se había puesto!

—Déjalos vivir, hermana: no me mates ninguno de estos pobrecitos, que te ofrezco no volverán a picarte, sino que tendrán contigo la misma paz y amistad que conmigo tienen.

Y ello fué que, en lo sucesivo, no hubo zancudo que se le atreviera a Catalina.

También la santa en una ocasión supo valerse de sus amiguitos para castigar los remilgos de Frasquita Montoya, beata de la orden Tercera, que se resistía a acercarse a la ermita, por miedo de que la picasen los jenjenes.

—Pues tres te han de picar ahora — le dijo Rosa —: uno en nombre del Padre, otro en nombre del Hijo y otro en nombre del Espíritu Santo.

Y simultáneamente sintió la Montoya en el rostro el aguijón de tres mosquitos.

Y comprobando el dominio que tenía Rosa sobre los bichos y animales domésticos, refiere el cronista Meléndez que la madre de nuestra santa criaba con mucho mimo un gallito que, por lo extraño y hermoso de la pluma, era la delicia de la casa. Enfermó el animal y postróse de manera que la dueña dijo:

—Si no mejora, habrá que matarlo para comerlo guisado.

Entonces Rosa cogió el ave enferma, y, acariciándola, dijo:

—Pollito mío, canta de prisa; pues si no cantas, te guisa.

Y el pollito sacudió las alas, encrespó la pluma, y muy regocijado soltó un

¡Quiquiriquí!
(¡Qué buen escape el que di!)
¡Quiquiricuando!
(Ya voy, que me están peinando.)

LA CAMISA DE MARGARITA

Probable es que algunos de mis lectores hayan oído decir a las viejas de Lima, cuando quieren ponderar lo subido de precio de un artículo:

—¡Qué! Si esto es más caro que la camisa de Margarita Pareja.

Habríame quedado con la curiosidad de saber quién fué esa Margarita, cuya camisa anda en lenguas, si en *"La América"*, de Madrid, no hubiera tropezado con un artículo firmado por D. Ildefonso Antonio Bermejo (autor de un notable libro sobre el Paraguay), quien, aunque muy a la ligera, habla de la niña y de su camisa, me puso en vía de desenredar el ovillo, alcanzando a sacar en limpio la historia que van ustedes a leer.

I

Margarita Pareja era (por los años de 1766) la hija más mimada de D. Raimundo Pareja, caballero de Santiago y colector general del Callao.

La muchacha era de esas limeñitas que por su belleza cautivan al mismo diablo y le hacen persignarse y tirar piedras. Lucía un par de ojos negros que eran como dos torpedos cargados con dinamita y que hacían explosión sobre las entretelas del alma de los galanes limeños.

Llegó por entonces de España un arrogante mancebo, hijo de la coronada villa del oso y del madroño, llamado D. Luis Alcázar. Tenía éste en Lima un tío solterón y acaudalado, aragonés rancio y linajudo, y que gastaba más orgullo que los hijos del rey Fruela.

Por supuesto que, mientras le llegaba la ocasión de heredar al tío, vivía nuestro D. Luis tan pelado como una rata y pasando la pena negra. Con decir que hasta sus trapicheos eran al fiado y para pagar cuando mejorase de fortuna, creo que digo lo preciso.

En la procesión de Santa Rosa conoció Alcázar a la linda Margarita. La muchacha le llenó el ojo y le flechó el corazón. La echó flores, y aunque ella no le contestó ni sí ni no, dió a entender con sonrisitas y demás armas del arsenal femenino que el galán era plato muy de su gusto. La verdad, como si me estuviera confesando, es que se enamoraron hasta la raíz del pelo.

Como los amantes olvidan que existe la aritmética, creyó D. Luis que para el logro de sus amores no sería obstáculo su

presente pobreza, y fué al padre de Margarita y sin muchos perfiles le pidió la mano de su hija.

A D. Raimundo no le cayó en gracia la petición, y cortésmente despidió al postulante, diciéndole que Margarita era aún muy niña para tomar marido, pues a pesar de sus dieciocho mayos todavía jugaba a las muñecas.

Pero no era ésta la verdadera madre del ternero. La negativa nacía de que D. Raimundo no quería ser suegro de un *pobretón;* y así hubo de decirlo en confianza a sus amigos, uno de los que fué con el chisme a don Honorato, que así se llamaba el tío aragonés. Éste, que era más altivo que el Cid, trinó de rabia y dijo:

—¿Cómo se entiende? ¡Desairar a mi sobrino! Muchos se darían con un canto en el pecho por emparentar con el muchacho, que no lo hay más gallardo en todo Lima! ¡Habráse visto insolencia de la laya! Pero ¿adónde ha de ir conmigo ese colectorcillo de mala muerte?

Margarita, que se anticipaba a su siglo, pues era nerviosa como una damisela de hoy, gimoteó y se arrancó el pelo, y tuvo pataleta, y, si no amenazó con envenenarse, fué porque todavía no se habían inventado los fósforos.

Margarita perdía colores y carnes, se desmejoraba a vista de ojos, hablaba de meterse a monja, y no hacía nada en concierto. "¡O de Luis o de Dios!" gritaba cada vez que los nervios se le sublevaban, lo que acontecía una hora sí y otra también. Alarmóse el caballero santiagués, llamó físicos y curanderas, y todos declararon que la niña tiraba a tísica, y que la única *melecina* salvadora no se vendía en la botica.

O casarla con el varón de su gusto o encerrarla en el cajón con palma y corona. Tal fué el *ultimatum* médico.

D. Raimundo (¡al fin padre!), olvidándose de coger capa y bastón, se encaminó como loco a casa de D. Honorato, y le dijo:

—Vengo a que consienta usted en que mañana mismo se case su sobrino con Margarita, porque si no la muchacha se nos va por la posta.

—No puede ser — contestó con desabrimiento el tío. Mi sobrino es un *pobretón,* y lo que usted debe buscar para su hija es un hombre que varee la plata.

El diálogo fué borrascoso. Mientras más rogaba D. Raimundo, más se subía el aragonés a la parra, y ya aquél iba a retirarse desahuciado, cuando Don Luis, terciando en la cuestión, dijo:

—Pero, tío, no es de cristianos que matemos a quien no tiene la culpa.

—¿Tú te das por satisfecho?

—De todo corazón, tío y señor.

—Pues bien, muchacho: consiento en darte gusto; pero con una condición, y es ésta: D. Raimundo me ha de jurar ante la Hostia consagrada que no regalará un ochavo a su hija ni la dejará un real en la herencia.

Aquí se entabló nuevo y más agitado litigio.

—Pero, hombre — arguyó D. Raimundo —, mi hija tiene veinte mil duros de dote.

—Renunciamos a la dote. La niña vendrá a casa de su marido nada más que con lo encapillado.

—Concédame usted entonces obsequiarla los muebles y el ajuar de novia.

—Ni un afiler. Si no acomoda, dejarlo y que se muera la chica.

—Sea usted razonable, D. Honorato. Mi hija necesita llevar siquiera una camisa para reemplazar la puesta.

—Bien: paso por esa funda para que no me acuse de obstinado. Consiento en que le regale la camisa de novia, y san se acabó.

Al día siguiente D. Raimundo y D. Honorato se dirigieron muy de mañana a San Francisco, arrodillándose para oír misa, y, según la pactado, en el momento en que el sacerdote elevaba la Hostia divina, dijo el padre de Margarita:

—Juro no dar a mi hija más que la camisa de novia. Así Dios me condene si perjurare.

II

Y D. Raimundo Pareja cumplió *ad pedem litteræ* su juramento, porque ni en vida ni en muerte dió después a su hija cosa que valiera un maravedí.

Los encajes de Flandes que adornaban la camisa de la novia costaron dos mil setecientos duros, según lo afirma Bermejo, quien parece copió este dato de las *"Relaciones secretas"*, de Ulloa y D. Jorge Juan.

Ítem: el cordoncillo que ajustaba al cuello era una cadeneta de brillantes, valorizada en treinta mil *morlacos*.

Los recién casados hicieron creer al tío aragonés que la camisa a lo más valdría una onza, porque D. Honorato era tan testarudo que, a saber lo cierto, habría forzado al sobrino a divorciarse.

Convengamos en que fué muy merecida la fama que alcanzó la camisa nupcial de Margarita Pareja.

EL ROSAL DE ROSA

Por los años de 1581, el griego Miguel Acosta y los navieros y comerciantes de Lima hicieron una colecta, que, en menos de dos meses, subió a cuarenta mil pesos, para fundar un hospital destinado a la asistencia de marineros, gente toda que, al llegar a América, *pagaba la chapetonada*, frase con la que nuestros mayores querían significar que el extranjero, antes de aclimatarse, era atacado por la terciana y por lo que entonces se llamaba *bicho alto* y hoy disentería.

Estableciόse así el hospital del Espíritu Santo, suprimido en 1821, y que desde entonces ha servido de Museo Nacional, de colegio para señoritas, de Escuela Militar, de Filarmónica, de cuartel, de comisaría, etcétera, etc. Los pontífices acordaron al hospital del Espíritu Santo gracias y preeminencias que no dispensaron a otros establecimientos de igual carácter en Lima.

Al respaldo del sitio en que se edificó el hospital quedaba un lote espacioso, en el cual el propietario Gaspar Flores edificó toscamente (que D. Gaspar no era rico para emprender lujosa fábrica) unos pocos cuartuchos, en uno de los cuales naciera, el 30 de abril de 1586, su hija Isabel, o sea Santa Rosa de Lima, siendo pontífice Sixto V, rey de España y sus colonias Felipe II, arzobispo de Lima Toribio de Mogrovejo

y gobernando la Real Audiencia, por muerte del virrey D. Martín Enríquez, el *Gotoso*, aquél que, después de veintiún meses de gobierno, se fué al mundo de donde no se vuelve sin haber hecho nada de memorable en el país. Fué de los gobernantes que, en punto a obras públicas, realizan la de adoquinar la Vía Láctea y secar el Océano con una esponja.

Gran espacio de terreno ocioso quedaba en el caserón de D. Gaspar Flores, que su hija supo convertir en huerto y jardinillo.

Por aquel siglo, más afición tenían en Lima al cultivo de árboles frutales que a la floricultura, y tanto que en los jardines domésticos, que públicos no los había, apenas si se veían plantas de esas que no reclaman esmero. La flor de lujo era el clavel en toda su variedad de especies.

Las rosas no se producían en el Perú; pues según lo afirma Garcilaso, en sus *"Comentarios Reales"*, los jazmines, mosquetas, clavelinas, azucenas y rosas no eran conocidos antes de la Conquista. Grande fué, pues, la sorpresa de la virgen limeña cuando se encontró con que espontáneamente había brotado un rosal en su jardinillo; y rosal fué, que de sus retoños se proveyeron las familias para embellecer corredores, y las limeñas para adornar sus rizas, negras y profusas cabelleras.

Y tan a la moda pusiéronse las rosas, que el empirismo médico descubrió en ellas admirables propiedades medicinales; y las hojas secas de la flor se guardaban, como oro en paño, para emplearlas en el alivio o curación de complicadas dolencias. Mendiburu, en su artículo *"Lozano"*, dice que las primeras rosas que se produjeron en Lima fueron las del jardín del Espíritu Santo, confundiendo éste, por la vecindad, con el de nuestra egregia limeña.

Cuentan que, cuando en 1668 presentaron al Papa Clemente IX el expediente para la beatificación de Rosa, no supo disimular el Padre Santo una ligera desconfianza, y murmuró entre dientes:

—¿Santa? ¿Y limeña? ¡Hum, hum! Tanto daría una lluvia de rosas.

Y el milagro fué patente, porque perfumadas hojas de rosa cayeron sobre la mesa de Su Santidad.

Añaden que nació de este incidente el entusiasmo del Papa por Rosa de Lima, pues en dos años expidió, amén del breve para su beatificación (12 de febrero de 1669), otros seis en honor de nuestra compatriota. El último fué nombrándola patrona de Lima y del Perú, y reformando la constitución de Urbano VIII para acelerar los trámites de canonización, la que realizó su sucesor, Clemente X, en 1671, junto con la de San Francisco de Borja, duque de Gandía y general de los jesuítas. Santa Rosa fué canonizada a los cincuenta y cuatro años de su fallecimiento.

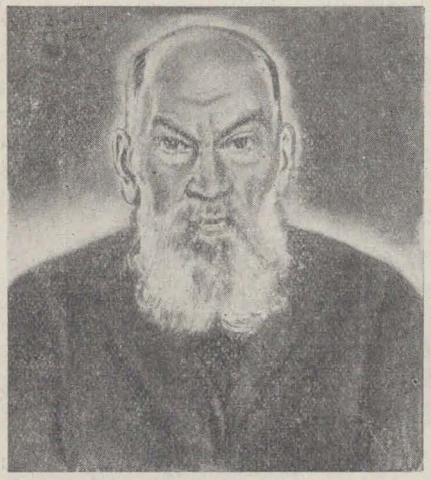
Muerto Clemente IX en diciembre de 1669, hallóse en su testamento un fuerte legado para construir en Pistoya, su ciudad natal, una espléndida capilla a Santa Rosa.

El dominico Parra, en su *"Rosa Laureada"*, impresa en Madrid en 1760, dice que la primera firma que, como monarca, puso Felipe IV fué para pedir la beatificación de Rosa; y añade que el 7 de octubre de 1668, día en que celebraron los madrileños las fiestas de beatificación, se vió lucir una estrella vecina al sol.

Cuando en febrero de 1672, siendo virrey el conde Lemos, marqués de Sarriá y duque de Taurifanco con grandeza de España, se efectuaron las fiestas solemnes de canonización, las calles de Lima fueron pavimentadas con barras de plata, estimándose, según lo afirman cronistas que presenciaron las fiestas, en ocho millones de pesos el valor de ellas y el de las alhajas que adornaban los arcos y altares.

Fué entonces cuando D. Pedro de Valladolid y D. Andrés Vilela, propietarios a la sazón de la casa y jardinillo, cedieron el terreno para que en él se edificase el santuario de Santa Rosa de Lima.

El rosal que ella cultivara se trasplantó al jardín que tienen los padres dominicos en el claustro principal de su convento.



LEóN TOLSTOI

En Yasnaia Poliana, Rusia, nació el 9 de setiembre de 1828, el gran hombre que había de ser una de las figuras culminantes de la literatura europea en el siglo pasado.

Último de los cinco hijos de una familia noble y pudiente, huérfano desde su más tierna edad, su juventud fué asaz turbulenta. Egresado a los diecinueve años de la Universidad, en la que cursó los estudios de derecho, retiróse al lugar natal, donde durante cuatro años de soledad y reflexión, en contacto con la miseria y el dolor de los campesinos, concibió el nobilísimo propósito de consagrar su existencia a la defensa y el mejoramiento de los oprimidos. De este primer período de su vida de retiro datan sus páginas primigenias: *"Adolescencia y juventud"*, memorias íntimas en forma novelesca, rebosantes de sinceridad.

Sucesivamente y por etapas, militar valientísimo, escritor brillante, místico profundo, viajero incansable, pedagogo renovador, novelista magnífico, siempre preocupado por desentrañar el sentido de la vida y planteándose y resolviendo

a su manera importantes problemas de carácter religioso-social como *"¿Qué hacer?"*, *"¿En qué consiste mi fe?"*, *"Qué es la felicidad?"*, terminó Tolstoi, que paulatinamente fué renunciando a todos los goces y halagos que su vida de señor opulento le brindaba, por alejarse de su casa y de los suyos con rumbo desconocido, para "hacer la vida de un simple campesino", única compatible con las doctrinas por él profesadas. A los cuatro días de su escapada, el 10 de noviembre de 1910, una inflamación pulmonar, en ella contraída, le llevaba a la tumba. Con él murió un pensador extraordinario y un escritor magnífico; como pensador, discutido y combatido tenazmente; como escritor, uno de los más grandes y fecundos del siglo pasado, algunas de cuyas obras: *"La guerra y la paz"* — admirable reconstrucción de una época crítica de la vida nacional rusa —; *"Ana Karenina"* — la más famosa de sus novelas —; sus cuentos, apólogos y relatos, escritos en ese estilo ruso maravillosamente sencillo y popular; *"La muerte de Iván Ilitch"*, *"La sonata a Kreutzer"*, *"Resurrección"*, merecen figurar entre lo mejor que se ha escrito en todos los pueblos en todas las épocas.

Tolstoi es — indiscutidamente — la más verdadera encarnación del pueblo ruso.

EL MUJIK Y EL ESPÍRITU DE LAS AGUAS

Un mujik dejó caer su hacha en el río, y, apenado, rompió a llorar.

El Espíritu de las aguas se compadeció de él, y presentándole un hacha de oro le preguntó:

—¿Es la tuya?

Respondió el mujik:

—No, no es la mía.

El Espíritu de las aguas le llevó otra de plata.

—Tampoco es ésa — dijo nuevamente el mujik.

Entonces, el Espíritu de las aguas, le llevó su propia hacha.

Viéndola, el mujik exclamó:

—¡Ésa es la mía!

Para recompensarlo por su honradez, el Espíritu de las aguas le regaló las tres hachas.

De vuelta a su casa, el mujik mostró su regalo, contando aquella aventura a sus compañeros.

Uno de ellos quiso hacer lo que él; fué a la orilla del río, dejó caer su hacha y rompió a llorar. El Espíritu de las aguas le presentó un hacha de oro y le preguntó:

—¿Es la tuya?

El mujik, lleno de gozo, respondió:

—¡Sí, sí, es la mía!

El Espíritu de las aguas no le dió ni la de oro, ni la suya, en castigo de haberlo engañado.

EL MANANTIAL

Entre espadañas, mirto y romeros,
en calurosa tarde estival,
hicieron alto los tres viajeros
junto a las aguas del manantial.
Robles gigantes le daban sombra,
césped florido formaba alfombra
junto al venero murmurador,
y el agua clara, corriendo pura,
prestaba al campo dulce frescura,
hojas al árbol, vida a la flor.
Su sed calmaron los caminantes,
y a los fulgores agonizantes
de la serena tarde estival
escrita vieron esta sentencia:

"Procura siempre que tu existencia
sea como el agua del manantial."
—"No es mal consejo — dijo el más mozo —,
y al comprenderlo siento que el gozo
llama a las puertas del corazón:
como el arroyo se trueca en río,
correr el hombre debe, y con brío
hacerse grande por la ambición".
—"Es buen consejo — dijo pausado
otro viajero grave y honrado —;
hay que ser puros para vencer;
como las fuentes son las criaturas
y almas y linfas han de ser puras
si cual espejo han de esplender".
—"¡Noble enseñanza! ¡Sabio consejo! —
dijo el viajero caduco y viejo —;
la sed templemos, y en odio al mal,
el bien hagamos con ansia inmensa,
sin esperanzas de recompensa...
¡Como las aguas del manantial!"

Traducción de Marcos R. Blanco Belmonte.

EL CIERVO

Un ciervo, mientras bebía en el río, vió su cara reflejada en el agua cristalina. Satisfechísimo quedó al contemplar sus cuernos tan largos y enmarañados, mas al mirar sus piernas, se dijo:

—¡Cuán débiles y flacas son!

De pronto aparece un león, que viene hacia él. El ciervo echa a correr y adelanta al león, pero al entrar en el bosque sus cuernos se enredan en unas ramas.

Entonces cuando el león ya lo alcanzaba, el ciervo exclamó:

—¡Qué necio soy! ¡Mis piernas, las que acusaba de flojas quizá me hubieran salvado, mientras que estos cuernos, que eran todo mi orgullo, me han perdido!

Muchos hombres son como el ciervo: se avergüenzan de sus méritos y ostentan con orgullo sus mayores defectos.

LOS DOS COMPAÑEROS

Dos jóvenes se paseaban por un bosque cuando, de pronto, descubrieron un oso que al parecer los seguía cautelosamente. Uno de ellos, delgado y ágil, se trepó al árbol más próximo, y, sin cuidarse del compañero, trató de ocultarse bien entre las ramas.

El otro, grueso, pesado, no pudiendo imitarlo, se tendió en el suelo y retenía la respiración para pasar por muerto.

El oso se le acercó, lo olfateó, pero, quién sabe por qué, no le hizo daño alguno, y se alejó lentamente.

Cuando la fiera estuvo lejos, bajó el otro de su escondite y preguntó, riendo, a su compañero:

—¿Qué te decía el oso al oído?

—Me decía: ¡que el que abandona a un amigo en el peligro, es un cobarde!

SEGUNDA PARTE

JOSÉ MARTÍ

(Para la noticia biográfica, ver página 14)

LOS DOS PRÍNCIPES

I

El palacio está de luto
y en el trono llora el rey,
y la reina está llorando
donde no la puedan ver:
en pañuelos de olán fino
lloran la reina y el rey:
los señores del palacio
están llorando también.
Los caballos llevan negro
el penacho y el arnés;
los caballos no han comido,
porque no quieren comer:
el laurel del patio grande
quedó sin hojas esta vez:
todo el mundo fué al entierro
con coronas de laurel.
—¡El hijo del rey se ha muerto!
¡Se le ha muerto el hijo al rey!

II

En los álamos del monte
tiene su casa el pastor;
la pastora está diciendo:
"¿Por qué tiene luz el Sol?"

Las ovejas, cabizbajas,
vienen todas al portón:
¡una caja larga y honda
está forrando el pastor!
Entra y sale un perro triste;
canta allá dentro una voz:
"¡Pajarito, yo estoy loca,
llevadme donde él voló!"
El pastor coge llorando
la pala y el azadón:
abre en la tierra una fosa;
echa en la fosa una flor.
—¡Se quedó el pastor sin hijo!
¡Murió el hijo del pastor!

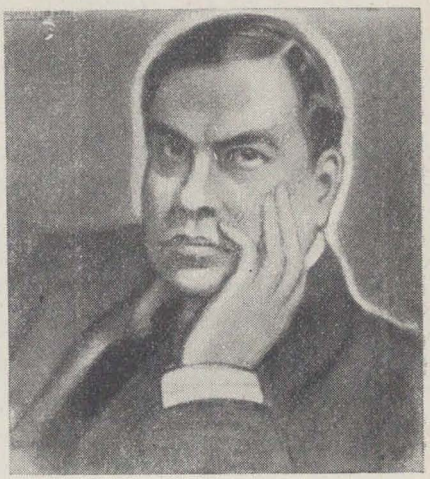
*

LA ROSA BLANCA

Cultivo una rosa blanca,
en julio como en enero,
para el amigo sincero
que me da su mano franca.

Y para el cruel que me arranca
el corazón con que vivo,
cardo ni oruga cultivo:
cultivo la rosa blanca.

*



RUBÉN DARÍO (1)

Rubén Darío, el poeta que más grande influencia ejerció en la evolución literaria de América y que obligó a la lírica española a incorporar a su acervo la obra de los poetas del nuevo mundo, nació en Segovia, Nicaragua, el 18 de enero de 1867.

Él, verdadero jefe del movimiento modernista, señala en las letras hispánicas una época de renovación: dió a la lengua de Castilla una amplitud, una finura, una flexibilidad, un brillo insospechados, y enseñó a la nueva generación a reaccionar contra la tradición retórica por el auge de la forma personal. Mas también condujo, aunque sin proponérselo, a la extravagancia y a la ridiculez, al *literatismo,* que desdeña la cultura científica y filosófica por el desvío de la observación directa de las cosas y de los hombres.

Tras una vida azarosa y múltiple, plena e intensamente vivida, ya en tierras de América, ya en el viejo mundo, dejó éste Dario — y son sus palabras — "en busca del cementerio del país natal". El 6 de febrero de 1916, en León,

(1) El verdadero nombre del poeta era Félix Rubén García y Sarmiento.

tierra de su patria, moría, no sólo uno de los poetas más grandes de la lengua castellana, mas también uno de los maestros de la poesía universal.

Son las más notables entre las obras de Rubén Darío: *"Azul..."* — revelación de su exquisita sensibilidad —; *"Los raros"* — serie de artículos biográficos de poetas y escritores que a él le "parecieron fuera de lo común" —; *"Prosas profanas"* — libro magnífico escrito en nuestro país —; *"Cantos de vida y esperanza"* — que encierra sus páginas más sinceras y cuyo mérito, dice el propio autor, "es el de haber puesto mi corazón al desnudo".

CANTO A LA ARGENTINA

(FRAGMENTOS)

¡Argentina, región de la aurora!
¡oh, tierra abierta al sediento
de libertad y de vida,
dinámica y creadora!
¡Oh, barca augusta, de prora
triunfante, de doradas velas!
De allá de la bruma infinita,
alzando la palma que agita,
te saluda el divo Cristóbal,
príncipe de las Carabelas...

Hombres de Emilia y los del agro
romano, ligures, hijos
de la tierra del milagro
partenopeo, hijos todos
de Italia, sacra a las gentes,
familias que sois descendientes
de quienes vieron errantes
a los olímpicos dioses
de los antaños, amadores

de danzas gozosas y flores
purpúreas y del divino
don de la sangre del vino;
hallasteis un nuevo hechizo,
hallasteis otras estrellas,
encontrasteis prados en donde
se siembra, espiga y barbecha,
se canta en la fiesta del grano,
y hay un gran sol soberano,
como el de Italia y de Jonia
que en oro el terruño convierte:
el enemigo de la muerte
sus urnas vitales vierte
en el seno de la colonia.

Hombres de España poliforme,
finos andaluces sonoros,
amantes de zambras y toros,
astures que entre peñascos
aprendisteis a amar la augusta
Libertad, elásticos vascos
como hechos de antiguas raíces,
raza heroica, raza robusta,
rudos brazos y altas cervices;
hijos de Castilla la noble
rica de hazañas ancestrales;
firmes gallegos de roble;
catalanes y levantinos
que heredasteis los inmortales
fuegos de hogares latinos;
iberos de la península
que las huellas del paso de Hércules
visteis en el suelo natal:
¡He aquí la fragante campaña
en donde crear otra España
en la Argentina universal!

*

CANTO DE ESPERANZA

Un gran vuelo de cuervos mancha el azul celeste.
Un soplo milenario trae amagos de peste.
Se asesinan los hombres en el extremo Este.

¿Ha nacido el apocalíptico anticristo?
Se han sabido presagios y prodigios se han visto,
y parece inminente el retorno del Cristo.

La tierra está preñada de dolor tan profundo,
que el soñador imperial, meditabundo,
sufre con las angustias del corazón del mundo.

Verdugos de ideales afligieron la tierra;
en un pozo de sombra la humanidad se encierra
con los rudos colosos del odio y de la guerra.

¡Oh, Señor Jesucristo! ¿Por qué tardas? ¿Qué esperas
para tender tu mano de luz sobre las fieras
y hacer brillar al sol tus divinas banderas?

Surge de pronto y vierte la esencia de la vida
sobre tanta alma loca, triste o empedernida
que amante de tinieblas tu dulce aurora olvida.

Ven, Señor, para hacer la gloria de ti mismo,
ven con temblor de estrellas y horror de cataclismo,
ven a traer amor y paz sobre el abismo.

Y tu caballo blanco. que miró el visionario,
pase. Y suene el divino clarín extraordinario.
Mi corazón será brasa de tu incensario.

★

JOSÉ SANTOS CHOCANO

José Santos Chocano, el poeta peruano de vida turbulenta y azarosa, nació en Lima el 14 de mayo de 1875 y murió asesinado en Santiago de Chile en el año 1928, él, que también tiñó alguna vez en sangre su diestra, llevado del ardor con que defendía sus más caros ideales.

"Favorito de dictadores, poeta civil, Don Juan irresistible y fecundo, recitador incomparable, aventurero audacísimo, toda América le ha visto pasar, aficionándose al poeta en menor o mayor grado, según la distancia del trópico. Desde los tiempos de la Conquista no le había nacido al mundo español tan perfecto y cruel aventurero". Así le retrata Ventura García Calderón al prologar la edición de sus poesías escogidas.

Desde sus años de adolescencia fué un torrente oscuro, una fuerza caótica, dada a todos los excesos y exageraciones. Expulsado de su tierra a los veinte años, recorrió España y toda América; y en donde estuvo desencadenó, en razón de su temperamento exaltado, causas judiciales y persecuciones, que culminaron con una condena a muerte en Guatemala, de la que le salvó la gestión de unos cuantos de sus compatriotas.

El poeta que en él había, poeta inspiradísimo, de voz robusta y varonil, de acentos épicos y grandilocuentes, intentó siempre justificar lo que de suyo era inexcusable, explicando el orgullo insensato del hombre que escogiera por divisa aquella tan cruel de "O encuentro camino o me abro uno".

Y él, que viviendo lejos de su patria, tantas veces la olvidara o renegara de ella, hase convertido, merced a sus evocaciones de la tierra peruana con sus ciudades exquisitas, sus selvas bravías, sus indios melancólicos, hase convertido, despojada su alma de la terrena envoltura, en el poeta por excelencia del Perú.

Son los títulos de las más señaladas entre sus obras: *"En la aldea"* y *"Azahares"*, de corte lírico, *"Alma América"*, *"Los cantos del Pacífico"*, *"El hombre - Sol"*, *"Ayacucho y Los Andes"*, de vibrante acento épico, que nos le muestran verdadero poeta americano, capaz de comprender en toda su magnificencia la rica naturaleza del Nuevo Mundo, de adivinar los altos fines que el porvenir reserva a sus jóvenes pueblos y de cantar una y otros con todo el fervor de la raza.

CAUPOLICÁN

Ya todos los caciques probaron el madero.
—¿Quién falta? — y la respuesta fué un arrogante ¡Yo!
—¡Yo! — dijo; y, en la forma de una visión de Homero,
del fondo de los bosques Caupolicán surgió.

Echóse el tronco encima con ademán ligero;
y estremecerse pudo, pero doblarse no.
Bajo sus pies tres días crujir hizo el sendero;
y estuvo andando... andando... y andando se durmió.

Andando así, dormido, vió en sueños al verdugo:
él muerto sobre un tronco, su raza con el yugo,
inútil todo esfuerzo y el mundo siempre igual.

Por eso al tercer día de andar por valle y sierra,
el tronco alzó en los aires y lo clavó en la tierra
¡como si el tronco fuese su mismo pedestal!

*

LA CRUZ DEL SUR

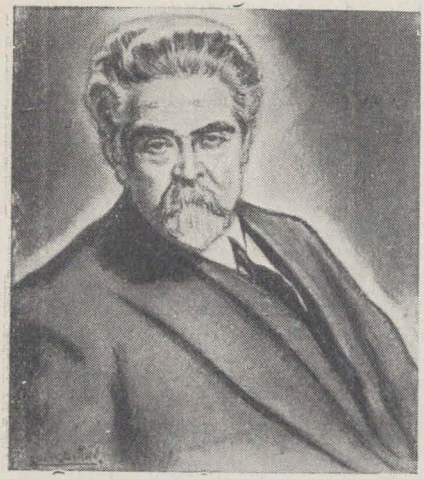
Cuando las carabelas voladoras
al fin trazaron sobre el mar sus huellas,
fueron rasgando por delante dellas
la inmensidad con sus tremendas proras.

Entonces Dios, en las nocturnas horas,
tras el misterio de las tardes bellas,
una cruz dibujó con cuatro estrellas
en el lienzo que pinta sus auroras.

Quedó la cruz como argentado broche,
que en la punta de un velo resplandece,
dejando ver radiantes simbolismos;

y hoy, sobre el terciopelo de la noche,
en la profunda obscuridad, parece
la condecoración de los abismos.

*



JUAN ZORRILLA DE SAN MARTíN

Juan Zorrilla de San Martín, el joven poeta que conquistó en un solo instante la gloria y la popularidad, convirtiéndose por el milagro de su magnífico canto *"La leyenda patria"* en el insuperado vocero de la grandeza uruguaya; el paladín del catolicismo, el padre del inmortal *"Tabaré"*, el ciudadano ejemplar, nació en Montevideo el 28 de diciembre de 1855.

Educado como convenía a un buen católico, en colegios religiosos de nuestro país, y lograda su carrera universitaria en Chile, donde dió Zorrilla de San Martín felices muestras de su talento literario, desempeñó, ya de retorno en su patria, importantes funciones, que no le impidieron entregarse a la creación poética.

Silenciosas sus musas, empero, durante largos años, rompieron hacia 1886 ese mutismo las pulidas estrofas de *"Tabaré"*, poema épico de asunto indio, cuyo héroe, el charrúa de tez pálida y ojos azules, es la personificación de la pujante y enérgica, bravía y orgullosa raza indígena que poblara las tierras del Uruguay.

Orador magnífico — recordemos su discurso del *"Descubrimiento y conquista del Río de la Plata"* y el *"Mensaje de América"*, primeras palabras pronunciadas por un americano en el Ateneo de Madrid —; prosista admirable — lo atestiguan sus hermosísimas impresiones de viaje *"Resonancias del camino"* y su sereno *"Sermón de la Paz"* —; dió a la historia de su patria *"La epopeya de Artigas"*, obra cuyo esplendor arrancó a don Miguel de Unamuno estas palabras: "Dudo mucho que artista alguno del cincel pueda erigir al culto y a la memoria de Artigas, un monumento en mármol o en bronce más sólido que éste". La vida ejemplar de Juan Zorrilla de San Martín extinguióse en Montevideo el 4 de noviembre de 1931. Su muerte adquirió contornos de profundo duelo nacional y sus restos, que fueron velados en la plaza histórica de Montevideo a la luz de las estrellas, reposan hoy junto a los del héroe máximo por él magistralmente evocado.

TABARÉ

EL RAPTO DE LA ESPAÑOLA

¿No es *Yamandú*, el cacique,
el que huye allá en la sombra?
Corre, volviendo el rostro abigarrado,
huye, trepando las cercanas lomas.

Es él; bien se distinguen
sus gigantescas formas;
bien se conoce el matorral de plumas
que su cabeza en el combate adorna.

Es él. ¿Por qué va huyendo?
¿Por qué a sus compañeros abandona?
¿Teme la muerte el guaraní cobarde
después que él mismo concitó las hordas?

No: el indio ha conquistado
lo que su ardor provoca;
él fué una vez a la española villa
y vió una virgen. Lo siguió su sombra

al bosque de los talas
a su movible choza;
hirvió su sangre; la pasión salvaje,
brutal y ciega devoró sus horas.

Miradlo: entre sus brazos
conduce a la española:
Es Blanca. ¡Blanca, la inocente hermana
de la tranquila estrella de las lomas!

Blanca, cuyos lamentos
en el aire sofoca
el último clamor de la batalla
que desgarrando los espacios flota;

Blanca, que se retuerce,
y forceja, y se ahoga,
en ese nudo de viviente hierro
que hace crujir sus delicadas formas.

Lleva tan sólo, de su lecho aun tibio
las desceñidas ropas;
entre los brazos negros del charrúa
se ven alas de un nido de palomas;

y entre el pecho nervudo
y la mano callosa
la cabeza de Blanca va oprimida,
inmóvil, encajada entre dos rocas.

*

EL ATARDECER

Tras los bosques de acacias de las islas,
se esconde el sol: en las más altas ramas
deja un toque de luz anaranjado
y polvo de oro en las dormidas aguas.

Tiemblan en los vapores, al perderse,
de los cuerpos las líneas esfumadas;
cruzan hacia las islas las bandurrias,
los cisnes y los patos y las garzas.

Que ya a lo largo del bruñido río
casi rozando el agua se adelantan,
o forman, en la altura que atraviesan,
simétricas y largas caravanas.

El Uruguay se envuelve en su neblina;
llega al nido en silencio la calandria;
buscando su nocturno alojamiento,
aletea la tórtola en las ramas.

Los flexibles y esbeltos sarandíes
en su alfombra de juncos y espadañas
abrigan al dormido camalote
cuyas hojas se extienden sobre el agua.

Los zorzales se esconden; a lo lejos
gritando el teru - teru se agazapa,
sale a pasear la nutria; y el carpincho
deja su cueva al pie de la barranca.

Cual sobre dos abismos reflejados
en la orilla los sauces y las talas
sobre un cielo proyectan las cabezas,
y en otro cielo las raíces bañan.

★

GABRIELA MISTRAL (1)

Gabriela Mistral, la extraordinaria chilena que ha consagrado el inmenso tesoro de nobleza que es su alma al apostolado de la educación, nació en Vicuña en el año 1889. Criada en el campo, era una niña aún — no tenía sino quince años — cuando comenzó a enseñar como maestra rural, para recorrer luego en toda su extensión la áspera senda del magisterio.

En repetidas ocasiones ha desempeñado, confiadas por el gobierno de su patria o de otros países, difíciles comisiones en el extranjero; entre ellas la de representar el pensamiento de América en la Sociedad de las Naciones, la de pronunciar en los Estados Unidos una serie de conferencias de extensión cultural, la de proyectar la reforma de la enseñanza en Méjico y escribir para los niños de sus escuelas un libro de poesías.

La fama literaria de Gabriela Mistral arranca de la publicación de los *"Sonetos de la muerte"*, en 1914, aun cuando desde 1908 comenzó a difundirse su nombre al pie de algunos trabajos en prosa. La primera recopilación de sus poesías

(1) Su verdadero nombre es Lucila Godoy Alcayaga.

por el Instituto de las Españas, de Nueva York, con el título de *"Desolación"*, consagróla de manera definitiva y con entera justicia, pues, por sus admirables dotes de estilista, por su rico lenguaje, por la profundidad de sus ideas, por su ardiente españolismo merece Gabriela Mistral el título de cantora de la raza y el premio Nóbel, para el cual su nombre ha sido ya mencionado en repetidas ocasiones.

Actualmente prepara, y se conocen ya fragmentos magníficos de ella, la que ha de ser su obra máxima: la *"Vida de San Francisco de Asís"*, donde han de explayarse a sus anchas el misticismo y el ensueño, que son las cualidades predominantes del temperamento de la ilustre escritora.

PLEGARIA POR EL NIDO

¡Dulce Señor! por un hermano pido,
indefenso y hermoso: ¡por el nido!

Florece en su plumilla el trino;
ensaya en su almohadita el vuelo.
¡Y el canto dices que es divino,
y el ala, cosa de los cielos!

Dulce tu brisa sea al mecerlo,
dulce tu luna al platearlo,
fuerte tu rama al sostenerlo,
bello el rocío al enjoyarlo.

De su cuevita delicada
tejida con hilacha rubia,
desvía el vidrio de la helada
y las guedejas de la lluvia;

desvía el viento de ala brusca
que lo dispersa a su caricia
y la mirada que lo busca,
toda encendida de codicia...

Tú, que me afeas los martirios
dado a tus criaturas finas:
al copo de los albos lirios
y a las pequeñas clavellinas,

guarda, su forma con cariño
y pálpala con emoción.
Tirita al viento como un niño;
¡es parecido a un corazón!

*

LA LLUVIA LENTA

Esta agua medrosa y triste,
como un niño que padece,
antes de tocar la tierra
desfallece.

Quieto el árbol, quieto el viento,
¡y en el silencio estupendo,
este fino llanto amargo
cayendo!

El cielo es como un inmenso
corazón que se abre, amargo.
No llueve: es un sangrar lento
y largo.

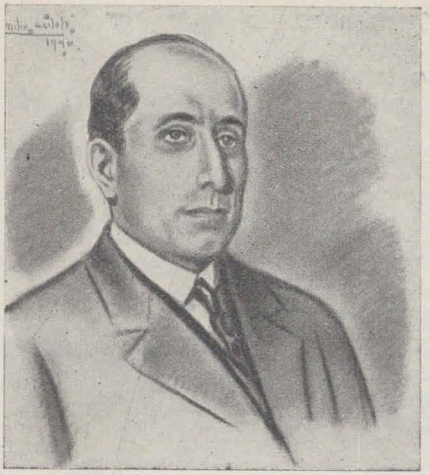
Dentro del hogar, los hombres
no sienten esta amargura,
este envío de agua triste
de la altura.

Este largo y fatigante
descender de aguas vencidas,
hacia la tierra yacente
y transida.

Bajando está el agua inerte,
callada como un ensueño,
como las criaturas leves
de los sueños.

Llueve... y como un chacal trágico
la noche acecha en la sierra.
¿Qué va a surgir en la sombra
de la Tierra?

¿Dormiréis, mientras afuera
cae, sufriendo, esta agua inerte,
esta agua letal, hermana
de la muerte?



AMADO NERVO

Amado Nervo, uno de los más grandes entre los poetas americanos modernos, cuya fama ha atravesado los mares, nació en Tepic, Méjico, el día 27 de agosto de 1870.

Estudió en el seminario de Jacona, donde aprendió latín e hizo numerosas lecturas místicas. Aunque en edad temprana comenzó a escribir; su fama literaria y su popularidad arrancan del año 1896, cuando, en el primer aniversario de la muerte del exquisito poeta Gutiérrez Nájera, dedicóle una poesía.

Viajó por Europa y amó intensamente el París de Rubén Darío. Maestro en su tierra, en la que fundó *"La revista moderna"*, la publicación más importante de las letras mejicanas, y diplomático fuera de ella, pero por encima de todo escritor, Amado Nervo ha compartido su tiempo entre la creación literaria y las tareas inherentes a la representación de su patria en el extranjero, aunque él nunca se consideró tal en tierras de España o de América.

A orillas del Plata, donde como embajador del país hermano y señor de la poesía fuera triunfalmente acogido, hallóle la muerte el 27 de mayo de 1919.

Amado Nervo escribió en verso y en prosa, pero su fama de poeta eclipsa la de prosista, aunque bastarían para consagrarle como tal sus prosas *"Almas que pasan"*, *"Mis filosofías"* y *"Plenitud"*. De sus libros en verso señalan el vuelo máximo de su lirismo: *"Perlas negras"*, *"Místicas"*, *"Jardines interiores"*, *"Serenidad"*, *"Elevación"*, *"El estanque de los lotos"*.

De su obra ha dicho Rubén Darío al juzgarla: "Lo que sí sabe y sabrá siempre infundir en sus versos, que se visten de sencillez y de claridad como las horas de cristal que anuncian la paz de los amables días, un misterio delicado y comunicativo que nos pone en contacto con el mundo armonioso que cree su voluntad intensa..., un vago soplo bíblico que suele hacerse percibir en estrofas que se dirían acompañadas de música sacra".

LA BALADA DEL DÍA

El alba, con luz incierta,
en el espacio fulgura,
y parece que murmura
besando mi faz: ¡Despierta!

Rompe la nívea mortaja
de la fuente el sol ufano,
y su fulgor soberano
me dice: ¡Lucha, trabaja!

Muere el sol; quietud inmensa
se adueña de cuanto existe...
Entonces, una voz triste
susurra en mi oído: ¡Piensa!

Por fin, la noche vestida
de luto, llena de encanto,
me cobija con su manto,
suspirando: ¡Duerme, olvida!

*

SI UNA ESPINA ME HIERE...

¡Si una espina me hiere, me aparto de la espina,
...pero no la aborrezco! Cuando la mezquindad
envidiosa en mí clava los dardos de su inquina,
esquívase en silencio mi planta y se encamina
hacia más puro ambiente de amor y caridad.

¡Rencores! ¡De qué sirven! ¡Qué logran los rencores!
Ni restañan heridas, ni corrigen el mal.
Mi rosal tiene apenas tiempo para dar flores,
y no prodiga savias en pinchos punzadores:
si pasa mi enemigo cerca de mi rosal,

se llevará las rosas de más sutil esencia,
y si notare en ellas algún rojo vivaz,
¡será el de aquella sangre que su malevolencia
de ayer vertió, al herirme con encono y violencia,
y que el rosal devuelve, trocada en flor de paz!

ESTEBAN ECHEVERRÍA

Esteban Echeverría, ejemplo del tipo tan raro entre nosotros del puro hombre de letras, nació en Buenos Aires el 2 de setiembre de 1805. Tras una juventud asaz turbulenta, carente de toda disciplina y orientación, emprendió viaje a Europa. Allí, durante cuatro años bien cumplidos e intensamente aprovechados, ávido de saber y comprender, frecuentó los maestros más destacados en las más variadas ciencias y artes y se empapó de las nuevas ideas que en política y arte conmovían al Viejo Mundo, sobre el que soplaban vientos de renovadora libertad.

De nuevo en la patria, y aunque hallóla ahogada por la avasalladora y tétrica ola de la demagogia, intentó romper la inculta indiferencia del ambiente con sus poesías, entre las que sobresalen *"Elvira"*, melancólica historia amorosa; *"Profecía del Plata"*; los *"Consuelos"*, verdadera biografía moral del poeta, y *"La cautiva"*, poema de la pampa, atrevido intento de arte americano, saturado de color local, que sorprendió a todos por su novedad.

Hacia 1837 fundó Echeverría la Asociación de Mayo, cuyos fines eran la regeneración de la patria por la libertad. En ella, en el momento máximo de su vida, leyó Echeverría sus *"Palabras simbólicas"*, profesión de la nueva fe argentina y germen del *"Dogma socialista"* que, ya en el destierro, dió forma definitiva a sus ensayos de moral, de educación, de estética, de historia.

Once largos años, los últimos de la vida del poeta, transcurrieron en Montevideo, donde hallaron patria los exilados argentinos, a quienes la tiranía negábala en su tierra. Allí dióse al periodismo, ya en el mesurado y sobrio *"Comercio del Plata"* de Florencio Varela, ya en *"El Nacional"* y *"Muera Rosas"*, inflamadas hojas de combate en que desahogaban su pasión los emigrados. No callaron, empero, sus musas; pertenecen a esta época los poemas *"Avellaneda"*, *"La revolución del Sur"*, *"El ángel caído"* y *"La guitarra"*, que vanamente intentaron competir con *"La cautiva"*. La prosa argentina débele el primer cuento: *"El matadero"*, vívido relato de la época rosista.

Lejos de la patria, pobre, enfermo, casi olvidado, languidecía la vida de Echeverría en Montevideo, hasta que el 19 de febrero de 1851 hizo crisis la afección pulmonar que lo consumía. Depositados sus restos mortales en el panteón de Montevideo, el trajín de la guerra profanó las tumbas y vano fué buscarlos cuando en ocasión del centenario del poeta se les quiso dar sepultura en la patria que él tanto amó y por la que tanto sufrió y sobre cuya civilización ejerció una tan profunda influencia en el campo de la política, de la educación y de las letras.

A MI GUITARRA

Tú que has sido siempre
mi fiel compañera,
justo es que te cante
sonora vihuela.

La dulce armonía
que exhalan tus cuerdas,
cuando enajenada
te pulsa mi diestra,
justo es que celebre
mi musa halagüeña,
pues endulza siempre
mis amargas penas.

Cuando enfurecida
la negra tristeza
devora mi pecho,
de angustias me llena,
te tomo en mi mano,
te pulsa mi diestra,
y al oír tu armonía
la fiera se aleja.

Halaga mi oído
que suenen tus cuerdas
de amor y ternura
las dulces endechas.

Y me digo entonces:
Pues que a amar se niega
mi burlado pecho,
de tus dulces cuerdas
oigamos al menos
de amor las endechas,
que el que amando vive
sufre muchas penas.

Ora suave cantes,
ora más severa
eficaz preludias
las pasiones fieras:
ora el paso sigas
de la danza suelta
graciosa imitando
sus giros y vueltas;
ora la voz dulce
de alguna belleza
acompañes suave,
siempre me enajenas.

Así es que te adoro
sonora vihuela
con igual cariño
que amante a su bella.
Y elevarte quiero
más que las estrellas,
al tono cantando
de tus dulces cuerdas
sonorosas odas
y canciones tiernas.

Tú que has sido siempre
mi fiel compañera,
serás de hoy mi numen,
mi lira suprema.

LA CAUTIVA

EL DESIERTO *

Ils vont. L'espace est grand.
Hugo.

Era la tarde, y la hora
en que el sol la cresta dora
de los Andes. El desierto
inconmensurable, abierto,
y misterioso a sus pies
se extiende; triste el sem-
[blante,
solitario y taciturno,
como el mar, cuando un ins-
[tante,
al crepúsculo nocturno,
pone rienda a su altivez.

Gira en vano, reconcentra
su inmensidad, y no encuen-
[tra
la vista, en su vivo anhelo,
do fijar su fugaz vuelo,
como el pájaro en el mar.
Doquier campos y heredades
del ave y brutos guaridas,
doquier cielos y soledades
de Dios sólo conocidas,
que Él sólo puede sondar.

A veces la tribu errante
sobre el potro rozagante,
cuyas crines altaneras
flotan al viento ligeras,
lo cruza cual torbellino,
y pasa: o su toldería (1)
sobre la grama frondosa
asienta esperando el día...
Duerme, tranquila reposa,
sigue veloz su camino.

¡Cuántas, cuántas maravi-
[llas
subiimes y a par sencillas,
sembró la fecunda mano
de Dios allí! ¡Cuánto arcano
que no es dado al mundo ver!
La humilde yerba, el insecto,
la aura aromática y pura,
el silencio, el triste aspecto
de la grandiosa llanura,
el pálido anochecer.

Las armonías del viento
dicen más al pensamiento,
que todo cuanto a porfía
la vana filosofía
pretende altiva enseñar.
¡Qué pincel podrá pintarlas
sin deslucir su belleza!
¡Qué lengua humana alabar-
[las!
Sólo el genio su grandeza
puede sentir y admirar.

Ya el sol su nítida frente
reclinaba en occidente,
derramando por la esfera

(*) Las notas son del autor.

(1) *Toldería*: el conjunto de chozas o el aduar del salvaje.

de su rubia cabellera
el desmayado fulgor,
sereno y diáfano el cielo,
sobre la gala verdosa
de la llanura, azul velo
esparcía, misteriosa
sombra dando a su color.

El aura, moviendo apenas,
sus olas de aroma llenas,
entre la yerba bullía
del campo, que parecía
como un piélago ondear;
y la tierra, contemplando,
del astro rey la partida
callaba, manifestando,
como en una despedida,
en su semblante pesar.

Sólo a ratos, altanero
relinchaba un bruto fiero
aquí o allá, en la campaña;
bramaba un toro de saña,
rugía un tigre feroz:
o las nubes contemplando,
como extático y gozoso,
el Yajá (2) de cuando en [cuando
turbaba el mudo reposo
con su fatídica voz.

Se puso el sol; parecía
que el vasto horizonte ardía;
la silenciosa llanura
fué quedando más oscura,
más pardo el cielo, y en él,
con luz trémula brillaba
una que otra estrella, y luego
a los ojos se ocultaba,
como vacilante fuego
en soberbio chapitel.

El crepúsculo entretanto,
con su claroscuro manto,
veló la tierra; una faja
negra como una mortaja
el occidente cubrió,
mientras, la noche bajando
lenta venía. La calma
que contempla suspirando
inquieta a veces el alma,
con el silencio reinó.

Entonces, como el rüido
que suele hacer el tronido
cuando retumba lejano,
se oyó en el tranquilo llano
sordo y confuso clamor;
se perdió... y luego violento,
como baladro espantoso
de turba inmensa, en el vien- [to
se dilató sonoroso,
dando a los brutos pavor.

Bajo la planta sonante
del ágil potro arrogante

(2) El P. Guevara hablando de esta ave, en su historia del Paraguay, dice: "El *Yahá* justamente le podemos llamar el volador y centinela. Es grande de cuerpo y de pico pequeño. El color es ceniciento con un collarín de plumas blancas que le rodean. Las alas están armadas de un espolón colorado duro y fuerte con que pelea... En su canto repiten estas voces, *Yahá, Yahá*, que significa en guaraní "vamos, vamos", de donde se les impuso el nombre. El misterio y significación es que estos pájaros velan de noche, y en sintiendo ruido de gente que viene, empieza a repetir *yahá, yahá*, como si dijeran: "vamos vamos que hay enemigos, y no estamos seguros de sus asechanzas". Los que saben esta propiedad de el *Yahá*, luego que oyen su canto, se ponen en vela, temiendo vengan enemigos para acometerlos..."
En la provincia se llama Chajá o Yajá, indistintamente.

el duro suelo temblaba,
y envuelto en polvo cruzaba
como animado tropel,
velozmente cabalgando;
vían se lanzas agudas,
cabezas, crines ondeando,
y como formas desnudas
de aspecto extraño y cruel.

¿Quién es? ¿Qué insensata
[turba
con su alarido perturba
las calladas soledades
de Dios, do las tempestades
sólo se oyen resonar?
¿Qué humana planta orgullo-
[sa
se atreve a hollar el desierto
cuando todo en él reposa?
¿Quién viene seguro puerto
en sus yermos a buscar?

¡Oíd! Ya se acerca el bando
de salvajes, atronando
todo el campo convecino.
¡Mirad! Como torbellino
hiende el espacio veloz.
El fiero ímpetu no enfrena
del bruto que arroja espuma.
Vaga al viento su melena,
y con ligereza suma
pasa en ademán atroz.

¿Dónde va? ¿De dónde vie-
[ne?
¿De qué su gozo proviene?
¿Por qué grita, corre, vuela
clavando al bruto la espuela,
sin mirar al rededor?

¡Ved! Que las puntas ufanas
de sus lanzas, por despojos,
llevan cabezas humanas,
cuyos inflamados ojos
respiran aún furor.

Así el bárbaro hace ultraje
al indomable coraje
que abatió su alevosía;
y su rencor todavía
mira con torpe placer,
las cabezas que cortaron
sus inhumanos cuchillos,
exclamando: "Ya pagaron
del cristiano loscaudillos
el feudo a nuestro poder.

Ya los ranchos (3) do vi-
[vieron
presa de las llamas fueron,
y muerde el polvo abatida
su pujanza tan erguida.
¿Dónde sus bravos están?
Vengan hoy del vituperio,
sus mujeres, sus infantes,
que gimen en cautiverio,
a libertar y como antes
nuestras lanzas probarán".

Tal decía; y bajo el callo
del indómito caballo,
crujiendo el suelo temblaba;
hueco y sordo retumbaba
su grito en la soledad.
Mientras la noche, cubierto
el rostro en manto nubloso,
echó en el vasto desierto
su silencio pavoroso,
su sombría majestad.

(3) Ranchos, cabañas pajizas de nuestros campos.

JOSÉ MÁRMOL

José Mármol, el ardiente poeta romántico que fustigó con sus versos encendidos de odio la siniestra figura del único tirano que ensombreció nuestra historia, nació en Buenos Aires el 2 de diciembre de 1817.

Aun estudiante, hubo de sentir en carne propia el rigor de la tiranía, que le obligó a exilarse en Montevideo, la nueva Troya. Allí, en íntima comunión con los demás emigrados, entregóse al periodismo de combate, tentó el arte dramático con sus dramas *"El poeta"* y *"El cruzado"*, y escribió algunos de sus versos más famosos: *"Al* 25 *de Mayo"*, *"Al pampero"*, *" A Rosas, el* 25 *de Mayo de* 1840", *"Al Plata"*, *"Al Sol de Mayo"*.

En los versos políticos de Mármol, rebosantes de indignación, vibra el hálito tremendo de la profecía — "Ni el polvo de tus huesos la América tendrá" — y la nostalgia de la patria, que con magnífica y generosa visión identifica con la América toda, brindándola a todas las razas del mundo: "América, mi madre, recoge vuestros hijos y les ofrece el pan... Venid y cultivemos con fraternales manos la prometida tierra del porvenir."

Refugiado en Río de Janeiro cuando el sitio de Montevideo por Oribe, escribió Mármol su poema autobiográfico *"El peregrino"*, cuyas estrofas plenas de vida y desbordantes de inspiración reflejan el estado de espíritu del proscripto, adquiriendo contornos y relieves de símbolo.

En su novela *"Amalia"*, viva representación de la vida del terror en Buenos Aires, describe Mármol, en torno al romance de la protagonista y Eduardo Belgrano, el ambiente de la época, y retrata felizmente a los más destacados personajes de esos cruentos días.

Vuelto a la patria caída la tiranía, desempeña Mármol diversas funciones públicas y da a la estampa *"Armonías"*, sus versos postreros, anteriores todos a Caseros, pues, terminado el destierro, enmudeció el poeta, cuyo espíritu ensombrecíase a medida que la luz huía de sus ojos, obligándole, hasta que la muerte los cerró para siempre el 9 de agosto del año 1871, a refugiarse en el puro recuerdo "de esos tiempos de ayer no más y que hoy parecen tan lejanos, tan pasados para el corazón del poeta."

AL PLATA

Hincha ¡oh Plata! tu espalda gigante
y atropellen tus ondas el pino;
es un hijo del suelo argentino
el que vuelve tus ondas a ver.

Que el pampero sacuda sus alas,
que las nubes fulminen el rayo;
una hoja del árbol de Mayo
es quien pasa rozando tu sien.

Brazo hercúleo del cuerpo argentino,
a la saña del alma responde;

si el rigor en el alma se esconde,
no desmienta tu brazo el rigor.

Sé la imagen del tiempo presente
y alborota tus ondas ¡oh Plata!
Mira mi alma cuán bien lo retrata
desafiando tus ondas mi voz.

¿No escucháis ese ronco bramido
que estremece el desierto y la sierra?
¿No sentís que se rasga la tierra?
¿No sentís un torrente bramar?

¡Es un mar de pasiones y sangre,
sin orillas, ni luz ni horizontes,
donde absorta la sien, de los montes
mira rayos y pueblos rodar!

Hincha ¡oh Plata! tu espalda gigante;
no desmientas tu tiempo inclemente,
y salpiquen tus ondas mi frente
conmoviendo la nave a mis pies.

Ese mar de pasiones y sangre
mi barquilla también arrebata.
¿Qué me importan tus ondas, ¡oh Plata!
si aun aquéllas no abaten mi sien?

De ola en ola mi frágil barquilla
bogará por el mar iracundo;
si me cupo esta suerte en el mundo,
¡adelante, surquemos el mar!

Mi alma tiene la fe del poeta,
la esperanza me templa la lira;
ese mar con su furia me inspira,
y a su estruendo mi voz se alzará.

De mi frente las nítidas flores
por los vientos verá desprendidas,
y hasta el fondo del mar sumergidas,
sin llorar al decirlas adiós.

Tumbarán mi barquilla las olas
y caeré dentro el mar sin enojos,
pues yo sé que al cerrarse mis ojos
queda abierta en mi nombre otra flor.

Hincha ¡oh Plata! tu espalda gigante;
que fulminen las nubes el rayo:
una hoja del árbol de Mayo
es quien pasa rozando tu sien.

¿La borrasca me espera en la orilla?
Pues no duerman tus olas en calma.
¿Tempestades esperan a mi alma?
Pues sacude también mi bajel.

No me asustan la orilla ni el río;
yo me voy más allá de mis años,
y entre cielos y mundos extraños
vivo tiempos que están por venir.

Que haya sangre también en tus olas;
que salpique su espuma mi frente;
mira ¡oh Plata! cuál vuela mi mente;
oye ¡oh Plata! tu tiempo feliz.

*

El ángel del futuro de hinojos en Oriente
espera el primer rayo del venidero sol,
para decir al hombre del Viejo Continente:
"La aurora se levanta del mundo de Colón".

Mañana de esa aurora los rayos en el monte,
los rayos en las ondas, los rayos por doquier,
harán sobre los cielos magnífico horizonte
que bañará radiante de América la sien.

Mañana en esos rayos ¡oh Plata! de repente
descenderá del cielo la bendición a ti,
y entonce el Viejo Mundo te gritará: "¡Detente!
mis razas arrebatas, mi genio y porvenir".

Y seguirán tus ondas tirando en las arenas
las ciencias y las artes cual perlas de la mar,
y de hombres y de industria y de virtudes llenas
salpicarán el árbol frondoso de la paz.

Y al empinar tu planta sobre tu propio abismo
podrás girar altivos los ojos en redor,
sin encontrar esclavos ni rudo fanatismo
ni enrojecida huella de bárbara ambición.

¡Ay triste del que osare sobre argentina frente
alzar de los tiranos el látigo otra vez!
Sacudirás tus ondas y al eco solamente
el hacha del verdugo le abatirá la sien.

Cargado de recuerdos y de arrogancia entonce,
ofertas y amenazas y naves burlarás,
¡ay! triste para siempre del extranjero bronce
que osare en las riberas del Plata retumbar.

La libertad hermosa se bañará en tus olas,
el aire de su vida lo aspirará de ti,
y en tus riberas, antes tan áridas y solas,
tendrá para dormirse su célico jardín.

Y enamorado el hombre de su sin par belleza,
el labrador sus flores derramará a sus pies;
y el alto pensamiento mirando su cabeza,
del genio en la batalla le buscará el laurel.

Y poderoso entonces y entusiasmado y libre,
¿qué mano entre las nubes eclipsará tu sol?
¿Quién alzará la frente cuando tu acento vibre,
y cien ciudades vuelvan el eco de tu voz?

Cuando a tu ¡alerta! grite la Patagonia ¡alerta!
¡alerta! el viejo Chaco y ¡alerta! el Paraná;
y la nación levante su frente descubierta,
diciendo con sus bronces al enemigo: ¡Atrás!

*

Gozaos en la tumba, héroes de Mayo:
el árbol que plantasteis dará fruto,
cuando asome en Oriente el primer rayo
y huya la noche con su triste luto.

¡Oh! ese tiempo vendrá. Semeja ¡oh Plata!
los temporales de mi tiempo yerto...
Mi voz con tus bramidos arrebata...
¡Adelante, bajel: vamos al puerto!

*

UNA LÁGRIMA DE AMOR

Llena el alma de recuerdos,
suspirando el corazón,
desprendióse de mis ojos
una lágrima de amor.
¡Ay, fué gota de rocío
que en la noche se perdió;
ni una flor abrió su cáliz
a esa lágrima de amor!

Tú que gozas cuando pagas
con desdenes mi pasión,
fué más tuya que tú misma
esa lágrima de amor.
¡Ay, me matas y te places,
mas me venga el justo Dios:
pues no sabes ¡ay! el precio
de una lágrima de amor!!!

*

OLEGARIO VÍCTOR ANDRADE

En Gualeguaychú, cuna de muchos de nuestros más preclaros escritores, nació **Olegario V. Andrade** el 7 de marzo de 1841. Ya en sus años de adolescencia, siendo alumno del histórico colegio de Concepción del Uruguay, dió Andrade felices muestras de sus inclinaciones literarias, anuncio promisorio de la obra de su madurez.

Vivió la dura época de la guerra civil entre Buenos Aires y la Confederación, personificada respectivamente en Mitre y Urquiza. Como buen entrerriano, formó en las filas de éste, y asumió su puesto de combate en las columnas de la prensa, escribiendo apasionados artículos que constituyen verdaderos poemas en prosa y dicen de la fuerte influencia ejercida en el espíritu del autor por los románticos franceses, Lamartine, Víctor Hugo, Michelet. Protegido luego por Roca y Avellaneda, cuya amistad le aseguró una vida sin preocupaciones materiales, entregóse Andrade al fuego de su inspiración magnífica y brotaron de su pluma los brillantes y sonoros poemas a que debió su consagración como el poeta nacional por excelencia.

Son los mejores de sus cantos: *"Prometeo"*, *"Atlántida"*, *"El arpa perdida"*, *"La noche de Mendoza"*, y, por encima de todos ellos, el soberbio *"Nido de cóndores"*. Llevan el sello de una emoción más íntima y personal sus poemas breves *"El consejo maternal"* y *"La vuelta al hogar"*.

La muerte de Andrade, acaecida en el año 1884, llevó de este mundo a un poeta que supo hermanar en síntesis históricas de vastas proporciones, o en hipérboles cosmogénicas, o en atrevidas personificaciones, el elemento dramático humano con el que proporciona la naturaleza misma. Y aunque la crítica moderna reprocha a Andrade la excesiva pompa de la palabra, que llega muchas veces a oscurecer el pensamiento, su fama póstuma, que crece con el pasar de los días, le consagra el más alto valor entre nuestros poetas civiles.

EL NIDO DE CÓNDORES

I

En la negra tiniebla se destaca,
como un brazo extendido hacia el vacío
para imponer silencio a sus rumores,
un peñasco sombrío.

Blanca venda de nieve lo circunda,
de nieve que gotea
como la negra sangre de una herida
abierta en la pelea.

¡Todo es silencio en torno! Hasta las nubes
van pasando calladas,
como tropas de espectros que dispersan
las ráfagas heladas.

¡Todo es silencio en torno! Pero hay algo
en el peñasco mismo,
que se mueve y palpita cual si fuera
el corazón enfermo del abismo!

Es un nido de cóndores colgado
de su cuello gigante,
que el viento de las cumbres balancea
como un pendón flotante.

Es un nido de cóndores andinos,
en cuyo negro seno
parece que fermentan las borrascas
y que dormita el trueno.

Aquella negra masa se estremece
con inquietud extraña:
¡Es que sueña con algo que lo agita
el viejo morador de la montaña!

No sueña con el valle, ni la sierra,
de encantadoras galas;
ni menos con la espuma del torrente
que humedeció sus alas.

No sueña con el pico inaccesible
que en la noche se inflama
despeñando por riscos y quebradas
sus témpanos de llama.

No sueña con la nube voladora
que pasó en la mañana
arrastrando en los campos del espacio
su túnica de grana.

Muchas nubes pasaron a su vista,
holló muchos volcanes,
su plumaje mojaron y rizaron
torrentes y huracanes.

Es algo más querido lo que causa
su agitación extraña:
Un recuerdo que bulle en la cabeza
del viejo morador de la montaña.

En la tarde anterior, cuando volvía,
vencedor inclemente,
trayendo los despojos palpitantes
en la garra potente.

Bajaban dos viajeros presurosos
la rápida ladera;
un niño y un anciano de alta talla
y blanca cabellera.

Hablaban en voz alta, y el anciano
con acento vibrante,
"¡Vendrá, exclamaba, el héroe predilecto
de esta cumbre gigante!"

El cóndor al oírlo batió el vuelo,
lanzó ronco graznido,
y fué a posar el ala fatigada
sobre el desierto nido.

Inquieto, tembloroso, como herido
de fúnebre congoja,
pasó la noche, y sorprendiólo el alba
con su pupila roja.

II

Enjambre de recuerdos punzadores
pasaban en tropel por su memoria,
recuerdos de otro tiempo de esplendores,
de otro tiempo de gloria,
en que era breve espacio a su ardimiento
la anchurosa región del vago viento.

Blanco el cuello y el ala reluciente,
iba en pos de la niebla fugitiva,
dando caza a las nubes en Oriente;

o con mirada altiva
en la garra pujante se apoyaba,
cual se apoya un titán sobre su clava.

Una mañana — ¡inolvidable día! —
ya iba a soltar el vuelo soberano
para surcar la inmensidad sombría
y descender al llano,
a celebrar con ansia convulsiva
su sangriento festín de carne viva.

Cuando sintió un rumor nunca escuchado
en las hondas gargantas de Occidente;
el rumor del torrente desatado,
la cólera rugiente
del volcán que en horrible paroxismo
se revuelca en el fondo del abismo.

Choque de armas y cánticos de guerra
resonaron después. Relincho agudo
lanzó el corcel de la argentina tierra
desde el peñasco mudo;
y vibraron los bélicos clarines
del Ande gigantesco en los confines.

Crecidas muchedumbres se agolpaban
cual las ondas del mar en sus linderos;
infantes y jinetes avanzaban,
desnudos los aceros,
y atónita al sentirlos la montaña,
bajó la frente y desgarró su entraña (1).

¿Dónde van? ¿Dónde van? ¡Dios los empuja!
Amor de patria y libertad los guía:
Donde más fuerte la tormenta ruja,
donde la onda bravía
más ruda azote el piélago profundo:
¡Van a morir o libertar un mundo!

III

Pensativo a su frente, cual si fuera
en muda discusión con el destino,
iba el héroe inmortal que en la ribera
del gran río argentino
al león hispano asió de la melena
¡y lo arrastró por la sangrienta arena!

El cóndor lo miró, voló del Ande
a la cresta más alta, repitiendo
con estridente grito: "¡Éste es el grande!"
y San Martín, oyendo
cual si fuera el presagio de la historia,
dijo a su vez: "¡Mirad! ¡ésa es mi gloria!"

IV

Siempre batiendo el ala silbadora,
cabalgando en las nubes y en los vientos,
lo halló la noche y sorprendió la aurora;
y a sus roncos acentos
tembló de espanto el español sereno
en los umbrales del hogar ajeno.

Un día... se detuvo; había sentido
el estridor de la feroz pelea;
viento de tempestad llevó a su oído
rugidos de marea;
y descendió a la cumbre de una sierra,
la corva garra abierta en son de guerra.

¡Porfiada era la lid! Por las laderas
bajaban los bizarros batallones,
y penachos, espadas y cimeras,
cureñas y cañones,
como heridos de un vértigo tremendo
en la sima fatal iban cayendo.

BIBLIOTECA NACIONAL DE MAESTROS

¡Porfiada era la lid! En la humareda
la enseña de los libres ondeaba
acariciada por la brisa leda
que sus pliegues hinchaba:
¡Y al fin, entre relámpagos de gloria,
vino a alzarla en sus brazos la victoria! (2)

Lanzó el cóndor un grito de alegría,
grito inmenso de júbilo salvaje;
y desplegando en la extensión vacía
su vistoso plumaje,
fué esparciendo por sierras y por llanos
girones de estandartes castellanos.

V

Desde entonces, jinete del vacío,
cabalgando en nublados y huracanes,
en la cumbre, en el páramo sombrío,
tras hielo y volcanes,
fué siguiendo los vívidos fulgores
de la bandera azul de sus amores.

La vió al borde del mar, que se empinaba
para verla pasar, y que en la lira
de bronce de sus olas entonaba,
como un grito de ira,
el himno con que rompe las cadenas
de su cárcel de rocas y de arenas.

La vió en Maipú, en Junín, y hasta en aquella
noche de maldición, noche de duelo,
en que desapareció como una estrella
tras las nubes del cielo;
y al compás de sus lúgubres graznidos
fué sembrando el espanto en los dormidos (3).

¡Siempre tras ella, siempre! Hasta que un día
la luz de un nuevo sol alumbró al mundo:
El sol de libertad que aparecía

BIBLIOTECA NACIONAL

tras nublado profundo,
y envuelto en su magnífica vislumbre
tornó soberbio a la nativa cumbre.

VI

¡Cuántos recuerdos despertó el viajero
en el calvo señor de la montaña!
Por eso se agitaba entre su nido
con inquietud extraña;
y al beso de la luz del sol naciente
volvió otra vez a sacudir las alas
y a perderse en las nubes del Oriente.

¿A dónde va? ¿Qué vértigo lo lleva?
¿Qué engañosa ilusión nubla sus ojos?
¡Va a esperar del Atlántico en la orilla
los sagrados despojos
de aquel gran vencedor de vencedores
a cuyo solo nombre se postraban
tiranos y opresores!

¡Va a posarse en la cresta de una roca
batida por las ondas y los vientos,
allá, donde se queja la ribera
con amargo lamento,
porque sintió pisar planta extranjera
y no sintió tronar el escarmiento!

¡Y allá estará! Cuando la nave asome
portadora del héroe y de la gloria,
cuando el mar patagón alce a su paso
los himnos de victoria,
volverá a saludarlo, como un día
en la cumbre del Ande,
para decir al mundo: "¡Éste es el grande!"

---

(1) Pasaje de los Andes, 23 de enero de 1817. (2) Batalla de Chacabuco, 12 de febrero de 1817. (3) Sorpresa de Cancha Rayada, 19 de marzo de 1818.

LA VUELTA AL HOGAR

RECUERDOS

Todo está como era entonces:
La casa, la calle, el río,
los árboles con sus hojas,
y las ramas con sus nidos.

Todo está, nada ha cambiado,
el horizonte es el mismo;
lo que dicen esas brisas
ya otras veces me lo han dicho.

Ondas, aves y murmullos
son mis viejos conocidos,
confidentes del secreto
de mis primeros suspiros.

Bajo aquel sauce que moja
su cabellera en el río
largas horas he pasado
a solas con mis delirios.

Las hojas de esas achiras
eran el tosco abanico
que refrescaba mi frente
y humedecía mis rizos.

Un viejo tronco de ceíbo
me daba sombra y abrigo,
un ceíbo que desgajaron
los huracanes de estío.

Piadosa una enredadera
de perfumados racimos
lo adornaba con sus flores
de pétalos amarillos.

El ceíbo estaba orgulloso
con su brillante atavío:
Era un collar de topacios
ceñido al cuello de un indio.

Todos aquí me confiaban
sus penas y sus delirios;
con sus suspiros las hojas,
con sus murmullos el río.

¡Qué triste estaba la tarde
la última vez que nos vimos!
Tan sólo cantaba un ave
en el ramaje florido.

Era un zorzal que entonaba
sus más dulcísimos himnos:
¡Pobre zorzal que venía
a despedir a un amigo!

Era el cantor de las selvas,
la imagen de mi destino,
viajero de los espacios,
siempre amante y fugitivo.

¡Adiós! — parecían decirme
sus melancólicos trinos —;
¡adiós, hermano en los sueños!
¡Adiós, inocente niño!

¡Yo estaba triste, muy triste!
El cielo obscuro y sombrío,
los juncos y las achiras
se quejaban al oírlo.

Han pasado muchos años
desde aquel día tristísimo:
Muchos sauces han tronchado
los huracanes bravíos.

Hoy vuelve el niño hecho hombre,
no ya contento y tranquilo;
con arrugas en la frente
y el cabello emblanquecido.

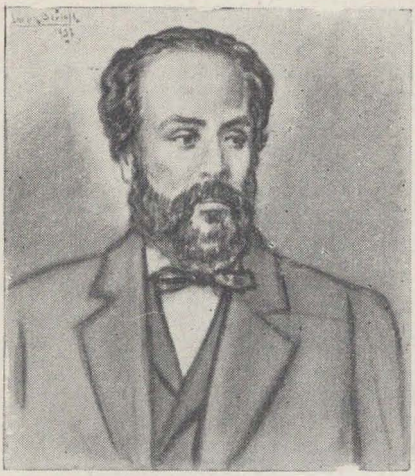
Aquella alma limpia y pura
como un raudal cristalino,
es una tumba que tiene
la lobreguez del abismo.

Aquel corazón tan noble,
tan ardoroso y altivo,
que hallaba el mundo pequeño
a sus gigantes designios.

¡Es hoy un hueco poblado
de sombras que no hacen ruido,
sombras de sueños, dispersos
como neblina de estío!

¡Ah! todo está como entonces,
los sauces, el cielo, el río,
las olas, hojas de plata
del árbol de lo infinito.

¡Sólo el niño se ha vuelto hombre,
y el hombre tanto ha sufrido,
que apenas trae en el alma
la soledad del vacío!



ESTANISLAO DEL CAMPO

Estanislao del Campo, el popular **Anastasio el Pollo**, nació en Buenos Aires el 7 de febrero de 1834. Dependiente de tienda en sus primeros años mozos, defensor de Buenos Aires durante las contiendas civiles, en las que conquistó el grado de capitán y la popularidad con sus letrillas, epigramas y cantares, desempeñó luego diversas funciones públicas, llegando a coronel en la revolución de 1874. Jóven aún, dejó este mundo el 6 de noviembre de 1880.

Su obra poética es exigua: un tomo de *"Poesías"* de diversa índole y *"Fausto"*, el poema que cimenta su fama, feliz amalgama de elementos gauchescos, populares, festivos y románticos. En él refiere Anastasio el Pollo a su cuñado Don Laguna las impresiones recibidas durante la representación en el Teatro Colón de la ópera *"Fausto"*, que es para él espectáculo de magia y no mera ficción teatral.

Y a través de la lengua gauchesca del paisano, cobran las figuras extraordinario relieve y late una emoción que por su hondura ultrapasa los límites nacionales para convertirse en humana y se alcanza ese valor filosófico que es la flor de la poesía popular de todos los pueblos y de todos los tiempos.

Por todo ello, el *"Fausto"* de del Campo, pleno de profundo sentimiento humano, es una obra única dentro de nuestra literatura.

FAUSTO

EL ENCUENTRO DE ANASTASIO EL POLLO Y DON LAGUNA

En un overo rosao,
flete nuevo y parejito,
caia al bajo al trotecito
y lindamente sentao
un paisano del Bragao
de apelativo *Laguna*,
mozo jinetazo ¡ahijuna!
como creo que no hay otro,
capaz de llevar un potro
a sofrenarlo en la luna.

¡Ah criollo! si parecía
pegao en el animal
que aunque era medio bagual
a la rienda obedecía;
de suerte que se creería
ser no sólo arrocinao,
sino también del recao
de alguna moza pueblera.
¡Ah Cristo! ¡quién lo tuviera!...
¡Lindo el overo rosao!

Como que era escarciador,
vivaracho y coscojero,
le iba sonando al overo
la plata que era un primor;
pues eran plata el fiador,

pretal, espuelas, virolas,
y en las cabezadas solas
traia el hombre un Potosí:
¡qué!... ¡si traia, para mí,
hasta de plata las bolas!

En fin: como iba a contar,
Laguna al río llegó,
contra una tosca se apió
y empezó a desensillar.
En esto dentró a orejiar
y a resollar el overo,
y jué que vido un sombrero
que del viento se volaba
de entre una ropa, que estaba
más allá, contra un apero.

Dió güelta y dijo el paisano:
—¡Vaya, *Záfiro!* ¿qué es eso?
Y le acarició el pescuezo
con la palma de la mano.
Un relincho soberano
pegó el overo que vía
a un paisano que salía
del agua en un colorao,
que al mesmo overo rosao
nada le desmerecía.

Cuando el flete relinchó
media güelta dió Laguna,
y ya pegó el grito: —¡Ahijuna!
¿no es el Pollo?
—Pollo no,
ese tiempo se pasó
(contestó el otro paisano),
ya soy jaca vieja, hermano,
con las púas como anzuelo,
y a quien ya le niega el suelo
hasta el más remoto grano.

Se apió el Pollo y se pegaron
tal abrazo con Laguna,
que sus dos almas en una
acaso se misturaron.
Cuando se desenredaron,
después de haber lagrimiao,
el overito rosao
una oreja se rascaba,
visto que la refregaba
en la clin del colorao.

—Velay, tienda el cojinillo,
don Laguna, sientesé,
y un ratito aguardemé
mientras maneo el potrillo.
Vaya armando un cigarrillo
si es que el vicio no ha olvidao:
ahi tiene contra el recao
cuchillo, papel y un naco:
yo siempre pico el tabaco
por no pitarlo aventao.

—Vaya, amigo, le haré gasto...
—¿No quiere maniar su overo?
—Dejeló a mi parejero,
que es como mata de pasto.
Ya una vez, cuando el abasto,
mi cuñao se desmayó;
a los tres días volvió
del insulto, y crea, amigo,
peligra lo que le digo:
el flete ni se movió.

—¡Bien haiga gaucho embustero!
¿Sabe que no me esperaba
que soltase una *guayaba*
de ese tamaño, aparcero?
Ya colijo que su overo
está tan bien enseñao,

que si en vez de desmayao
el otro hubiera estao muerto,
el fin del mundo, por cierto,
me lo encuentra allí parao.

—Vean cómo le buscó
la güelta... ¡bien haiga el Pollo!
Siempre larga todo el rollo
de su lazo...
—¡Y cómo no!
¿O se ha figurao que yo
ansina no más las trago?
¡Hágase cargo!...
—Ya me hago...
—Prieste el juego...
—Tomeló.
—Y aura le pregunto yo:
¿qué anda haciendo en este pago?

—Hace como una semana
que he bajao a la ciudá,
pues tengo necesidá
de ver si cobro una lana;
pero me andan con *mañana,*
o *no hay plata, y venga luego*:
hoy no más cuasi le pego
en las aspas con la argolla
a un gringo, que aunque es de embrolla,
ya le he maliciao el juego.

—Con el cuento de la guerra
andan matreros los cobres.
—Vamos a morir de pobres
los paisanos de esta tierra.
Yo cuasi he ganao la sierra
de puro desesperao...
—Yo me encuentro tan cortao,
que a veces se me hace cierto
que hasta ando jediendo a muerto...
—Pues yo me hallo hasta *empeñao.*

—¡Vaya un lamentarse! ¡Ahijuna!...
Y eso es de vicio, aparcero;
a usté lo ha hecho su ternero
la vaca de la fortuna.
Y no llore, don Laguna,
no me lo castigue Dios;
si no, comparemoslos
mis tientos con su chapiao,
y así en limpio habrá quedao
el más pobre de los dos.

—¡Vean si es escarbador
este Pollo! ¡Virgen mía!
Si es pura chafalonía...
—¡Eso sí, siempre pintor!
—Se la gané a un jugador
que vino a echarla de güeno.
Primero le gané el freno
con riendas y cabezadas,
y en otras cuantas jugadas
perdió el hombre hasta lo ajeno.

¿Y sabe lo que decía
cuando se vía en la mala?
El que me ha pelao la chala
debe tener brujería.
A la cuenta se creería
que el Diablo y yo...
—¡Callesé,
amigo! ¿no sabe usté
que la otra noche lo he visto
al demonio?
—¡Jesucristo!...
—Hace bien, santigüesé.

—¡Pues no me he de santiguar!
Con esas cosas no juego;
pero no importa, le ruego
que me dentre a relatar

el cómo llegó a topar
con el *malo*. ¡Virgen Santa!
Sólo el pensarlo me espanta...
—Güeno, le voy a contar;
pero antes voy a buscar
con qué mojar la garganta.

El Pollo se levantó
y se jué en su colorao
y en el overo rosao
Laguna al agua dentró.
Jué dentrada por salida
todo el baño que le dió
y a la tosca consabida
don Laguna se volvió,
ande a don Pollo lo halló
con un frasco de bebida.

—Larguesé al suelo, cuñao,
y vaya haciéndose cargo,
que puede ser más que largo
el cuento que le he ofertao.
Desmanee el colorao
desate su maniador,
y en ancas, haga el favor
de acollararlos... — Al grito:
¿Es manso el coloradito?
—¡Ése es un trebo de olor!

—Ya están acollaraditos...
—Déle un beso a esa giñebra;
yo le hice sonar de una hebra
lo menos diez gorgoritos...
—Pero esos son muy poquitos
para un criollo como usté,
capaz de prenderselé
a una pipa de lejía...
—Hubo un tiempo en que solía...
—Vaya amigo, larguesé.

FAUSTO

¿SABE QUE ES LINDA LA MAR?

—¿Sabe que es linda la [mar?
—¡La viera de mañanita,
cuando agatas la puntita
del sol comienza a asomar!

Usté ve venir a esa hora
roncando la marejada
y ve en la espuma encrespada
los colores de la aurora.

A veces, con viento en la [anca
y con la vela al solcito,
se ve cruzar un barquito
como una paloma blanca.

Otras, usté ve patente [lo
venir boyando un islote,
y es que trai a un camalote
cabrestiando la corriente.

Y con un campo quebrao
bien se puede comparar
cuando el lomo empieza a hin-[char
el río medio alterao.

Las olas chicas, cansadas,
a la playa agatas vienen
y allí en lamber se entretie-[nen
las arenitas labradas.

Es lindo ver en los ratos
en que la mar ha bajao
cair volando al desplayao
gaviotas, garzas y patos.

Y en las toscas es divino
mirar las olas quebrarse,
como al fin viene a estrellar-[se
el hombre con su destino.

Y no sé qué da el mirar
cuando barrosa y bramando
sierras de agua viene alzando
embravecida la mar.

Parece que el Dios del cie-[lo
se amostrase retobao
al mirar tanto pecao
como se ve en este suelo.

Y es cosa de bendecir
cuando el Señor la serena,
sobre ancha cama de arena
obligándola a dormir.

Y es muy lindo ver nadan-[do
a flor de agua algún pescao:
van como plata, cuñao,
las escamas relumbrando.

RICARDO GUTIÉRREZ

Ricardo Gutiérrez, el poeta argentino del amor cristiano, nació en el pueblo de Arrecifes en el año 1836. Su vida fué larga, pero cabe en pocas líneas. Dejó la carrera de derecho por la de medicina, que debió interrumpir para empuñar el fusil. Tras muy honrosa actuación en la guerra del Paraguay, doctoróse. Pronto cobró extraordinario renombre como médico de niños, cuyo hospital fundó. Abnegado y piadoso, conquistó el corazón de todas las madres, a las cuales ha de atribuirse alguna parte de su fama como poeta. Su temperamento cristiano, su vida ejemplar y su profesión ejercida como un verdadero sacerdocio, explican los puros e ingenuos acentos de su poesía lírica, en la que volcó sus generosos sentimientos.

Son las más inspiradas y también las más difundidas entre sus poesías: *"La victoria"*, *"Los huérfanos"*, *"La hermana de caridad"*, *"El misionero"*, *"La vejez"* y los *"Nocturnos"*.

Completan su obra los poemas narrativos *"Lázaro"*, *"La fibra salvaje"*; el diálogo *"El poeta y el soldado"*, todos ellos inferiores en mérito a su obra lírica.

La muerte puso fin a la noble y fecunda existencia de Ricardo Gutiérrez a los sesenta años de su edad.

LA VICTORIA

¡Ah! No levantes canto de victoria
en el día sin sol de la batalla,
ni el santo templo del Señor profanes
con plegaria de triunfo y de matanza.

Cuando se abate el pájaro del cielo,
se estremece la tórtola en la rama;
cuando se postra el tigre en la llanura,
las fieras todas aterradas callan...

¿Y tú levantas himno de victoria
en el día sin sol de la batalla?
¡Ah! Sólo el hombre, sobre el mundo impío,
en la caída de los hombres canta.

Yo no canto la muerte de mi hermano;
¡márcame con el hierro de la infamia
porque, en el día en que tú sangre viertes,
de mi trémula mano cae el arpa!

*

LA HERMANA DE LA CARIDAD

¿Quién eres tú, celeste criatura,
que descansas el vuelo
sobre la cárcel del linaje humano,
para abrir una fuente de ternura
y una puerta del cielo
donde se posa tu bendita mano?

¿Quién eres tú, que oras
junto al desierto lecho del que expira?
¿Quién eres tú, que lloras
por la desgracia ajena?
¿Quién eres tú, que arrulla y que suspira
al infeliz que arrastra su cadena?

¿Quién eres tú, que en el estrago horrendo
de la feroz matanza
el rastro de la muerte va siguiendo
por el ¡ay! que se lanza,
y entre la sangre y el dolor perdida,
donde se da la muerte das la vida?

Madre del desvalido,
ángel del moribundo,
bálsamo misterioso del herido
y patria en fin del huérfano y el triste,
¿de qué estrella caiste
para enjugar las lágrimas del mundo?

¿Qué urna de piedad tu pecho anida
para que quepan en tu amor sagrado
todas las desventuras de la vida?
¡Oh, qué caudal de abnegación encierra,
que no acaba, regado
sobre todas las llagas de la tierra!

No pisa sobre el mundo
más que un ser, nada más, que templa y calma
tanto dolor profundo
con el insomne afán de su ternura...
Te adivina mi alma...
¡Eres mujer, sublime criatura!

Eres mujer, lo eres,
y no te abisma la borrasca humana
al mágico festín de los placeres,
y los vivos albores
de la ilusión galana
no alumbran el Edén de tus amores.

Y tu rostro tan bello
no es flor del mundo en el jardín viviente,
y tu blondo cabello
en ondas melancólicas caído,
no es tesoro de un labio enardecido
ni espléndida corona de tu frente.

Y la angélica lumbre de tus ojos
tan sólo a Dios y al moribundo mira.
Y la frescura de tus labios rojos
sólo se va perdiendo y marchitando
la helada cruz besando
y la pálida frente del que expira.

¡Oh! ¿qué profundo encanto
en la divina abnegación se encierra?
¿Qué hondo placer se anida
en el consuelo del dolor y el llanto,
que el placer de la tierra
a cambio de él el corazón olvida?

¡Ángel de caridad! alma templada
del mismo Dios en el amor fecundo,
tórtola de Noé desamparada!
Eres flor bendecida,
bajo la sombra de la cruz nacida
donde expiraba el Salvador del mundo.

Tu enternecido corazón sublime
es el arca del pobre:
Allí busca consuelos el que gime,
allí pide una lágrima el que llora,
y allí un pan y allí un cobre
aquel que con el hambre se devora.

Allí muertos de frío
van a llamar el huérfano y la viuda
con la carne desnuda
y el pie despedazado
bajo la noche del invierno impío,
sobre la nieve del invierno helado.

¡Y allí cuando la muerte
se para junto al lecho de la vida,
lleva su labio inerte
el que está solo en su dolor horrendo,
para besar tu mano bendecida
y morir sonriendo!

Así tu vida en la piedad se encierra,
así la viertes sobre el lodo inmundo
sin pedir ni una lágrima a la tierra;
así tu noble corazón sincero
sin patria sobre el mundo...
Patria es del mundo entero.

¿Por qué levantas la mirada al cielo?
Yo también sólo allí busco mi palma:
Voy donde el diente del dolor se encarne,
seco también las lágrimas del suelo
y cierro las heridas de la carne,
como tú las del alma!

Alumbra mi destino
sobre la cárcel del linaje humano.
¡Ay! sólo pide mi ambición precaria
que en el último asiento del camino
pongas en mí tu mano
y levantes mi vida en tu plegaria.

RAFAEL OBLIGADO

El 21 de enero de 1851 nació en Buenos Aires **Rafael Obligado**, el hidalgo castellano de América, creador de la poesía castiza de nuestras pampas. Rico de origen, nada le impidió entregarse de lleno a la pasión de su vida, que lo fueron las letras, y, dentro de ellas, a la poesía lírica, único género que cultivó. Lector infatigable, poseído por el deseo de conocer y dominar a fondo nuestra lengua, reunió una bien nutrida biblioteca y abrió su salón, en cuya famosa tertulia de los sábados sus amigos intelectuales leían sus obras y platicaban de cuestiones artísticas. El elogio con que fueron celebrados los versos del dueño de casa, movieron a éste a publicar, sobreponiéndose a su ingénita timidez, en el año 1885, la primera colección de sus poesías, luego enriquecida en la edición definitiva de 1906, que la crítica de Hispanoamérica acogió con aplauso. Destacaremos, entre ellas, las deliciosas églogas: *"El hogar paterno"*, nostálgica pintura de la bienamada casa de su infancia; *"El nido de boyeros"*, preciosa acuarela pastoril; *"La flor de seíbo"*, felicísima réplica a *"La flor de caña"* de Plácido, el poeta de los trópicos; y *"Las quintas de mi tiempo"*, cálida evocación del ambiente

que nadie como el poeta supo sentir y comprender. Pero el valor sobresaliente de la poesía de Obligado es su *"Santos Vega"*, cuyo motivo, la leyenda del payador que sólo el diablo pudo vencer, impresionó ya de niño su sensibilidad, para cobrar luego en la mente madura vida extraordinaria y ser volcada en versos imperecederos. Los últimos años de la vida de Obligado, de silencio para sus musas, fueron, empero, proficuos, pues colaboró eficazmente en la organización de nuestra Facultad de Filosofía y Letras.

Quebrantada luego su salud, buscó Obligado para reponer sus fuerzas el benigno clima de Mendoza. Allí murió el día 20 de marzo de 1920, y con él el más genuino de los poetas que cantaron nuestra tradición.

EL HOGAR PATERNO

A MIS HERMANAS

¡Oh mis islas amadas, dulce asilo
de mi primera edad!
¡Añosos algarrobos, viejos talas
donde el boyero me enseñó a cantar!

¿Por qué os dejé, para encerrar mi vida
en la estrecha ciudad;
para arrojar mi corazón de niño
de las pasiones en el turbio mar?...

Como un cisne posado en las riberas
del ancho Paraná,
así, blanco y risueño, se divisa
a la distancia mi paterno hogar.

En los vastos y abiertos corredores
que gratan sombra dan;

en el cuadro de antiguos paraísos
que, destrozados, no florecen ya;

en las barrancas que hacia el puerto ondulan
y avanzan al canal,
do vela el sueño de gloriosos muertos
la solitaria cruz de ñandubay;

en la hondonada que perfuma el molle
y engalana el chañar;
en el arroyo que las toscas baña;
en ese campo que se extiende allá...

Allí está mi pasado, de mi vida
la inocencia y la paz:
allí mi madre me acaricia, niño,
y mis hermanas en redor están.

No bien despunta el sol en el Oriente,
tierno beso nos da;
de rodillas, oramos; y, en seguida,
puerta franca... la luz, la libertad!

Como bandada de enjaulados pájaros,
por aquí, por allá,
al campo el uno, a la barranca el otro,
nos echábamos todos a volar.

"Cuidado con los nidos" — nos decía
mi madre en el umbral;
pero digan horneros y zorzales
si les valió la maternal piedad.

Lejos ya de su vista, a un algarrobo
trepaba el más audaz,
y con los ojos de mil ansias llenos,
esperaban en grupo los demás.

En el horno de barro, construído
para vivir y amar,
introducía sus rosados dedos
el pequeño aprendiz de gavilán;

y, del pico o el ala destrozada,
¡nunca vista crueldad!
asiendo los polluelos, uno a uno
los arrojaba con desdén triunfal.

Y era entonces de ver el alboroto
y el bullicioso afán,
de aquel enjambre de inocentes niños
que así destruía un inocente hogar.

Otras veces, del río en la corriente,
al cárdeno fulgor
que desde el fondo de la Pampa envía,
en sesgo rayo, el moribundo sol;

en agitado, en revoltoso grupo
y alegre confusión,
los juncales rozando de la orilla,
con mis hermanas navegaba yo.

Una, los brazos en el agua hundiendo,
tendíase a estribor,
y sonreía a la rizada espuma
que la canoa abandonaba en pos.

Otra, imprudente, a la inclinada borda
lanzándose veloz,
entre sus manos victoriosa alzaba
del camalote la celeste flor.

Ésta, la caña de pescar volvía,
enviando en derredor
menudas gotas que al caer brillaban
en los cabellos de las otras dos.

Batiendo luego las rosadas palmas,
reía, porque vió

medrosa hundirse en la corriente un ave
al desusado y repentino son.

Pero si alguna, al levantar los ojos,
mostraba el mirador,
donde mi madre a vigilarnos iba,
gritaban todas a la vez: "¡Adiós!"

¡Oh dulces años! Por entonces era
nuestro goce mayor
hurtar las flores que en las islas abren,
y de sus aves escuchar la voz.

Las pasionarias, las achiras de oro,
y el seíbo punzó,
eran ofrendas que mi madre amaba
porque a sus hijos se las daba Dios.

¡Ingrato, ingrato si el recuerdo suyo
arranco al corazón,
si yendo en pos del oropel mundano
el hombre olvida lo que el niño amó!

*

SANTOS VEGA

Santos Vega el payador,
aquél de la larga fama,
murió cantando su amor
como el pájaro en la rama.
Cantar popular.

EL ALMA DEL PAYADOR

Cuando la tarde se inclina
sollozando al occidente,
corre una sombra doliente
sobre la pampa argentina,
y cuando el sol ilumina
con luz brillante y serena
del ancho campo la escena,
la melancólica sombra
huye besando su alfombra
con el afán de la pena.

Cuentan los criollos del [suelo
que en tibia noche de luna,
en solitaria laguna,
para la sombra su vuelo;
que allí se ensancha, y un velo
va sobre el agua formando,
mientras se goza escuchando
por singular beneficio
el incesante bullicio
que hacen las olas rodando.

Dicen que, en noche nubla- [da,
si su guitarra algún mozo
en el crucero del pozo
deja de intento colgada,
llega la sombra callada
y, al envolverla en su manto,
suena el preludio de un canto
entre las cuerdas dormidas,
cuerdas que vibran heridas
como por gotas de llanto.

Cuentan que, en noche de [aquéllas
en que la pampa se abisma
en la extensión de sí misma
sin su corona de estrellas,
sobre las lomas más bellas,
donde hay más trébol risueño,
luce una antorcha sin dueño
entre una niebla indecisa,
para que temple la brisa
las blandas alas del sueño.

Mas si, trocado el desmayo
en tempestad de su seno,
estalla el cóncavo trueno,
que es la palabra del rayo,
hiere al ombú de soslayo
rojiza sierpe de llamas,
que, calcinando sus ramas,
serpea, corre y asciende,
y en la alta copa desprende
brillante lluvia de escamas.

Cuando en las siestas de [estío
las brillazones remedan
vastos oleajes que ruedan
sobre fantástico río,
mudo, abismado y sombrío,
baja un jinete la falda
tinta de bella esmeralda,
llega a las márgenes solas...
¡y hunde su potro en las olas,
con la guitarra a la espalda!

Si entonces cruza a lo lejos,
galopando sobre el llano
solitario, algún paisano,
viendo al otro en los reflejos
de aquel abismo de espejos,
siente indecibles quebrantos,
y, alzando en vez de sus can- [tos
una oración de ternura,
al persignarse murmura:
"¡El alma del viejo Santos!"

Yo, que en la tierra he na- [cido
donde ese genio ha cantado,
y el pampero he respirado
que al payador ha nutrido,
beso este suelo querido
que a mis caricias se entrega,
mientras de orgullo me anega
la convicción de que es mía
la patria de Echeverría,
la tierra de Santos Vega.

CARLOS GUIDO Y SPANO

Carlos Guido y Spano, nuestro primer artista en el verdadero sentido de la palabra, por su empeño en perfeccionar el verso y pulir la prosa, a los que llevó a las regiones de lo puramente desinteresado, nació en Buenos Aires el 19 de enero de 1827. Hijo de don Tomás Guido, el compañero y amigo de San Martín, los años mozos viviólos en el Brasil, ante cuyo gobierno era su padre ministro de la Confederación; acompañó luego a Urquiza en Paraná, encontrándole ya famoso como poeta la presidencia de Roca.

Convertido en una reliquia nacional, rodeado del cariño y la veneración del país entero, la vida ejemplar de Guido y Spano extinguióse el 25 de julio de 1918, dejando en los argentinos que tuvieron la felicidad de conocerle el recuerdo de una existencia serena y bellamente vivida.

La producción poética de Guido y Spano, que arranca del año 1854, comprende aspectos varios: inspíranla ya el sentimiento del hogar, ya el fervor patriótico, ya la naturaleza, ya el amor. Son de las mejores entre sus poesías: *"Al pasar"*, *"At home"*, *"A mi hija María del Pilar"*, *"Nenia"*, *"Myrta en el baño"*, *"Ruego"*, *"Gratitud"*, *"En los guindos"* — verdaderas flores de antología.

Fué también Guido y Spano prosista magnífico: así lo atestiguan sus dos tomos de las *"Ráfagas"*, compilación de artículos de diversa índole, precedidos por una admirable carta autobiográfica, plena de sinceridad y gracia, que arroja viva luz sobre la vida del poeta; su nutrido epistolario, rico en páginas magistrales; sus artículos de crítica teatral, bibliográfica y necrológica.

NENIA

En idioma guaraní
una joven paraguaya
tiernas endechas ensaya
cantando en el arpa así,
en idioma guaraní:

¡Llora, llora, urutaú (1)
en las ramas del yatay (2),
ya no existe el Paraguay
donde nací como tú:
llora, llora, urutaú!

En el dulce Lambaré
feliz era en mi cabaña;
vino la guerra, y su saña
no ha dejado nada en pie
en el dulce Lambaré!

Padre, madre, hermano
¡ay!
Todo en el mundo he perdido;
en mi corazón partido
sólo amargas penas hay;
padre, madre, hermano ¡ay!

De un verde ubirapitá,
mi novio, que combatió
como un héroe en el Timbó,
al pie sepultado está
de un verde ubirapitá!

Rasgado el blanco tipoy (3)
tengo en señal de mi duelo,
y en aquel sagrado suelo
de rodillas siempre estoy,
rasgado el blanco tipoy.

Lo mataron los cambá (4)
no pudiéndolo rendir;
él fué el último en salir
de Curucú y Humaitá;
¡lo mataron los cambá!

¡Por qué, cielos, no morí
cuando me estrechó triunfan-
[te
entre sus brazos mi amante
después de Curupaytí!
¡Por qué, cielos, no morí!

¡Llora, llora, urutaú,
en las ramas del yatay;
ya no existe el Paraguay
donde nací como tú:
llora, llora, urutaú!

(1) *Urutaú*: ave de dulcísimo canto. (2) *Yatay*: palmera. (3) *Tipoy*: saya blanca que usan las paraguayas. (4) *Cambá*: los negros.

AT HOME

Bella es la vida que a la sombra pasa
del heredado hogar; el hombre fuerte
contra el áspero embate de la suerte
puede allí abroquelarse en su virtud.
Si es duro el tiempo y la fortuna escasa,
si el aéreo castillo viene abajo,
queda la noble lucha del trabajo,
la esperanza, el amor, la juventud.

¡Hijos, venid en derredor; acuda
vuestra madre también ¡fiel compañera!
Y levantad a Dios como fe sincera
vuestra ferviente, cándida oración!
Él es quien nos reúne y nos escuda,
quien puso en nuestros labios la sonrisa,
da su aroma a la flor, vuelo a la brisa,
luz a los astros, paz al corazón.

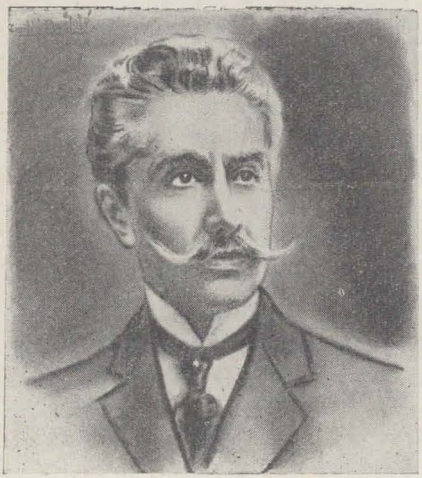
Después de la fatiga y del naufragio
ansío rodearme de cariños;
la serena inocencia de los niños
de la herida mortal calma el dolor.
Es para el porvenir dulce presagio
que al hombre con el mundo reconcilia,
el ver crecer en torno la familia
bajo las santas leyes del amor.

El vano orgullo, la ambición insana,
aspiren a las pompas de la tierra;
su nombre ilustre en la sangrienta guerra
lleno de encono el bárbaro adalid.
Nuestra misión es, hijos, más cristiana:
amar la caridad, amar la ciencia;
puras las manos, pura la conciencia,
dar el licor a quien nos dió la vid.

El sol de cada día nos alumbre
el sendero del bien; nada amedrente
al varón justo, al ánimo valiente
que fecundiza el suelo en que nació.
La libertad amemos por costumbre,
por convicción y por deber. En ella
el despotismo estúpido se estrella:
de la Patria los hierros destrozó.

¡Honra y prez a sus padres denonados!
Entre ellos se encontraba vuestro abuelo;
hoy descansa su espíritu en el cielo,
noble atleta vencido por la edad.
Venid en sus recuerdos impregnados,
y llena el alma de filial ternura,
su venerada, humilde sepultura
con flores y con lágrimas regad.

Tomad ejemplo en él; y cuando un día
emprenda yo mi viaje sin retorno,
erigidme una cruz, y de ella en torno,
sin una mancha en la tranquila sien,
llenos de amor, de paz, que es la harmonía,
podáis decir de vuestro padre amado:
Latió en su pecho un corazón honrado;
no fué un prócer, fué más, hombre de bien.



CALIXTO OYUELA

Calixto Oyuela, el poeta nuestro cuya divisa fué el lema del inmortal Chénier: "Hacer versos antiguos con pensamientos nuevos", nació en Buenos Aires el 3 de febrero de 1857.

Realizó brillantes estudios de Humanidades y Derecho, que coronó con su magistral tesis *"Derechos de autor"*. Ofrecida que le fué la cátedra de literatura española que Amancio Alcorta creara en el Colegio Nacional de Buenos Aires, dictóla con ejemplar consagración durante más de treinta años, ejerciendo también su magisterio dentro de nuestras escuelas normales y en la Facultad de Filosofía y Letras.

Su acción en pro de nuestra incipiente cultura fué vasta y proficua: fundó establecimientos de enseñanza y asociaciones literarias, desempeñando asimismo importantes comisiones dentro y fuera del país.

Prosista y poeta, su obra toda revela su profundo amor por la lengua y su gran conocimiento de las literaturas clásicas y modernas.

Clasicista por temperamento, hubo de sostener polémicas con los románticos, como Rafael Obligado. En la culta con-

troversia entre Oyuela y el autor de *"Santos Vega"* y *"La flor de caña"*, terció para ponerle fin Carlos Guido y Spano, que adoptó una posición intermedia entre uno y otro extremo.

Los poemas primeros de Calixto Oyuela son *"Canto al arte"* y *"Eros"*, obra esta última que señala ya la madurez del poeta; siguieron los *"Cantos"*, que dicen de su depurado gusto y de su elevado concepto de la poesía, a la par que de la elegante sencillez de su estilo; *"España, versos y prosa"*, *"Nuevos cantos"*, *"Canto a la patria en su primer centenario"*, y numerosas traducciones plenas de noble comprensión.

Como maestro ha dejado Oyuela valiosas obras didácticas: *"Apuntes de literatura castellana"*, *"Teoría literaria"*, *"Elementos de moral"*, *"Apuntes de literatura argentina"*; como crítico, agudo y certero: *"Crónicas dramáticas"*, *"Estudio sobre un drama nuevo"*, *"Estudios literarios"* y su *"Antología poética hispano - americana"*, a la que justicieramente fuéle otorgado en 1919 el premio nacional de literatura.

Su vida ejemplar y fecunda extinguióse en la ciudad natal en 1935.

EN LA PAMPA

¡Llanos inmensos de la patria mía,
donde el caballo en libertad retoza
y sus tesoros la opulencia cría!

¡Cuánto el mortal en contemplarte goza,
rasgo hermoso de Dios, pampa lozana!
¡Con qué amplitud augusta y soberana
radiante el cielo sobre ti se extiende,
y en curva enorme a tu confín desciende!

Toda encendida el alma en sed de vuelo,
rompe impetuosa aquí el corpóreo lazo
que la roba a sí misma,

y en infinito abrazo
difundiéndose audaz por tierra y cielo,
allá en la muda inmensidad se abisma.

*

PAISAJE HOLANDÉS

Bajo el húmedo cielo la llanura
sin fin se tiende do el silencio asiste,
está desierta la campiña, y viste
el horizonte tempestad oscura.

Tiemblan las aguas, tiembla la verdura,
pliega el aliso su cabeza triste,
y conturbar parece cuanto existe
un presagio de llanto y desventura.

Sola, allá al borde de un canal, humea
una choza que entre álamos se esquiva,
mueve un molino el ala gigantea!

Y en el sosiego del inmenso verde,
callada, soñadora, pensativa,
cruza una vela cándida y se pierde.

LEOPOLDO LUGONES

Leopoldo Lugones, viva representación de su tiempo y de su ambiente, para cuya labor literaria pareció ser ley la variabilidad, nació en Río Seco, Córdoba, el 13 de julio de 1874, y llamó a sí la muerte en febrero del año 1938.

Acogido triunfalmente por Rubén Darío, a quien presentó sus versos primeros en las postrimerías del siglo pasado, Lugones formó desde entonces entre la juventud que se agrupaba en torno al verdadero creador y propulsor del modernismo en América.

Trabajador infatigable, Lugones compartió su vida entre su nutrida labor literaria, que comprende casi todos los géneros, sus tareas como funcionario, y su colaboración asidua en los más importantes de nuestros órganos periodísticos.

A su primera colección de poesías, *"Las montañas de oro"*, rara obra con la que Lugones propusose asestar fieros golpes a la poética tradicional, tan firmemente mantenida entre nosotros, siguieron *"El imperio jesuítico"*, valiosa síntesis histórico - geográfica de complejos e interesantísimos problemas de la América colonial; *"Los crepúsculos del jardín"*, se-

rie de poemas de dulce serenidad y aristocrática finura; *"La guerra gaucha"*, apología del criollismo, en verdad primera y vigorosa manifestación entre nosotros de un bien encaminado nacionalismo; *"Lunario sentimental"*, libro entero dedicado a la luna, en el que su autor propúsose, con inigualada valentía, renovar la métrica castellana, languideciente por su sometimiento a los cánones artísticos, impulsándola hacia el modernismo, que trae aparejadas nuevas formas dentro de la belleza; las magníficas *"Odas seculares"*, vibrantes cantos a la patria en el centenario de su epopeya, plenos de majestad y altivez; la *"Historia de Sarmiento"*, a través de cuyas páginas surge el prócer "como fundido en bronce, imperecederamente, definitivo, en la más noble y clásica de las poses que se han escrito en esta tierra" (1); y muchos títulos más, entre ellos su *"Diccionario etimológico usual"*, publicado en "La Nación" hasta el día de su muerte, en el que Lugones intentaba demostrar que el origen de los vocablos, para él mal llamados americanismos, ha de buscarse en el castellano mismo y no en las lenguas autóctonas.

La diversidad de los géneros por Lugones abordados le ha valido críticas acerbas de quienes — como Giusti — le niegan autoridad para entender de cosas tan dispares, mas es innegable que él — verdadero autodidacto — es un ejemplo de inagotable voluntad para el trabajo y de intensa fe en sí mismo.

LA CAÑA

Celebremos la caña del ingenio
con su morada madurez que empolva
una escarcha de plata, cuando llega
para el recio trapiche la maniobra.

(1) Palabras de Mas y Pi.

En muelle cabellera de cascada,
el bagazo por fuera se amontona,
mientras digiere el ardoroso tacho
en densidad de fuego la melcocha,
cuyos oros de flavo caramelo
cristalizado ya en blancura sólida,
encumbrando magnífica montaña
de tibio azúcar, el galpón acopia.
En la entraña de cobre el lento rayo
que filtra vertical la claraboya,
desasosiega el brillo de una airada
pupila de faisán. La negra boca
de algún estanque, con febril vahido
exhala el tubo de fogoso aroma
con que su alto alcohol el alambique
refina en palidez sublimatoria.
En el tráfago de la maquinaria
suda el hierro. Ataréase afanosa
la veloz flotación de las correas.
El excéntrico alterna con sus bolas.
Y en el hondo calor de rato en rato,
como un consuelo de frescura tónica,
un trago de guarapo clarifica
la sed, con sus primicias alcohólicas.

*

EL CHINGOLO

I

Cuando el campo está más [solo
y la casa, en paz, abierta,
aparece por la puerta,
muy sí señor, el chingolo.

Viene en busca de una mi-
o una paja de la escoba, [ga
que, ciertamente, no roba,
porque la gente es su amiga.

Salta, confiado, al umbral,
y solicita permiso,

con un grito conciso
como pizca de cristal.

El sol, con larga escobada,
lo desfloca en áureo estam-
[bre,
y en un transparente alam-
[bre
trueca su pata delgada.

Otro salto, y ya está aden-
[tro,
y en el haz de sol avanza,
pues no excluye su confianza
la idea de un mal encuentro.

II

Su ropita pastoril
la agracia un lindo copete.
(Si el cardenal es cadete,
él es conscripto gentil).

Capa gris con caperuza;
camisa y corbata blancas;
chaleco café que en francas
negligencias se descruza.

Aunque trasluce su forro,
bien le sienta aquel modelo,
y un vivo de terciopelo
le orilla de negro el gorro.

Pálida espina de sol
pule su pico de cuerno,
y le brilla, ufano y tierno,
el ojillo de charol.

III

En la ladera de cuarzo
del camino que se ahonda,
bajo una mata redonda
anida de agosto a marzo.

Su cesto de cerda y paja,
coloca al lado del Norte,
a fin de que así soporte
viento y lluvia con ventaja.

Y despintando al gandul
con artificios sencillos,
pone sus tres huevecillos
crispidos en fondo azul.

En la honda siesta se lla-
[ma,
o en el crepúsculo frío,
su curi... curi qui quio...
Alegra la áspera rama.

Y todavía a deshora,
cuando las noches son bellas,
al amor de las estrellas
sueña cantando la aurora.

Bajo la estación más cruel
que las campiñas abruma,
de su bolita de pluma
brota un trino humilde y fiel.

IV

Ya no abandona el contor-
de la casa solariega [no
donde como un chico juega
sobre el mortero y el horno.

O en el pajizo capuz
del adormilado alero,
se disfraza de jilguero
con el oro de la luz.

O con valeroso alarde
su postrer gorjeo empina
sobre la espléndida ruina
del palacio de la tarde.

En el primer desperezo
primaveral; con qué gracia
su flor anuncia a la acacia,
pinta su guinda al cerezo.

V

En el silencio y la paz
de una estudiosa mañana,
se asoma a la escuela aldea-
[na
como anunciando solaz.

Curi... curi... Y desde el
[seto
que trenza su verde cinta,
trae, en fragancias de quinta,
la tentación del asueto.

O en el patio de la escuela,
su saltito impertinente,
parece que eternamente
va jugando a la rayuela.

Chingolito de mi vida,
que fuiste mi compañero
en el tiempo placentero
de la inocencia florida.

Quién me diera sin retardo,
volver a aquella delicia,
como en la estación propicia
le vuelve la flor al cardo.

EVARISTO CARRIEGO

Evaristo Carriego, el poeta triste de las cosas humildes, que supo observar la realidad y recogerla viva en sus versos, palpitante y dolorosa, nació en Entre Ríos el 7 de mayo de 1883. Casi todos los pocos años de su vida — murió en Buenos Aires el 13 de octubre de 1912 —, vivíolos en esta ciudad, cuya vida de barrio, en su aspecto triste y sencillo, comprendió y pintó en pequeños cuadros plenos de sentimiento.

Sus poesías, en número de ochenta y dos y agrupadas en once secciones, integran un volumen por él titulado *"Misas herejes"*.

Dos tendencias distintamente opuestas pueden señalarse en Evaristo Carriego: sus primeras poesías, las que corresponden a las secciones *"Viejos sermones"*, *"Envíos"* y *"Ofertorios galantes"*, nos le muestran devoto del modernismo y con escasos relieves propios; las otras, en especial las que pertenecen a los grupos *"El alma del suburbio"*, *"La canción del barrio"*, *"Interior"*, dicen de su hondo sentimiento lírico y de su innata tristeza personal, de cuya fusión nació una nota nueva en nuestra poesía: la de sus canciones humanas

y sencillas que vivirán, como dice Melián Lafinur, "por la sincera emoción que las anima y por la verdad dolorosa de que nacieron".

Cabe pensar cuán estimable hubiera sido el valor de Carriego dentro de nuestra literatura, de haber alcanzado el poeta la madurez, pues desaparecido a los veintinueve años, cuando su educación artística era aún incipiente, mucho faltaba a su gusto en cuanto a depuración. Empero, por su fuerte vitalidad y su carácter profundamente original, por los innegables rasgos felices que en ellas pueden señalarse, no menos de ocho o diez de las poesías de Carriego, pudieran merecer los honores de la antología.

REÍD MUCHO, HERMANITAS

Reíd mucho, hermanitas, reíd con esa risa
tan fresca y tan sonora, con esa risa fuerte
que llena nuestra casa de salud. La sonrisa
no es para vosotras todavía. ¡Qué suerte!

Que vuestra risa sea como una fuente, y vierta
su chorro alegre sobre nuestra melancolía:
sea como una caja de música, que abierta
perennemente suena desde que empieza el día.

Hermanas: reíd de una vez toda vuestra sana
alegría de dueñas del patio, que mañana
—¡oh, mañana!— quién sabe si os habremos de oír.

¡Ay, hermanas, hermanas juguetonas! ¡Ay, locas
rabietas de la abuela! ¿Cuál de esas lindas locas
será la que primero dejará de reír?

*

LA SILLA QUE AHORA NADIE OCUPA

Con la vista clavada sobre la copa,
se halla abstraído el padre desde hace rato;
pocos momentos antes rechazó el plato
del cual apenas quiso probar la sopa.

De tiempo en tiempo, casi furtivamente,
llega en silencio alguna que otra mirada
hasta la vieja silla desocupada
que alguien, olvidadizo, colocó enfrente.

Y mientras se ensombrecen todas las caras
cesa de pronto el ruido de las cucharas,
porque inocentemente como empujado

por esa idea fija que no se va,
el menor de los chicos ha preguntado
cuándo será el regreso de la mamá.

ENRIQUE BANCHS

Enrique Banchs, el más puro entre nuestros poetas líricos, nació en Buenos Aires el 8 de febrero de 1888. Revelóse como tal antes de cumplir los veinte años de su edad, con su libro *"Las barcas"*, defectuoso como toda obra primeriza, pero ya marcado con las señales inconfundibles del genio poético, y valioso por lo que él prometía para el futuro.

La segunda obra de Banchs, *"El libro de los elogios"*, presenta al poeta en el pleno dominio de sus medios; la tercera, *"El cascabel del halcón"*, dice de su profundo amor a la cultura y de la entrega sumisa de la inspiración ingénita al yugo de la reflexión.

"La urna", cuarto y último de los libros de Banchs, pues, después de su aparición, en 1911, silenciaron casi por completo las musas del poeta, es la obra de perfecta madurez que evidencia un admirable equilibrio entre la emoción, la razón y la fantasía. De 1912 data la magnífica *"Oda a los padres de la patria"*, canto al trabajo sencillo, una de las más vigorosas e inspiradas composiciones de nuestro acervo literario.

Con posterioridad, Banchs, que dirige *"El Monitor de la Educación Común"*, revista del Consejo Nacional de Educación, ha enmudecido, aunque suele aparecer algún trabajo suyo en prosa o verso — anónimamente casi siempre — y tal cual noble traducción. Nada le ha arrancado de su silencio, ni aun la cálida y amistosa exhortación de Fernández Moreno que comienza así:

¿Yendo hacia que país te fuiste a pique?
¿En qué profunda cueva submarina
te aprisiona maléfica madrina?
¿Por qué no cantas, silencioso Enrique?

VIEJO GRABADO

La hiedra sube al tejado
luminosa de rocío,
y una gran luna de junio
le da claridad de cirio.

Las tres muchachas de blanco,
se acercan como figuras
de danza, fraternalmente
tomadas de la cintura.

Tienen los hombros desnudos
del mismo color del lago
cuando es la tarde. Y avanzan
los ágiles pies descalzos.

Igual que todas las noches,
al pie del muro amarillo
estridulan como gotas
sonoras los pobres grillos.

Igual que todas las noches,
al pie del muro amarillo,
con la plegaria en los labios
se ha dormido algún mendigo.

*

ELOGIO DE LA SIMIENTE

La vida futura encerrada en el grano
es como una Odisea dentro de una sien.
¡El misterioso origen, origen arcano
del trigo y de la encina que hogaño no se ven!

La simiente es como una palabra de profeta
sobre las multitudes. Es pequeña y es nimia...
La laboran las Horas en redoma secreta
y el porvenir recoge generosa vendimia.

La simiente es la larva del laurel y del roble
que darán dulce sombra para nuestras cabezas,
el gesto que la siembre debe ser gesto noble
como caricia amada que siega las tristezas.

La casa de los pájaros sale de la simiente
y nadie sabe si ésta que mi pupila mira,
se tornará campanillas al borde de una fuente,
o remos de las barcas o combas de la lira.

Caminante que dejas la sombra en el camino,
si en él encuentras una simiente, no la huelles,
sumérjela en la Tierra, hija del Sol divino:
Tal vez contenga el cetro de tus nietos, los reyes...

B. FERNÁNDEZ MORENO

Baldomero Fernández Moreno, el poeta que estudió medicina, en parte sugestionado por las figuras de médicos que impresionaron sus años de niñez y adolescencia, en parte por aquello de que "el médico tiene su patrimonio fundado en nuestra intemperancia y desorden" (1) que le hizo reflexionar "¿y en dónde no haber copia de intemperantes y desordenados, vale decir, de clientela?", (2) vino al mundo en acaudalado hogar español de Buenos Aires el 15 de noviembre de 1886.

Su primera infancia vivióla en su patria, la segunda en la de sus padres, ya entre la montaña de Santander y el mar de Cantabria, ya en Madrid. Adolescente tornó a Buenos Aires, y en tanto que reveses económicos colocaron en trance angustioso a su familia, terminó su bachillerato y conquistó el título de médico y escribió sus primeros versos.

Ejerció su profesión en diversos pueblos y en la Capital, para abandonarla cuando el poeta mató irrevocablemente al médico.

(1) Palabras de Diego de Torres Villarroel.
(2) Palabras de nuestro poeta.

La obra poética de Fernández Moreno es copiosa y variada, mucha de ella ya sido gustada, antes que en el libro, en las páginas literarias de *"La Prensa"*, *"La Nación"*, *"Caras y Caretas"*, o en la revista *"Nosotros"*.

Al primero de sus libros, *"Las iniciales del misal"*, aparecido en 1915, evocación de los años de infancia, siguieron entre otros, *"Intermedio provinciano"*, *"Campo argentino"* y *"El hogar en el campo"*, temas de nuestra vida rural; *"Ciudad"*, rica representación de la urbe vasta y aplastadora; *"Versos de Negrita"*, de índole amorosa; *"Aldea española"*, reminiscencias del viejo solar de la raza; *"El hijo"*, cuyos renglones encienden y exaltan la ternura paterna; *"Sonetos"*, *"Cuadernillos de verano"*.

De la obra de Fernández Moreno, uno de los valores indiscutibles de nuestras letras, ha dicho Giusti: "Arte más rico y condensado, más expresivo, más moderno, yo no conozco entre los nuestros".

SETENTA BALCONES Y NINGUNA FLOR

Setenta balcones hay en esta casa.
Setenta balcones y ninguna flor...
A sus habitantes, Señor, ¿qué les pasa?
¿Odian el perfume, odian el color?

La piedra desnuda de tristeza agobia,
¡dan una tristeza los negros balcones!
¿No hay en esta casa una niña novia?
¿No hay algún poeta bobo de ilusiones?

¿Ninguno desea ver tras los cristales
una diminuta copia de jardín?
¿En la piedra blanca trepar los rosales,
en los hierros negros abrirse un jazmín?

Si no aman las plantas, no amarán el ave,
no sabrán de música, de rimas, de amor...
Nunca se oirá un beso, jamás se oirá un clave.
¡Setenta balcones y ninguna flor!

*

DOCE DE OCTUBRE

Festejemos ¡oh pueblo! otro Doce de Octubre
¡Cantad!
Celebremos la gracia de la tres carabelas
que vinieron danzando bajo la tempestad,
y al tocar un islote con sus proas cansadas
redondearon el Mundo para la Humanidad.
Celebremos aquellas armadas de galeones
que venían perdiendo cuarteles por el mar,
y a las naos mercantes llenas de aventureros,
desde el último paje al señor capitán.
Celebremos la hazaña de los conquistadores
— aliento de trompetas, palabras de atabal
un reflejo de acero a través de la selva,
vadeando el torrente o a los pies del volcán.
Y al que plantó la Cruz y al que vistió muceta,
al que sembró los campos y trazó la ciudad.
Celebremos la lengua materna en que se dice:
crepúsculo y hermano, corazón y cristal,
y hagamos el propósito de defenderla siempre,
palabra por palabra y en toda su unidad.
Lo que decir no quiere que no la regalemos
con una pluma, a veces, o una flor tropical.
Y entretanto, nosotros, Argentina y España,
entre la hija gloriosa y la madre inmortal,
bajo la dulce carga de comunes laureles,
al vínculo de oro demos dos vueltas más.

CERVANTES

(Para la noticia biográfica, ver página 97).

RINCONETE Y CORTADILLO

En la venta del Molinillo, que está puesta en los fines de los famosos campos de Alcudia, como vamos de Castilla a la Andalucía, un día de los calurosos del verano se hallaron en ella acaso dos muchachos de hasta edad de catorce a quince años; el uno ni el otro no pasaban de diez y siete; ambos de buena gracia, pero muy descosidos, rotos y maltratados. Capa, no la tenían; los calzones eran de lienzo, y las medias, de carne; bien es verdad que lo enmendaban los zapatos, porque los del uno eran alpargates, tan traídos como llevados, y los del otro, picados y sin suelas, de manera, que más le servían de cormas que de zapatos. Traía el uno montera verde de cazador; el otro, un sombrero sin toquilla, bajo de copa y ancho de falda. A la espalda, y ceñida por los pechos, traía el uno una camisa de color de camuza, encerada, y recogida toda en una manga; el otro venía escueto y sin alforjas, puesto que en el seno se le parecía un gran bulto, que, a lo que después pareció, era un cuello de los que llaman valones, almidonado con grasa, y tan deshilado de roto, que todo parecía hilachas. Venían en él envueltos y guardados unos naipes de figura ovada, porque de ejercitarlos se les habían gastado las puntas, y porque durasen más, se las cercenaron y los dejaron de aquel talle. Estaban los dos quemados del sol, las uñas caireladas, y las manos no muy limpias; el uno tenía una media espada, y el otro, un cuchillo de cachas amarillas, que los suelen llamar vaqueros.

Saliéronse los dos a sestear en un portal o cobertizo que delante de la venta se hace, y sentándose frontero el uno del otro, el que parecía de más edad dijo al más pequeño:

—¿De qué tierra es vuesa merced, señor gentilhombre, y para adónde bueno camina?

—Mi tierra, señor caballero — respondió el preguntado —, no la sé, ni para dónde camino tampoco.

—Pues en verdad — dijo el mayor — que no parece vuesa merced del cielo, y que éste no es lugar para hacer su asiento en él; que por fuerza se ha de pasar adelante.

—Así es — respondió el mediano —; pero yo he dicho verdad en lo que he dicho; porque mi tierra no es mía, pues no tengo en ella más de un padre que no me tiene por hijo y una madrastra que me trata como alnado; el camino que llevo es a la ventura, y allí le daría fin donde hallase quien me diese lo necesario para pasar esta miserable vida.

—Y ¿sabe vuesa merced algún oficio? — preguntó el grande.

Y el menor respondió:

—No sé otro sino que corro como una liebre, y salto como un gamo, y corto de tijera muy delicadamente.

—Todo eso es muy bueno, útil y provechoso — dijo el grande —; porque habrá sacristán que le dé a vuesa merced la ofrenda de Todos Santos porque para el Jueves Santo le corte florones de papel para el monumento.

—No es mi corte desa manera — respondió el menor —, sino que mi padre, por la misericordia del cielo, es sastre y calcetero, y me enseñó a cortar antiparas, que, como vuesa merced bien sabe, son medias calzas con avampiés, que por su propio nombre se suelen llamar polainas, y córtolas tan bien, que en verdad que me podría examinar de maestro, sino que la corta suerte me tiene arrinconado.

—Todo eso y más acontece por los buenos — respondió el grande —, y siempre he oído decir que las buenas habilidades son las más perdidas; pero aun edad tiene vuesa merced para enmendar su ventura. Mas si yo no me engaño y el ojo no me miente, otras gracias tiene vuesa merced secretas, y no las quiere manifestar.

—Sí tengo — respondió el pequeño —; pero no son para en público, como vuesa merced ha muy bien apuntado.

A lo cual replicó el grande:

—Pues yo le sé decir que soy uno de los más secretos mozos que en gran parte se puedan hallar; y para obligar a vuesa merced que descubra su pecho y descanse conmigo, le quiero obligar con descubrirle el mío primero; porque imagino que no sin misterio nos ha juntado aquí la suerte, y pienso que habemos de ser, déste hasta el último día de nuestra vida, verdaderos amigos. Yo, señor hidalgo, soy natural de la Fuenfrida, lugar conocido y famoso por los ilustres pasajeros que por él de continuo pasan; mi nombre es Pedro del Rincón; mi padre es persona de calidad, porque es ministro de la Santa Cruzada: quiero decir que es bulero, o buldero, como los llama el vulgo. Algunos días le acompañé en el oficio, y le aprendí de manera, que no daría ventaja en echar las bulas al que más presumiese en ello; pero habiéndome un día aficionado más al dinero de las bulas que a las mismas bulas, me abracé con un talego, y di conmigo y con él en Madrid, donde, con las comodidades que allí de ordinario se ofrecen, en pocos días saqué las entrañas al talego, y le dejé con más dobleces que pañizuelo de desposado. Vino el que tenía a cargo el dinero tras mí; prendiéronme; tuve poco favor; aunque, viendo aquellos señores mi poca edad, se contentaron con que me arrimasen al aldabilla y me mosqueasen las espaldas por un rato y con que saliese desterrado por cuatro años de la Corte. Tuve paciencia, encogí los hombros, sufrí la tanda y mosqueo, y salí a cumplir mi destierro, con tanta priesa, que no tuve lugar de buscar cabalgaduras. Tomé de mis alhajas las que pude y las que me parecieron más necesarias, y entre ellas saqué estos naipes — y a este tiempo descubrió los que se han dicho, que en el cuello traía —, con los cuales he ganado mi vida por los mesones y ventas que hay desde Madrid aquí, jugando a la veintiuna; y aunque vuesa merced los ve tan astrosos y maltratados, usan de una maravillosa virtud con quien los entiende, que no alzará que no quede un as debajo; y si vuesa merced es versado en este juego, verá cuánta ventaja lleva el que sabe que tiene cierto un as a la primera carta, que le puede servir de un punto y de once; que con esta ventaja,

siendo la veintiuna envidada, el dinero se queda en casa. Fuera desto, aprendí de un cocinero de un cierto embajador ciertas tretas de quínolas, y del parar, a quien también llaman el andaboba, que así como vuesa merced se puede examinar en el corte de sus antiparas, así puedo yo ser maestro en la ciencia vilhanesca. Con esto voy seguro de no morir de hambre; porque aunque llegue a un cortijo, hay quien quiera pasar tiempo jugando un rato; y desto hemos de hacer luego la experiencia los dos: armemos la red, y veamos si cae algún pájaro destos arrieros que aquí hay: quiero decir que jugaremos los dos a la veintiuna, como si fuese de veras; que si alguno quisiere ser tercero, él será el primero que deje la pecunia.

—Sea en buen hora — dijo el otro —, y en merced muy grande tengo la que vuesa merced me ha hecho en darme cuenta la que vuesa merced me ha hecho en darme cuenta de cuenta de su vida, con que me ha obligado a que yo no le encubra la mía, que, diciéndola más breve, es ésta: Yo nací en el piadoso lugar puesto entre Salamanca y Medina del Campo: mi padre es sastre; enseñóme su oficio, y de corte de tisera, con mi buen ingenio, salté a cortar bolsas. Enfadóme la vida estrecha del aldea y el desamorado trato de mi madrastra; dejé mi pueblo, vine a Toledo a ejercitar mi oficio, y en él he hecho maravillas; porque no pende relicario de toca, ni hay faldriquera tan escondida, que mis dedos no visiten, ni mis tiseras no corten, aunque le estén guardando con los ojos de Argos. Y en cuatro meses que estuve en aquella ciudad, nunca fuí cogido entre puertas, ni sobresaltado ni corrido de corchetes, ni soplado de ningún cañuto, bien es verdad que habrá ocho días que una espía doble dió noticia de mi habilidad al Corregidor, el cual, aficionado a mis buenas partes, quisiera verme; mas yo, que, por ser humilde, no quiero tratar con personas tan graves, procuré de no verme con él, y así, salí de la ciudad con tanta priesa, que no tuve lugar de acomodarme de cabalgaduras ni blancas, ni de algún coche de retorno, o, por lo menos, de un carro.

—Eso se borre — dijo Rincón —; y pues ya nos conocemos, no hay para qué aquesas grandezas ni altiveces: confesemos llanamente que no teníamos blanca, ni aun zapatos.

—Sea así — respondió Diego Cortado, que así dijo el menor que se llamaba —; y pues nuestra amistad, como vuesa merced, señor Rincón, ha dicho, ha de ser perpetua, comencémosla con santas y loables ceremonias.

Y levantándose Diego Cortado, abrazó a Rincón, y Rincón a él, tierna y estrechamente, y luego se pusieron los dos a jugar a la veintiuna con los ya referidos naipes, limpios de polvo y de paja, mas no de grasa y malicia, y a pocas manos, alzaba también por el as Cortado, con Rincón, su maestro.

Salió en esto un arriero a refrescarse al portal, y pidió que quería hacer tercio. Acogiéronle de buena gana, y en menos de media hora le ganaron doce reales y veinte y dos maravedís, que fué darle doce lanzadas y veinte y dos mil pesadumbres. Y creyendo el arriero que por ser muchachos no se lo defenderían, quiso quitalles el dinero; mas ellos, poniendo el uno mano a su media espada, y el otro al de las cachas amarillas, le dieron tanto que hacer, que a no salir sus compañeros, sin duda lo pasara mal.

A esta sazón pasaron acasó por el camino una tropa de caminantes a caballo, que iban a sestear a la venta del Alcalde, que está media legua más adelante; los cuales viendo la pendencia del arriero con los dos muchachos, los apaciguaron, y les dijeron que si acaso iban a Sevilla, que se viniesen con ellos.

—Allá vamos — dijo Rincón —, y serviremos a vuesas mercedes en todo cuanto nos mandaren.

Y sin más detenerse, saltaron delante de las mulas y se fueron con ellos, dejando al arriero agraviado y enojado, y a la ventera admirada de la buena crianza de los pícaros, que les había estado oyendo su plática, sin que ellos advirtiesen en ello; y cuando dijo el arriero que les había oído decir que los naipes que traían eran falsos, se pelaba las barbas, y quisiera ir a la venta tras ellos a cobrar su hacienda, porque decía que era grandísima afrenta y caso de menos valor que dos muchachos hubiesen engañado a un hombrazo tan grande como él. Sus compañeros le detuvieron y aconsejaron que no fuese, siquiera por no publicar su inhabilidad y simpleza. En fin, tales razones le dijeron, que aunque no le consolaron, le obligaron a quedarse.

En esto, Cortado y Rincón se dieron tan buena maña en servir a los caminantes, que lo más del camino los llevaban a las ancas; y aunque se les ofrecían algunas ocasiones de tentar las valijas de sus medios amos, no las admitieron, por no perder la ocasión tan buena del viaje de Sevilla, donde ellos tenían grande deseo de verse. Con todo esto, a la entrada de la ciudad, que fué a la oración, y por la puerta de la Aduana, a causa del registro y almojarifazgo que se paga, no se pudo contener Cortado de no cortar la valija o maleta que a las ancas traía un francés de la camarada; y así, con el de sus cachas le dió tan larga y profunda herida, que se parecían patentemente las entrañas, y sutilmente le sacó dos camisas buenas, un reloj de sol y un librillo de memoria, cosas que cuando las vieron no les dieron mucho gusto, y pensaron que, pues, el francés llevaba a las ancas aquella maleta, no la había de haber ocupado con tan poco peso como era el que tenían aquellas preseas, y quisiera volver a darle otro tiento; pero no lo hicieron, imaginando que ya lo habrían echado menos, y puesto en recaudo lo que quedaba.

Habíanse despedido antes que el salto hiciesen de los que hasta allí los habían sustentado, y otro día vendieron las camisas en el malbaratillo que se hace fuera de la puerta del Arenal, y dellas hicieron veinte reales. Hecho esto, se fueron a ver la ciudad, y admiróles la grandeza y suntuosidad de su mayor iglesia, el gran concurso de gente del río, porque era en tiempo de cargazón de flota y había en él seis galeras, cuya vista les hizo suspirar, y aun temer el día que sus culpas les habían de traer a morar en ellas de por vida. Echaron de ver los muchos muchachos de la esportilla que por allí andaban; informáronse de uno dellos qué oficio era aquél, y si era de mucho trabajo, y de qué ganancia. Un muchacho asturiano, que fué a quien le hicieron la pregunta, respondió que el oficio era descansado y de que no se pagaba alcabala, y que algunos días salía con cinco y con seis reales de ganancias, con que comía y bebía, y triunfaba como cuerpo de rey, libre de buscar amo a quien dar fianzas y seguro de comer a la hora que quisiese, pues a todas lo hallaba en el más mínimo bodegón de toda la ciudad.

No les pareció mal a los dos amigos la relación del asturianillo, ni les descontentó el oficio, por parecerles que ve-

nía como de molde para poder usar el suyo con cubierta y seguridad, por la comodidad que ofrecía de entrar en todas las casas; y luego determinaron de comprar los instrumentos necesarios para usalle, pues lo podían usar sin examen. Y preguntándole al asturiano qué habían de comprar, les respondió que sendos costales pequeños, limpios o nuevos, y cada uno tres espuertas de palma, dos grandes y una pequeña, en las cuales se repartía la carne, pescado y fruta, y en el costal, el pan; y él les guió donde lo vendían, y ellos, del dinero de la galima del francés, lo compraron todo, y dentro de dos horas pudieran estar graduados en el nuevo oficio, según les ensayaban las esportillas y asentaban los costales. Avisóles su adalid de los puestos donde habían de acudir: por las mañanas, a la Carnicería y a la plaza de San Salvador; los días de pescado, a la Pescadería y a la Costanilla; todas las tardes, al río; los jueves, a la Feria.

Toda esta lición tomaron bien de memoria, y otro día bien de mañana se plantaron en la plaza de San Salvador, y apenas hubieron llegado, cuando los rodearon otros mozos del oficio, que por lo flamante de los costales y espuertas vieron ser nuevos en la plaza; hiciéronles mil preguntas, y a todas respondían con discreción y mesura. En esto llegaron un medio estudiante y un soldado, y convidados de la limpieza de las espuertas de los dos novatos, el que parecía estudiante llamó a Cortado, y el soldado a Rincón.

—En nombre sea de Dios — dijeron ambos.

—Para bien se comience el oficio — dijo Rincón —; que vuesa merced me estrena, señor mío.

A lo cual respondió el soldado:

—La estrena no será mala; porque estoy de ganancia, y soy enamorado, y tengo de hacer hoy banquete a unas amigas de mi señora.

—Pues cargue vuesa merced a su gusto; que ánimo tengo y fuerzas para llevarme toda esta plaza, y aun si fuere menester que ayude a guisarlo, lo haré de muy buena voluntad.

Contentóse el soldado de la buena gracia del mozo, y díjole que si quería servir, que él le sacaría de aquel abatido oficio; a lo cual respondió Rincón que, por ser aquel día el primero que le usaba, no le quería dejar tan presto, hasta

ver, a lo menos, lo que tenía de malo y bueno; y cuando no le contentase, él daba su palabra de servirle a él antes que a un canónigo.

Rióse el soldado, cargóle muy bien, mostróle la casa de su dama para que la supiese de allí adelante y él no tuviese necesidad, cuando otra vez le enviase, de acompañarle. Rincón prometió fidelidad y buen trato; dióle el soldado tres cuartos, y en un vuelo volvió a la plaza, por no perder coyuntura; porque también desta diligencia le advirtió el asturiano, y de que cuando llevasen pescado menudo, conviene a saber, albures, o sardinas, o acedías, bien podían tomar algunas y hacerles la salva, siquiera para el gasto de aquel día; pero que esto había de ser con toda sagacidad y advertimiento, porque no se perdiese el crédito, que era lo que más importaba en aquel ejercicio.

Por presto que volvió Rincón, ya halló en el mismo puesto a Cortado. Llegóse Cortado a Rincón, y preguntóle que cómo le había ido. Rincón abrió la mano, y mostróle los tres cuartos. Cortado entró la suya en el seno, y sacó una bolsilla, que mostraba haber sido de ámbar en los pasados tiempos; venía algo hinchada, y dijo:

—Con ésta me pagó su reverencia del estudiante, y con dos cuartos; mas tomadla vos, Rincón, por lo que puede suceder.

Y habiéndosela ya dado secretamente, veis aquí do vuelve el estudiante trasudando y turbado de muerte, y viendo a Cortado, le dijo si acaso había visto una bolsa de tales y tales señas, que, con quince escudos de oro en oro y con tres reales de a dos y tantos maravedís en cuartos y en ochavos, le faltaba, y que le dijese si la había tomado en el entretanto que con él había andado comprando. A lo cual, con extraño disimulo, sin alterarse ni mudarse en nada, respondió Cortado:

—Lo que yo sabré decir desa bolsa es que no debe de estar perdida, si ya no es que vuesa merced la puso a mal recaudo.

—¡Eso es ello, pecador de mí — respondió el estudiante —: que la debí de poner a mal recaudo, pues me la hurtaron!

—Lo mismo digo yo — dijo Cortado —; pero para todo hay remedio, si no es para la muerte, y el que vuesa merced podrá tomar es, lo primero y principal, tener paciencia; que de menos nos hizo Dios, y un día viene tras otro día, y donde las dan las toman, y podría ser que, con el tiempo, el que llevó la bolsa se viniese a arrepentir, y se la volviese a vuesa merced sahumada.

—El sahumerio le perdonaríamos — respondió el estudiante.

Y Cortado prosiguió, diciendo:

—Cuanto más, que cartas de descomunión hay, paulinas, y buena diligencia, que es madre de la buena ventura; aunque, a la verdad, no quisiera yo ser el llevador de tal bolsa, porque si es que vuesa merced tiene alguna orden sacra, parecermehía a mí que había cometido algún grande incesto, o sacrilegio.

—Y ¡cómo que ha cometido sacrilegio! — dijo a esto el adolorido estudiante —:que puesto que yo no soy sacerdote, sino sacristán de unas monjas, el dinero de la bolsa era del tercio de una capellanía, que me dió a cobrar un sacerdote amigo mío, y es dinero sagrado y bendito.

—Con su pan se lo coma — dijo Rincón a este punto —: no le arriendo la ganancia; día de juicio hay, donde todo saldrá en la colada, y entonces se verá quién fué Callejas, y el atrevido que se atrevió a tomar, hurtar y menoscabar el tercio de la capellanía. Y ¿cuánto renta cada año? Dígame, señor sacristán, por su vida.

—¡Renta...! Y ¿estoy yo agora para decir lo que renta? — respondió el sacristán con algún tanto de demasiada cólera —. Decidme, hermano, si sabéis algo; si no, quedad con Dios; que yo la quiero hacer pregonar.

—No me parece mal remedio ése — dijo Cortado —; pero advierta vuesa merced no se le olviden las señas de la bolsa, ni la cantidad puntualmente del dinero que va en ella; que si yerra en un ardite, no parecerá en días del mundo, y esto le doy por hado.

—No hay que temer deso — respondió el sacristán —; que lo tengo más en la memoria que el tocar de las campanas: no me erraré en un átomo.

Sacó, en esto, de la faldriquera un pañuelo randado, para limpiarse el sudor, que llovía de su rostro como de alquitara, y apenas le hubo visto Cortado, cuando le marcó por suyo; y habiéndose ido el sacristán, Cortado le siguió y le alcanzó en las Gradas, donde le llamó y le retiró a una parte, y allí le comenzó a decir tantos disparates, al modo de lo que llaman bernardinas, cerca del hurto y hallazgo de su bolsa, dándole buenas esperanzas, sin concluir jamás razón que comenzase, que el pobre sacristán estaba embelesado escuchándole; y como no acababa de entender lo que le decía, hacía que le replicase la razón dos y tres veces. Estábale mirando Cortado a la cara atentamente, y no quitaba los ojos de sus ojos; el sacristán le miraba de la misma manera, estando colgado de sus palabras. Este tan grande embelesamiento dió lugar a Cortado que concluyese su obra, y sutilmente le sacó el pañuelo de la faldriquera, y despidiéndose dél, le dijo que a la tarde procurase de verle en aquel mismo lugar, porque él traía entre ojos que un muchacho de su mismo oficio y de su mismo tamaño, que era algo ladroncillo, le había tomado la bolsa, y que él se obligaba a saberlo, dentro de pocos o de muchos días.

Con esto se consoló algo el sacristán, y se despidió de Cortado, el cual se vino donde estaba Rincón, que todo lo había visto un poco apartado dél; y más abajo estaba otro mozo de la esportilla, que vió todo lo que había pasado y como Cortado daba el pañuelo a Rincón, y llegándose a ellos, les dijo:

—Díganme, señores galanes: ¿voacedes son de mala entrada, o no?

—No entendemos esa razón, señor galán — respondió Rincón.

—¿Que no entrevan, señores murcios? — respondió el otro.

—No somos de Teba ni de Murcia — dijo Cortado —; si otra cosa quiere, dígala; si no, váyase con Dios.

—¿No lo entienden? — dijo el mozo —. Pues yo se lo daré a entender, y a beber, con una cuchara de plata: quiero decir, señores, si son vuesas mercedes ladrones. Mas no sé para qué les pregunto esto, pues sé ya que lo son. Mas

díganme: ¿cómo no han ido a la aduana del señor Monipodio?

—¿Págase en esta tierra almojarifazgo de ladrones, señor galán? — dijo Rincón.

—Si no se paga — respondió el mozo —, a lo menos, regístranse ante el señor Monipodio, que es su padre, su maestro y su amparo; y así, les aconsejo que vengan conmigo a darle la obediencia, o si no , no se atrevan a hurtar sin su señal, que les costará caro.

—Yo pensé — dijo Cortado — que el hurtar era oficio libre, horro de pecho y alcabala, y que si se paga, es por junto, dando por fiadores a la garganta y a las espaldas; pero pues así es, y en cada tierra hay su uso, guardemos nosotros el désta, que por ser la más principal del mundo, será el más acertado de todo él; y así, puede vuesa merced guiarnos donde está ese caballero que dice; que ya yo tengo barruntos, según lo que he oído decir, que es muy calificado y generoso, y además hábil en el oficio.

—Y ¡cómo que es calificado, hábil y suficiente! — respondió el mozo —. Eslo tanto, que en cuatro años que ha que tiene el cargo de ser nuestro mayor y padre, no han padecido sino cuatro en el *finibusterræ*, y obra de treinta envesados, y de sesenta y dos en gurapas.

—Es verdad, señor — dijo Rincón —, que así entendemos esos nombres como volar.

—Comencemos a andar; que yo los iré declarando por el camino — respondió el mozo —, con otros algunos, que así les conviene saberlos como el pan de la boca.

Y así, les fué diciendo y declarando otros nombres de los que ellos llaman *germanescos* o *de la germanía*, en el discurso de su plática, que no fué corta, porque el camino era largo. En el cual dijo Rincón a su guía:

—¿Es vuesa merced por ventura ladrón?

—Sí — respondió él —, para servir a Dios y a las buenas gentes, aunque no de los muy cursados; que todavía estoy en el año del noviciado.

A lo cual respondió Cortado:

—Cosa nueva es para mí que haya ladrones en el mundo para servir a Dios y a la buena gente.

A lo cual respondió el mozo:

—Señor, yo no me meto en tologías; lo que sé es que cada uno en su oficio puede alabar a Dios, y más con la orden que tiene dada Monipodio a todos sus ahijados.

—Sin duda — dijo Rincón —, debe de ser buena y santa, pues hace que los ladrones sirvan a Dios.

—Es tan santa y buena — replicó el mozo —, que no sé yo si se podrá mejorar en nuestro arte. Él tiene ordenado que de lo que hurtáremos demos alguna cosa o limosna para el aceite de la lámpara de una imagen muy devota que está en esta ciudad, y en verdad que hemos visto grandes cosas por esta buena obra; porque los días pasados dieron tres ansias a un cuatrero que había murciado dos roznos, y con estar flaco y cuartanario, así lo sufrió sin cantar como si fueran nada; y esto atribuímos los del arte a su buena devoción, porque sus fuerzas no eran bastantes para sufrir el primer desconcierto del verdugo. Y porque sé que me han de preguntar algunos vocablos de los que he dicho, quiero curarme en salud y decírselo antes que me lo pregunten. Sepan voacedes que *cuatrero* es ladrón de bestias; *ansia* es el tormento; *roznos* los asnos, hablando con perdón; *primer desconcierto* es las primeras vueltas de cordel que da el verdugo. Tenemos más: que rezamos nuestro rosario, repartido en toda la semana, y muchos de nosotros no hurtamos el día del viernes, ni tenemos conversación con mujer que se llame María el día del sábado.

—De perlas me parece todo eso — dijo Cortadillo —; pero dígame vuesa merced: ¿hácese otra restitución o otra penitencia más de la dicha?

—En eso de restituir no hay que hablar — respondió el mozo —, porque es cosa imposible, por las muchas partes en que se divide lo hurtado, llevando cada uno de los ministros y contrayentes la suya; y así, el primer hurtador no puede restituir nada; cuanto más que no hay quien nos mande hacer esta diligencia, a causa que nunca nos confesamos, y si sacan cartas de excomunión, jamás llegan a nuestra noticia, porque jamás vamos a la iglesia al tiempo que se leen, si no es los días de jubileo, por la ganancia que nos ofrece el concurso de la mucha gente.

—Y ¿con sólo eso que hacen, dicen esos señores — dijo Cortadillo — que su vida es santa y buena?

—Pues ¿qué tiene de malo? — replicó el mozo —. ¿No es peor ser hereje, o renegado, o matar a su padre y madre, o ser solomico?

—Sodomita querrá decir vuesa merced — respondió Rincón.

—Eso digo — dijo el mozo.

—Todo es malo — replicó Cortado —. Pero pues nuestra suerte ha querido que entremos en esta cofradía, vuesa merced alargue el paso; que muero por verme con el señor Monipodio, de quien tantas virtudes se cuentan.

—Presto se les cumplirá su deseo — dijo el mozo —; que ya desde aquí se descubre su casa. Vuesas mercedes se queden a la puerta; que yo entraré a ver si está desocupado, porque éstas son las horas cuando él suele dar audiencia.

—En buena sea — dijo Rincón.

Y adelantándose un poco el mozo, entró en una casa no muy buena, sino de muy mala apariencia, y los dos se quedaron esperando a la puerta. Él salió luego y los llamó, ellos entraron, y su guía les mandó esperar en un pequeño patio ladrillado, que de puro limpio y aljimifrado parecía que vertía carmín de lo más fino. Al un lado estaba un banco de tres pies, y al otro, un cántaro desbocado, con un jarrillo encima, no menos falto que el cántaro; a otra parte estaba una estera de enea, y en el medio, un tiesto, que en Sevilla llaman *maceta*, de albahaca.

Miraban los mozos atentamente las alhajas de la casa en tanto que bajaba el señor Monipodio; y viendo que tardaba, se atrevió Rincón a entrar en una sala baja, de dos pequeñas que en el patio estaban, y vió en ella dos espadas de esgrima y dos broqueles de corcho, pendientes de cuatro clavos, y una arca grande, sin tapa ni cosa que la cubriese, y otras tres esteras de enea tendidas por el suelo. En la pared frontera estaba pegada a la pared una imagen de Nuestra Señora, destas de mala estampa, y más abajo pendía una esportilla de palma, y, encajada en la pared, una almofía blanca, por do coligió Rincón que la esportilla servía de cepo para

limosna, y la almofía de tener agua bendita; y así era la verdad.

Estando en esto, entraron en la casa dos mozos de hasta veinte años cada uno, vestidos de estudiantes, y de allí a poco, dos de la esportilla y un ciego; y sin hablar palabra ninguno, se comenzaron a pasear por el patio. No tardó mucho, cuando entraron dos viejos de bayeta, con antojos, que los hacían graves y dignos de ser respectados, con sendos rosarios de sonadoras cuentas en las manos. Tras ellos entró una vieja halduda, y, sin decir nada, se fué a la sala, y habiendo tomado agua bendita, con grandísima devoción se puso de rodillas ante la imagen, y a cabo de una buena pieza, habiendo primero besado tres veces el suelo, y levantado los brazos y los ojos al cielo otras tantas, se levantó y echó su limosna en la esportilla, y se salió con los demás al patio. En resolución, en poco espacio se juntaron en el patio hasta catorce personas de diferentes trajes y oficios. Llegaron también de los postreros dos bravos y bizarros mozos, de bigotes largos, sombreros de grande falda, cuellos a la valona, medias de color, ligas de gran balumba, espadas de más de marca, sendos pistoletes cada uno en lugar de dagas, y sus broqueles pendientes de la pretina; los cuales, así como entraron, pusieron los ojos de través en Rincón y Cortado, a modo de que los extrañaban y no conocían. Y llegándose a ellos, les preguntaron si eran de la cofradía. Rincón respondió que sí, y muy servidores de sus mercedes.

Llegóse en esto la sazón y punto en que bajó el señor Monipodio, tan esperado como bien visto de toda aquella virtuosa compañía. Parecía de edad de cuarenta y cinco a cuarenta y seis años, alto de cuerpo, moreno de rostro, cezijunto, barbinegro y muy espeso; los ojos, hundidos. Venía en camisa, y por la abertura de delante descubría un bosque: tanto era el vello que tenía en el pecho. Traía cubierta una capa de bayeta casi hasta los pies, en los cuales traía unos zapatos enchancletados; cubríanle las piernas unos zaragüelles de lienzo anchos, y largos hasta los tobillos; el sombrero era de los de la hampa, campanudo de copa y tendido de falda; atravesábale un tahalí por espalda y pecho, a do colgaba una espada ancha y corta, a modo de las del perrillo;

las manos eran cortas, pelosas, y los dedos gordos, y las uñas hembras y remachadas; las piernas no se le parecían; pero los pies eran descomunales, de anchos y juanetudos. En efecto, él representaba el más rústico y disforme bárbaro del mundo. Bajó con él la guía de los dos, y trabándoles de las manos, los presentó ante Monipodio, diciéndoles:

—Estos son los dos buenos mancebos que a vuesa merced dije, mi sor Monipodio: vuesa merced los desamine, y verá como son dignos de entrar en nuestra congregación.

—Eso haré yo de muy buena gana — respondió Monipodio.

Olvidábaseme de decir que así como Monipodio bajó, al punto todos los que aguardándole estaban le hicieron una profunda y larga reverencia, excepto los dos bravos, que a medio magate, como entre ellos se dice, le quitaron los capelos, y luego volvieron a su paseo por una parte del patio, y por la otra se paseaba Monipodio, el cual preguntó a los nuevos el ejercicio, la patria y padres.

A lo cual Rincón respondió:

—El ejercicio ya está dicho, pues venimos ante vuesa merced; la patria no me parece de mucha importancia decilla, ni los padres tampoco, pues no se ha de hacer información para recebir algún hábito honroso.

A lo cual respondió Monipodio:

—Vos, hijo mío, estáis en lo cierto, y es cosa muy acertada encubrir eso que decís; porque si la suerte no corriere como debe, no es bien que quede asentado debajo de signo de escribano, ni en el libro de las entradas: "Fulano, hijo de Fulano, vecino de tal parte, tal día le ahorcaron, o le azotaron", o otra cosa semejante, que, por lo menos, suena mal a los buenos oídos; y así, tornó a decir que es provechoso documento callar la patria, encubrir los padres y mudar los propios nombres; aunque para entre nosotros no ha de haber nada encubierto, y sólo ahora quiero saber los nombres de los dos.

Rincón dijo el suyo, y Cortado también.

—Pues de aquí adelante — respondió Monipodio — quiero y es mi voluntad que vos, Rincón, os llaméis *Rinconete*, y vos, Cortado, *Cortadillo*, que son nombres que asientan

como de molde a vuestra edad y a nuestras ordenanzas, debajo de las cuales cae tener necesidad de saber el nombre de los padres de nuestros cofrades, porque tenemos de costumbre de hacer decir cada año ciertas misas por las ánimas de nuestros difuntos y bienhechores, sacando el estupendo para la limosna de quien las dice de alguna parte de lo que se garbea; y estas tales misas, así dichas como pagadas, dicen que aprovechan a las tales ánimas por vía de naufragio; y caen debajo de nuestros bienhechores el procurador que nos defiende, el guro que nos avisa, el verdugo que nos tiene lástima, el que, cuando uno de nosotros va huyendo por la calle y detrás le van dando voces: "¡Al ladrón, al ladrón! ¡Deténganle, deténganle!", se pone en medio, y se opone al raudal de los que le siguen, diciendo: "¡Déjenle al cuitado; que harta malaventura lleva! ¡Allá se lo haya; castíguele su pecado!" Son también bienhechoras nuestras las socorridas que de su sudor nos socorren, ansí en la trena como en las guras; y también los son nuestros padres y madres, que nos echan al mundo, y el escribano, que si anda de buena no hay delito que sea culpa, ni culpa a quien se dé mucha pena; y por todos estos que he dicho hace nuestra hermandad cada año su adversario con la mayor popa y soledad que podemos.

—Por cierto — dijo Rinconete, ya confirmado con este nombre — que es obra digna de altísima y profundísimo ingenio que hemos oído decir que vuesa merced, señor Monipodio, tiene. Pero nuestros padres aun gozan de la vida; si en ella les alcanzáremos, daremos luego noticia a esta felicísima y abogada confraternidad, para que por sus almas se les haga ese naufragio o tormenta, o ese adversario que vuesa merced dice, con la solenidad y pompa acostumbrada, si ya no es que se hace mejor con *popa* y *soledad*, como también apuntó vuesa merced en sus razones.

—Así se hará, o no quedará de mí pedazo — replicó Monipodio.

Y llamando a la guía, le dijo:

—Ven acá, Ganchuelo: ¿están puestas las postas?

—Sí — dijo la guía, que Ganchuelo era su nombre —: tres centinelas quedan avizorando, y no hay que temer que nos cojan de sobresalto.

—Volviendo, pues, a nuestro propósito — dijo Monipodio —, querría saber, hijos, lo que sabéis, para daros el oficio y ejercicio conforme a vuestra inclinación y habilidad.

—Yo — respondió Rinconete — sé un poquito de floreo de Vilhán: entiéndeseme el retén; tengo buena vista para el humillo; juego bien de la sola, de las cuatro y de las ocho; no se me va por pies el raspadillo, verrugueta y el colmillo; éntrome por la boca de lobo como por mi casa, y atreveríame a hacer un tercio de chanza mejor que un tercio de Nápoles, y a dar un astillazo al más pintado mejor que dos reales prestados.

—Principios son — dijo Monipodio —; pero todas ésas son flores de cantueso viejas, y tan usadas, que no hay principiante que no las sepa, y sólo sirven para alguno que sea tan blanco, que se deje matar de media noche abajo; pero andará el tiempo, y vernos hemos; que asentando sobre ese fundamento media docena de liciones, yo espero en Dios que habéis de salir oficial famoso, y aun quizá maestro.

—Todo será para servir a vuesa merced y a los señores cofrades — respondió Rinconete.

—Y vos, Cortadillo, ¿qué sabéis? — preguntó Monipodio.

—Yo — respondió Cortadillo — sé la treta que dicen mete dos y saca cinco, y sé dar tiento a una faldriquera con mucha puntualidad y destreza.

—¿Sabéis más? — dijo Monipodio.

—No, por mis grandes pecados — respondió Cortadillo.

—No os aflijáis, hijo — replicó Monipodio —; que a puerto y a escuela habéis llegado donde ni os anegaréis ni dejaréis de salir muy bien aprovechado en todo aquello que más os conviniere. Y en esto del ánimo, ¿cómo os va, hijos?

—¿Cómo nos ha de ir — respondió Rinconete — sino muy bien? Ánimo tenemos para acometer cualquiera empresa de las que tocaren a nuestro arte y ejercicio.

—Está bien — replicó Monipodio —; pero querría yo que también le tuviésedes para sufrir, si fuese menester, media docena de ansias sin desplegar los labios y sin decir "esta boca es mía".

—Ya sabemos aquí — dijo Cortadillo —, señor Monipodio, qué quiere decir *ansias*, y para todo tenemos ánimo;

porque no somos tan ignorantes, que no se nos alcance que lo que dice la lengua paga la gorja, y harta merced le hace el cielo al hombre atrevido, por no darle otro título, que le deja en su lengua su vida o su muerte: ¡como si tuviese más letras un *no* que un *sí!*

—¡Alto, no es menester más! — dijo a esta sazón Monipodio —. Digo que sola esta razón me convence, me obliga, me persuade y me fuerza a que desde luego asentéis por cofrades mayores, y que se os sobrelleve el año del noviciado.

—Yo soy dese parecer — dijo uno de los bravos.

Y a una voz lo confirmaron todos los presentes, que toda la plática habían estado escuchando, y pidieron a Monipodio que desde luego les concediese y permitiese gozar de las inmunidades de su cofradía, porque su presencia agradable y su buena plática lo merecía todo. Él respondió que, por dalles contento a todos, desde aquel punto se las concedía, advirtiéndoles que las estimasen en mucho, porque eran no pagar media nata del primer hurto que hiciesen; no hacer oficios menores en todo aquel año, conviene a saber: no llevar recaudo de ningún hermano mayor a la cárcel, ni a la casa, de parte de sus contribuyentes; piar el turco puro; hacer banquete cuándo, cómo y adónde quisieren, sin pedir licencia a su mayoral; entrar a la parte desde luego con lo que entrujasen los hermanos mayores, como uno dellos, y otras cosas que ellos tuvieron por merced señaladísima, y los demás, con palabras muy comedidas, las agradecieron mucho.

Estando en esto, entró un muchacho corriendo y desalentado, y dijo:

—El alguacil de los vagabundos viene encaminado a esta casa; pero no trae consigo gurullada.

—Nadie se alborote — dijo Monipodio —; que es amigo y nunca viene por nuestro daño. Sosiéguense; que yo le saldré a hablar.

Todos se sosegaron, que ya estaban algo sobresaltados, y Monipodio salió a la puerta, donde halló al alguacil, con el cual estuvo hablando un rato, y luego volvió a entrar Monipodio, y preguntó:

—¿A quién le cupo hoy la plaza de San Salvador?

—A mí — dijo el de la guía.

—Pues ¿cómo — dijo Monipodio — no se me ha manifestado una bolsilla de ámbar que esta mañana en aquel paraje dió al traste con quince escudos de oro y dos reales de a dos y no sé cuántos cuartos?

—Verdad es — dijo la guía — que hoy faltó esa bolsa; pero yo no la he tomado, ni puedo imaginar quién la tomase.

—¡No hay levas conmigo! — replicó Monipodio —. ¡La bolsa ha de parecer, porque la pide el alguacil, que es amigo y nos hace mil placeres al año!

Tornó a jurar el mozo que no sabía della. Comenzóse a encolerizar Monipodio, de manera, que parecía que fuego vivo lanzaba por los ojos, diciendo:

—¡Nadie se burle con quebrantar la más mínima cosa de nuestra orden; que le costará la vida! Manifiéstese la cica; y si se encubre por no pagar los derechos, yo le daré enteramente lo que le toca, y pondré lo demás de mi casa, porque en todas maneras ha de ir contento el alguacil.

Tornó de nuevo a jurar el mozo, y a maldecirse, diciendo que él no había tomado tal bolsa, ni vístola de sus ojos; todo lo cual fué poner más fuego a la cólera de Monipodio, y dar ocasión a que toda la junta se alborotase, viendo que se rompían sus estatutos y buenas ordenandas.

Viendo Rinconete, pues, tanta disensión y alboroto, parecióle que sería bien sosegalle y dar contento a su mayor, que reventaba de rabia; y aconsejándose con su amigo Cortadillo, con parecer de entrambos, sacó la bolsa del sacristán, y dijo:

—Cese toda cuestión, mis señores; que ésta es la bolsa, sin faltarle nada de lo que el alguacil manifiesta; que hoy mi camarada Cortadillo le dió alcance, con un pañuelo que al mismo dueño se le quitó, por añadidura.

Luego sacó Cortadillo el pañizuelo y lo puso de manifiesto; viendo lo cual Monipodio, dijo:

—Cortadillo el Bueno (que con este título y renombre ha de quedar de aquí adelante) se quede con el pañuelo, y a mi cuenta se quede la satisfacción deste servicio; y la bolsa se ha de llevar el alguacil; que es de un sacristán pariente suyo, y conviene que se cumpla aquel refrán que dice: "No

es mucha que a quien te da la gallina entera tú des una pierna della." Más disimula este buen alguacil en un día que nosotros le podemos ni solemos dar en ciento.

De común consentimiento aprobaron todos la hidalguía de los dos modernos, y la sentencia y parecer de su mayoral, el cual salió a dar la bolsa al alguacil, y Cortadillo se quedó confirmado con el renombre de *Bueno*, bien como si fuera don Alonso Pérez de Guzmán el Bueno, que arrojó el cuchillo por los muros de Tarifa para degollar a su único hijo.

Al volver que volvió Monipodio, entraron con él dos mozas, afeitados los rostros, llenos de color los labios y de albayalde los pechos, cubiertas con medios mantos de anascote, llenas de desenfado, y desvergüenza: señales claras por donde, en viéndolas Rinconete y Cortadillo, conocieron que eran de la casa llana, y no se engañaron en nada; y así como entraron se fueron con los brazos abiertos, la una a Chiquiznaque y la otra a Maniferro, que éstos eran los nombres de los dos bravos; y el de Maniferro era porque traía una mano de hierro, en lugar de otra que le habían cortado por justicia. Ellos las abrazaron con grande regocijo, y les preguntaron si traían algo con que mojar la canal maestra.

—Pues ¿había de faltar, diestro mío? — respondió la una, que se llamaba la Gananciosa —. No tardará mucho a venir Silbatillo tu trainel, con la canasta de colar atestada de lo que Dios ha sido servido.

Y así fué verdad, porque al instante entró un muchacho con una canasta de colar cubierta con una sábana.

Alegráronse todos con la entrada de Silbato, y al momento mandó sacar Monipodio una de las esteras de enea que estaban en el aposento, y tenderla en medio del patio. Y ordenó asimismo que todos se sentasen a la redonda; porque en cortando la cólera, se trataría de lo que más conviniese. A esto dijo la vieja que había rezado a la imagen:

—Hijo Monipodio, yo no estoy para fiestas, porque tengo un vaguido de cabeza dos días ha, que me trae loca; y más que antes que sea medio día tengo de ir a cumplir mis devociones y poner mis candelicas a Nuestra Señora de las de los dos modernos, y la sentencia y parecer de su mayoral, Aguas y al santo Crucifijo de Santo Agustín, que no lo de-

jaría de hacer si nevase y ventiscase. A lo que he venido es que anoche el Renegado y Centopiés llevaron a mi casa una canasta de colar, algo mayor que la presente, llena de ropa blanca, y en Dios y en mi ánima que venía con su cernada y todo, que los pobretes no debieron de tener lugar de quitalla, y venían sudando la gota tan gorda, que era una compasión verlos entrar ijadeando y corriendo agua de sus rostros, que parecían unos angelicos. Dijéronme que iban en seguimiento de un ganadero que había pesado ciertos carneros en la Carnicería, por ver si le podían dar un tiento en un grandísimo gato de reales que llevaba. No desembanastaron ni contaron la ropa, fiados en la entereza de mi conciencia; y así me cumpla Dios mis buenos deseos y nos libre a todos de poder de justicia, que no he tocado a la canasta, y que se está tan entera como cuando nació.

—Todo se le cree, señora madre — respondió Monipodio —, y estése así la canasta; que yo iré allá a boca de sorna, y haré cala y cata de lo que tiene, y daré a cada uno lo que le tocare, bien y fielmente, como tengo de costumbre.

—Sea como vos lo ordenáredes, hijo — respondió la vieja —; y porque se me hace tarde, dadme un traguillo, si tenéis, para consolar este estómago, que tan desmayado anda de continuo.

—Y ¡qué tal lo beberéis, madre mía! — dijo a esta sazón la Escalanata, que así se llamaba la compañera de la Ganancíosa.

Y descubriendo la canasta, se manifestó una bota a modo de cuero, con hasta dos arrobas de vino, y un corcho que podría caber sosegadamente y sin apremio hasta una azumbre; y llenándole la Escalanta, se le puso en las manos a la devotísima vieja, la cual, tomándole con ambas manos, y habiéndole soplado un poco de espuma, dijo:

—Mucho echaste, hija Escalanta; pero Dios dará fuerzas para todo.

Y aplicándosele a los labios, de un tirón, sin tomar aliento, lo trasegó del corcho al estómago, y acabó diciendo:

—De Guadalcanal es, y aun tiene un es no es de yeso el señorico. Dios te consuele, hija, que así me has consola-

do; sino que temo que me ha de hacer mal, porque no me he desayunado.

—No hará, madre — respondió Monipodio —, porque es trasañejo.

—Así lo espero yo en la Virgen — respondió la vieja.

Y añadió:

—Mirad, niñas, si tenéis acaso algún cuarto para comprar las candelicas de mi devoción, porque con la priesa y gana que tenía de venir a traer las nuevas de la canasta, se me olvidó en casa la escarcela.

—Yo sí tengo, señora Pipota — que éste era el nombre de la buena vieja — respondió la Gananciosa —: tome: ahí le doy dos cuartos; del uno le ruego que compre una para mí, y se la ponga al señor San Miguel; y si puede comprar dos, ponga la otra al señor San Blas, que son mis abogados. Quisiera que pusiera otra a la señora Santa Lucía, que, por lo de los ojos, también le tengo devoción; pero no tengo trocado; mas otro día habrá donde se cumpla con todos.

—Muy bien harás, hija, y mira no seas miserable; que es de mucha importancia llevar la persona las candelas delante de sí antes que se muera, y no aguardar a que las pongan los herederos o albaceas.

—Bien dice la madre Pipota — dijo la Escalanta.

Y echando mano a la bolsa, le dió otro cuarto, y le encargó que pusiese otras dos candelicas a los santos que a ella le pareciesen que eran de los más aprovechados y agradecidos. Con esto, se fué la Pipota, diciéndoles:

—Holgaos, hijos, ahora que tenéis tiempo: que vendrá la vejez, y lloraréis en ella los ratos que perdisteis en la mocedad, como yo los lloro; y encomendadme a Dios en vuestras oraciones; que yo voy a hacer lo mismo por mí y por vosotros, porque El nos libre y conserve en nuestro trato peligroso sin sobresaltos de justicia.

Y con esto, se fué.

Ida la vieja, se sentaron todos alrededor de la estera, y la Gananciosa tendió la sábana por manteles; y lo primero que sacó de la cesta fué un grande haz de rábanos y hasta dos docenas de naranjas y limones, y luego una cazuela grande llena de tajadas de bacallao frito; manifestó luego medio

queso de Flandes, y una olla de famosas aceitunas, y un plato de camarones, y gran cantidad de cangrejos, con su llamativo de alcaparrones ahogados en pimientos, y tres hogazas blanquísimas de Gandul. Serían los del almuerzo hasta catorce, y ninguno dellos dejó de sacar su cuchillo de cachas amarillas, si no fué Rinconete, que sacó su media espada. A los dos viejos de bayeta y a la guía tocó el escanciar con el corcho de colmena. Mas apenas habían comenzado a dar asalto a las naranjas, cuando les dió a todos gran sobresalto los golpes que dieron a la puerta. Mandóles Monipodio que se sosegasen, y entrando en la sala baja, y descolgando un broquel, puesto mano a la espàda, llegó a la puerta, y con voz hueca y espantosa, preguntó:

—¿Quién llama?

Respondieron de fuera:

—Yo soy, que no es nadie, señor Monipodio: Tagarete soy, centinela desta mañana, y vengo a decir que viene aquí Juliana la Cariharta, toda desgreñada y llorosa, que parece haberle sucedido algún desastre.

En esto llegó la que decía, sollozando, y sintiéndola Monipodio, abrió la puerta, y mandó a Tagarete que se volviese a su posta, y que de allí adelante avisase lo que viese con menos estruendo y ruido. Él dijo que así lo haría. Entró la Cariharta, que era una moza del jaez de las otras y del mismo oficio. Venía descabellada, y la cara llena de tolondrones; y así como entró en el patio se cayó en el suelo desmayada. Acudieron a socorrerla la Gananciosa y la Escalanta, y desabrochándola el pecho, la hallaron toda denegrida y como magullada. Echáronle agua en el rostro, y ella volvió en sí, diciendo a voces:

—¡La justicia de Dios y del Rey venga sobre aquel ladrón desuellacaras, sobre aquel cobarde bajamanero, sobre aquel pícaro lendroso, que le he quitado más veces de la horca que tiene pelos en las barbas! ¡Desdichada de mí! Mirad por quién he perdido y gastado mi mocedad y la flor de mis años, sino por un bellaco desalmado, facineroso e incorregible!

—Sosiégate, Cariharta — dijo a esta sazón Monipodio —; que aquí estoy yo, que te haré justicia. Cuéntanos

tu agravio; que más estarás tú en contarle que yo en hacerte vengada; dime si has habido algo con tu respecto; que si así es y quieres venganza, no has de menester más que boquear.

—¿Qué respecto? — respondió Juliana —. Respectada me vea yo en los infiernos si más lo fuere de aquel león con las ovejas, y cordero con los hombres. ¿Con aquél había yo de comer más pan a manteles, ni yacer en uno? Primero me vea yo comida de adivas estas carnes, que me ha parado de la manera que ahora veréis.

Y alzándose al instante las faldas hasta la rodilla, y aun un poco más, les descubrió llenas de cardenales.

—Desta manera — prosiguió — me ha parado aquel ingrato del Repolido, debiéndome más que a la madre que le parió. Y ¿por qué pensáis que lo ha hecho? ¡Montas que le di yo ocasión para ello! No, por cierto; no lo hizo más sino porque estando jugando y perdiendo, me envió a pedir con Cabrillas, su trainel, treinta reales, y no le envié más de veinticuatro, que el trabajo y afán con que yo los había ganado, ruego yo a los cielos que vayan en descuento de mis pecados; y en pago desta cortesía y buena obra, creyendo él que yo le sisaba algo de la cuenta que él allá en su imaginación había hecho de lo que yo podía tener, esta mañana me sacó al campo, detrás de la güerta del Rey, y allí, entre unos olivares, me desnudó, y con la petrina, sin excusar ni recoger los hierros, que en malos grillos y hierros le vea yo, me dió tantos azotes, que me dejó por muerta; de la cual verdadera historia son buenos testigos estos cardenales que miráis.

Aquí tornó a levantar las voces, aquí volvió a pedir justicia, y aquí se la prometió de nuevo Monipodio, y todos los bravos que allí estaban.

La Gananciosa tomó la mano a consolalla, diciéndole que ella diera de muy buena gana una de las mejores preseas que tenía porque le hubiera pasado otro tanto con su querido.

—Porque quiero — dijo — que sepas, hermana Carihar-ta, si no lo sabes, que a lo que se quiere bien se castiga; y cuando estos bellacones nos dan, y azotan, y acocean, enton-

ces nos adoran; si no, confiésame una verdad, por tu vida: después que te hubo Repolido castigado y brumado, ¿no te hizo alguna caricia?

—¿Cómo una? — respondió la llorosa —. Cien mil me hizo, y diera él un dedo de la mano porque me fuera con él a su posada; y aun me parece que casi se le saltaron las lágrimas de los ojos después de haberme molido.

—No hay dudar en eso — replicó la Ganancicsa —; y lloraría de pena de ver cuál te había puesto; que estos tales hombres, y en tales casos, no han cometido la culpa cuando les viene el arrepentimiento; y tú verás, hermana, si no viene a buscarte antes que de aquí nos vamos, y a pedirte perdón de todo lo pasado, rindiéndosete como un cordero.

—En verdad — respondió Monipodio — que no ha de entrar por estas puertas el cobarde envesado si primero no hace una manifiesta penitencia del cometido delito. ¿Las manos había él de ser osado ponerlas en el rostro de la Cariharta, ni en sus carnes, siendo persona que puede competir en limpieza y ganancia con la misma Gananciosa que está delante, que no lo puedo más encarecer?

—¡Ay! — dijo a esta sazón la Juliana —. No diga vuesa merced, señor Monipodio, mal de aquel maldito; que con cuán malo es, le quiero más que a las telas de mi corazón, y hanme vuelto el alma al cuerpo las razones que en su abono me ha dicho mi amiga la Gananciosa, y en verdad que estoy por ir a buscarle.

—Eso no harás tú por mi consejo — replicó la Gananciosa —, porque se extenderá y ensanchará, y hará tretas en ti como en cuerpo muerto. Sosiégate, hermana; que antes de mucho le verás venir tan arrepentido como he dicho; y si no viniere, escribirémosle un papel en coplas, que le amargue.

—¡Eso sí — dijo la Cariharta —: que tengo mil cosas que escribirle!

—Yo seré el secretario cuando sea menester — dijo Monipodio —; y aunque no soy nada poeta, todavía, si el hombre se arremanga, se atreverá a hacer dos millares de coplas en daca las pajas; y cuando no salieren como deben, yo tengo un barbero amigo, gran poeta, que nos hinchirá las medi-

das a todas horas; y en la de agora acabemos lo que teníamos comenzado del almuerzo; que después todo se andará.

Fué contenta la Juliana de obedecer a su mayor, y así, todos volvieron a su *gaudeamus*, y en poco espacio vieron el fondo de la canasta y las heces del cuero. Los viejos bebieron *sine fine;* los mozos, adunia; las señoras, los quiries. Los viejos pidieron licencia para irse; diósela luego Monipodio, encargándoles viniesen a dar noticias con toda puntualidad de todo aquello que viesen ser útil y conveniente a la comunidad. Respondieron que ellos se lo tenían bien en cuidado, y fuéronse. Rinconete, que de suyo era curioso, pidiendo primero perdón y licencia, preguntó a Monipodio que de qué servían en la cofradía dos personajes tan canos, tan graves y apersonados. A lo cual respondió Monipodio que aquéllos, en su germanía y manera de hablar, se llamaban *abispones*, y que servían de andar de día por toda la ciudad, abispando en qué casas se podía dar tiento de noche, y en seguir los que sacaban dinero de la Contratación, o Casa de la Moneda, para ver dónde lo llevaban, y aun dónde lo ponían: y en sabiéndolo, tanteaban la groseza del muro de la tal casa, y diseñaban el lugar más conveniente para hacer los guzpátaros — que son agujeros — para facilitar la entrada. En resolución, dijo que era la gente de más o de tanto provecho que había en su hermandad, y que de todo aquello que por su industria se hurtaba llevaban el quinto, como su Majestad de los tesoros; y que, con todo esto, eran hombres de mucha verdad, y muy honrados, y de buena vida y fama, temerosos de Dios y de sus conciencias, que cada día oían misa con extraña devoción...

—Y hay dellos tan comedidos, especialmente estos dos que de aquí se van agora, que se contentan con mucho menos de lo que por nuestros aranceles les toca. Otros dos que hay son palanquines; los cuales, como por momentos mudan casas, saben las entradas y salidas de todas las de la ciudad, y cuáles pueden ser de provecho, y cuáles no.

—Todo me parece de perlas — dijo Rinconete —, y querría ser de algún provecho a tan famosa cofradía.

—Siempre favorece el cielo a los buenos deseos — dijo Monipodio.

Estando en esta plática, llamaron a la puerta; salió Monipodio a ver quién era, y preguntándolo, respondieron:

—Abra voacé, sor Monipodio; que el Repolido soy.

Oyó esta voz Cariharta, y alzando al cielo la suya, dijo:

—No le abra vuesa merced, señor Monipodio; no le abra a ese marinero de Tarpeya, a ese tigre de Ocaña.

No dejó por esto Monipodio de abrir a Repolido; pero viendo la Cariharta que le abría, se levantó corriendo y se entró en la sala de los broqueles, y cerrando tras sí la puerta, desde dentro, a grandes voces, decía:

—Quítenmele de delante a ese gesto de por demás, a ese verdugo de inocentes, asombrador de palomas duendas.

Maniferro y Chiquiznaque tenían a Repolido, que en todas maneras quería entrar donde la Cariharta estaba; pero como no le dejaban, decía desde afuera:

—¡No haya más, enojada mía: por tu vida que te sosiegues, así te veas casada!

—¿Casada yo, malino? — respondió la Cariharta —. ¡Mirá en qué tecla toca! ¡Ya quisiera tú que lo fuera contigo, y antes lo sería yo con una sotomía de muerte que contigo!

—¡Ea, boba — replicó Repolido —, acabemos ya, que es tarde, y mire no se ensanche por verme hablar tan manso y venir tan rendido; porque vive el Dador, si se me sube la cólera al campanario, que sea peor la recaída que la caída! Humíllese, y humillémonos todos, y no demos de comer al diablo.

—Y aun de cenar le daría yo — dijo la Cariharta — porque te llevase donde nunca más mis ojos te viesen.

—¿No os digo yo? — dijo Repolido —. ¡Por Dios que voy oliendo, señora trinquete, que lo tengo de echar todo a doce, aunque nunca se venda!

A esto dijo Monipodio:

—En mi presencia no ha de haber demasías: la Cariharta saldrá, no por amenazas, sino por amor mío, y todo se hará bien; que las riñas entre los que bien se quieren son causa de mayor gusto cuando se hacen las paces. ¡Ah, Juliana! ¡Ah, niña! ¡Ah, Cariharta mía! Sal acá fuera, por

mi amor; que yo haré que el Repolido te pida perdón de rodillas.

—Como él eso haga — dijo la Escalanta —, todas seremos en su favor y en rogar a Juliana salga acá fuera.

—Si esto ha de ir por vía de rendimiento que güela a menoscabo de la persona — dijo el Repolido —, no me rendiré a un ejército formado de esguízaros; mas si es por vía de que la Cariharta gusta dello, no digo yo hincarme de rodillas; pero un clavo me hincaré por la frente en su servicio.

Riyéronse desto Chiquiznaque y Maniferro, de lo cual se enojó tanto el Repolido, pensando que hacían burla dél, que dijo con muestra de infinita cólera:

—Cualquiera que se riere o se pensare reír de lo que la Cariharta contra mí, o yo contra ella, hemos dicho o diéremos, digo que miente y mentirá todas las veces que se riere o lo pensare, como ya he dicho.

Miráronse Chiquiznaque y Maniferro de tan mal garbo y talle, que advirtió Monipodio que pararía en un gran mal si no lo remediaba; y así, poniéndose luego en medio dellos, dijo:

—No pase más adelante, caballeros; cesen aquí palabras mayores, y desháganse entre los dientes; y pues las que se han dicho no llegan a la cintura, nadie las tome por sí.

—Bien seguros estamos — respondió Chiquiznaque — que no se dijeron ni dirán semejantes monitorios por nosotros; que si se hubiera imaginado que se decían, en manos estaba el pandero, que lo supiera bien tañer.

—También tenemos acá pandero, sor Chiquiznaque — replicó el Repolido —, y también, si fuere menester, sabremos tocar los cascabeles; y ya he dicho que el que se huelga, miente; y quien otra cosa pensare, sígame; que con un palmo de espada menos hará el hombre que sea lo dicho dicho.

Y diciendo esto, se iba a salir por la puerta afuera.

Estábalo escuchando la Cariharta, y cuando sintió que se iba enojado, salió diciendo:

—¡Ténganle, no se vaya, que hará de las suyas! ¿No ven que va enojado, y es un Judas Macarelo en esto de la valentía? ¡Vuelve acá, valentón del mundo y de mis ojos!

Y cerrando con él, le asió fuertemente de la capa, y acudiendo también Monipodio, le detuvieron. Chiquiznaque y Maniferro no sabían si enojarse o si no, y estuviéronse quedos esperando lo que Repolido haría; el cual, viéndose rogar de la Cariharta y de Monipodio, volvió diciendo:

—Nunca los amigos han de dar enojo a los amigos, ni hacer burla de los amigos, y más cuando ven que se enojan los amigos.

—No hay aquí amigo — respondió Maniferro — que quiera enojar ni hacer burla de otro amigo; y pues todos somos amigos, dense las manos los amigos.

A esto dijo Monipodio:

—Todos voacedes han hablado como buenos amigos, y como tales amigos se den las manos de amigos.

Diéronselas luego, y la Escalanta, quitándose un chapín, comenzó a tañer en él como en un pandero; la Gananciosa tomó una escoba de palma, nueva, que allí se halló acaso, y rascándola, hizo un son que, aunque ronco y áspero, se concertaba con el del chapín. Monipodio rompió un plato y hizo dos tejoletas, que, puestas entre los dedos y repicadas con gran ligereza, llevaba el contrapunto al chapín y a la escoba.

Espantáronse Rinconete y Cortadillo de la nueva invención de la escoba, porque hasta entonces nunca la habían visto. Conociólo Maniferro, y díjoles:

—¿Admíranse de la escoba? Pues bien hacen, pues música más presta y más sin pesadumbre, ni más barata, no se ha inventado en el mundo; y en verdad que oí decir el otro día a un estudiante que ni el Negrofeo, que sacó a la Arauz del infierno, ni el Marión que subió sobre el delfín y salió del mar como si viniera caballero sobre una mula de alquiler, ni el otro gran músico que hizo una ciudad que tenía cien puertas y otros tantos postigos, nunca inventaron, mejor género de música, tan fácil de deprender, tan mañera de tocar, tan sin trastes, clavijas ni cuerdas y tan sin necesidad de templarse; y aun voto a tal que dicen que la inventó

un galán desta ciudad, que se pica de ser un Héctor en la música.

—Eso creo yo muy bien — respondió Rinconete —; pero escuchemos lo que quieren cantar nuestros músicos; que parecen que la Gananciosa ha escupido, señal de que quiere cantar.

Y así era la verdad, porque Monipodio le había rogado que cantase algunas seguidillas de las que se usaban; mas la que comenzó primero fué la Escalanta, y, con voz sutil y quebradiza, cantó lo siguiente:

Por un sevillano rufo a lo valón,
tengo socarrado todo el corazón.

Siguió la Gananciosa, cantando:

Por un morenico de color verde,
¿cuál es la fogosa que no se pierde?

Y luego Monipodio, dándose gran priesa al meneo de sus tejoletas, dijo:

Riñen dos amantes; hácese la paz;
si el enojo es grande, es el gusto más.

No quiso la Cariharta pasar su gusto en silencio, porque tomando otro chapín, se metió en danza, y acompañó a las demás, diciendo:

Detente, enojado, no me azotes más;
que si bien lo miras, a tus carnes das.

—Cántese a lo llano — dijo a esta sazón Repolido —, y no se toquen hestorias pasadas, que no hay para qué: lo pasado sea pasado, y tómese otra vereda, y basta.

Talle llevaban de no acabar tan presto el comenzado cántico, si no sintieran que llamaban a la puerta apriesa, y con ella salió Monipodio a ver quién era, y la centinela le dijo como al cabo de la calle había asomado el alcalde de la Justicia, y que delante dél venían el Tordillo y el

Cernícalo, corchetes neutrales. Oyéronlo los de dentro, y alborotáronse todos de manera, que la Cariharta y la Escalanta se calzaron sus chapines al revés, dejó la escoba la Gananciosas, Monipodio sus tejoletas, y quedó en turbado silencio toda la música; enmudeció Chiquiznaque, pasmóse el Repolido y suspendióse Maniferro, y todos, cuál por una y cuál por otra parte, desaparecieron, subiéndose a las azoteas y tejados, para escaparse y pasar por ellos a otra calle. Nunca disparado arcabuz a deshora, ni trueno repentino, espantó así a banda de descuidadas palomas como puso en alboroto y espanto a toda aquella recogida compañía y buena gente la nueva de la venida del Alcalde de la Justicia. Los dos novicios, Rinconete y Cortadillo, no sabían qué hacerse, y estuviéronse quedos, esperando ver en qué paraba aquella repentina borrasca, que no paró en más de volver la centinela a decir que el Alcalde se había pasado de largo, sin dar muestra ni resabio de mala sospecha alguna.

Y estando diciendo esto a Monipodio, llegó un caballero mozo a la puerta, vestido, como se suele decir, de barrio; Monipodio le entró consigo, y mandó llamar a Chiquiznaque, a Maniferro y al Repolido, y que de los demás no bajase alguno. Como se habían quedado en el patio Rinconete y Cortadillo, pudieron oír toda la plática que pasó Monipodio con el caballero recién venido, el cual dijo a Monipodio que por qué se había hecho tan mal lo que le había encomendado. Monipodio respondió que aun no sabía lo que se había hecho; pero que allí estaba el oficial a cuyo cargo estaba su negocio, y que él daría muy buena cuenta de sí. Bajó, en esto, Chiquiznaque, y preguntóle Monipodio si había cumplido con la obra que se le encomendó de la cuchillada de a catorce.

—¿Cuál? — respondió Chiquiznaque —. ¿Es la de aquel mercader de la encrucijada?

—Esa es — dijo el caballero.

—Pues lo que en eso pasa — respondió Chiquiznaque — es que yo le aguardé anoche a la puerta de su casa, y él vino antes de la oración; llegueme cerca dél, marquéle el rostro con la vista, y vi que le tenía tan pequeño, que era imposible de toda imposibilidad caber en él cuchillada de

catorce puntos; y hallándome imposibilitado de poder cumplir lo prometido y de hacer lo que llevaba en mi destruición...

—*Instrucción* querrá vuesa merced decir — dijo el caballero —; que no *destruición*.

—Eso quise decir — respondió Chiquiznaque —. Digo que viendo que en la estrecheza y poca cantidad de aquel rostro no cabían los puntos propuestos, porque no fuese mi ida en balde, di la cuchillada a un lacayo suyo, que a buen seguro que la pueden poner por mayor de marca.

—Más quisiera — dijo el caballero — que se le hubiera dado al amo una de a siete que al criado la de a catorce. En efecto, conmigo, no se ha cumplido como era razón; pero no importa: poca mella me harán los treinta ducados que dejé en señal. Beso a vuesas mercedes las manos.

Y diciendo esto, se quitó el sombrero y volvió las espaldas para irse; pero Monipodio le asió de la capa de mezcla que traía puesta, diciéndole:

—Voacé se detenga, y cumpla su palabra, pues nosotros hemos cumplido la nuestra con mucha honra y con mucha ventaja: veinte ducados faltan, y no ha de salir de aquí voacé sin darlos, o prendas que lo valgan.

—Pues ¿a esto llama vuesa merced cumplimiento de palabra — respondió el caballero —: dar la cuchillada al mozo, habiéndose de dar al amo?

—¡Qué bien está en la cuenta el señor! — dijo Chiquiznaque —. Bien parece que no se acuerda de aquel refrán que dice: "Quien bien quiere a Beltrán, bien quiere a su can."

—Pues ¿en qué modo puede venir aquí a propósito ese refrán? — replicó el caballero.

—Pues ¿no es lo mismo — prosiguió Chiquiznaque — decir: "Quién mal quiere a Beltrán, mal quiere a su can?" Y así, Beltrán es el mercader, voacé le quiere mal, su lacayo es su can, y dando al can, se da a Beltrán, y la deuda queda líquida y trae aparejada ejecución: por eso no hay más sino pagar luego sin apercibimiento de remate.

—Eso juro yo bien — añadió Monipodio —, y de la boca me quitaste, Chiquiznaque amigo, todo cuanto aquí has dicho; y así, voacé, señor galán, no se meta en puntillos con sus servidores y amigos, sino tome mi consejo y pague luego

lo trabajado; y si fuere servido que se le dé otra al amo, de la cantidad que pueda llevar su rostro, haga cuenta que ya se la están curando.

—Como eso sea — respondió el galán —, de muy entera voluntad y gana pagaré la una y la otra por entero.

—No dude en esto — dijo Monipodio — más que en ser cristiano; que Chiquiznaque se la dará pintiparada, de manera, que parezca que allí se le nació.

—Pues con esa seguridad y promesa — respondió el caballero — recíbase esta cadena en prendas de los veinte ducados atrasados y de cuarenta que ofrezco por la venidera cuchillada. Pesa mil reales, y podría ser que se quedase rematada, porque traigo entre otros que serán menester otros catorce puntos antes de mucho.

Quitóse, en esto, una cadena de vueltas menudas del cuello, y diósela a Monipodio, que al color y al peso bien vió que no era de alquimia. Monipodio la recibió con mucho contento y cortesía, porque era en extremo bien criado; la ejecución quedó a cargo de Chiquiznaque, que sólo tomó término de aquella noche. Fuése muy satisfecho el caballero, y luego Monipodio llamó a todos los ausentes y azorados. Bajaron todos, y poniéndose Monipodio en medio dellos, sacó un libro de memoria que traía en la capilla de la capa, y dióselo a Rinconete que leyese, porque él no sabía leer. Abrióle Rinconete, y en la primera hoja vió que decía:

"*Memoria de las cuchilladas que se han de dar esta semana.*"

"La primera, al mercader de la encrucijada: vale cincuenta escudos. Están recebidos treinta buena cuenta. Secutor, Chiquiznaque."

—No creo que hay otra, hijo — dijo Monipodio —: pasá adelante, y mirá donde dice: "Memoria de palos."

Volvió la hoja Rinconete, y vió que en otra estaba escrito: "Memoria de palos." Y más abajo decía:

"Al bodegonero de la Alfalfa, doce palos de mayor cuantía, a escudo cada uno. Están dados a buena cuenta ocho. El término seis días. Secutor, Maniferro."

—Bien podía borrarse esa partida — dijo Maniferro —, porque esta noche traeré finiquito della.

—¿Hay más, hijo? — dijo Monipodio.

—Sí, otra — respondió Rinconete — que dice así:

"Al sastre corcovado que por mal nombre se llama el Silguero, seis palos de mayor cuantía a pedimento de la dama que dejó la gargantilla. Secutor, el Desmochado."

—Maravillado estoy — dijo Monipodio — cómo todavía está esa partida en ser. Sin duda alguna debe de estar mal dispuesto el Desmochado, pues son dos días pasados del término, y no ha dado puntada en esta obra.

—Yo le topé ayer — dijo Maniferro —, y me dijo que por haber estado retirado por enfermo el Corcovado, no había cumplido con su débito.

—Eso creo yo bien — dijo Monipodio —; porque tengo por tan buen oficial al Desmochado, que si no fuera por tan justo impedimento, ya él hubiera dado al cabo con mayores empresas. ¿Hay más, mocito?

—No, señor — respondió Rinconete.

—Pues pasad adelante — dijo Monipodio —, y mirad donde dice: "Memorial de agravios comunes."

Pasó adelante Rinconete, y en otra hoja halló escrito:

"Memorial de agravios comunes, conviene a saber: redomazos, untos de miera, clavazón de sambenitos y cuernos, matracas, espantos, alborotos y cuchilladas fingidas, publicación de nibelos, etc."

—¿Qué dice más abajo? — dijo Monipodio.

—Dice — dijo Rinconete — "unto de miera en la casa..."

—No se lea la casa; que ya yo sé dónde es — respondió Monipodio —, y yo soy el *tuautem* y esecutor desa niñería, y están dados a buena cuenta cuatro escudos, y el principal es ocho.

—Así es la verdad — dijo Rinconete —; que todo eso está aquí escrito; y aun más abajo dice: "Clavazón de cuernos."

—Tampoco se lea — dijo Monipodio — la casa, ni adónde: que basta que se les haga el agravio, sin que se diga en público; que es gran cargo de conciencia. A lo menos,

más querría yo clavar cien cuernos y otros tantos sambenitos, como se me pagase mi trabajo, que decillo sola una vez, aunque fuese a la madre que me parió.

—El esecutor desto es — dijo Rinconete — el Narigueta.

—Ya está eso hecho, y pagado — dijo Monipodio —. Mirad si hay más; que, si mal no me acuerdo, ha de haber ahí un espanto de veinte escudos; está dada la mitad, y el esecutor es la comunidad toda, y el término es todo el mes en que estamos, y cumpliráse al pie de la letra, sin que falte una tilde, y será una de las mejores cosas que hayan sucedido en esta ciudad de muchos tiempos a esta parte. Dadme el libro, mancebo; que yo sé que no hay más, y sé también que anda muy flaco el oficio; pero tras este tiempo vendrá otro, y habrá que hacer más de lo que quisiéramos; que no se mueve la hoja sin la voluntad de Dios, y no hemos de hacer nosotros que se vengue nadie por fuerza; cuanto más que cada uno en su casa suele ser valiente, y no quiere pagar las hechuras de la obra que él se puede hacer por sus manos.

—Así es — dijo a esto el Repolido —. Pero mire vuesa merced, señor Monipodio, lo que nos ordena y manda; que se va haciendo tarde, y ya entrando el calor más que de paso.

—Lo que se ha de hacer — respondió Monipodio — es que todos se vayan a sus puestos, y nadie se mude hasta el domingo, que nos juntaremos en este mismo lugar y se repartirá todo lo que hubiere caído, sin agraviar a nadie. A Rinconete el Bueno y a Cortadillo se les da por distrito hasta el domingo desde la Torre del Oro, por defuera de la ciudad, hasta el postigo del Alcázar, donde se puede trabajar a sentadillas con sus flores; que yo he visto a otros de menos habilidad que ellos salir cada día con más de veinte reales en menudos, amén de la plata, con una baraja sola, y ésa, con cuatro naipes menos. Este distrito os enseñará Ganchoso; y aunque os extendáis hasta San Sebastián y San Telmo, importa poco, puesto que es justicia mera mixta que nadie se entre en pertenencia de nadie.

Besáronle la mano los dos por la merced que se les hacía, y ofreciéronse a hacer su oficio bien y fielmente, con toda diligencia y recato.

Sacó, en esto, Monipodio un papel doblado de la capilla de la capa, donde estaba la lista de los cofrades, y dijo a Rinconete que pusiese allí su nombre y el de Cortadillo; mas porque no había tintero, le dió el papel para que lo llevase, y en el primer boticario los escribiese, poniendo: "Rinconete y Cortadillo, cofrades; noviciado, ninguno; Rinconete, floreo; Cortadillo, bajón", y el día, mes y año, callando padres y patria. Estando en esto, entró uno de los viejos abispones, y dijo:

—Vengo a decir a vuesas mercedes como agora topé en Gradas a Lobillo el de Málaga, y díceme que viene mejorando en su arte, de tal manera, que con naipe limpio quitará el dinero al mismo Satanás; y que por venir maltratado no viene luego a registrarse y a dar la sólita obediencia; pero que el domingo será aquí sin falta.

—Siempre se me asentó a sí — dijo Monipodio — que este Lobillo había de ser único en su arte, porque tiene las mejores y más acomodadas manos para ello que se pueden desear; que para ser uno buen oficial en su oficio, tanto ha menester los buenos instrumentos con que le ejercita como el ingenio con que le aprende.

—También topé — dijo el viejo —, en una casa de posadas, en la calle de Tintores, al Judío, en hábito de clérigo, que se ha ido a posar allí, por tener noticia qué dos peruleros viven en la misma casa, y querría ver si pudiese trabar juego con ellos, aunque fuese de poca cantidad; que de allí podría venir a mucha. Dice también que el domingo no faltará de la junta, y dará cuenta de su persona.

—Ese Judío también — dijo Monipodio — es gran sacre y tiene gran conocimiento. Días ha que no le he visto, y no lo hace bien. Pues a fe que si no se enmienda, que yo le deshaga la corona; que no tiene más órdenes el ladrón que las tiene el Turco, ni sabe más latín que mi madre. ¿Hay más de nuevo?

—No — dijo el viejo —; a lo menos, que yo sepa.

—Pues sea en buen hora — dijo Monipodio —. Voacedes tomen esta miseria — y repartió entre todos hasta cuarenta reales —, y el domingo no falte nadie; que no faltará nada de lo corrido.

Todos le volvieron las gracias; tornáronse a abrazar Repolido y la Cariharta, la Escalanta con Maniferro y la Gananciosa con Chiquiznaque, concertando que aquella noche, y después de haber alzado la obra en la casa, se viesen en la de la Pipota, donde también dijo que iría Monipodio, al registro de la canasta de colar, y que luego había de ir a cumplir y borrar la partida de la miera. Abrazó a Rinconete y a Cortadillo, y echándolos su bendición, los despidió, encargándoles que no tuviesen jamás posada cierta ni de asiento, porque así convenía a la salud de todos. Acompañólos Ganchoso hasta enseñarles sus puestos, acordándoles que no faltasen el domingo, porque, a lo que creía y pensaba, Monipodio había de leer una lición de posición acerca de las cosas concernientes a su arte. Con esto se fué, dejando a los dos compañeros admirados de lo que habían visto.

Era Rinconete, aunque muchacho, de muy buen entendimiento, y tenía un buen natural; y como había andado con su padre en el ejercicio de las bulas, sabía algo de buen lenguaje, y dábale gran risa pensar en los vocablos que había oído a Monipodio y a los demás de su compañía y bendita comunidad, y más cuando por decir *per modum sufragii*, había dicho *por modo de naufragio;* y que *sacaban el estupendo,* por decir *estipendio,* de lo que se garbeaba; y cuando la Cariharta dijo que era Repolido como un *marinero de Tarpeya* y un tigre de *Ocaña,* por decir *Hircania,* con otras mil impertinencias a éstas y a otras peores semejantes. Especialmente le cayó en gracia cuando dijo que el trabajo que había pasado en ganar los veinte y cuatro reales lo recibiese el cielo en descuento de sus pecados; y, sobre todo, le admiraba la seguridad que tenían, y la confianza de irse al cielo con no faltar a sus devociones, estando tan llenos de hurtos, y de homicidios, y de ofensas de Dios. Y reíase de la otra buena vieja de la Pipota, que dejaba la canasta de colar, hurtada, guardada en su casa, y se iba a poner las candelillas de cera a las imágenes, y con ello

pensaba irse al cielo calzada y vestida. No menos le suspendía la obediencia y respeto que todos tenían a Monipodio, siendo un hombre bárbaro, rústico y desalmado. Consideraba lo que había leído en su libro de memoria, y los ejercicios en que todos se ocupaban; finalmente, exageraba cuán descuidada justicia había en aquella tan famosa ciudad de Sevilla, pues casi al descubierto vivía en ella gente tan perniciosa y tan contraria a la misma naturaleza, y propuso en sí de aconsejar a su compañero no durasen mucho en aquella vida tan perdida y tan mala, tan inquieta, y tan libre y disoluta. Pero, con todo esto, llevado de sus pocos años y de su poca experiencia, pasó con ella adelante algunos meses, en los cuales le sucedieron cosas que piden más luenga escritura, y así, se deja para otra ocasión contar su vida y milagros, con los de su maestro Monipodio, y otros sucesos de aquéllos de la infame academia, que todos serán de grande consideración, y que podrán servir de ejemplo y aviso a los que los leyeren.

LEANDRO F. DE MORATÍN

Leandro Fernández de Moratín, hijo de un hombre ilustre en el mundo de las letras españolas, el prestigio de cuyo apellido acreció con su propia obra, nació en Madrid el 10 de marzo de 1760 y murió en París el 21 de julio de 1828.

De precoz inteligencia y familiarizado desde pequeño con los maestros de la lengua, dió tempranas muestras de su natural ingenio y depurado gusto. Pese a ello, no cursó estudios superiores por oponerse su padre, que diciendo a quienes le aconsejaban le hiciese estudiar: "Yo estoy contento con el muchacho y no quiero que me lo echen a perder", hízole aprender el oficio de joyero, en el que el mancebo llegó a ser consumado artífice.

Premiado en dos ocasiones en concursos organizados por la Real Academia Española de la Lengua, comprendió el joven Leandro que el camino de su vida estaba en la literatura, y por ella dejó definitivamente las joyas. Merced al conde de Floridablanca, que fué su Mecenas, pudo Moratín estrenar

su linda comedia *"El viejo y la niña"*, dedicarse a escribir para el teatro y gustar el éxito con *"La comedia nueva"*.

Tras proficuos viajes por Francia, que dejó horrorizado por los excesos de la Revolución, por Inglaterra, Italia, Bélgica y Alemania, tornó Moratín a su patria, donde fuéle concedido, merced al favorito Godoy, el cargo de secretario de la Interpretación de Lenguas. Dió nuevas obras al teatro: *"El barón"*, *"La mogigata"*, *"El sí de las niñas"*, el punto más alto entre cuantas comedias brotaron de su pluma, acerbamente combatida por su tesis — el derecho de las niñas para elegir marido — que, atrevida para su época, le valió la prohibición por parte del Tribunal del Santo Oficio. Íntimamente dolorido por ello, Moratín determinó "morir en olvido y vivir en paz con Dios, no escribiendo más para el teatro y dedicándose a su magnífico estudio de los *"Orígenes del teatro español"*, el primer trabajo serio de esta índole en España, valiosamente documentado, pero afeado por la aversión, que en Moratín era casi monomanía, hacia el teatro antiguo español.

Pese a tal resolución, estrenó, con formidable éxito, su magnífica traducción de *"La escuela de los maridos"* de Molière y luego — después de haber sido perseguido y vejado, cuando caídos de nuevo sus protectores, acusado de hereje por sus comedias y de afrancesado por su conducta — *"El médico a palos"*.

La obra de Moratín — si bien corta, de excepcional calidad — le asigna entre los hombres de letras de la España del siglo XVIII, el primer lugar.

EL MÉDICO A PALOS

PERSONAS

DON JERÓNIMO	BARTOLO
DOÑA PAULA	MARTINA
LEANDRO	GINÉS
ANDREA	LUCAS

La escena representa en el primer acto un bosque, y en los dos siguientes una sala de casa particular, con puerta en el foro y otras dos en los lados.

La acción empieza a las once de la mañana, y se acaba a las cuatro de la tarde.

*

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

Bartolo, Martina

BARTOLO. — ¡Válgate Dios, y qué durillo está este tronco! El hacha se mella toda, y él no se parte... (*Corta leña de un árbol inmediato al foro: deja después el hacha arrimada al tronco, se adelanta hacia el proscenio, siéntase en une peñasco, saca piedra y eslabón, enciende un cigarro y se pone a fumar.*) ¡Mucho trabajo es este!... Y como hoy aprieta el calor, me fatigo, y me rindo, y no puedo más... Dejémoslo, y será lo mejor, que ahí se quedará para cuando vuelva. Ahora vendrá bien un rato de descanso y un cigarrillo, que esta triste vida otro la ha de heredar... Allí viene mi mujer. ¿Qué

traerá de bueno? (*Martina sale por el lado derecho del teatro.*) Holgazán, ¿qué haces ahí sentado, fumando sin trabajar? ¿Sabes que tienes que acabar de partir esa leña y llevarla al lugar,, y ya es cerca de mediodía?

BARTOLO. — Anda, que si no es hoy, será mañana.

MARTINA. — Mira qué respuesta.

BARTOLO. — Perdóname, mujer. Estoy cansado, y me senté un rato a fumar un cigarro.

MARTINA. — ¡Y que yo aguante a un marido tan poltrón y desidioso! Levántate y trabaja.

BARTOLO. — Poco a poco, mujer, si acabo de sentarme.

MARTINA. — Levántate.

BARTOLO. — Ahora no quiero, dulce esposa.

MARTINA. — ¡Hombre sin vergüenza, sin atender a sus obligaciones! ¡Desdichada de mí!

BARTOLO. — ¡Ay, qué trabajo es tener mujer! Bien dice Séneca: "que la mejor es peor que un demonio".

MARTINA. — Miren qué hombre tan hábil, para traer autoridades de Séneca.

BARTOLO. — ¿Si soy hábil? A ver, a ver, búscame un leñador que sepa lo que yo, ni que haya servido seis años a un médico latino, ni que haya estudiado el *quis vel qui, quæ, quod vel quid,* y más adelante, como yo lo estudié.

MARTINA. — Malhaya la hora en que me casé contigo.

BARTOLO. — Y maldito sea el pícaro escribano que anduvo en ello.

MARTINA. — Haragán, borracho.

BARTOLO. — Esposa, vamos poco a poco.

MARTINA. — Yo te haré cumplir con tu obligación.

BARTOLO. — Mira, mujer, que me vas enfadando. (*Se levanta desperezándose, encamínase hacia el foro, coge un palo del suelo y vuelve.*)

MARTINA. — ¿Y qué cuidado se me da a mí, insolente?

BARTOLO. — Mira que te he de cascar, Martina.

MARTINA. — Cuba de vino.

BARTOLO. — Mira que te he de solfear las espaldas.

MARTINA. — Infame.

BARTOLO. — Mira que te he de romper la cabeza.

MARTINA. — ¿A mí? Bribón, tunante, canalla, ¿a mí?

BARTOLO. (*Dando de palos a Martina.*) — ¿Sí? Pues toma.
MARTINA. — ¡Ay! ¡ay! ¡ay! ¡ay!
BARTOLO. — Este es el único medio de que calles... Vaya, hagamos la paz. Dame esa mano.
MARTINA. — ¿Después de haberme puesto así?
BARTOLO. — ¿No quieres? Si eso no ha sido nada. Vamos.
MARTINA. — No quiero.
BARTOLO. — Vamos, hijita.
MARTINA. — No quiero, no.
BARTOLO. — Mal hayan mis manos, que han sido causa de enfadar a mi esposa... Vaya, ven, dame un abrazo. (*Tira el palo a un lado, y la abraza.*)
MARTINA. — ¡Si reventaras!
BARTOLO. — Vaya, si se muere por mí la pobrecita... Perdóname, hija mía. Entre dos que se quieren, diez o doce garrotazos más o menos no valen nada... Voy hacia el barranquitero, que ya tengo allí una porción de raíces, haré una carguilla, y mañana con la burra la llevaremos a Miraflores. (*Hace que se va, y vuelve.*) Oyes, y dentro de poco hay feria en Buitrago: si voy allá, y tengo dinero, y me acuerdo, y me quieres mucho, te he de comprar una peineta de concha con sus piedras azules. (*Toma el hacha y unas alforjas, y se va por el monte adelante. Martina se queda retirada a un lado hablando entre sí.*)
MARTINA. — Anda, que tú me las pagarás... Verdad es que una mujer siempre tiene en su mano el modo de vengarse de su marido; pero es un castigo muy delicado para este bribón, y yo quisiera otro que él sintiera más, aunque a mí no me agradase tanto.

ESCENA SEGUNDA

Martina, Ginés, Lucas. (*Salen por la izquierda.*)

LUCAS. — Vaya, que los dos hemos tomado una buena comisión... Y no sé yo todavía qué regalo tendremos por este trabajo.
GINÉS. — ¿Qué quieres, amigo Lucas? Es fuerza obedecer a nuestro amo; además, que la salud de su hija a todos

nos interesa... Es una señorita tan afable, tan alegre, tan guapa... Vaya, todo se lo merece.

LUCAS. — Pero, hombre, fuerte cosa es que los médicos que han venido a visitarla no hayan descubierto su enfermedad.

GINÉS. — Su enfermedad bien a la vista está; el remedio es el que necesitamos.

MARTINA. (*Aparte*) — ¡Que no pueda yo imaginar alguna invención para vengarme!

LUCAS. — Veremos si este médico de Miraflores acierta con ello... Como no hayamos equivocado la senda...

MARTINA. (*Aparte, hasta que repara en los dos y les hace cortesía.* Pues ello es preciso, que los golpes que acaba de darme los tengo en el corazón. No puedo olvidarlos...) Pero, señores, perdonen ustedes, que no los había visto, porque estaba distraída.

LUCAS. — ¿Vamos bien por aquí a Miraflores?

MARTINA. — Sí, señor. (*Señalando adentro por el lado derecho.*) ¿Ve usted aquellas tapias caídas junto aquel noguerón? Pues todo derecho.

GINÉS. — ¿No hay allí un famoso médico, que ha sido médico de una vizcondesita, y catedrático, y examinador, y es académico, y todas las enfermedades las cura en griego?

MARTINA. — ¡Ay! sí, señor. Curaba en griego; pero hace dos días que se ha muerto en español, y ya está el pobrecito debajo de tierra.

GINÉS. — ¿Qué dice usted?

MARTINA. — Lo que usted oye. ¿Y para quién le iban ustedes a buscar?

LUCAS. — Para una señorita que vive ahí cerca, en esa casa de campo junto al río.

MARTINA. — ¡Ah! sí. La hija de don Jerónimo. ¡Válgate Dios! ¿Pues qué tiene?

LUCAS. — ¿Qué sé yo? Un mal que nadie le entiende, del cual ha venido a perder el habla.

MARTINA. — ¡Qué lástima! Pues... (*Aparte, con expresión de complacencia.* ¡Ay, qué idea me ocurre!) Pues

mire usted, aquí tenemos el hombre más sabio del mundo, que hace prodigios en esos males desesperados.

GINÉS. — ¿De veras?

MARTINA. — Sí, señor.

LUCAS. — ¿Y en dónde le podemos encontrar?

MARTINA. — Cortando leña en ese monte.

GINÉS. — Estará entreteniéndose en buscar algunas yerbas salutíferas.

MARTINA. — No, señor. Es un hombre extraordinario y lunático, va vestido como un pobre patán, hace empeño en parecer ignorante y rústico, y no quiere manifestar el talento maravilloso que Dios le dió.

GINÉS. — Cierto que es cosa admirable, que todos los grandes hombres hayan de tener siempre algún ramo de locura mezclada con su ciencia.

MARTINA. — La manía de este hombre es la más particular que se ha visto. No confesará su capacidad a menos que le muelan el cuerpo a palos; y así les aviso a ustedes que si no lo hacen, no conseguirán su intento. Si le ven que está obstinado en negar, tome cada uno un buen garrote, y zurra, que él confesará. Nosotros cuando le necesitamos nos valemos de esta industria, y siempre nos ha salido bien.

GINÉS. — ¡Qué extraña locura!

LUCAS. — ¿Habráse visto hombre más original?

GINÉS. — ¿Y cómo se llama?

MARTINA. — Don Bartolo. Fácilmente le conocerán ustedes. Él es un hombre de corta estatura, morenillo, de mediana edad, ojos azules, nariz larga, vestido de paño burdo, con un sombrerillo redondo.

LUCAS. — No se me despintará, no.

GINÉS. — ¿Y ese hombre hace unas curas tan difíciles?

MARTINA. — ¿Curas dice usted? Milagros se pueden llamar. Habrá dos meses que murió en Lozoya una pobre mujer, ya iban a enterrarla, y quiso Dios que este hombre estuviese por casualidad en una calle por donde pasaba el entierro. Se acercó, examinó a la difunta, sacó una redomita del bolsillo, la echó en la boca una gota de

yo no sé qué, y la muerta se levantó tan alegre cantando el *frondoso*.

GINÉS. — ¿Es posible?

MARTINA. — Como que yo lo vi. Mire usted, aun no hace tres semanas que un chico de unos doce años se cayó de la torre de Miraflores, se le troncharon las piernas, y la cabeza se le quedó hecha una plasta. Pues, señor, llamaron a don Bartolo; él no quería ir allá, pero mediante una buena paliza lograron que fuese. Sacó un cierto ungüento que llevaba en un pucherete, y con una pluma le fué untando, untando al pobre muchacho, hasta que al cabo de un rato se puso en pie, y se fué corriendo a jugar a la rayuela con los otros chicos.

LUCAS. — Pues ese hombre es el que necesitamos nosotros. Vamos a buscarle.

MARTINA. — Pero sobre todo, acuérdense de la advertencia de los garrotazos.

GINÉS. — Ya, ya estamos en eso.

MARTINA. — Allí debajo de aquel árbol hallarán ustedes cuantas estacas necesiten.

LUCAS. — ¿Sí? Voy por un par de ellas. (*Coge el palo que dejó en el suelo Bartolo, va hacia el foro y coge otro, vuelve, y se lo da a Ginés.*)

GINÉS. — ¡Fuerte cosa es que haya de ser preciso valerse de este medio!

MARTINA. — Y si no, todo será inútil. (*Hace que se va, y vuelve.*) ¡Ah! otra cosa. Cuiden ustedes de que no se les escape, porque corre como un gamo; y si les coge a ustedes la delantera, no le vuelven a ver en su vida. (*Mirando hacia dentro a la parte del foro.*) Pero me parece que viene. Sí, aquel es. Yo me voy, háblenle ustedes, y si no quiere hacer bondad, menudito en él. Adiós, señores.

ESCENA TERCERA

Lucas, Ginés

LUCAS. — Fortuna ha sido haber hallado a esta mujer. Pero ¿no ves qué traza de médico aquella? (*Los dos miran hacia el foro.*)

GINÉS. — Ya lo veo... Mira, retirémonos uno a un lado y otro a otro, para que no se nos pueda escapar. Hemos de tratarle con la mayor cortesía del mundo. ¿Lo entiendes?
LUCAS. — Sí.
GINÉS. — Y sólo en el caso de que absolutamente sea preciso...
LUCAS. — Bien... Entonces me haces una seña, y le ponemos como nuevo.
GINÉS. — Pues, apartémonos, que ya llega. (*Ocúltanse a los dos lados del teatro.*)

ESCENA CUARTA

Gines, Lucas; Bartolo sale del monte con el hacha y las alforjas al hombro, cantando; siéntase en el suelo en medio del teatro, y saca de las alforjas una bota.

BARTOLO

En el alcázar de Venus,
junto al Dios de los planetas,
en la gran Constantinopla,
allá en la casa de Meca,
donde el gran sultán baja,
imperio de tantas fuerzas,
aquel Alcorán que todos
le pagan tributo en perlas;
rey de setenta y tres reyes,
de siete imperios... (*Bebe.*)
de siete imperios cabeza;
ese tal tiene una hija,
que es del imperio heredera.

(*Vuelve a beber, va a poner la bota al lado por donde sale Lucas, el cual le hace con el sombrero en la mano una cortesía. Bartolo, sospechando que es para quitarle la bota, va a ponerla al otro lado a tiempo que sale Ginés*

haciendo lo mismo que Lucas. Bartolo pone la bota entre las piernas, y la tapa con las alforjas.)

Arre allá, diablo. ¿Qué buscará este animal? Lo primero esconderé la bota... ¡Calle! Otro zángano. ¿Qué demonios es esto? En todo caso la guardaremos y la arroparemos; porque no tienen cara de hacer cosa buena.

GINÉS. — ¿Es usted un caballero que se llama el señor don Bartolo?

BARTOLO. — ¿Y qué?

GINÉS. — ¿Que si se llama usted don Bartolo?

BARTOLO. — No, y sí, conforme lo que ustedes quieran.

GINÉS. — Queremos hacerle a usted cuantos obsequios sean posibles.

BARTOLO. — Si así es, yo me llamo don Bartolo. (*Quítase el sombrero y le deja a un lado.*)

LUCAS. — Pues con toda cortesía...

GINÉS. — Y con la mayor reverencia...

LUCAS. — Con todo cariño, suavidad y dulzura...

GINÉS. — Y con todo respeto, y con la veneración más humilde...

BARTOLO. (*Aparte*) — Parecen arlequines, que todo se les vuelve cortesías y movimientos.

GINÉS. — Pues, señor, venimos a implorar su auxilio de usted para una cosa muy importante.

BARTOLO. — ¿Y qué pretenden ustedes? Vamos, que si es cosa que dependa de mí, haré lo que pueda.

GINÉS. — Favor que usted nos hace... Pero cúbrase usted, que el sol le incomodará.

LUCAS. — Vaya, señor, cúbrase usted.

BARTOLO. — Vaya, señores, ya estoy cubierto... (*Pónese el sombrero, y los otros también.*) ¿Y ahora?

GINÉS. — No extrañe usted que vengamos en su busca. Los hombres eminentes siempre son buscados y solicitados, y como nosotros nos hallamos noticiosos del sobresaliente talento de usted, y de su...

BARTOLO. — Es verdad, como que soy el hombre que se conoce para cortar leña.

LUCAS. — Señor...

BARTOLO. — Si ha de ser de encina, no la daré menos de a dos reales la carga.
GINÉS. — Ahora no tratamos de eso.
BARTOLO. — La de pino la daré más barata. La de raíces, mire usted...
GINÉS. — ¡Oh!, señor, eso es burlarse.
LUCAS. — Suplico a usted que hable de otro modo.
BARTOLO. — Hombre, yo no sé qué otra manera de hablar. Pues me parece que bien claro me explico.
GINÉS. — ¡Un sujeto como usted ha de ocuparse en ejercicios tan groseros! Un hombre tan sabio, tan insigne médico, ¿no ha de comunicar al mundo los talentos de que le ha dotado la naturaleza?
BARTOLO. — ¿Quién, yo?
GINÉS. — Usted, no hay que negarlo.
BARTOLO. — Usted será el médico y toda su generación, que yo en mi vida lo he sido. (*Ap.* Borrachos están.)
LUCAS. — ¿Para qué es excusarse? Nosotros lo sabemos, y se acabó.
BARTOLO. — Pero, en suma, ¿quién soy yo?
GINÉS. — ¿Quién? Un gran médico.
BARTOLO. — ¡Qué disparate. (*Ap.* ¿No digo que están bebidos?)
GINÉS. — Con que vamos, no hay que negarlo, que no venimos de chanza.
BARTOLO. — Vengan ustedes como vengan, yo no soy médico, ni lo he pensado jamás.
LUCAS. — Al cabo me parece que será necesario. (*Mirando a Ginés.*) ¿Eh?
GINÉS. — Yo creo que sí.
LUCAS. — En fin, amigo don Bartolo, no es ya tiempo de disimular.
GINÉS. — Mire usted que se lo decimos por su bien.
LUCAS. — Confiese usted con mil demonios que es médico, y acabemos.
BARTOLO. (*Impaciente*) — ¡Yo rabio!
GINÉS. — ¿Para qué es fingir si todo el mundo lo sabe?
BARTOLO. — Pues digo a ustedes que no soy médico. (*Se*

levanta, quiere irse, ellos lo estorban, y se le acercan, disponiéndose para apalearle.)

GINÉS. — ¿No?

BARTOLO. — No, señor.

LUCAS. — ¿Con que no?

BARTOLO. — El diablo me lleve si entiendo palabra de medicina.

GINÉS. — Pues, amigo, con su buena licencia de usted, tendremos que valernos del remedio consabido... Lucas.

LUCAS. — Ya, ya.

BARTOLO. — ¿Y qué remedio dice usted?

LUCAS. — Este. (*Danle de palos, cogiéndole siempre las vueltas para que no se escape.*)

BARTOLO. — ¡Ay! ¡ay! ¡ay!... (*Quitándose el sombrero.*) Basta, que yo soy médico, y todo lo que ustedes quieran.

GINÉS. — Pues bien, ¿para qué nos obliga usted a esta violencia?

LUCAS. — ¿Para qué es darnos el trabajo de derrengarle a garrotazos?

BARTOLO. — El trabajo es para mí, que los llevo... Pero, señores, vamos claros: ¿Qué es esto? ¿es una humorada: o están ustedes locos?

LUCAS. — ¿Aun no confiesa usted que es doctor en medicina?

BARTOLO. — No, señor; no lo soy, ya está dicho.

GINÉS. — ¿Con que no es usted médico?... Lucas.

LUCAS. — ¿Con que no? (*Vuelven a darle de palos.*) ¿Eh?

BARTOLO. — ¡Ay! ¡ay! ¡pobre de mí! (*Pónese de rodillas juntando las manos, en ademán de súplica.*) Sí que soy médico. Sí, señor.

LUCAS. — ¿De veras?

BARTOLO. — Sí, señor, y cirujano de estuche, y saludador, y albéitar, y sepulturero, y todo cuanto hay que ser.

GINÉS. — Me alegro de verle a usted tan razonable. (*Levántanle cariñosamente entre los dos.*)

LUCAS. — Ahora sí que parece usted hombre de juicio.

BARTOLO. (*Aparte.*) ¡Maldita sea vuestra alma!...) ¿Si seré yo médico y no habré reparado en ello?

GINÉS. — No hay que arrepentirse. A usted se le pagará muy bien su asistencia, y quedará contento.

BARTOLO. — Pero, hablando ahora en paz, ¿es cierto que soy médico?

GINÉS. — Certísimo.

BARTOLO. — ¿Seguro?

GINÉS. — Sin duda alguna.

BARTOLO. — Pues lléveme el diablo si yo sabía tal cosa.

GINÉS. — ¿Pues cómo, siendo el profesor más sobresaliente que se conoce?

BARTOLO. (*Riéndose*) — ¡Ah! ¡ah! ¡ah!

GINÉS. — Un médico que ha curado no sé cuántas enfermedades mortales.

BARTOLO. (*Con ironía*) — ¡Válgame Dios!

LUCAS. — Una mujer que estaba ya enterrada...

GINÉS. — Un muchacho que cayó de una torre y se hizo la cabeza tortilla...

BARTOLO. — ¿También le curé?

LUCAS. — También.

GINÉS. — Con que buen ánimo, señor doctor. Se trata de asistir a una señorita muy rica, que vive en esa quinta cerca del molino. Usted estará allí comido y bebido, y regalado como cuerpo de rey, y le traerán en palmitas.

BARTOLO. — ¿Me traerán en palmitas?

LUCAS. — Sí, señor, y acabada la curación le darán a usted qué sé yo cuánto dinero.

BARTOLO. — Pues, señor, vamos allá. ¿En palmitas y qué sé yo cuánto dinero?... Vamos allá.

GINÉS. — Recógele todos esos muebles, y vamos.

BARTOLO. — No, poco a poco. (*Lucas recoge las alforjas y el hacha. Bartolo le quita la bota y se la guarda debajo del brazo.*) La bota conmigo.

GINÉS. — Pero, señor, ¡un doctor en medicina con bota!

BARTOLO. — No importa, venga... Me darán bien de comer y de beber... (*Apartándose a un lado, medita y habla entre sí. Después con ellos.*) La pulsaré, la recetaré algo... La mato seguramente... Si no quiero ser médico, me volverán a sacudir el bulto; y si lo soy, me le sacudirán también... Pero díganme ustedes: ¿les pa-

rece que este traje rústico será propio de un hombre tan sapientísimo como yo?

GINÉS. — No hay que afligirse. Antes de presentarle a usted, le vestiremos con mucha decencia.

BARTOLO. (*Aparte*) — Si a lo menos pudiese acordarme de aquellos textos, de aquellas palabrotas que les decía mi amo a los enfermos... saldría del apuro.

GINÉS. — Mira que se quiere escapar.

LUCAS. — Señor don Bartolo, ¿qué hacemos?

BARTOLO. (*Aparte*) — Aquel libro de vocabulorum, que llevaba el chico al aula. ¡Aquel sí que era bueno!

GINÉS. — Vaya, basta de meditación.

LUCAS. — ¿Será cosa de que otra vez... (*En ademán de volverle a dar.*)

BARTOLO. — ¡Qué!, no, señor. Sino que estaba pensando en el plan curativo... ¡Pobrecito Bartolo! Vamos. (*Los dos le cogen en medio, y se van con él por la izquierda del teatro.*)

ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

Don Jerónimo, Lucas, Ginés, Andrea

DON JERÓNIMO. — ¿Con que decís que es tan hábil?

LUCAS. — Cuantos hemos visto hasta ahora no sirven para descalzarle.

GINÉS. — Hace curas maravillosas.

LUCAS. — Resucita muertos.

GINÉS. — Sólo que es algo estrambótico y lunático, y amigo de burlarse de todo el mundo.

DON JERÓNIMO. — Me dejáis aturdido con esa relación. Ya tengo impaciencia de verle. Ve por él, Ginés.

LUCAS. — Vistiéndose quedaba. Toma la llave, y no te apartes de él. (*Le da una llave a Ginés, el cual se va por la puerta del lado derecho.*)

DON JERÓNIMO. — Que venga, que venga presto.

ESCENA SEGUNDA

Don Jerónimo, Andrea, Lucas

ANDREA. — ¡Ay, señor amo! que aunque el médico sea un pozo de ciencia, me parece a mí que no haremos nada.

DON JERÓNIMO. — ¿Por qué?

ANDREA. — Porque doña Paulita no ha menester médicos, sino marido, marido: eso la conviene, lo demás es andarse por las ramas. ¿Le parece a usted que ha de curarse con ruibardo, y jalapa, y tinturas, y cocimientos, y potingues, y porquerías, que no sé cómo no ha perdido ya el estómago? No, señor, con un buen marido sanará perfectamente.

LUCAS. — Vamos, calla, no hables tonterías.

DON JERÓNIMO. — La chica no piensa en eso. Es todavía muy niña.

ANDREA. — ¡Niña! Sí, cásela usted, y verá si es niña.

DON JERÓNIMO. — Más adelante no digo que...

ANDREA. — Boda, boda, y aflojar el dote, y...

DON JERÓNIMO. — ¿Quieres callar, habladora?

ANDREA. (*Aparte.* Allí le duele...) Y despedir médicos y boticarios, y tirar todas esas pócimas y brebajes por la ventana, y llamar al novio, que ése la pondrá buena.

DON JERÓNIMO. — ¿A qué novio, bachillera, impertinente? ¿En dónde está ese novio?

ANDREA. — ¡Qué presto se le olvidan a usted las cosas! Pues que, ¿no sabe usted que Leandro la quiere, que la adora, y ella le corresponde? ¿No lo sabe usted?

DON JERÓNIMO. — La fortuna del tal Leandro está en que no le conozco, porque desde que tenía ocho o diez años no le he vuelto a ver... Y ya sé que anda por aquí acechando y rondándome la casa; pero como yo le llegue a pillar... Bien que lo mejor será escribir a su tío para que le recoja y se le lleve a Buitrago, y allí se le tenga. ¡Leandro! ¡Buen matrimonio por cierto! Con un mancebito que acaba de salir de la universidad, muy atestada de Vinios la cabeza, y sin un cuarto en el bolsillo!

ANDREA. — Su tío, que es muy rico, que es muy amigo de usted, que quiere mucho a su sobrino, y que no tiene otro heredero, suplirá esa falta. Con el dote que usted dará a su hija, y con lo que...

DON JERÓNIMO. — Vete al instante de aquí, lengua de demonio.

ANDREA. (*Aparte.*). — Allí le duele.

DON JERÓNIMO. — Vete.

ANDREA. — Ya me iré, señor.

DON JERÓNIMO. — Vete, que no te puedo sufrir.

LUCAS. — ¡Que siempre has de dar en esa, Andrea! Calla, y no desazones al amo, mujer; calla, que el amo no necesita de tus consejos para hacer lo que quiera. No te metas nunca en cuidados ajenos, que al fin y al cabo, el señor es el padre de su hija, y su hija es hija, y su padre es el señor; no tiene remedio.

DON JERÓNIMO. — Dice bien tu marido, que eres muy entremetida.

LUCAS. — El médico viene.

ESCENA TERCERA

Bartolo, Ginés, don Jerónimo, Lucas, Andrea (*Salen por la derecha Ginés y Bartolo, éste vestido con casaca antigua, sombrero de tres picos y bastón.*)

GINÉS. — Aquí tiene usted, señor don Jerónimo, al estupendo médico, al doctor infalible, al pasmo del mundo.

DON JERÓNIMO. — Me alegro mucho de ver a usted, y de conocerle, señor doctor. (*Se hacen cortesía uno a otro, con el sombrero en la mano.*)

BARTOLO. — Hipócrates dice que los dos nos cubramos.

DON JERÓNIMO. — ¿Hipócrates lo dice?

BARTOLO. — Sí, señor.

DON JERÓNIMO. — ¿Y en qué capítulo?

BARTOLO. — En el capítulo de los sombreros.

DON JERÓNIMO. — Pues si lo dice Hipócrates, será preciso obedecer. (*Los dos se ponen el sombrero.*)

BARTOLO. — Pues como digo, señor médico, habiendo sabido...

DON JERÓNIMO. — ¿Con quién habla usted?

BARTOLO. — Con usted.

DON JERÓNIMO. — ¿Conmigo? Yo no soy médico.

BARTOLO. — ¿No?

DON JERÓNIMO. — No, señor.

BARTOLO. — ¿No? Pues ahora verás lo que te pasa. (*Arremete hacia él con el bastón levantado en ademán de darle de palos. Huye don Jerónimo, los criados se ponen de por medio, y detienen a Bartolo.*)

DON JERÓNIMO. — ¿Qué hace usted, hombre?

BARTOLO. — Yo te haré que seas médico a palos, que así se gradúan en esta tierra.

DON JERÓNIMO. — Detenedle vosotros... ¿Qué loco me habéis traído aquí?

GINÉS. — ¿No le dije a usted que era muy chancero?

DON JERÓNIMO. — Sí; pero que vaya a los infiernos con esas chanzas.

LUCAS. — No le dé a usted cuidado. Si lo hace por reír.

GINÉS. — Mire usted, señor facultativo, este caballero que está presente es nuestro amo, y padre de la señorita que usted ha de curar.

BARTOLO. — ¿El señor es su padre? ¡Oh! perdone usted, señor padre, esta libertad que...

DON JERÓNIMO. — Soy de usted.

BARTOLO. — Yo siento...

DON JERÓNIMO. — No, no ha sido nada... (*Aparte.* ¡Maldita sea tu casta!...) Pues señor, vamos al asunto. (*Saca la caja, se la presenta a Bartolo, y él toma un polvo con afectada gravedad.*) Yo tengo una hija muy mala...

BARTOLO. — Muchos padres se quejan de lo mismo.

DON JERÓNIMO. — Quiero decir que está enferma.

BARTOLO. — Ya, enferma.

DON JERÓNIMO. — Sí, señor.

BARTOLO. — Me alegro mucho.

DON JERÓNIMO. — ¿Cómo?

BIBLIOTECA NACIONAL DE MAESTROS

BARTOLO. — Digo que me alegro de que su hija de usted necesite de mi ciencia, y ojalá que usted y toda su familia estuviesen a las puertas de la muerte, para emplearme en su asistencia y alivio.
DON JERÓNIMO. — Viva usted mil años, que yo le estimo su buen deseo.
BARTOLO. — Hablo ingenuamente.
DON JERÓNIMO. — Ya lo conozco.
BARTOLO. — ¿Y cómo se llama su niña de usted?
DON JERÓNIMO. — Paulita.
BARTOLO. — ¡Paulita! ¡Lindo nombre para curarse!... Y esta doncella, ¿quién es?
DON JERÓNIMO. — Esta doncella es mujer de aquél. (*Señalando a Lucas.*)
BARTOLO. — ¡Oiga!
DON JERÓNIMO. — Sí, señor... Voy a hacer que salga aquí la chica para que usted la vea.
ANDREA. — Durmiendo quedaba.
DON JERÓNIMO. — No importa, la despertaremos. Ven, Ginés.
GINÉS. — Allá voy. (*Vanse los dos por la izquierda.*)

ESCENA CUARTA

Bartolo, Andrea, Lucas

BARTOLO. (*Acercándose a Andrea con ademanes y gestos expresivos.*) — ¿Con que usted es mujer de ese mocito?
ANDREA. — Para servir a usted.
BARTOLO. — ¡Y qué frescota es! ¡Y qué... regocijo da el verla!... ¡Hermosa boca tiene!... ¡Ay, qué dientes tan blancos, tan igualitos, y qué risa tan graciosa!... ¡Pues los ojos! En mi vida he visto un par de ojos más habladores ni más traviesos.
LUCAS. (*Aparte.* ¡Habrá demonio de hombre! ¡Pues no la está requebrando el maldito!...) — Vaya, señor doctor, mude usted de conversación, porque no me gustan esas flores. ¿Delante de mí se pone usted a decir arrumacos a mi mujer? Yo no sé cómo no cojo un garrote, y le...

BIBLIOTECA NACIONAL

(*Mirando por el teatro si hay algún palo. Bartolo le detiene.*)

BARTOLO. — Hombre, por Dios, ten caridad. ¿Cuántas veces me han de examinar de médico?

LUCAS. — Pues cuenta con ella.

ANDREA. — Yo reviento de risa. (*Encaminándose a recibir a doña Paula, que sale por la puerta de la izquierda con don Jerónimo y Ginés.*)

ESCENA QUINTA

Don Jerónimo, doña Paula, Ginés, Lucas, Bartolo, Andrea

DON JERÓNIMO. — Anímate, hija mía, que yo confío en la sabiduría portentosa de este señor, que brevemente recobrarás tú salud. Esta es la niña, señor doctor. Hola, arrimad sillas. (*Traen sillas los criados. Doña Paula se sienta en una poltrona entre Bartolo y su padre. Los criados detrás, en pie.*)

BARTOLO. — ¿Con que esta es su hija de usted?

DON JERÓNIMO. — No tengo otra, y si se me llegara a morir me volvería loco.

BARTOLO. — Ya se guardará muy bien. Pues qué, ¿no hay más que morirse sin licencia del médico? No, señor; no se morirá... Vean ustedes aquí una enferma, que tiene un semblante capaz de hacer perder la chabeta al hombre más tétrico del mundo. Yo, con todos mis aforismos, le aseguro a usted... ¡Bonita cara tiene!

DOÑA PAULA. — ¡Ah! ¡ah! ¡ah!

DON JERÓNIMO. — Vaya, gracias a Dios que se ríe la pobrecita.

BARTOLO. — ¡Bueno! ¡Gran señal!, ¡gran señal! Cuando el médico hace reír a las enfermas es linda cosa... Y bien, ¿qué la duele a usted?

DOÑA PAULA. — Ba, ba, ba, ba.

BARTOLO. — ¿Eh? ¿Qué dice usted?

DOÑA PAULA. — Ba, ba, ba.

BARTOLO. — Ba, ba, ba, ba. ¿Qué diantre de lengua es esa? Yo no entiendo palabra.

DON JERÓNIMO. — Pues ese es su mal. Ha venido a quedarse muda, sin que se pueda saber la causa. Vea usted qué desconsuelo para mí.

BARTOLO. — ¡Qué bobería! Al contrario, una mujer que no habla es un tesoro. La mía no padece esta enfermedad, y si la tuviese, yo me guardaría muy bien de curarla.

DON JERÓNIMO. — A pesar de eso, yo le suplico a usted que aplique todo su esmero a fin de aliviarla y quitarla ese impedimento.

BARTOLO. — Se la aliviará, se la quitará: pierda usted cuidado. Pero es curación que no se hace así como quiera. ¿Come bien?

DON JERÓNIMO. — Sí, señor, con bastante apetito.

BARTOLO. — ¡Malo!... ¿Duerme?

ANDREA. — Sí, señor, unas ocho o nueve horas suele dormir regularmente.

BARTOLO. — ¡Malo!... ¿Y la cabeza la duele?

DON JERÓNIMO. — Ya se lo hemos preguntado varias veces; dice que no.

BARTOLO. — ¿No? ¡Malo!... Venga el pulso... Pues, amigo, este pulso indica... ¡Claro! está claro.

DON JERÓNIMO. — ¿Qué indica?

BARTOLO. — Que su hija de usted tiene secuestrada la facultad de hablar.

DON JERÓNIMO. — ¿Secuestrada?

BARTOLO. — Sí por cierto; pero buen ánimo, ya lo he dicho, curará.

DON JERÓNIMO. — Pero ¿de qué ha podido proceder este accidente?

BARTOLO. — Este accidente ha podido proceder y procede (según la más recibida opinión de los autores) de habérsela interrumpido a mi señora doña Paulita el uso espedito de la lengua.

DON JERÓNIMO. — ¡Este hombre es un prodigio!

LUCAS. — ¿No se lo dijimos a usted?

ANDREA. — Pues a mí me parece un macho.

LUCAS. — Calla.

DON JERÓNIMO. — Y en fin, ¿qué piensa usted que se puede hacer?

BARTOLO. — Se puede y se debe hacer... El pulso... (*Tomando el puso a doña Paula.*) Aristóteles en sus protocolos habló de este caso con mucho acierto.

DON JERÓNIMO. — ¿Y qué dijo?

BARTOLO. — Cosas divinas... La otra... (*La toma el pulso en la otra mano, y la observa la lengua.*) A ver la lengüecita... ¡Ay, qué monería!... Dijo... ¿Entiende usted el latín?

DON JERÓNIMO. — No, señor, ni una palabra.

BARTOLO. — No importa. Dijo: *Bonus bona bonum, uncias duas, mascula sunt maribus, honora medicum, acinax acinacis, est modus in rebus; amarylida sylvas.* Que quiere decir, que esta falta de coagulación en la lengua la causan ciertos humores que nosotros llamamos humores... acres, proclives, espontáneos y corrumpentes. Porque como los vapores que se elevan de la región... ¿Están ustedes?

ANDREA. — Sí, señor, aquí estamos todos.

BARTOLO. — De la región lumbar, pasando desde el lado izquierdo donde está el hígado, al derecho en que está el corazón, ocupan todo el duodeno y parte del cráneo; de aquí es, según la doctrina de Ausias March y de Calepino aunque yo llevo la contraria), que la malignidad de dichos vapores... ¿Me explico?

DON JERÓNIMO. — Sí, señor, perfectamente.

BARTOLO. — Pues, como digo, supeditando dichos vapores las carúnculas y el epidermis, necesariamente impiden que el tímpano comunique al metacarpo los sucos gástricos. *Doceo doces, docere, docui, doctum, ars longa, vita brevis: templum, templi: augusta vindelicorum, et reliqua...* ¿Qué tal? ¿He dicho algo?

DON JERÓNIMO. — Cuánto hay que decir.

GINÉS. — Es mucho hombre este.

DON JERÓNIMO. — Solo he notado una equivación en lo que...

BARTOLO. — ¿Equivocación? No puede ser. Yo nunca me equivoco.

DON JERÓNIMO. — Creo que dijo usted que el corazón está al lado derecho, y el hígado al izquierdo; y en verdad que es todo lo contrario.

BARTOLO. — ¡Hombre ignorantísimo, sobre toda la ignorancia de los ignorantes! ¿Ahora me sale usted con esas vejeces? Sí, señor, antiguamente así sucedía, pero ya lo hemos arreglado de otra manera.

DON JERÓNIMO. — Perdone usted, si en esto he podido ofenderle.

BARTOLO. — Ya está usted perdonado. Usted no sabe latín, y por consiguiente está dispensado de tener sentido común.

DON JERÓNIMO. — ¿Y qué le parece a usted que deberemos hacer con la enferma?

BARTOLO. — Primeramente harán ustedes que se acueste, luego se la darán unas buenas friegas..., bien que eso yo mismo lo haré... y después tomará de media en media hora una gran sopa en vino.

ANDREA. — ¡Qué disparate!

DON JERÓNIMO. — ¿Y para qué es buena la sopa en vino?

BARTOLO. — ¡Ay, amigo, y qué falta le hace a usted un poco de ortografía! La sopa en vino es buena para hacerla hablar. Porque en el pan y en el vino, empapado el uno en el otro, hay una virtud simpática, que simpatiza y absorbe el tejido celular y la pia mater, y hace hablar a los mudos.

DON JERÓNIMO. — Pues no lo sabía.

BARTOLO. — Si usted no sabe nada.

DON JERÓNIMO. — Es verdad que no he estudiado, ni...

BARTOLO. — ¿Pues no ha visto usted, pobre hombre, no ha visto usted cómo a los loros los atracan de pan mojado en vino?

DON JERÓNIMO. — Sí, señor.

BARTOLO. — ¿Y no hablan los loros? Pues para que hablen se les da, y para que hable se lo daremos también a doña Paulita, y dentro de muy poco hablará más que siete papagayos.

DON JERÓNIMO. — Algún ángel le ha traído a usted a mi casa, señor doctor... Vamos, hijita, que ya querrás descansar... Al instante vuelvo, señor don... ¿Cómo es su gracia de usted?

BARTOLO. — Don Bartolo.

DON JERÓNIMO. — Pues así que la deje acostada seré con usted, señor don Bartolo... (*Se levantan los tres.*) Ayuda aquí, Andrea... Despacito.

BARTOLO. — Taparla bien, no se resfríe. Adiós, señorita.

DOÑA PAULA. — Ba, ba, ba, ba.

DON JERÓNIMO. (*Hace que se va acompañando a doña Paula, y vuelve a hablar aparte con Lucas.*) — Lucas, ve al instante y adereza el cuarto del señor, bien limpio todo, una buena cama, la colcha verde, la jarra con agua, la aljofaina, la toalla, en fin, que no falte cosa ninguna... ¿Estás?

LUCAS. (*Marchando por la puerta de la derecha.*) — Sí, señor.

DON JERÓNIMO. — Vamos, hija mía. (*Vanse don Jerónimo, doña Paula, Andrea y Ginés por la puerta de la izquierda.*)

BARTOLO. — Yo sudo... En mi vida me he visto más apurado... ¡Si es imposible que esto pare en bien, imposible! Veré si ahora que todos andan por allá dentro puedo... Y si no, mal estamos... En las espaldas siento una desazón que no me deja... Y no es por los palos recibidos, sino por los que aun me falta que recibir. (*Vase por la parte del lado derecho.*)

ACTO TERCERO

ESCENA PRIMERA

(*Bartolo sale sin sombrero ni bastón por la derecha*)

Don Jerónimo

BARTOLO. — Pues, señor, ya está visto. Esto de escabullirse, es negocio desesperado... ¡El maldito, con achaque de la compostura del cuarto, no se mueve de allí!... ¡Ay, pobre Bartolo!... (*Paseándose inquieto por el teatro.*) Vamos, pecho al agua, y suceda lo que Dios quiera.

DON JERÓNIMO. (*Sale por la izquierda.*) — No ha habido forma de poderla reducir a que se acueste. Ya la están preparando la sopa en vino que usted mandó. Veremos lo que resulta.

BARTOLO. — No hay que dudar, el resultado será felicísimo.

DON JERÓNIMO. (*Sacando la bolsa y tomando de ella algunos escuditos.*) — Usted, amigo don Bartolo, estará en mi casa obsequiado y servido como un príncipe, y entre tanto quiero que tenga usted la bondad de recibir estos escuditos.

BARTOLO. — No se hable de eso.

DON JERÓNIMO. — Hágame usted este favor.

BARTOLO. — No hay que tratar de la materia.

DON JERÓNIMO. — Vamos, que es preciso.

BARTOLO. — Yo no lo hago por el dinero.

DON JERÓNIMO. — Lo creo muy bien, pero sin embargo...

BARTOLO. — ¿Y son de los nuevos?

DON JERÓNIMO. — Sí, señor.

BARTOLO. — Vaya, una vez que son de los nuevos los tomaré. (*Los toma y se los guarda.*)

DON JERÓNIMO. — Ahora bien, quede usted con Dios, que voy a ver si hay novedad, y volveré... Me tiene con tal inquietud esta chica, que no sé parar en ninguna parte.

ESCENA SEGUNDA

Leandro (*Sale por la puerta de la derecha recatándose.*), *Bartolo*

LEANDRO. — Señor doctor, yo vengo a implorar su auxilio de usted, y espero que...

BARTOLO. — Veamos el pulso... (*Tomando el pulso, con gestos de displicencia.*) Pues no me gusta nada... ¿Y qué siente usted?

LEANDRO. — Pero si yo no vengo a que usted me cure; si yo no padezco ningún achaque.

BARTOLO. (*Con despego.*) — Pues, ¿a qué diablos viene usted?

LEANDRO. — A decirle a usted en dos palabras que yo soy Leandro.

BARTOLO. — ¿Y qué se me da a mí de que usted se llame Leandro o Juan de las viñas? (*Alzando la voz. Leandro le habla en tono bajo y misterioso.*)

LEANDRO. — Diré a usted. Yo estoy enamorado de doña Paulita; ella me quiere, pero su padre no me permite que la vea... Estoy desesperado, y vengo a suplicarle a usted que me proporcione una ocasión, un pretexto para hablarla y...

BARTOLO. — Que es decir en castellano, que yo haga de alcahuete. (*Irritado y alzando más la voz.*) ¡Un médico! ¡Un hombre como yo!... Quítese usted de ahí.

LEANDRO. — ¡Señor!

BARTOLO. — ¡Es mucha insolencia, caballerito!

LEANDRO. — Calle usted, señor; no grite usted.

BARTOLO. — Quiero gritar... ¡Es usted un temerario!

LEANDRO. — ¡Por Dios, señor doctor!

BARTOLO. — ¿Yo alcahuete? Agradezca usted que... (*Se pasea inquieto.*)

LEANDRO. — ¡Válgame Dios, qué hombre!... Probemos a ver si... (*Saca un bolsillo, y al volverse Bartolo se le pone en la mano; él le toma, le guarda, y bajando la voz habla confidencialmente con Leandro.*)

BARTOLO. — ¡Desvergüenza como ella!

LEANDRO. — Tome usted... Y le pido perdón de mi atrevimiento.

BARTOLO. — Vamos, que no ha sido nada.

LEANDRO. — Confieso que erré, y que anduve un poco...

BARTOLO. — ¿Qué errar? ¡Un sujeto como usted! ¡Qué disparate! Vaya, con que...

LEANDRO. — Pues, señor, esa niña vive infeliz. Su padre no quiere casarla por no soltar el dote. Se ha fingido enferma; han venido varios médicos a visitarla, la han recetado cuantas pócimas hay en la botica; ella no toma ninguna, como es fácil de presumir; y por último, hostigada de sus visitas, de sus consultas y de sus preguntas impertinentes, se ha hecho la muda, pero no lo está.

BARTOLO. — ¿Con que todo ello es una farándula?

LEANDRO. — Sí, señor.
BARTOLO. — ¿El padre le conoce a usted?
LEANDRO. — No, señor, personalmente no me conoce.
BARTOLO. — ¿Y ella le quiere a usted? ¿Es cosa segura?
LEANDRO. — ¡Oh! de eso estoy muy persuadido.
BARTOLO. — ¿Y los criados?
LEANDRO. — Ginés no me conoce, porque hace muy poco tiempo que entró en la casa; Andrea está en el secreto; su marido, si no lo sabe, a lo menos lo sospecha y calla, y puedo contar con uno y con otro.
BARTOLO. — Pues bien, yo haré que hoy mismo quede usted casado con doña Paulita.
LEANDRO. — ¿De veras?
BARTOLO. — Cuando yo lo digo...
LEANDRO. — ¿Sería posible?
BARTOLO. — ¿No le he dicho a usted que sí? Le casaré a usted con ella, con su padre y con toda su parentela... Yo diré que es usted... boticario.
LEANDRO. — Pero si yo no entiendo palabra de esa facultad.
BARTOLO. — No le dé a usted cuidado, que lo mismo me sucede a mí. Tanta medicina sé yo como un perro de aguas.
LEANDRO. — ¿Con que no es usted médico?
BARTOLO. — No por cierto. Ellos me han examinado de un modo particular; pero con examen y todo, la verdad es que no soy lo que dicen. Ahora lo que importa es que usted esté por ahí inmediato, que yo le llamaré a su tiempo.
LEANDRO. — Bien está, y espero que usted... (*Vase por la puerta de la derecha.*)
BARTOLO. — Vaya usted con Dios.

ESCENA TERCERA

Andrea (*Sale por la izquierda.*), *Bartolo, Lucas*

ANDREA. — Señor médico, me parece que la enferma le quiere dejar a usted desairado, porque...

BARTOLO. — Como no me desaires tú, niña de mis ojos, lo demás importa seis maravedís, y como yo te cure a ti, más que muera todo el género humano. (*Sale por la derecha Lucas; va acercándose detrás de Bartolo, y escucha.*)

ANDREA. — Yo no tengo nada que curar.

BARTOLO. — Pues mira, lo mejor será curar a tu marido... ¡Qué bruto es, y qué celoso tan impertinente!

ANDREA. — ¿Qué quiere usted? Cada uno cuida de su hacienda.

BARTOLO. — ¿Y por qué ha de ser hacienda de aquel gaznápiro este cuerpecito gracioso? (*Se encamina a ella con los brazos abiertos, en ademán de abrazarla. Andrea se va retirando, Lucas agachándose, pasa por debajo del brazo derecho de Bartolo, vuélvese de cara hacia él, y quedan abrazados los dos. Andrea se va riendo por la puerta del lado izquierdo.*)

LUCAS. — ¿No le he dicho a usted, señor doctor, que no quiero esas chanzas?... ¿No se lo he dicho a usted?

BARTOLO. — Pero, hombre, si aquí no hay malicia ni...

LUCAS. — Vete tú de ahí... Con malicia o sin ella, le he de abrir a usted la cabeza de un trancazo, si vuelve a alzar los ojos para mirarla. ¿Lo entiende usted?

BARTOLO. — Pues ya se ve que lo entiendo.

LUCAS. — Cuidado conmigo... (*Le da un envión al tiempo de desasirse de él.*) ¡Se habrá visto mico más enredador!

ESCENA CUARTA

Don Jerónimo (*Sale por la izquierda.*), *Bartolo, Lucas, Leandro*

DON JERÓNIMO. — ¡Ay, amigo don Bartolo! que aquella pobre muchacha no se alivia. No ha querido acostarse. Desde que ha tomado la sopa en vino está mucho peor.

BARTOLO. — ¡Bueno! eso es bueno. Señal de que el remedio va obrando. No hay que afligirse. Aunque la vea usted agonizando, no hay que afligirse, que aquí estoy

yo... (*Llama, encarándose a la puerta del lado derecho.*) Digo, ¡don Casimiro! ¡don Casimiro!

LEANDRO. (*Desde adentro.*) —¡Señor!

BARTOLO. —¡Don Casimiro!

LEANDRO. (*Saliendo.*) —¿Qué manda usted?

DON JERÓNIMO. —¿Y quién es este hombre?

BARTOLO. — Un excelente didascálico... boticario que llaman ustedes... eminente profesor... Le he mandado venir para que disponga una cataplasma de todas flores, emolientes, astringentes, dialécticas, pirotécnicas y narcóticas, que será necesario aplicar a la enferma.

DON JERÓNIMO. — Mire usted qué decaída está.

BARTOLO. — No importa, va a sanar muy pronto.

ESCENA QUINTA

Doña Paula, Andrea, Ginés, don Jerónimo, Bartolo, Leandro, Lucas. (*Salen los tres primeros por la puerta de la izquierda.*)

BARTOLO. — Don Casimiro, púlsela usted, obsérvela bien, y luego hablaremos.

DON JERÓNIMO. —¿Con que en efecto es mozo de habilidad? ¿Eh? (*Va Leandro, y habla en secreto con doña Paula, haciendo que la pulsa. Andrea tercia en la conversación. Quedan distantes a un lado Bartolo y don Jerónimo, y a otro Ginés y Lucas.*)

BARTOLO. — No se ha conocido otro igual para emplastos, ungüentos, rosolis de perfecto amor y de leche de vieja, ceratos y julepes. ¿Por qué le parece a usted que le he hecho venir?

DON JERÓNIMO. — Ya lo supongo. Cuando usted se vale de él, no, no será rana.

BARTOLO. —¿Qué ha de ser rana? No, señor, si es un hombre que se pierde de vista.

DOÑA PAULA. — Siempre, siempre seré tuya, Leandro.

DON JERÓNIMO. —¿Qué? (*Volviéndose hacia donde está su hija.*) —¿Si será ilusión mía?... ¿Ha hablado, Andrea?

ANDREA. — Sí, señor, tres o cuatro palabras ha dicho.

DON JERÓNIMO. — ¡Bendito sea Dios! ¡Hija mía! (*Abraza a doña Paula, y vuelve lleno de alegría hacia Bartolo, el cual se pasea lleno de satisfacción.*) ¡Médico admirable!

BARTOLO. — ¡Y qué trabajo me ha costado curar la dichosa enfermedad! Aquí hubiera yo querido ver a toda la veterinaria junta y entera, a ver qué hacía.

DON JERÓNIMO. — Con que, Paulita, hija, ya puedes hablar, ¿es verdad? (*Vuelve a hablar con su hija, y la trae de la mano.*) Vaya, di alguna cosa.

GINÉS. (*Aparte a Lucas.*) — Aquí me parece que hay gato encerrado... ¿Eh?

LUCAS. — Tú calla, y déjalo estar.

DOÑA PAULA. — Sí, padre mío, he recobrado el habla para decirle a usted que amo a Leandro, y que quiero casarme con él.

DON JERÓNIMO. — Pero si...

DOÑA PAULA. — Nada puede cambiar mi resolución.

DON JERÓNIMO. — Es que...

DOÑA PAULA. — De nada servirá cuanto usted me diga. Yo quiero casarme con un hombre que me idolatra. Si usted me quiere bien, concédame su permiso sin excusas ni dilaciones.

DON JERÓNIMO. — Pero, hija mía, el tal Leandro es un pobretón...

DOÑA PAULA. — Dentro de poco será muy rico. Bien lo sabe usted. Y sobre todo, sarna con gusto no pica.

DON JERÓNIMO. — Pero ¡qué borbotón de palabras la ha venido de repente a la boca!... Pues, hija mía, no hay que cansarse. No será.

DOÑA PAULA. — Pues cuente usted con que ya no tiene hija, porque me moriré de la desesperación.

DON JERÓNIMO. — ¡Qué es lo que me pasa! (*Moviéndose de un lado a otro, agitado y colérico. Doña Paula se retira hacia el foro, y habla con Leandro y Andrea.*) Señor doctor, hágame usted el gusto de volvérmela poner muda.

BARTOLO. — Eso no puede ser. Lo que yo haré, solamente por servirle a usted, será ponerle sordo para que no la oiga.

DON JERÓNIMO. — Lo estimo infinito... Pero ¿piensas tú, hija inobediente, que... (*Encaminándose hacia doña Paula. Bartolo le detiene.*)

BARTOLO. — No hay que irritarse, que todo se echará a perder. Lo que importa es distraerla y divertirla. Déjela usted que vaya a coger un rato el aire por el jardín, y verá usted cómo poco a poco se la olvida ese demonio de Leandro... Vaya usted a acompañarla, don Casimiro, y cuide usted no pise alguna mala yerba.

LEANDRO. — Como usted mande, señor doctor. Vamos, señorita.

DOÑA PAULA. — Vamos enhorabuena.

DON JERÓNIMO. — Id vosotros también. (*A Lucas y Ginés, los cuales, con doña Paula, Leandro y Andrea, se van por la puerta del foro.*)

ESCENA SEXTA

Don Jerónimo, Bartolo

DON JERÓNIMO. — ¡Vaya, vaya, que no he visto semejante insolencia!

BARTOLO. — Esa es resulta necesaria del mal que ha estado padeciendo hasta ahora. La última idea que ella tenía cuando enmudeció, fué sin duda la de su casamiento con ese tunante de Alejandro, o Leandro, o como se llama. Cogióla el accidente, quedáronse trasconejadas una gran porción de palabras, y hasta que todas las vacíe, y se desahogue, no hay que esperar que se tranquilice ni hable con juicio.

DON JERÓNIMO. — ¿Qué dice usted? Pues me convence esa reflexión. (*Saca la caja don Jerónimo, y él y Bartolo toman tabaco.*)

BARTOLO. — ¡Oh! y si usted supiera un poco de numismática, lo entendería un poco mejor... Venga un polvo.

DON JERÓNIMO. — ¿Con que luego que haya desocupado?...

BARTOLO. — No lo dude usted... Es una evacuación que nosotros llamamos *tricolos tetrastrofos.*

ESCENA SÉPTIMA

Lucas, Andrea, Ginés (Van saliendo estos tres por la puerta del foro.), don Jerónimo, Bartolo

GINÉS. — ¡Señor amo!
LUCAS. — ¡Señor don Jerónimo!... ¡Ay qué desdicha!
ANDREA. — ¡Ay, amo mío de mi alma! que se la llevan.
DON JERÓNIMO. — Pero ¿qué se llevan?
LUCAS. — El boticario no es boticario.
GINÉS. — Ni se llama don Casimiro.
ANDREA. — El boticario es Leandro, en propia persona, y se lleva robada a la señorita.
DON JERÓNIMO. — ¿Qué dices? ¡Pobre de mí! Y vosotros, brutos, ¿habéis dejado que un hombre solo os burle de esa manera?
LUCAS. — No, no estaba solo, que estaba con una pistola. El demonio que se acercase.
DON JERÓNIMO. — ¿Y este pícaro de médico?...
BARTOLO. (*Aparte lleno de miedo.* Me parece que ya no puede tardar la tercera paliza.)
DON JERÓNIMO. — Este bribón, que ha sido su alcahuete... Al instante buscadme una cuerda.
ANDREA. — Ahí había una larga de tender ropa.
LUCAS. — Sí, sí, ya sé dónde está. Voy por ella. (*Vase por la izquierda, y vuelve al instante con una soga muy larga.*)
DON JERÓNIMO. — Me las ha de pagar... Pero, ¿hacia dónde se fueron? ¡Válgame Dios!
ANDREA. — Yo creo que se habrán ido por la puerta del jardín que sale al campo.
LUCAS. — Aquí está la soga.
DON JERÓNIMO. — Pues inmediatamente atadme bien, de pies y manos al doctor aquí en esta silla... (*Bartolo quiere huir, y Lucas y Ginés le detienen.*) Pero me lo habéis de ensogar bien fuerte.
GINÉS. — Pierda usted cuidado... Vamos, señor don Bartolo. (*Le hacen sentar en la silla poltrona, y le atan a ella, dando muchas vueltas a la soga.*)

DON JERÓNIMO. — Voy a buscar aquella bribona... Voy a hacer que avisen a la justicia, y mañana sin falta ninguna este pícaro médico ha de morir ahorcado... Andrea, corre, hija, asómate a la ventana del comedor, y mira si los descubres por el campo. Yo veré si los del molino me dan alguna razón. Y vosotros no perdáis de vista a ese perro. (*Se van don Jerónimo por la derecha, y Andrea por la izquierda. Lucas y Ginés siguen atando a Bartolo.*)

ESCENA OCTAVA

Bartolo, Lucas, Ginés, Martina

GINÉS. — Echa otra vuelta por aquí.

LUCAS. — ¿Y no sabes que el amiguito este había dado en la gracia de decir chicoleos a mi mujer?

GINÉS. — Anda, que ya las vas a pagar todas juntas.

BARTOLO. — ¿Estoy ya bien así?

GINÉS. — Perfectamente. (*Martina, saliendo por la puerta de la derecha.*) — Dios guarde a ustedes, señores.

LUCAS. — ¡Calle, que está usted por acá! Pues ¿qué buen aire la trae a usted por esta casa?

MARTINA. — El deseo de saber de mi pobre marido. ¿Qué han hecho ustedes de él?

BARTOLO. — Aquí está tu marido, Martina; mírale, aquí lo tienes.

MARTINA. (*Abrazándose con Bartolo*). — ¡Ay, hijo de mi alma!

LUCAS. — ¡Oiga! ¿Con que ésta es la médica?

GINÉS. — Aun por eso nos ponderaba tanto las habilidades del doctor.

LUCAS. — Pues por muchas que tenga, no escapará de la horca.

MARTINA. — ¿Qué está usted ahí diciendo?

BARTOLO. — Sí, hija mía, mañana me ahorcan sin remedio.

MARTINA. — ¿Y no te ha de dar vergüenza de morir delante de tanta gente?

BARTOLO. — ¿Y qué se ha de hacer, paloma? Yo bien lo quisiera excusar, pero se han empeñado en ello.
MARTINA. — Pero ¿por qué te ahorcan, pobrecito, por qué?
BARTOLO. — Ese es cuento largo. Porque acabo de hacer una curación asombrosa, y en vez de hacerme protomédico han resuelto colgarme.

ESCENA NOVENA

Don Jerónimo, Andrea, Bartolo, Lucas, Ginés, Martina. (*Sale don Jerónimo por la puerta de la derecha, y Andrea por la de la izquierda.*)

DON JERÓNIMO. — Vamos, chicos, buen ánimo. Ya he enviado un propio a Miraflores; esta noche sin falta vendrá la justicia, y cargará con este bribón... Y tú, ¿qué has hecho, los has visto?
ANDRDEA. — No, señor, no los he descubierto por ninguna parte.
DON JERÓNIMO. — Ni yo tampoco... He preguntado, y nadie me sabe dar razón... Yo he de volverme loco... (*Dando vueltas por el teatro, lleno de inquietud.*) ¿Adónde se habrán ido?... ¿Qué estarán haciendo?

ESCENA DÉCIMA

Doña Paula, Leandro (*Salen por la puerta del lado derecho.*), *don Jerónimo, Bartolo*

LEANDRO. — ¡Señor don Jerónimo!
DOÑA PAULA. — ¡Querido padre!
DON JERÓNIMO. — ¿Qué es esto? ¡Picarones, infames!
LEANDRO. (*Se arrodilla con doña Paula a los pies de don Jerónimo.*) — Esto es enmedar un desacierto. Habíamos pensado irnos a Buitrago y desposarnos allí, con la seguridad que tengo de que mi tío no desaprueba este matrimonio; pero lo hemos reflexionado mejor. No quiero que se diga que yo me he llevado robada a su hija de

usted, que esto no sería decoroso ni a su honor ni al mío. Quiero que usted me la conceda con libre voluntad, quiero recibirla de su mano. Aquí la tiene usted, dispuesta a hacer lo que usted la mande; pero le advierto que si no la casa conmigo, su sentimiento será bastante a quitarla la vida; y si usted nos otorga la merced que ambos le pedimos, no hay que hablar de dote.

DON JERÓNIMO. — Amigo, yo estoy muy atrasado, y no puedo...

LEANDRO. — Ya he dicho que no se trate de intereses.

DOÑA PAULA. — Me quiere mucho Leandro para no pensar con la generosidad que debe. Su amor es a mí, no a su dinero de usted.

DON JERÓNIMO. (*Alterándose.*) — ¡Su dinero de usted! ¡Su dinero de usted! ¿Qué dinero tengo yo, parlera? ¿No he dicho ya que estoy muy atrasado? No puedo dar nada, no hay que cansarse.

LEANDRO. — Pero bien, señor, si por eso mismo se le dice a usted que no le pediremos nada.

DON JERÓNIMO. — Ni un maravedí.

DOÑA PAULA. — Ni medio.

DON JERÓNIMO. — Y bien, si digo que sí, ¿quién os ha de mantener, badulaques?

LEANDRO. — Mi tío. ¿Pues no ha oído usted que aprueba este casamiento? ¿Qué más he de decirle?

DON JERÓNIMO. — ¿Y se sabe si tiene hecha alguna disposición?

LEANDRO. — Sí, señor; yo soy su heredero.

DON JERÓNIMO. — ¿Y qué tal, está fuertecillo?

LEANDRO. — ¡Ay, no, señor, muy achacoso. Aquel humor de las piernas le molesta mucho, y nos tememos que de un día a otro...

DON JERÓNIMO. — Vaya, vamos, ¿qué le hemos de hacer? Con que... (*Hace que se levanten, y los abraza. Uno y otro le besan la mano.*) Vaya, concedido, y venga un par de abrazos.

LEANDRO. — Siempre tendrá usted en mí un hijo obediente.

DOÑA PAULA. — Usted nos hace completamente felices.

BARTOLO. — Y a mí, ¿quién me hace feliz? ¿No hay un cristiano que me desate?
DON JERÓNIMO. — Soltadle.
LEANDRO. — Pues ¿quién le ha puesto a usted así, médico insigne? (*Desatan los criados a Bartolo.*)
BARTOLO. — Sus pecados de usted, que los míos no merecen tanto.
DOÑA PAULA. — Vamos, que todo se acabó, y nosotros sabremos agradecerle a usted el favor que nos ha hecho.
MARTINA. — ¡Marido mío! (*Se abrazan Bartolo y Martina.*) Sea enhorabuena, que ya no te ahorcan. Mira, trátame bien, que a mí me debes la borla de doctor que te dieron en el monte.
BARTOLO. — ¿A ti? Pues me alegro de saberlo.
MARTINA. — Sí por cierto. Yo dije que eras un prodigio en la medicina.
GINÉS. — Y yo porque ella lo dijo lo creí.
LUCAS. — Y yo lo creí porque lo dijo ella.
DON JERÓNIMO. — Y yo porque estos lo dijeron, lo creí también, y admiraba cuánto decía como si fuese un oráculo.
LEANDRO. — Así va el mundo. Muchos adquieren opinión de doctos, no por lo que efectivamente saben, sino por el concepto que forma de ellos la ignorancia de los demás.

MARIANO JOSÉ DE LARRA

Mariano José de Larra, cuyo nombre perdura en la historia literaria como el del maestro inimitable en el artículo de costumbres, nació en Madrid en 1809.

Iniciada su educación en Francia, adonde debiera su familia expatriarse siguiendo al padre, médico español incorporado al ejército napoleónico, tornó a su tierra a los ocho años, hablando poco y mal la lengua que había luego de manejar con destreza admirable.

No terminó la comenzada carrera de Derecho y casó muy joven, pese a la firme oposición de su familia, que preveía el desgraciado fin de tal enlace.

Periodista por vocación, hizo sus primeras armas en el mundo de las letras con algunas traducciones y tal cual obra de teatro, ya imitación de autores franceses, como *"No más mostrador"*, ya romántica evocación de personajes españoles como Macías, cuyo héroe aparece luego nuevamente en su poco afortunada novela histórica: *"El Doncel de don Enrique el Doliente"*.

Sus ingénitas dotes de observador y su inclinación a la sátira llevaron a Larra a la crítica de costumbres e ins-

tituciones, en la que pronto descolló. Inicióse en ella con *"Las cartas del pobrecito hablador"*, cambiadas entre el bachiller Munguía, habitante del salvaje país de las Batuecas y su amigo Andrés Niporesas, prototipo de la indiferencia española. Acosado por los rigores de la censura, multiplicóse bajo otros diversos seudónimos, para popularizarse definitivamente con el de "Fígaro", que tomó del famoso *"El barbero de Sevilla"* de Beaumarchais.

Sus artículos de costumbres, que aun hacen sonreír y meditar, fustigan despiadadamente en prosa ágil y castiza los vicios y defectos de la sociedad española. En algunos de ellos campea el más desesperado escepticismo y el más negro pesimismo, precursores de la neurastenia que indujo a su autor a poner fin a su vida, de un pistoletazo, el 13 de febrero de 1837, a los veintiocho años mal cumplidos.

EL CASTELLANO VIEJO

Ya en mi edad pocas veces gusto de alterar el orden que en mi manera de vivir tengo hace tiempo establecido, y fundo esta repugnancia en que no he abandonado mis lares ni un solo día para quebrantar mi sistema, sin que haya sucedido el arrepentimiento más sincero al desvanecimiento de mis engañadas esperanzas. Un resto, con todo eso, del antiguo ceremonial que en su trato tenían adoptado nuestros padres, me obliga a aceptar a veces ciertos convites, a que parecería el negarse grosería, o por lo menos, ridícula afectación de delicadeza.

Andábame días pasados por esas calles, a buscar materiales para mis artículos. Embebido en mis pensamientos me sorprendí varias veces a mí mismo riendo como un pobre pobre de mis propias ideas y moviendo maquinalmente los labios; algún tropezón me recordaba de cuando en cuando que para andar por el empedrado de Madrid no es la mejor circunstancia la de ser poeta ni filósofo; más de una sonrisa

maligna, más de un gesto de admiración de los que a mi lado pasaban, me hacía reflexionar que los soliloquios no se deben hacer en público; y no pocos encontrones que, al volver las esquinas, dí con quien tan distraída y rápidamente como yo las doblaba, me hicieron conocer que los distraídos no entran en el número de los cuerpos elásticos, y mucho menos de los seres gloriosos e impasibles. En semejante situación de espíritu, ¿qué sensación no debería de producirme una horrible palmada que una grande mano, pegada (a lo que por entonces entendí) a un grandísimo brazo, vino a descargar sobre uno de mis hombros que, por desgracia, no tienen punto alguno de semejanza con los de Atlante?

No queriendo dar a entender que desconocía este enérgico modo de anunciarse, ni desairar el agasajo de quien sin duda había querido hacérmele más que mediano, dejándome torcido para todo el día, traté sólo de volverme por conocer quién fuese tan mi amigo para tratarme tan mal; pero mi castellano viejo es hombre que, cuando está de gracia, no se ha de dejar ninguna en el tintero. ¿Cómo dirá el lector que siguió dándome pruebas de confianza y cariño? Echóme las manos a los ojos, y sujetándome por detrás:

—¿Quién soy? — gritaba alborozado con el buen éxito de su delicada travesura —. ¿Quién soy?

—Un animal — iba a responderle; pero me acordé de repente de quién podría ser, y sustituyendo cantidades iguales:

—¡Braulio eres! — le dije.

Al oírme suelta sus manos, ríe, se aprieta los ijares, alborota la calle, y pónenos a entrambos en escena.

—¡Bien, mi amigo! Pues ¿en qué me has conocido?

—¿Quién pudiera ser sino tú?...

—¿Has venido ya de tu Vizcaya?

—No, Braulio, no he venido.

—¡Siempre el mismo genio! ¿Qué quieres? es la pregunta del español. ¡Cuánto me alegro de que estés aquí! ¿Sabes que mañana son mis días?

—Te los deseo muy felices.

—Déjate de cumplimientos entre nosotros; ya sabes que yo soy franco y castellano viejo: el pan, pan, el vino,

vino; por consiguiente, exijo de ti que no vayas a dármelos, pero estás convidado.

—¿A qué?

—A comer conmigo.

—No es posible.

—No hay remedio.

—No puedo — insisto temblando.

—¿No puedes?

—¡Gracias!

—¿Gracias? ¡Vete a paseo! Amigo, como no soy el duque de F... ni el conde de P...

—¿Quién se resiste a una sorpresa de esa especie? ¿Quién quiere parecer vano?

—No es eso, sino que...

—Pues si no es eso — me interrumpe —, te espero a las dos; en casa se come a la española, temprano. Irá mucha gente; tendremos al famoso X., que nos improvisará de lo lindo; T. nos cantará de sobremesa una rondeña con su gracia habitual; y por la noche, J. cantará y tocará alguna cosilla.

Esto me consoló algún tanto, y fué preciso ceder; un día malo — dije para mí —, cualquiera lo pasa; en este mundo, para conservar amigos, es preciso tener el valor de aguantar sus obsequios.

—No faltarás, si no quieres que riñamos.

—No faltaré — dije con voz exánime y ánimo decaído, como el zorro que se revuelve inútilmente dentro de la trampa donde se ha dejado tomar.

—¡Pues hasta mañana! — y me dió un torniscón por despedida.

Vile marchar como el labrador ve alejarse la nube de su sembrado, y quedéme discurriendo cómo podían entenderse estas amistades tan hostiles y tan funestas.

Ya habrá conocido el lector, siendo tan perspicaz como yo le imagino, que mi amigo Braulio está muy lejos de pertenecer a lo que se llama gran mundo y sociedad de buen tono; pero no es tampoco un hombre de la clase inferior, puesto que es un empleado de los de segundo orden, que reúne, entre su sueldo y su hacienda, cuarenta mil reales de

renta; que tiene una cintita atada al ojal, y una crucecita a la sombra de la solapa; que es persona, en fin, cuya clase, familia y comodidades, de ninguna manera se oponen a que tuviese una educación más escogida y modales más suaves e insinuantes. Mas la vanidad le ha sorprendido por donde ha sorprendido casi siempre a toda, o a la mayor parte de nuestra clase media, y a toda nuestra clase baja.

Es tal su patriotismo, que dará todas las lindezas del extranjero por un dedo de su país. Esta ceguedad le hace adoptar todas las responsabilidades de tan inconsiderado cariño: de paso que defiende que no hay vinos como los españoles, en lo cual bien puede tener razón, defiende que no hay educación como la española, en lo cual bien pudiera no tenerla; a trueque de defender que el cielo de Madrid es purísimo, defenderá que nuestras manolas son las más encantadoras de todas las mujeres; es un hombre, en fin, que vive de exclusivas, a quien sucede poco más o menos lo que a una parienta mía, que se muere por las jorobas, sólo porque tuvo un querido que llevaba una excrecencia bastante visible sobre entrambos omoplatos.

No hay que hablarle, pues, de estos usos sociales, de estos respetos mutuos, de estas reticencias urbanas, de esta delicadeza de trato que establece entre los hombres una preciosa armonía, diciendo sólo lo que debe agradar, y callando siempre lo que puede ofender. Él se muere por "plantarle una fresca al lucero del alba", como suele decir, y cuando tiene un resentimiento, se "lo espeta a uno cara a cara", Como tiene trocados todos los frenos, dice de los cumplimientos que ya sabe lo que quiere decir "cumplo y miento"; llama a la urbanidad hipocresía, y a la decencia monadas; a toda cosa buena le aplica un mal apodo; el lenguaje de la finura es para él poco más que griego; cree que toda la crianza está reducida a decir "Dios guarde a ustedes" al entrar en una sala, y añadir "con permiso de usted" cada vez que se mueve; preguntar a cada uno por toda su familia, y a despedirse de todo el mundo; cosas todas que así se guardará él de olvidarlas como de tener pacto con los franceses. En conclusión, hombres de éstos que no saben levantarse para despedirse, sino en corporación con alguno o algunos

otros; que han de dejar humildemente debajo de una mesa su sombrero, que llaman "su cabeza", y que, cuando se hallan en sociedad, por desgracia sin un socorrido bastón, darían cualquier cosa por no tener manos ni brazos, porque, en realidad, no saben dónde ponerlos, ni qué cosa se puede hacer con los brazos en una sociedad.

Llegaron las dos, y como ya conocía yo a mi Braulio, no me pareció conveniente acicalarme demasiado para ir a comer; estoy seguro de que se hubiera picado; no quise, sin embargo, excusar un frac de color y un pañuelo blanco, cosa indispensable en un día de días en semejantes casas; vestíme, sobre todo, lo más despacio que me fué posible, como se reconcilia al pie del suplicio el infeliz reo, que quisiera tener cien pecados más cometidos que contar para ganar tiempo; estaba citado para las dos, y entré en la sala a las dos y media.

No quiero hablar de las infinitas visitas ceremoniosas que antes de la hora de comer entraron y salieron en aquella casa, entre las cuales no eran de despreciar todos los empleados de su oficina con sus señoras y sus niños, y sus capas, y sus paraguas, y sus chanclos, y sus perritos; déjome en blanco los necios cumplimientos que dijeron al señor de los días; no hablo del inmenso círculo con que guarnecía la sala el concurso de tantas personas heterogéneas, que hablaron de que el tiempo iba a mudar, y de que en invierno suele hacer más frío que en verano. Vengamos al caso: dieron las cuatro, y nos hallamos solos los convidados. Desgraciadamente para mí, el señor de X., que debía divertirnos tanto, gran conocedor de esta clase de convites, había tenido la habilidad de ponerse malo aquella mañana; el famoso T. se hallaba oportunamente comprometido para otro convite; y la señorita que tan bien había de cantar y tocar, estaba ronca, en tal disposición, que se asombraba ella misma de que se la entendiese una sola palabra, y tenía un panadizo en un dedo. ¡Cuántas esperanzas desvanecidas!

—Supuesto que estamos los que hemos de comer — exclamó don Braulio —, vamos a la mesa, querida mía.

—Espera un momento — le contestó su esposa casi al oído —; con tanta visita, yo he faltado algunos momentos de allá dentro, y...

—Bien, pero mira que son las cuatro...

—Al instante comeremos.

Las cinco eran cuando nos sentábamos a la mesa.

—Señores — dijo el anfitrión, al vernos vacilar acerca de nuestras respectivas colocaciones —; exijo la mayor franqueza: en mi casa no se usan cumplimientos. ¡Ah, Fígaro! quiero que estés con toda comodidad; eres poeta, y además, estos señores, que saben nuestras íntimas relaciones, no se ofenderán si te prefiero; quítate el frac, no sea que le manches.

—¿Qué tengo de manchar? — le respondí, mordiéndome los labios.

—No importa, te daré una chaqueta mía; siento que no haya para todos.

—No hay necesidad.

—¡Oh, sí, sí! ¡mi chaqueta! Toma, mírala: un poco ancha te vendrá.

—Pero, Braulio...

—¡No hay remedio, no te andes con etiquetas!

Y en esto me quita él mismo el frac, *velis, nolis,* y quedo sepultado en una cumplida chaqueta rayada, por la cual sólo asomaba los pies y la cabeza, y cuyas mangas no me permitirían comer probablemente. Dile las gracias: al fin, el hombre creía hacerme un obsequio.

Los días en que mi amigo no tiene convidados, se contenta con una mesa baja, poco más que banqueta de zapatero, porque él y su mujer, como dice, ¿para qué quieren más? Desde la tal mesita, y como se sube el agua del pozo, hace subir la comida hasta la boca, adonde llega goteando después de una larga travesía; porque pensar que estas gentes han de tener una mesa regular, y estar cómodos todos los días del año, es pensar en lo excusado. Ya se concibe, pues, que la instalación de una gran mesa de convite era un acontecimiento en aquella casa; así que se había creído capaz de contener catorce personas que éramos, una mesa donde apenas podrían comer ocho cómodamente. Hubimos de sentarnos de medio

lado, como quien va a arrimar el hombro a la comida, y entablaron los codos de los convidados íntimas relaciones entre sí, con la más fraternal inteligencia del mundo.

Colocáronme, por mucha distinción, entre un niño de cinco años, encaramado en unas almohadas que era preciso enderezar a cada momento, porque las ladeaba la natural turbulencia de mi joven adlátere, y uno de esos hombres que ocupan en el mundo el espacio y sitio de tres, cuya corpulencia por todos lados se salía de madre de la única silla en que se hallaba sentado, digámoslo así, como en la punta de una aguja.

Desdobláronse silenciosamente las servilletas, nuevas a la verdad, porque tampoco eran muebles en uso para todos los días, y fueron izadas por todos aquellos buenos señores a los ojales de sus fraques, como cuerpos intermedios entre las salsas y las solapas.

—Ustedes harán penitencia, señores — exclamó el anfitrión, una vez sentado —; pero hay que hacerse cargo de que no estamos en Genieys — frase que creyó preciso decir.

—Necia afectación es ésta, si es mentira — dije yo para mí —; y, si es verdad, gran torpeza convidar a los amigos a hacer penitencia.

Desgraciadamente no tardé mucho en conocer que había en aquella expresión más verdad de la que mi buen Braulio se figuraba.

Interminables y de mal gusto fueron los cumplimientos con que para dar y recibir cada plato nos aburrimos unos a otros.

—Sírvase usted.
—Hágame usted el favor.
—De ninguna manera.
—No lo recibiré.
—Páselo usted a la señora.
—Está bien ahí.
—Perdone usted.
—Gracias.

—¡Sin etiqueta, señores! — exclamó Braulio, y se echó el primero con su propia cuchara.

Sucedió a la sopa un cocido surtido de todas las sabrosas impertinencias de este engorrosísimo, aunque buen plato; cruza por aquí la carne; por allá la verdura; acá los garbanzos; allá el jamón; la gallina por la derecha; por medio el tocino; por la izquierda los embuchados de Extremadura. Siguióle un plato de ternera mechada, que Dios maldiga, y a éste otros, y otros, y otros; mitad traídos de la fonda, que esto basta para que excusemos hacer su elogio; mitad hechos en casa por la criada de todos los días, por unas vizcaína auxiliar, tomada al intento para la festividad, y por el ama de la casa, que en semejantes ocasiones debe estar en todo, y por consiguiente suele no estar en nada.

—Este plato hay que disimularle — decía ésta de unos pichones —; están un poco quemados...

—Pero, mujer...

—Hombre, me aparté un momento, ¡y ya sabes lo que son las criadas!

—¡Qué lástima que este pavo no haya estado media hora más al fuego!

—Se puso algo tarde.

—¿No les parece a ustedes que está algo ahumado este estofado?

—¡Qué quieres! una no puede estar en todo.

—¡Oh, está excelente! — exclamábamos todos, dejándonoslo en el plato —; ¡excelente!...

—Este pescado está pasado.

—Pues en el despacho de la diligencia del fresco dijeron que acababa de llegar, ¡el criado es tan bruto!

—¿De dónde se ha traído este vino?

—En eso no tienes razón porque es...

—¡Es malísimo!

Estos diálogos cortos iban exornados con una infinidad de miradas furtivas del marido, para advertir continuamente a su mujer alguna negligencia, queriendo darnos a entender entrambos a dos, que estaban muy al corriente de las fórmulas que en semejantes casos se reputan en finura, y que todas las torpezas eran hijas de los criados, que nunca han de aprender a servir. Pero estas negligencias se repetían tan a menudo, que servían tan poco ya las miradas, que le fué preciso al marido recurrir a los pellizcos y a los pisotones; y ya

la señora, que a duras penas había podido hacerse superior hasta entonces a las persecuciones de su esposo, tenía la faz encendida y los ojos llorosos.

—Señora, no se incomode usted por eso — le dijo el que a su lado tenía.

—¡Ah! les aseguro a ustedes que no vuelvo a hacer estas cosas en casa; ustedes no saben lo que es esto; otra vez, Braulio, iremos a la fonda, y no tendrás...

—Usted, señora mía, hará lo que...

—¡Braulio! ¡Braulio!...

Una tormenta espantosa estaba a punto de estallar; empero, todos los convidados a porfía probamos a aplacar aquellas disputas, hijas del deseo de dar a entender la mayor delicadeza, para lo cual no fué poca parte la manía de Braulio y la expresión concluyente que dirigió de nuevo a la concurrencia, acerca de la inutilidad de los cumplimientos, que así llama él al estar bien servido y al saber comer. ¿Hay nada más ridículo que estas gentes que quieren pasar por finas en medio de la más crasa ignorancia de los usos sociales? ¿Que para obsequiarle le obligan a usted a comer y beber por fuerza, y no le dejan medio de hacer su gusto? ¿Por qué habrá gentes que sólo quieren comer con alguna más limpieza los días de días?

A todo esto, el niño que a mi izquierda tenía, hacía saltar las aceitunas a un plato de magras con tomate, y una vino a parar a uno de mis ojos, que no volvió a ver claro en todo el día; y el señor gordo de mi derecha había tenido la precaución de ir dejando en el mantel, al lado de mi pan, los huesos de las suyas, y los de las aves que había roído; el convidado de enfrente, que se preciaba de trinchador, se había encargado de hacer la autopsia de un capón, o sea gallo, que esto nunca se supo; fuese por la edad avanzada de la víctima, fuese por los ningunos conocimientos anatómicos del victimario, jamás parecieron las coyunturas.

—¡Este capón no tiene coyunturas! — exclamaba el infeliz, sudando y forcejeando, más como quien cava que como quien trincha.

¡Cosa más rara! En una de las embestidas resbaló el tenedor sobre el animal, como si tuviera escama, y el capón,

violentamente despedido, pareció querer tomar el vuelo como en sus tiempos más felices, y se posó en el mantel tranquilamente, como pudiera hacerlo en un palo de gallinero.

El susto fué general y la alarma llegó a su colmo cuando un surtidor de caldo, impulsado por el animal furioso, saltó a inundar mi limpísima camisa; levántase rápidamente, a este punto, el trinchador, con ánimo de cazar el ave prófuga, y al precipitarse sobre ella, una botella que tiene a la derecha, con la que tropieza su brazo, abandonando la posición perpendicular, derrama un abundante caño de Valdepeñas sobre el capón y el mantel; corre el vino, auméntase la algazara, llueve la sal sobre el vino para salvar el mantel; para salvar la mesa se ingiere por debajo de él una sevilleta, y una eminencia se levanta sobre el teatro de tantas ruinas.

Una criada, toda azorada, retira el capón en el plato de su salsa; al pasar sobre mí hace una pequeña inclinación, y una lluvia maléfica de grasa desciende, como el rocío sobre los prados, a dejar eternas huellas en mi pantalón color de perla; la angustia y el aturdimiento de la criada no conocen término; retírase atolondrada, sin acertar con las excusas; al volverse, tropieza con el criado que traía una docena de platos limpios y una salvilla con las copas para los vinos generosos, y toda aquella máquina viene al suelo con el más horroroso estruendo y confusión.

—¡Por san Pedro! — exclama, dando una voz, Braulio, difundida ya sobre sus facciones una palidez mortal, al paso que brota fuego el rostro de su esposa —. Pero sigamos, señores, no ha sido nada — añade, volviendo en sí.

¡Oh, honradas casas, donde un modesto cocido y un principio final constituyen la felicidad diaria de una familia, ¡huíd del tumulto de un convite de días! ¡Sólo la costumbre de comer y servirse bien diariamente, puede evitar semejantes destrozos!

¿Hay más desgracias? ¡Santo Cielo! ¡Sí, las hay para mí, infeliz! Doña Juana, la de los dientes negros y amarillos, me alarga de su plato y con su propio tenedor una fineza, que es indispensable aceptar y tragar; el niño se divierte en despedir a los ojos de los concurrentes los huesos descarnados de las cerezas; don Leandro me hace probar el manzanilla

exquisito, que he rehusado, en su misma copa, que conserva las indelebles señales de sus labios grasientos; mi gordo fuma ya sin cesar y me hace cañón de su chimenea; por fin, ¡oh, última de las desgracias! Crece el alboroto y la conversación; roncas ya las voces piden versos y décimas, y no hay más poeta que Fígaro...

—¡Es preciso! Tiene usted que decir algo! — claman todos.

—Désele pie forzado; que diga una copla a cada uno.

—Yo le daré el pie: *A don Braulio en este día.*

—¡Señores, por Dios!

—No hay remedio.

—En mi vida he improvisado.

—No se haga usted el chiquito.

—¡Me marcharé!

—¡Cerrar la puerta! No se sale de aquí sin decir algo.

Y digo versos, por fin, y vomito disparates, y los celebran, y crece la bulla, y el humo, y el infierno.

A Dios gracias, logro escaparme de aquel nuevo Pandemonio. Por fin, ya respiro el aire fresco y desembarazado de la calle; ya no hay necios, ya no hay castellanos viejos a mi alrededor.

—¡Santo Dios, yo te doy gracias — exclamo respirando, como el ciervo que acaba de escaparse de una docena de perros, y que oye ya apenas sus ladridos; — de aquí en adelante no te pido riquezas, no te pido empleos, ni honores; líbrame de los convites caseros y de días de días; líbrame de estas casas en que es un convite un acontecimiento; en que sólo se pone la mesa decente para los convidados; en que creen hacer obsequios cuando dan mortificaciones; en que se hacen finezas, en que se dicen versos, en que hay niños, en que hay gordos, en que reina, en fin, la brutal franqueza de los castellanos viejos! ¡Quiero que, si caigo de nuevo en tentaciones semejantes, me falte un *roastbeef*, desaparezca del mundo el *beefsteak*, se anonaden los timbales de macarrones, no haya pavos en Perigueaux, ni pasteles en Perigord, se sequen los viñedos de Burdeos, y beban, en fin, todos menos yo, la deliciosa espuma del champaña!

Concluída mi deprecación mental, corro a mi habitación a despojarme de mi camisa y de mi pantalón, reflexionando en mi interior que no son unos todos los hombres, puesto que los de un mismo país, acaso de un mismo entendimiento, no tienen unas mismas costumbres, ni una misma delicadeza, cuando ven las cosas de tan distinta delicadeza, cuando ven las cosas de tan distinta manera. Vístome, y vuelvo a olvidar tan funesto día entre el corto número de gentes que piensan, que viven sujetas al provechoso yugo de una buena educación, libre y desembarazada, y que fingen acaso estimarse y respetarse mutuamente, para no incomodarse, al paso que las otras hacen ostentación de incomodarse, y se ofenden y se maltratan, queriéndose y estimándose tal vez verdaderamente.

*

YO QUIERO SER CÓMICO

Anch'io son pittore.

No fuera yo Fígaro, ni tuviera esa travesura y maliciosa índole que malas lenguas me atribuyen, si no sacara a luz pública cierta visita que no ha muchos días tuve en mi propia casa.

Columpiábame en mi mullido sillón, de estos que dan vuelta sobre su eje, los cuales son especialmente de mi gusto por asemejarse en cierto modo a muchas gentes que conozco, y me hallaba en la mayor perplejidad sin saber cuál de mis numerosas apuntaciones elegiría para un artículo que me correspondía ingerir aquel día en *"La Revista"*. Quería yo que fuese interesante sin ser mordaz, y conocía toda la dificultad de mi empeño, y sobre todo que fuese serio, porque no está siempre un hombre de buen humor, o de buen talante para comunicar el suyo a los demás. No dejaba de atormentarme la idea de que fuese histórico, y por consiguiente verídico, porque mientras yo no haga más que cumplir con las obligaciones de fiel cronista de los usos y costumbres de mi siglo, no se me podrá culpar de mal intencionado, ni de amigo de buscar pendencias por una sátira más o menos.

Hallábame, como he dicho, sin saber cuál de mis notas escogería por más inocente, y no encontraba por cierto mucho que escoger, cuando me deparó felizmente la casualidad, materia sobrada para un artículo, al anunciarme mi criado a un joven que me quería hablar indispensablemente.

Pasó adelante el joven haciéndome una cortesía bastante zurda, como de hombre que necesita y estudia en la fisonomía del que le ha de favorecer sus gustos e inclinaciones, o su humor del momento para conformarse prudentemente con él; y dando tormento a los tirantes y rudos músculos de su fisonomía para adoptar una especie de careta que desplegase a mi vista sentimientos mezclados de afecto y de deferencia, me dijo con voz forzadamente sumisa y cariñosa:

—¿Es usted el redactor llamado Fígaro?...

—¿Qué tiene usted que mandarme?

—Vengo a pedirle un favor... ¡Cómo me gustan sus artículos de usted!

—Es claro... Si usted me necesita...

—Un favor de que depende mi vida acaso... ¡Soy un apasionado, un amigo de usted!

—Por supuesto..., siendo el favor de tanto interés para usted...

—Yo soy un joven...

—Lo presumo.

—Que quiero ser cómico, y dedicarme al teatro...

—¿Al teatro?

—Sí, señor..., como el teatro está cerrado ahora...

—Es la mejor ocasión.

—Como estamos en cuaresma, y es la época de ajustar para la próxima temporada cómica, desearía que usted me recomendase...

—¡Bravo empeño! ¿A quién?

—Al Ayuntamiento.

—¡Hola! ¿Ajusta el Ayuntamiento?

—Es decir, a la Empresa.

—¡Ah! ¿Ajusta la Empresa?

—Le diré a usted..., según algunos, esto no se sabe..., pero... para cuando se sepa.

—En ese caso no tiene usted prisa, porque nadie la tiene...

—Sin embargo, como yo quiero ser cómico...

—Cierto. ¿Y qué sabe usted? ¿Qué ha estudiado usted?

—¿Cómo?, ¿se necesita saber algo?

—No; para ser actor, ciertamente, no necesita usted saber cosa mayor...

—Por eso; yo no quisiera singularizarme; siempre es malo entrar con pie en una corporación.

—Ya le entiendo a usted: usted quisiera ser cómico aquí, y así será preciso examinarle por la pauta del país. ¿Sabe usted el castellano?

—Lo que usted ve..., para hablar, las gentes me entienden...

—Pero la gramática, y la propiedad, y...

—No, señor, no.

—Bien, ¡eso es muy bueno! Pero sabrá usted desgraciadamente el latín, y habrá estudiado humanidades, bellas letras...

—Perdone usted.

—Sabrá de memoria los poetas clásicos, y los comprenderá, y podrá verter sus ideas en las tablas.

—Perdone usted, señor. Nada, nada. ¡Tan poco favor me hace usted! Que me caiga muerto aquí si he leído una sola línea de eso, ni he oído hablar tampoco..., mire usted...

—No jure usted. ¿Sabe usted pronunciar con afectación todas las letras de una palabra, y decir unas voces por otras, *actitud* por *aptitud*, y *aptitud* por *actitud*, *diferiencia* por *diferencia*, *háyamos* por *hayamos*, *dracmático* por *dramático*, y otras semejantes?

—Sí, señor, sí; todo eso digo yo.

—Perfectamente; me parece que sirve usted para el caso. ¿Aprendió usted historia?

—No, señor; no sé lo que es.

—Por consiguiente, no sabrá usted lo que son trajes, ni épocas, ni caracteres históricos...

—Nada, nada; no señor.

—Perfectamente.

—Le diré a usted... en cuanto a trajes, ya sé que en siendo muy antiguo siempre a la romana.

—Esto es: aunque sea griego el asunto.

—Sí, señor: si no es tan antiguo, a la antigua francesa o a la antigua española; según..., ropilla, trusas, capacete, acuchillados, etc. Si es más moderna o del día, levita a la Utrilla en los calaveras, y polvos, casacón, y media en los padres.

—¡Ah, ah! Muy bien.

—Además, eso en el ensayo general se le pregunta al galán o a la dama, según el sexo de cada uno que lo pregunta, y conforme a lo que ellos tienen en sus arcas, así...

—¡Bravo!

—Porque ellos suelen saberlo.

—¿Y cómo presentará usted un carácter histórico?

—Mire usted: el papel lo dirá, y luego como el muerto no se ha de tomar el trabajo de resucitar sólo para desmentirle a uno..., además, que gran parte del público suele estar tan enterado como nosotros...

—¡Ah! ya..., usted sirve para el ejercicio. La figura es la que no...

—No es gran cosa; pero eso no es esencial.

—¿Y de educación, de modales y usos de sociedad?, ¿a qué altura se halla usted?

—Mal; porque si se va a decir verdad, yo soy pobrecillo: yo era escribiente en una mala administración; me echaron por holgazán, y me quiero meter a cómico, porque se me figura a mí que es oficio en que no hay nada que hacer...

—Y tiene usted razón.

—Todo lo hace el apunte, y... por consiguiente, no conozco esos señores usos de sociedad que usted dice, ni nunca traté ninguno de ellos.

—Ni conocerá usted el mundo, ni el corazón humano.

—Escasamente.

—¿Y cómo representará usted tantos caracteres distintos?

—Le diré a usted: si hago de rey, de príncipe o de magnate, ahuecaré la voz, miraré por encima del hombro a mis compañeros, mandaré con mucho imperio...

—Sin embargo, en el mundo esos personajes suelen ser muy afables y corteses, y como están acostumbrados, desde que nacen, a ser obedecidos a la menor indicación, mandan poco y sin dar gritos...

—Sí, pero ¡ya ve usted! en el teatro es otra cosa.

—Ya me hago cargo.

—Por ejemplo, si hago un papel de juez, aunque esté delante de señoras o en casa ajena, no me quitaré el sombrero, porque en el teatro la justicia está dispensada de tener crianza; daré fuertes golpes en el tablado con mi bastón de borlas, pondré cara de caballo, como si los jueces no tuviesen entrañas...

—No se puede hacer más.

—Si hago de delincuente, me haré el perseguido, porque en el teatro todos los reos son inocentes.

—Muy bien.

—Si hago un papel de pícaro, que ahora están en boga, cejas arqueadas, cara pálida, voz ronca, ojos atravesados, aire misterioso, apartes melodramáticos... Si hago un calavera, muchos brincos y zapatetas, carrreritas de pies y lengua, vueltas rápidas y habla ligera... Si hago un barba, andaré a compás, como un juego de escarpias, me temblarán siempre las manos como perlático o descoyuntado; y aunque el papel no apunte más de cincuenta años, haré del tarato y descrépito, y apoyaré mucho la voz con intención marcada en la moraleja, como quien dice a los espectadores: "allá va esto para ustedes".

—¿Tiene usted grandes calvas para los barbas?

—¡Oh! disformes; tengo una que me coge desde las narices hasta el colodrillo; bien que ésta la reservo para las grandes solemnidades. Pero aun para diario tengo otras, tales que no se me ve la cara con ellas.

—¿Y los graciosos?

—Esto es lo más fácil: estiraré mucho la pata, daré grandes voces, haré con la cara y el cuerpo todos los raros visajes y estupendas contorsiones que alcance, y saldré vestido de arlequín.

—Usted hará furor.

—¡Vaya si haré! Se morirá el público de risa, y se hundirá la casa a aplausos. Y, especialmente, en toda clase de papeles, diré directamente al público todos los apartes, monólogos, gracias y parlamento de intención o lucimiento que en mi parte se presenten.

—¿Y memoria?

—No es cosa la que tengo; y aun esa no la aprovecho, porque no me gusta el estudio. Además que eso es cuenta del apuntador. Si se descuida se le lanza de vez en cuando un par de miradas terribles, como diciendo al público: ¡Ven ustedes qué hombre!

—Esto es; de modo que el apuntador vaya tirando del papel como de una carreta, y sacándole a usted la relación del cuerpo como una cinta. De esa manera, y hablando él altito, tiene el público el placer de oír a un mismo tiempo dos ejemplares de un mismo papel.

—Sí, señor; y, en fin, cuando uno no sabe su relación se dice cualquier tontería, y el público se la ríe. ¡Es tan guapo el público! ¡si usted viera!

—Ya sé ¡ya!

—Vez hay que en una comedia en verso se añade un párrafo en prosa: pues ni se enfada, ni menos lo nota. Así es que no hay nada más común que añadir...

—¡Ya se ve, que hacen muy bien! Pues, señor, usted es cómico, y bueno. ¿Usted ha representado anteriormemente?

—¡Vaya! En comedias caseras. He alborotado con el *"García"* y el *"Delincuente honrado"*.

—No más, no más; le digo a usted que usted será cómico. Dígame usted, ¿sabrá usted hablar mal de los poetas y despreciarlos, aunque no los entienda; alabar las comedias por el lenguaje, aunque no sepa lo que es, o por el verso, mas que no entienda siquiera lo que es prosa?

—¿Pues no tengo de saber, señor? Eso lo hace cualquiera.

—¿Sabrá usted quejarse amargamente, y entablar una querella criminal contra el primero que se atreva a decir en letras de molde que usted no lo hace todas las noches sobre-

salientemente?, ¿sabrá usted decir de los periodistas que quién son ellos para?...

—Vaya si sabré; precisamente ese es el tema nuestro de todos los días. Mande usted otra cosa.

Al llegar aquí no pude ya contener mi gozo por más tiempo, y arrojándome en los brazos de mi recomendado:

—Venga usted acá, mancebo generoso — exclamé todo alborozado —; venga usted acá, flor y nata de la andante comiquería: usted ha nacido en este siglo de hierro de nuestra gloria dramática para renovar aquel siglo de oro, en que sólo comían los hombres bellotas y pacían a su libertad por los bosques, sin la distinción del tuyo y el mío. Usted será cómico en fin, o se han de olvidar las reglas que hoy rigen en el ejercicio.

Diciendo estas y otras razones, despedí a mi candidato, prometiéndole las más eficaces recomendaciones.

Serafín Álvarez Quintero

SERAFÍN Y JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO

Los hermanos **Álvarez Quintero,** los ilustres autores dramáticos sevillanos — Serafín nacido en 1871 y muerto en 1938, y Joaquín en 1873 — constituyen uno de los más admirables ejemplos de gemelismo intelectual, pues a través de su vasta y valiosísima producción aparecen uno y otro íntimamente fundidos y hasta en la última parcela de su obra común palpita el espíritu de los dos.

Unidos, y muy jóvenes aún, se iniciaron en el mundo de las letras con colaboraciones en diarios y revistas bajo el seudónimo de "El diablo cojuelo", fundando muy luego un semanario popular: *"El pobrecito hablador"*. Hicieron su entrada en el teatro con *"Esgrima y amor"* y *"Belén,* 12, *principal"*, piezas que los noveles comediógrafos dieron a conocer cuando ya contaban con un haber inédito de medio centenar.

Conquistaron la popularidad y el favor de público y artistas con *"La reja"*, comedia, y *"La buena sombra"*, zarzuela, a las que siguieron innúmeras producciones, de género chico algunas y de mayor envergadura otras, que evidenciaron un talento dramático de excepcionales valores.

Son de las mejores y más conocidas en el nutrido conjunto de las obras de los hermanos Álvarez Quintero: *"Los galeotes"*, premiada por la Real Academia Española; *"La zagala"*, *"Las flores"*, *"El amor que pasa"*, *"La musa loca"*, dentro del género mayor; *"La buena sombra"*, *"El chiquillo"*, *"El flechazo"*, entre los sainetes y entremeses; *"Abanicos y panderetas"*, *"La reina mora"*, *"La patria chica"*, chispeantes zarzuelas; *"Amor a oscuras"*, *"Rosa y Rosita"*, *"Secretico de confesión"*, *"Monitos"*, *"Las hazañas de Juanito el de Molares"*, deliciosos pasos de comedia; *"El patio"*, *"El genio alegre"*, *"Amores y amoríos"*, *"La escondida senda"*, *"Malvaloca"*, *"Puebla de las mujeres"*, *"Pipiola"*, *"Mariquilla Terremoto"*, *"El centenario"*, preciosas comedias, de costumbres algunas de ellas, a la manera admirable de Terencio.

Joaquín Álvarez Quintero

Se caracterizan los hermanos Álvarez Quintero por su dominio perfecto de los resortes teatrales, su gusto exquisito y delicado, su exacta comprensión de la realidad, que saben presentar velándola poéticamente, su cabal sentido del decoro, y su lengua castiza y correcta sin afectación, que no desdeña el sabroso dialectalismo andaluz. Por todo ello, su obra, que ha dado a la comedia española de nuestros días un prestigio semejante al que en su época le dieron Moratín

y Bretón de los Herreros, constituye uno de los más grandes valores de las modernas letras castellanas.

ROSA Y ROSITA

Salita baja en la casa del señor Antonio Gallardo, en Sevilla. Una puerta al foro y otra a la izquierda de la actriz, cerradas las dos. La salita, en la que no se entra sino cuando repican gordo, es modesta y limpia; los muebles, pocos y ordenados. Cubre el suelo impecable estera de junco. Es de día.

Juan Luis abre la puerta del foro y habla desde ella con alguien que está dentro.

JUAN LUIS. — Diga usté que no tengo prisa. Aquí aguardo yo. (*Se descubre y pasa. Viene de tiros largos: traje de marsellés, sombrero sevillano y capa bordada. Es hombre que sabe llevar la capa y los cuarenta años que tiene.*) Bien; bien. (*Observando la habitación.*) Bien está la salita de resibo. No le farta más que un retrato de eya. No, que tampoco le farta; que está aquí. (*Toma en la mano una fotografía que hay sobre un mueble.*) Y en lo que cabe, paresida. ¡Bonita es como una estreya la muchacha! O como dos estreyas, porque los ojos... O como tres estreyas, porque la frente... Güeno, bonita es como er sielo de noche. Y está dicho. (*Deja el retrato.*) ¡Ay, Juan Luis! Te yegó la hora. ¡Vamos, que un hombre como tú, a tus cuarenta años, harto de correrla, vení a caé en la trampa como un gorrión en er primer vuelo! Y que has caío, Juan Luis, has caío. No pués negá que no has pegao los ojos en toa la noche pensando en su mersé. Te yegó la hora. (*Da un paseíto.*) La capa pesa sobre los hombros, porque la verdá es que frío no hase; pero ¿quién deja en casa una prenda que compone tanto la figura? Pa convensé a una suegra, to es preciso. ¿Cómo será la mía? ¿Cómo tendrá la cara, y sobre to cómo tendrá er genio? Es la primera vez que

vi a verme en mi vía frente a frente con una suegra. Pero ¿qué vi a haserle? La niña no baja a la ventana a hablá conmigo si antes no le pío yo lisensia a su mamá; y no digo yo a su mamá — aunque yeve en las venas esensia de suegras —: a su papá, que se murió hase sinco años, voy yo ar purgatorio a pedirle permiso. ¿Hola? Ruio de naguas. (*Hacia la puerta de la izquierda.*) ¡Cómo briya el agujeriyo e la yave! Desde ayí me está mirando un ojo. Haremos méritos. (*Da otro paseíto contoneándose, pero tiene la mala fortuna de tropezar.*) ¡Mardita sea mi suerte! Güeno va. Ya sale. Sea lo que Dios quiera. (*Ábrese la puerta de la izquierda y aparece Rosa, que se vuelve para cerrarla tras de sí.*) No; pos mi suegra no es. ¿Quién es esta manolia?

ROSA. — Güenas tardes.

JUAN LUIS. — Güenas tardes.

ROSA. — ¿Cómo lo pasa usté?

JUAN LUIS. — Yo, bien; ¿y usté?

ROSA. — Yo, tan bien; muchas grasias. Tome usté asiento.

JUAN LUIS. — Grasias; estoy bien de pie.

ROSA. — ¡No fartaría más!

JUAN LUIS. — ¿Usté sabe si...? ¿Sabe usté si le han dicho a Rosita...?

ROSA. — Rosita ha salío.

JUAN LUIS. — ¿Ha salío?

ROSA. — Sí, señó, sí; ha salío.

JUAN LUIS. — Pero la mamá está en casa, ¿no?

ROSA. — Sí; la mamá está en casa.

JUAN LUIS. — Eso me dijo la mosa que me abrió la cansela. Y a la mamá espero yo hase un rato.

ROSA. (*Sonriéndose.*) — Pero ¿tan mala vista tiene usté... o tan poco me parezco yo a mi hija?

JUAN LUIS. — ¿Cómo? ¿Usté...? ¿Usté es la mamá de Rosita, quisá?

ROSA. — Servidora.

JUAN LUIS. — Pos, señó, disimule usté la confiansa; pero hay casas en que hasta er gato es bonito.

ROSA. — Es usté muy amable. ¿No se sienta usté?

JUAN LUIS. — Así que me pase la impresión.

ROSA. — Vamos, que no es pa tanto. (*Justo es ponerse en el lugar de Juan Luis. La mamá de Rosita es propiamente una magnolia, como él ha dicho; y para que la ilusión sea completa, viste de blanco y trae un pañolito verde de talle. La palabra suegra se va del pensamiento contemplándola.*)

JUAN LUIS. (*Sentándose al cabo.*) — Con permiso,

ROSA. — Deje usté er sombrero.

JUAN LUIS. — Grasias.

ROSA. — Y la capa.

JUAN LUIS. — Grasias; no hase caló.

ROSA. — Como sopla usté...

JUAN LUIS. — Soplo porque... La verdá es que... La verdá es que... ¡Vamos, que no lo creo aunque me lo juren los frailes: que no es usté la mamá de Rosita!

ROSA. (*Riéndose.*) — Sí, señó: Rosa Gayardo soy. Lo mismo que a usté, le pasa a mucha gente. Me casé jovensiya, me nasió Rosita ar tiempo justo... y Rosita no tiene más que quinse años.

JUAN LUIS. — ¿Na más que quinse tiene?

ROSA. — Antes de ayé los hiso: er primero de abrí.

JUAN LUIS. — ¡Paese mentira! ¡Con er cuerpo que ha echao la muchacha! Yo, sin fartá, le había carculao unos veinte años.

ROSA. — Pos ha equivocao usté la cuenta.

JUAN LUIS. (*Preocupado.*) — ¡Quinse!... ¡Quinse!...

ROSA. — ¿En qué piensa usté?

JUAN LUIS. — En que mi mamá no me tuvo a mi ar tiempo justo, como usté a su niña, sino un poquito antes.

ROSA. — ¿Por qué? Eso no. Los hombres se conservan más tiempo.

JUAN LUIS. — Sí...

ROSA. — Sufren menos que las mujeres.

JUAN LUIS. — Sí... Pero sufren, sufren... (*Nuestro hombre está embelesado ante Rosa; le ha gustado más que Rosita.*) ¿Rosita ha salío?

ROSA. — No ha ido más que aquí ar lao: a la tienda.

JUAN LUIS. — ¿A qué tienda?

ROSA. — A esta tienda de espejos que habrá visto usté ar

tiempo de pasá. Es er comersio de mi tito. Nosotras vivimos con é desde que mi marío fartó.

JUAN LUIS. — ¡Ah! vamos. ¿Y la tienda es de espejos?

ROSA. — De espejos, sí. La mejor de Seviya.

JUAN LUIS. — Y ¿no habrá más que espejos por toas partes?

ROSA. — Eso es: por er suelo, por las paredes, por er techo... Por toas partes.

JUAN LUIS. — Y ¿qué hase la tienda cuando entra usté?

ROSA. — Pos toca er timbre de la puerta.

JUAN LUIS. — ¿Na más?

ROSA. — Na más.

JUAN LUIS. — ¿Y cuando pasa usté la puerta?

ROSA. — ¿Cuando la paso yo?

JUAN LUIS. — Cuando la pasa usté... y cuando la pasa Rosita. ¡O cuando la pasan Rosa y Rosita a un tiempo!

ROSA. — Pos ya se lo pué usté figurá: en ca uno de los sien espejos que ayí hay, se ve un peasito de nosotras.

JUAN LUIS. — Entonses habrá que preguntarle a su tito de usté: "¿Esto es una tienda de espejos o un puesto de flores?"

ROSA. — Otra amabilidá. Oiga usté: el año pasao, un estudiante que rondaba a mi niña, me vió con eya a la puerta y fué y me dijo, dise: "Señora, por una disputa con un amigo; en esta tienda, ¿se venden lunas o se venden soles?"

JUAN LUIS. — Y usté ¿qué contestó?

ROSA. — ¿Qué había de contestá? Que lunas. Y er me dijo, dise: "Y ¿cuánto vale una luna... de mié con la niña?" Y yo le dije, digo: "Esa luna no tiene presio".. Y así acabó la conversasión.

JUAN LUIS. — Vaya, vaya... ¿Y Rosita está ahora con las lunas, verdá?

ROSA. — Sí, señó; me ha paresío bien alejarla de aquí a la vera, pa que usté y yo hablemos con más libertá del asunto. Pero quítese usté la capa, que me está dando fatiga verlo tan sofocao.

JUAN LUIS. — Grasias; er sofoco no es de la capa.

ROSA. — Ayá usté. Y usté dirá. (*Pausa. Juan Luis recuerda a lo que viene.*)

JUAN LUIS. — Güeno, pos la cosa fué anoche en la boda de Manolita con Pedro. Yo soy amigo de la casa, y ayí estuve. Y andaba tan campante de un lao pa otro, hasta que vi a Rosita.

ROSA. — ¿Usté la conosía?

JUAN LUIS. — No, señora; pero en cuanto la vi, se me pegaron los ojos a su persona, y ayá iban eyos de aquí pa ayá, adonde a Rosita se le antojaba. Y le arvierto a usté que volaba por toa la casa como una mariposa.

ROSA. — Sí; no pué estarse quieta; tiene asogue en er cuerpo.

JUAN LUIS. — Será de la tienda.

ROSA. — Será.

JUAN LUIS. — Eya yevaba unos sapatitos negros de charó, que crujían mucho. Así por el estilo de esos de usté.

ROSA. — Son hermanos. Carsamos la misma medía.

JUAN LUIS. — Güeno: pos yo, ar verlos tan chiquirritos, y tan negros, y chiyando de aqueya manera, la paré un istante, y le dije: "Niña, ¿va usté subía en dos griyos?" Y a eya le hiso grasia la pregunta y quiso chafarme, y me respondió: "No ha reparao usté bien en er tamaño; no son dos griyos: son dos moscas". Y yo entonses, pa no quearme cayao, le contesté: "¡Pos tendré yo los ojos de aumento!" Y pegamos la hebra. Simpatisamos, le pedí que esta noche bajara a la ventana, porque tenía que desirle muchísimas cosas a eya solita, y eya me puso por condisión que yo viniera a hablá con usté pa que usté le diera permiso. Y aquí estoy.

ROSA. (*Suspirando.*) — ¡Ay, Dios mío! Se ve y no se cree. ¡Cómo se va er tiempo, primavera tras primavera! Yo, resibiendo en visita a un hombre... ¡que viene a hablarme de mi hija! Y era ayé, ayé, cuando la vestía de República en er Carnavá. ¡Ay, Dios mío! ¿Usté es guitarrero?

JUAN LUIS. — Guitarrero soy. Las guitarras no dejarán tanto como las lunas; pero tampoco tienen mala salía. No habrá que verse nunca en la nesesidá de echá las clavijas en la oya. Unos cuartitos en er Monte e Piedá pa que la niña se compre arfileres, grasias a Dios no fartan.

ROSA. — No, si ya sé que no está usté mal acomodao, y que es un hombre e bien, y que... Un poquitiyo na más me han dicho que le gustan las fardas.

JUAN LUIS. — ¿Que me gustan las fardas?

ROSA. — Tanto así más de lo presiso.

JUAN LUIS. — Ganas de hablá que tiene la gente. Cuergue usté ahora mismo tres o cuatro fardas en la paré, y usté verá qué tranquilo me queo. Ni las miro siquiera.

ROSA. — ¡Hombre! ¡Qué tunante!

JUAN LUIS. — Acaba usté de hasé un movimiento, que es to de Rosita.

ROSA. — En la risa sí que nos paresemos, ¿verdá?

JUAN LUIS. — Sí; en la risa, sí. Y en los ojos.

ROSA. — ¿También en los ojos?

JUAN LUIS. — También. Sino que los de usté han cresío toavía más que los de eya.

ROSA. — Tienen más edá.

JUAN LUIS. — Será eso. No, si se paresen ustedes mucho. Sólo que yo antes, ar verla a usté de sopetón, como me había imaginao una mamá muy distinta de usté, me ofusqué y no aserté a reconoserla por er paresío. Este es el Evangelio. Pero ¡vaya si se paresen ustedes! Lo que hay es que Rosita viene a sé un capuyo que está en la maseta toavía, esperando que yegue una mano a cortarlo, y usté es ya una rosa... una rosa... Vamos, una rosa...

ROSA. — Sí; ya estoy: una rosa... que yeva dos o tres días en agua. Entendío.

JUAN LUIS. — No lo eche usté a mala parte, Rosa, que puestos a desí la verdá, vale usté por lo menos tanto como su hija.

ROSA. — Güeno, güeno; vamos a dejá a la madre y a seguí con la niña, que es de lo que se trata, ¿no?

JUAN LUIS. — Sí.

ROSA. — ¿Dónde puse yo mi abanico?

JUAN LUIS. — ¿Usté también se ha sofocao?

ROSA. — Sí, hombre, sí; de verlo a usté con esa capa ensima.

JUAN LUIS. — ¡Ea, pos fuera la capa! Ya está. (*La deja en una silla. Rosa encuentra su abanico.*)

ROSA. — ¡Digo! Y yo no sé cómo no se la había usté quitao antes. ¡Pos si viene usté para salí en una prosesión!

JUAN LUIS. — ¡Ah! ¿también guasita con er vestío?

ROSA. (*Riéndose.*) — No, hombre, no; no es guasita. Ya estoy seria. Vamos a nuestro asunto.

JUAN LUIS. — ¡Vamos a nuestro asunto!

ROSA. — A mí, la verdá — y usté que es un hombre muy hombre sabrá comprenderlo —, no me dijusta usté...

JUAN LUIS. — ¿Cómo?

ROSA. — No me dijusta usté para mi Rosita; pero no quisiera que la niña se metiera tan pronto en los belenes de un noviajo. ¿Por qué no espera usté dos o tres años más? (*A una mirada de él.*) A eya no le corre priesa ninguna.

JUAN LUIS. — A eya no, pero...

ROSA. — ¿A usté sí?

JUAN LUIS. — ¿No me ha de corré, si esta tarde antes de vení aquí, me he pasao media hora arrancándome canas?

ROSA. — ¡Ah! ¿tiene usté canas?

JUAN LUIS. — ¡Las tenía! ¡Ahora no me encontrará usté ni una siquiera!

ROSA. — Sí, señor; ahí tiene usté una. ¡Dos! ¡Tres!

JUAN LUIS. — ¡Pos me han salío en esta visita!

ROSA. — Pero a pesá de las canas, usté es un hombre joven.

JUAN LUIS. — La verdá: ayé cumplí cuarenta y uno.

ROSA. — ¿Cuarenta y uno? Pos no representa usté más de treinta y siete.

JUAN LUIS. — Grasias.

ROSA. — Sin grasias.

JUAN LUIS. — Sea como sea, pueo sé er padre de... (*Se calla de repente.*)

ROSA. — ¿Qué iba usté a desí?

JUAN LUIS. (*Cortado.*) — Na...que... Tonterías.

ROSA. — Tonterías, no; porque la coló se le ha bajao.

JUUAN LUIS. — En cuanto me quité la capa.

ROSA. — Déjese usté de bromas. A usté le pasa argo. ¿Qué le pasa a usté?

JUAN LUIS. — A mí, na... no me pasa na.

ROSA. — ¡Vaya si le pasa! No da usté pie con bola hase tres minutos.

JUAN LUIS. — ¡Verdá que no lo doy! Y ¿sabe usté lo que me pasa, prenda? ¡Se acabaron los arrodeos! Que desde que salió usté por ahí me estoy yo disiendo: "¡A está mujé no le yamo yo suegra!" ¡Y esta bataya interió es la que me tiene desconsertao!

ROSA. — Pero, vamos a vé: y si se arregla usté con mi hija, ¿cómo va usté a yamarme: mamá?

JUAN LUIS. — ¿Mamá? ¡Eso es peó toavía que lo de suegra! ¿Sabe usté que er parentesco no tiene más que dificurtaes?

ROSA. — Porque usté las busca pa tropesá con eyas, señó Yámeme usté Rosa.

JUAN LUIS. — ¿Rosa?

ROSA. — ¡Claro! Mi nombre.

JUAN LUIS. — ¡Ay, Rosa!

ROSA. — ¿Qué?

JUAN LUIS. — ¡Ay, Rosa!

ROSA. — ¿Va usté a echá un pregón?

JUAN LUIS. — Lo que estoy echando son mis cuentas.

ROSA. — A ve...

JUAN LUIS. — Usté me ha dicho que yo le gusto.

ROSA. — Le he dicho a usté que no me dijusta.

JUAN LUIS. — Es iguá.

ROSA. — No es iguá.

JUAN LUIS. — Güeno; que no le dijusto.

ROSA. — Pa mi niña.

JUAN LUIS. — ¡Ah! ¿pa su niña?

ROSA. — De mi niña hablábamos cuando lo dije.

JUAN LUIS. — Pos vamos a poné — y va er resto — que yo estoy pensando en que a mí me gustó la niña por lo que tiene de la mamá, y en que lo único que me arteraba er purso mientras me arrancaba las canas esta tarde, era er considerá que la rosita por que yo venía, por sé muy tempranera, quisás no fueran mis manos las que debían cortarla. Sentía yo — de verdá lo digo — que no fuese una rosa bien cuajá la que me había quitao er sueño de la noche. Y yego aquí, y encuentro esa rosa, y es der propio rosá que la rosita, y güele ar mismo oló, y no

tengo reparo en preguntarle: "Rosa, ¿qué le paresería a usté si dejáramos a la rosita en su rama toavía, y si usté se pusiera esta noche en la ventana pa perfumá la caye?"

ROSA. — ¡Ay, qué jardinero!... ¡qué jardinero!...

JUAN LUIS. — Güeno; pos sin jardinería y sin flores, y hablando en plata: ¿quié usté salí esta noche a la ventana en lugá de la niña? ¡Porque o yo estoy siego, o usté y yo hasemos una pareja más cabá!

ROSA. (*Luego de pensarlo y con maliciosa coquetería.*) — Eso lo tiene usté que tratá con mi madre.

JUAN LUIS. — ¿También eso? Pero ¿tiene usté madre?

ROSA. — Y que da gusto verla; es una estampa a mí. ¿La yamo?

JUAN LUIS. — ¡No! ¡No, por Dios! ¡No la yame usté, porque va a gustarme también y va a sé un compromiso! (*Rosa suelta la carcajada. Pausa.*) ¿Qué? ¿Paso luego por la ventana, o no?

ROSA. — Pase usté, hombre; pase usté.

JUAN LUIS. — Y ¿estará usté ayí?

ROSA. — O estará Rosita, pa yamarle a usté... sinvergüensa.

JUAN LUIS. — ¡Sinvergüensa! Yo me alegraré de que sea usté la que me lo yame.

ROSA. — Y yo también, Juan Luis. Nos entendamos usté y yo, o no nos entendamos, a mí como a usté me ha quitao er sueño toa la noche reiná en esta visita.

JUAN LUIS. — ¿Por qué?

ROSA. — Porque a un hombre de las prendas de usté yo no debía negarle la conversasión con mi hija... y... sin desmejorá a nadie, yo tengo pa eya la idea puesta en otra persona.

JUAN Luis. — ¿En otra persona?

ROSA. — Sin desmejorá a nadie, ya digo.

JUAN LUIS. — ¡Pos si viera usté, Rosa, lo contento que a mí me tiene este resurtao! Sin desmejorá a nadie tampoco. (*Se pone la capa.*)

ROSA. — ¡Pos vamos alegrarnos los dos!

JUAN LUIS. — ¡Eso es! ¡Vamos a alegrarnos! ¿Hasta luego?

ROSA. — Hasta luego.
JUAN LUIS. (*Mirándola desde la puerta.*) — ¡Las cosas de la vía!
ROSA. — ¡Ssssch! Caye usté.
JUAN LUIS. — ¿Qué?
ROSA. — Ahí está Rosita de güerta.
JUAN LUIS. (*Poniéndose serio.*) — ¿Rosita?
ROSA. — Sí. ¿No la siente usté hablá?
JUAN LUIS. — ¿Hay puerta farsa?
ROSA. — No, señó; pero, aunque la hubiera, usté sardría por la prinsipá, porque no hemos cometío ningún delito.
JUAN LUIS. — De toas maneras, yo preferiría no ve a la niña.
ROSA. — ¡Pos pase usté embosao! ¡De argo le ha de serví a usté la capa! ¿Hasta la noche?
JUAN LUIS. — Hasta la noche. (*Se va.*)
ROSA. (*Después de verlo marchar, asomada a la puerta.*) — ¡Ay, Juan Luis er de las guitarras, mi martirio sin sospecharlo tú! ¡Bien has picao el ansuelo! ¡Lo que se va a reí Rosita cuando yo le refiera que to ha salío como lo dibujamos eya y yo anteayé de mañana! ¡Qué listos son los hombres!

Al público:

En una maseta vió
una rosita, y pensó
que de cortarla era cosa...
Vino por eya... y cambió
la rosita por la rosa.

*

SECRETICO DE CONFESIÓN

En casa del cura de Canales, pueblo aragonés. Habitación humilde. Puerta y ventana al foro, que dan al huerto. Puerta a la derecha del actor, que comunica con la calle. Es por la tarde, en primavera.

Salen por la puerta de la derecha Zequiela y Benita. Benita es la criada del cura. Zequiela es la casada más guapa de Canales. Viene atribulada, llena de confusión.

BENITA. — Pasusté.
ZEQUIELA. — Gracias. ¡En qué atolladeros se ve una!
BENITA. — ¿Qué le sucede?
ZEQUIELA. — Algo muy tremendo. Pero no es de tu encumbencia, Benita. ¿No está el siñor cura?
BENITA. — Sí que está.
ZEQUIELA. — ¿Ande?
BENITA. — En el güerto, sembrando un corrico de garbanzos que de Vera del Moncayo le han mandau pa muestra.
ZEQUIELA. — Pus anda y dile que está aquí Zequiela la de Gabino, que necesita hablale.
BENITA. — Sí, siñora.
ZEQUIELA. — ¿No tendrá vesita, verdá?
BENITA. — Nenguna, que 'o sepa. Si hay alguien con él es el boticario, que viene mucho; ¡pero ese no es vesita, porque le habla de tú!
ZEQUIELA. — Güeno, güeno, avisa al siñor cura de mi parte.
BENITA. — Sí, siñora. Muy atrebuladica viene usté.
ZEQUIELA. — Atribuliada vengo. No es pa menos el caso. Ascucha, Benita.
BENITA. — ¿Qué quisté?
ZEQUIELA. — Que si hay alguien con el siñor cura, le des el recadico en riserva.
BENITA. — Pierda usté cuidau. (*Se va por la puerta del foro, hacia la derecha. En seguida se la oye gritar.*) ¡Siñor cura! ¡Aquí está Zequiela la de Gabino, que quié hablale!
ZEQUIELA. — A la cuenta está solo. Hi entrau con buen pie. El Siñor me libre pronto de esta pesaumbre. ¡Y to por culpa de las fechurías de los hombres, que son unos rabiseros y unos propasaus! Lo más prencipal es que Gabino no llegue a sabelo. (*Queda ensimismada. Aparece por la puerta del foro el Cura, de sotana y sombrero de campo, y al hombro un azadón.*)
CURA. — ¿Eres tú, Zequielica?

ZEQUIELA. — Yo mesma.
CURA. — ¿Qué tronada te trae por mi casa?
ZEQUIELA. — Un mal nigocio.
CURA. — ¿Un mal negocio?
ZEQUIELA. — Un mal nigocio, siñor cura. Sentiría incomodalo.
CURA. — No, hijica, no. En mi oficio, más topo con malos negocios que con buenos. (*Deja el azadón y el sombrero, se sacude las manos y se limpia el sudor de la frente.*) Siéntate, mujer.
ZEQUIELA. — Gracias. (*No se sienta.*)
CURA. — Me ha hecho sudar la faenica.
ZEQUIELA. — El sudor del trebajo. Dios lo bendiga a usté, siñor cura. Es usté un santico de los altares.
CURA. — Siéntate.
ZEQUIELA. — Gracias. (*Lo hace.*)
CURA. — Y vamos a ver qué demonios te ocurre.
ZEQUIELA. — Los dimoños andan en el ajo, sí, siñor.
CURA. — Por fuerza han de andar, si el negocio es malo, como dices.
ZEQUIELA. — Miusté qué tembleque traigo en to mi cuerpo.
CURA. — Es verdá. Y estás heladica.
ZEQUIELA. — Y con los ojos enritaus de llorar.
CURA. — Apacíguate ya, criatura; que para todo hay remedio y alivio en el mundo, si no es para la muerte. Habla. (*Zequiela calla.*) Habla ya. (*Zequiela no puede.*) ¡Vamos, habla, mujer!
ZEQUIELA. — ¡No puedo, siñor cura! Tengo un ñudo en el garganchón.
CURA. — Pues tira a desatalo. ¿Qué te ocurre, vaya; que te ocurre?
ZEQUIELA. — Un caso de concencia.
CURA. — Ya me lo figuraba.
ZEQUIELA. — Un secretico de confesión.
CURA. — ¡Zequiela!
ZEQUIELA. — ¡Siñor cura!
CURA. — Pues eso, a la iglesia. En el confesonario estoy todas las mañanicas.
ZEQUIELA. — Y yo hubiá ido allá mañana mesmo, a no ser la urgencia del caso.

CURA. — ¿La urgencia?
ZEQUIELA. — Sí, siñor.
CURA. — ¿De esta tarde a mañana?
ZEQUIELA. — Sí, siñor. Porque yo quiero que el siñor cura me dé su consejo antes que Gabino güelva del campo.
CURA. — Y ¿cuándo vuelve?
ZEQUIELA. — A la tardada. Se jué a metá de día, y en cuantico se jué, a solas yo con mi atrebulación, me dije pa entre mí: Zequiela, tan y mientras que va y güelve Gabino, vete a hablar con el siñor cura pa que te saque de este atolladero. Y aquí estoy.
CURA. — Ea, pues di ya; no te coja la vuelta templando.
ZEQUIELA. — ¿Estamos solicos?
CURA. — Solicos. Descuida, mujer.
ZEQUIELA. — (*Con gran esfuerzo.*) — Pues ha de saber usté, siñor cura... ha de saber usté... ¡Si es que no doy con la exprisión!... Güeno, siñor cura: mi marido es muy bruto.
CURA. — ¿Ese no será el secretico, verdá?
ZEQUIELA. — No, siñor!
CURA. — Porque eso podrá ser inorao en el Peñón de Gibraltar; pero ¡lo que es en tierra aragonesa!...
ZEQUIELA. — Sí, siñor, es cosa sabida. Pero entavía es más bruto. El mesmo lo pregona: "¡Yo soy más bruto de lo que paezco!" Y esto empiora la custión.
CURA. — Sigue, sigue diciendo.
ZEQUIELA. — Ha de saber el siñor cura — vergüenza me cuesta confesalo —, ha de saber el siñor cura que Rupertico el de la Remigia me requiebra de malos amores.
CURA. — ¿Rupertico? ¿Ese gorrión tropezonero?
ZEQUIELA. — ¡Ese gurrión?
CURA. — Pero si no le apunta el bozo!
ZEQUIELA. — Pus ¿qué quiusté? ¡El se las echa de muy hombre! ¡Cómo es tan mocetón!...
CURA. — Sigue, sigue.
ZEQUIELA. — Andequiera que voy he de tropezalo: paice mi sombra. Hasta en la iglesia mesma me persiguen sus ojos, y me cuertan la devoción. Y ha tuvido el

atrevimiento, siñor cura, una vez que Gabino hizo noche juera de Canales, de pasar en ronda por mi casa y echame unas coplicas. Y jura y perjura que ha de quererme aunque lo ahorquen; y jura y perjura que tengo de ser suya tarde u temprano. ¿Le paice a usté?

CURA. — ¡Sí que andan los demonios en la danza, sí!

ZEQUIELA. — ¡Pus entavía falta lo más pior!

CURA. — Dios nos ayude, Zequielica.

ZEQUIELA. — La noche pasada, en el bautizo del ultimo chico de Demetria la de Colás, que jué de muchos envitaos, con engaños me llamó a la güerta pa enseñame la luna, y me dió un beso.

CURA. — ¿Hola, hola?

ZEQUIELA. — Sí, siñor cura; sin que yo pudiera impedílo. Me apretujó con juerza de repente, y me dió un beso. (*Señalándose las mejillas.*) Aquí y aquí.

CURA. — ¡Esos son dos besos, Zequiela!

ZEQUIELA. — ¡Toma, ya lo sé! ¡Y los que me dió aluego!

CURA. — Pero ¿hubo más?

ZEQUIELA. — ¡Que si hubo! Arrebatau por la calor del vino y por sus malas intinciones, me llenó toa la cara. ¡Si hubián quedau señales!... Pero el mal estuvo en el primero.

CURA. — Y tú ¿qué hiciste?

ZEQUIELA. — En cuanto que pude, de un empentón lo batí al suelo. Y me golví al bautizo. Y al llegar a mi casa me lavé la cara que sé 'o las veces, con ansia de arrancame la piel. Yo no soy una mujer mala: yo quiero a mi marido... y me esazona y me priocupa que Gabino se entere y haiga en Canales un estrapalucio.

CURA. — No se enterará, porque a ese mocete yo lo amonestaré esta tarde misma. Y si preciso es, le pondré un bozal. Para que no hable.

ZEQUIELA. — Y otro pa que no bese.

CURA. — De modo y manera, que él ha de callar y tú lo mismo. Conque cuenta que el secretico queda aquí enterrao, y no lo sabremos nunca más que los tres.

ZEQUIELA. — Los tres y mi madre.

CURA. — ¿Se lo has dicho a tu madre?
ZEQUIELA. — ¿No se lo había de icir, si me vió llorando como una Magalena?
CURA. — Ya. ¿Y es ella quien te recomendó que vinieras a verme?
ZEQUIELA. — Sí, siñor; ella mesma. Después de consultalo con mi padre.
CURA. — Según eso, ¿tu padre también lo ha sabío?
ZEQUIELA. — ¿Que si lo ha sabío? ¡Güeno es él pa ocultale na de la casa! ¡Lo hubiá usté visto, siñor cura, queriendo ir en busca de Rupertico pa vengame! Paicía un mozo de la ultíma quinta.
CURA. — ¿Y fué?
ZEQUIELA. — No, siñor, que no jué; se lo quitó de la cabeza el siñor Ambrosio, el esterero, que llegó de supito.
CURA. — ¿Ah, sí? Pero ¿no se enteraría de lo que pasaba?
ZEQUIELA. — Estaba ya enterau.
CURA. — ¿Cómo, cómo? ¿Por quién, Zequielica?
ZEQUIELA. — Por Niceto, el cabo e los ceviles.
CURA. — ¡Recontra! — el Señor me perdone —. Y el cabo, ¿por quién lo sabía?
ZEQUIELA. — Barrunto que por la droguera, ¿sabusté? que vió to el paso del güerto detrás del ciruelo.
CURA. — ¡Pues si lo ha visto la droguera... y si a más lo sabe tu padre, y tu madre, y el señor Ambrosio, y la Guardia Civil...!
ZEQUIELA. — ¡Como que en to Canales no se habla de otra cosa! ¿No vusté que Rupertico apostó en la taberna, menutos antes de la ciremoña del bautizo, delante e tos los mozos, que aquella noche había de besame?
CURA. — Pues ¿sabes lo que te digo, Zequiela? ¡Que sí que me has venido con un secretico!
ZEQUIELA. — Pa usté lo era. Y mi intención es que usté me aconseje cómo tengo de valeme 'o pa que Gabino no llegue siquiera a sospechalo.
CURA. — No sé... no sé qué aconsejarte, mujer... Déjame que lo reflexione. Enrevesao es el asunto. Porque de cuantos hay ya sabedores de él, no me fío más que del silencio de uno solico.

ZEQUIELA. — ¿Cuál, siñor cura?
CURA. — El ciruelo. Y, bien mirao, qué sé 'o. qué sé 'o... Porque el ciruelo callará, ¡pero las ciruelas!...
ZEQUIELA. — ¡La Virgen del Pilar me ampare!
CURA. — No hay mejor madrina. Yo se lo rogaré por ti.
(*Sale en esto Gabino por la puerta de la derecha, desconcertando a Zequiela y al señor Cura. En la mano trae un garrote.*)
GABINO. — ¿Se pué pasar?
ZEQUIELA. — ¡Gabino!
CURA. — ¡Gabino!
GABINO. — No me esperabas, ¿eh?
ZEQUIELA. — ¿Cómo había de esperate?
GABINO. — ¿Ni usté tampoco, siñor cura?
CURA. — Tampoco.
GABINO. — Pues aquí estoy. Digo, me paice que aquí estoy.
CURA. — Ya, ya.
GABINO. — ¿A qué has venido a casa del siñor cura, Zequiela?
ZEQUIELA. — A traele unas cebollitas.
GABINO. — Mucho cuidau con las cebollicas, que hacen llorar.
CURA. — ¡Gabino!
GABINO. — Siñor cura, que mi mujer no mienta, que eso es pecau.
CURA. — Razón tienes.
GABINO. — Zequiela ha venido aquí hoy a lo que 'o vengo: a pedile paicer al siñor cura. Me hago cargo del desgusto de ella, como del desgusto de usté. Ella es güena y me quiere, y este cariño tié muchos invidiosos. Y la otra noche, en el güerto de casa e Demetria, ya usté sabe lo que pasó. Y Zequiela tamién lo sabe.
ZEQUIELA. (*Llorosa.*) — De más que lo sé.
GABINO. — Mi fama está en lenguas, y la de mi mujer lo mesmo. Agravios no le aguanto yo a nengún nacido. ¿Qué hago, siñor cura?
CURA. — Me alegro de este paso que das. Sólo por él mereces ya un abrazo mío. (*Lo abraza.*)
GABINO. — Gracias, siñor cura.

ZEQUIELA. — Y otro mío.

GABINO. — El tuyo lo dejas pa luego.

CURA. — Lo que has de hacer ahora, Gabino, es irte a tu casa con tu mujer, y esperar sosegao a que 'o te avise. A Rupertico le impondré el castigo que manda la Iglesia, y luego te pedirá perdón, y será tu amigo. Y todos en paz, edificaos con el ejemplo.

GABINO. — Me paice bien.

ZEQUIELA. (*Perpleja.*) — ¿Te paice bien?

GABINO. — Ya he dicho que me paice bien.

ZEQUIELA. — Es el consejo del siñor cura.

GABINO. — Por él he venido. Pero, ¿y si antes de eso, siñor cura, topase 'o a Rupertico en una calle sola y le abriera la cabeza en piazos?

CURA. — ¿Qué dices, Gabino? ¡Si hicieras eso, te condenarías!

GABINO. — ¡Pus m'hi condenau!

CURA. — ¿Qué?

ZEQUIELA. — ¿Qué?

GABINO. — ¡Que pa su casa se lo llevan ahura chorriando sangre y sin respiración!

ZEQUIELA. — ¿Le has cascau?

GABINO. — ¡No, que ha sío groma!

ZEQUIELA. — ¡Me alegro!

CURA. — Entonces, pollino, ¿a qué me pides consejo a mí?

GABINO. — Pa ver si estábamos de acuerdo, siñor cura. En las cosas graves...

CURA. — Pues ya has visto que no.

GABINO. — Ya, ya lo he visto... De habelo sabío a tiempo... En fin, lo siento por el mozo. Lo hecho, hecho está: ya no tiene remedio. Y ahura me llevo a Zequiela a casa, como usté me ha mandau, y allá aguardaremos que llegue Rupertico cuando usté lo mande. Y gracias por el consejo, siñor cura. Y usté desimule si he faltau.

CURA. — No hay de qué. Después de tu venganza, no se ha de hacer menos que abrazaros Rupertico y tú de buen grado en la misma plaza de Canales.

GABINO. — Por mí no quedará.

ZEQUIELA. — ¡Yo quió besale a usté las manos, siñor cura!

GABINO. — Y a más, aquella noche saldré de ronda, y pasaré por la casa de Rupertico, y echaré esta coplica, que le canté a mi mujer el día que nos casamos.

ZEQUIELA. — ¡Deja eso ahura!

GABINO. — ¡No quiero!

ZEQUIELA. — ¡Que lo dejes, hombre, que no está el siñor cura pa coplicas!

GABINO. — Sí que está. Y que se ice pronto. ¿Quiusté oíla, sí o no?

CURA. — Sí, hombre, sí.

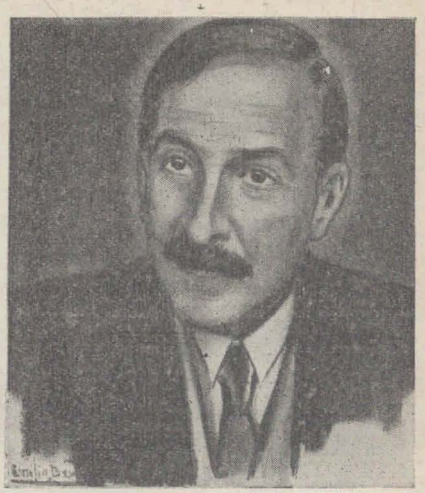
GABINO. — ¿Tú lo ves, mujer?

CURA. — ¿Qué dice la coplica?

GABINO. — Na más que esto:

Yo escogí pa mí solico
la moceta más cabal:
que se encargue otra cabeza
quien me la quiera quitar.

(*Abraza satisfecho a su mujer, y el Cura se santigua.*)



ESTEBAN ZWEIG

Esteban Zweig, escritor austríaco en lengua alemana, nació en 1881, en Viena, ciudad cuyo aire dulcemente musical respiró en sus mocedades y en la que se consagró poeta apasionado, hasta que su afán incontenible de viajero ávido de ver y conocer, le hizo recorrer todos los climas, imprimiendo en su espíritu cierta tendencia a lo universal, que es una de las características más salientes de su obra.

Durante su peregrinaje convivió en los países más diversos y ello le hizo solidario de los hombres más extraños entre sí, trayendo a su patria, cuando a ella retornó, el mundo espiritual de Verlaine y Baudelaire, de Tolstoi y Dostoyewski, de Erasmo, y Nietzsche, de María Estuardo y María Antonieta, de Fouché y Napoleón, de Balzac y Dickens; y con su mundo espiritual, la visión exacta y precisa del ambiente en que ellos actuaron, y del pueblo de que fueron rama viva, y de la época de su florecimiento, y de los destinos de la parcela de humanidad que los rodeó, y aun de ésta toda entera.

Aunque los aspectos de crítico literario y de biógrafo de Esteban Zweig, por la prodigiosa cultura que ellos eviden-

ciaron y el hondo sentido humano de su obra como tal, sean los sobresalientes de su personalidad, no ha de preterirse su alto valor como dramaturgo y novelista. Y si bien debe Zweig su renombre universal a sus magistrales biografías novelescas, obras dramáticas como *"La oveja del pobre"* y narraciones tales cual *"La fantástica existencia de Mary Backer Eddy"* bastarían para cimentar la fama de un escritor.

*

MOMENTOS ESTELARES DE LA HUMANIDAD

EL MINUTO MUNDIAL DE WATERLOO

(NAPOLEÓN, 18 DE JUNIO DE 1815)

La estrella del Destino rige a los poderosos y a los violentos; años y años se convierte en la esclava servil de un solo hombre: César, Alejandro, Napoleón. El Destino, elemento imponderable, ama al hombre elemental que es a él semejante.

Muy raras veces, en el espacio de los tiempos, en un arrebato de su caprichosa volubilidad, se entrega al azar, a un ser cualquiera. Muy raras veces — maravillosos momentos de la historia del mundo — el hilo de los hados es agarrado un momento por una mano indiferente, y ese hombre se siente más atemorizado que feliz, una tempestad de responsabilidades le lanza entonces al heroico espectáculo del mundo y la mano deja escapar el hilo que había asido.

Que son muy pocos los que se dan cuenta de ese azar y lo aprovechan para encumbrarse. Fugaz es el momento en que se da la grandeza a los menguados, y la suerte no volverá jamás a ellos una segunda vez.

GROUCHY

En medio de los bailes, de los galanteos, de las intrigas y de las discusiones del Congreso de Viena, la noticia aterradora cae y estalla como una bala de cañón: Napoleón, el león prisionero, ha destrozado su jaula de Elba.

Uno tras otro llegan los mensajes: Ha conquistado Lyon y ha expulsado al rey; las tropas de fanáticas banderas corren a su encuentro; ya está en París, en las Tullerías.

Han sido inútiles Leipzig y los veinte años de una guerra homicida.

Como si hubiesen sido acorralados todos con un solo zarpazo, los intrigantes ministros ya no pueden discutir; se apresuran a ponerse de acuerdo. A toda prisa se organizan los ejércitos, uno inglés, otro prusiano, otro austríaco, otro ruso. Sólo se tiene un único objetivo: el de aniquilar definitivamente el poder del usurpador. Jamás la clásica Europa de los emperadores y de los reyes se había visto tan unida como en aquella hora de pánico.

Por el norte avanza Wellington contra Francia; a su lado se alinea el ejército prusiano al mando de Blücher; Schwarzenberg toma posiciones en el Rin, y los pesados y lentos regimientos rusos, formando las reservas, pasan por Alemania.

Una sola mirada basta a Napoleón para comprender el peligro mortal. Comprende que no puede perder tiempo, que no puede esperar a que la jauría se reúna. Es preciso dividirla y atacar aisladamente a los prusianos, a los ingleses, a los austríacos, antes de que se conviertan en un ejército europeo y derriben su Imperio. Debe ir de prisa; los enemigos en su propio país se despiertan; debe vencer antes de que los republicanos se sientan fuertes y se unan a los realistas, antes de que el hipócrita y enigmático Fouché, de acuerdo con Talleyrand, su imagen y su émulo, le sieguen la victoria a sus espaldas. De un solo golpe, con sus tropas delirantes de entusiasmo, debe lanzarse sobre sus enemigos; cada día significa una pérdida, en cada hora se oculta un peligro. Por eso no titubea en tirar los dados sobre el campo de batalla más ensangrentado de Europa: sobre Bélgica.

El día 15 de junio, a las tres de la madrugada, la vanguardia del gran ejército de Napoleón — el único ejército — atraviesa la frontera. El 16 ha llegado ya a Ligny y combate contra el ejército prusiano, al que derrota y obliga a retroceder. Es el primer zarpazo del león que se siente libre, zarpazo terrible, pero no mortal. Vencido, pero no aniquilado, el ejército prusiano se repliega hacia Bruselas.

Entonces Napoleón va a lanzar el segundo golpe: contra Wellington. No tiene tiempo de tomar aliento; cada día que pasa significa un refuerzo para el enemigo y tiene que conquistar también la tierra que queda tras él, al exangüe e inquieto pueblo francés, al que ha de devolver el ánimo con el ardiente elixir del anuncio de la victoria.

El día 17 avanza con todo su ejército hasta las alturas de Quatre - Bras, donde se halla atrincherado Wellington, el frío enemigo de nervios de acero. Nunca como en aquel día fueron más meditadas las disposiciones de Napoleón, más claras sus órdenes. No sólo piensa en el ataque, sino que prevé también sus peligros; prevé la posibilidad de que las tropas de Blücher, vencidas pero no aniquiladas, puedan juntarse a las de Wellington.

Para evitar esto destaca una parte de su ejército con la misión de que vaya alejando, paso a paso, las huestes prusianas e impida su unión con los ingleses.

El mando de esta tropa de persecución es confiado al mariscal Grouchy.

Grouchy, de mediana inteligencia, valiente, recto, de toda confianza; un caudillo de probado valor, pero nada más que un caudillo. No es guerrero ardiente e impetuoso como Murat al frente de su caballería; no es un estratega como Saint - Cyr o Berthier, ni es un héroe como Ney. No se ve sobre su pecho el resplandor de la coraza, ningún mito aureola su frente, ningún hecho extraordinario le ha dado fama y le ha hecho aparecer en el mundo heroico de la leyenda napoleónica. Sólo le han dado nombre sus desgracias y sus fracasos. Durante veinte años ha combatido en todas las batallas, desde España hasta Rusia, desde Holanda hasta Italia; lentamente, no sin méritos, pero sin ninguna hazaña extraordinaria, ha ido conquistando, paso a paso, la dignidad de mariscal. Las balas austríacas, el sol de Egipto, los pu-

ñales árabes, los hielos de Rusia han ido aniquilando a sus camaradas: Desaix en Marengo, Kleber en El Cairo, Lannes en Wagram. No tomó por asalto el camino que debía conducirle a la dignidad máxima, lo conquistó poco a poco, a través de veinte años de incesante guerra.

Napoleón sabe perfectamente que no tiene en Grouchy un estratega, sólo tiene un hombre de confianza, fiel, valiente y sereno. Pero la mitad de sus mariscales yacen bajo la tierra, y los que quedan están desalentados, viven retirados en sus tierras, hartos de la eterna vida de campaña. Por eso se ve obligado a confiar a un hombre mediocre una misión de decisiva trascendencia.

A las once de la mañana del día 17 de junio, un día después de la victoria de Ligny, un día antes del desastre de Waterloo, Napoleón confía por primera vez a Grouchy un mando independiente. En un segundo, aquel militar modesto pasa a la historia universal; durante un instante, ¡pero en qué momento!

Las órdenes de Napoleón son precisas: mientras él arremete contra los ingleses, Grouchy debe perseguir al ejército prusiano a la cabeza de una tercera parte de las fuerzas. En apariencia una misión sencilla, categórica, inconfundible; pero, a pesar de todo, ambigua y de doble filo como una espada, pues al cumplir esta orden está Grouchy obligado a no perder el contacto con el grueso del ejército.

El mariscal se hace cargo del mando con vacilación. No está acostumbrado a obrar por su propio impulso; su prudencia, falta de iniciativas, sólo se siente segura cuando la mirada genial del Emperador le indica la actitud que debe tomar. Además presiente ahora a sus espaldas el descontento de sus generales y, tal vez, el fatal aletazo del Destino. Sólo le tranquiliza la proximidad del cuartel general; tres horas escasas de marcha le separan del ejército del Emperador.

Llueve torrencialmente; bajo aquella lluvia se despide Grouchy. Luego, lentamente, hundiendo sus pies en el blando barro, sus soldados avanzan tras las huellas prusianas, en la dirección que suponen ha tomado Blücher.

LA NOCHE DE CAILLOU

Una lluvia nórdica cae a torrentes. Como rebaños anegados en el agua avanzan en la obscuridad los regimientos de Napoleón; el barro hace pesado el paso. No se columbra ninguna casa, ni ningún refugio. La paja está completamente mojada, es imposible dormir sobre ella, y los soldados se reúnen en grupos y duermen sentados, espalda contra espalda, bajo la lluvia que no tiene piedad.

El Emperador tampoco descansa; se halla poseído de una nerviosidad febril, pues los reconocimientos fracasan ante la impenetrabilidad del tiempo, y los informes de los exploradores son muy confusos. No sabe nada, no sabe si Wellington se dispone a la batalla y no llega noticia alguna de Grouchy acerca de los prusianos. A la una de la noche, despreciando la lluvia torrencial, el Emperador sale a recorrer las avanzadas. En la lejanía, a un tiro de cañón, se columbra, a través de la niebla, el amortiguado resplandor de las luces del campamento inglés.

Napoleón proyecta el ataque. Al iniciarse la aurora regresa a su pequeña cabaña de Caillou, al humilde cuartel general. Allí encuentra las primeras noticias de Grouchy; confusas noticias sobre la retirada de los prusianos, pero con la promesa tranquilizadora de que continuarán siendo perseguidos.

La lluvia va cesando lentamente. Napoleón va y viene impaciente por la estancia, fija la mirada en el amarillo horizonte, en espera de que el velo de la lejanía se descorra y permita tomar una decisión.

A las cinco de la mañana — la lluvia ha cesado — los nubarrones interiores de la duda se desvanecen. Circula la orden para que, a las ocho, todo el ejército se halle dispuesto para la batalla. Los tambores redoblan llamando a formar y los ordenanzas a caballo galopan en todas direcciones.

Napoleón se tiende entonces en su lecho de campaña para dormir dos horas.

LA MAÑANA DE WATERLOO

Son las nueve de la mañana. Las tropas no se hallan aún totalmente reunidas. La lluvia, que ha caído sin cesar durantes tres días, ha empapado la tierra, y la artillería tiene que avanzar venciendo grandes obstáculos.

Lentamente se ha elevado el Sol y sus primeros rayos brillan a través de un viento penetrante; no es el sol radiante y lleno de promesas de Austerlitz, es un sol mortecino de nórdicos resplandores.

Por fin están ya dispuestas las tropas y Napoleón, montado en su blanca yegua, recorre el frente en toda su extensión. Como impelidas por un vendaval irresistible se inclinan hacia el suelo las águilas de todos los estandartes, los jinetes blanden sus sables y los infantes elevan sus peludas gorras enganchadas en las puntas de las bayonetas. En honor del Emperador redoblan frenéticamente los tambores y las trompetas lanzan a los espacios sus agudas notas, y todos aquellos estridentes sones quedan apagados por el grito delirante que resuena como un trueno por encima de los regimientos, que sale de setenta mil gargantas a la vez:

—¡¡*Vive l'Empereur!!*

En los veinte años napoleónicos, ninguna revista militar había alcanzado la magnificencia y el entusiasmo de aquélla. Era la última.

Cuando enmudecieron los gritos eran las once, casi dos horas más tarde de lo previsto — ¡dos horas de retraso fatal! —. Se da orden a la artillería para que concentre el fuego contra "las guerreras rojas" que ocupan la colina, pues Ney, *le brave des braves*, avanza ya al frente de la infantería.

Así comenzó la hora suprema de Napoleón.

Innumerable veces ha sido descrita esta batalla, pero nunca nos cansamos de leer sus emocionantes alternativas, en la pintura magnífica de Walter Scott, en la episódica relación de Stendhal. El espectáculo es variado y grandioso, tanto si se le contempla desde la colina donde se halla el Emperador, a distancia, como si se le presencia de cerca sobre la silla del coracero. Obra maestra de tensión y de dramatismo, que va de la angustia a la esperanza y de la esperanza a la angustia y que, de pronto, se resuelve en un instante ca-

tastrófico, símbolo de una real tragedia. En el destino de un hombre se halla latente el destino de la Europa entera. Ese fantástico castillo de fuegos de artificio que fué toda la existencia de Napoleón, se eleva una vez más para iluminar, por un instante, la inmensidad del cielo con el fulgor de sus cohetes y luego desplomarse y extinguirse para siempre.

Desde las once hasta la una los regimientos franceses atacan sin cesar las alturas, toman pueblos y posiciones y, cuando son rechazados, renuevan sus ataques.

Las colinas húmedas y fangosas de aquel país desierto se hallan ya cubiertas por diez mil cadáveres, pero nada se ha conseguido. Ambos ejércitos están agotados, fatigados y los dos generales se muestran inquietos. Los dos saben que la victoria será del primero que reciba refuerzos, Wellington de Blüche, Napoleón de Grouchy, y el Emperador empuña nervioso el catalejo, envía continuamente mensajeros.

Si el mariscal llega a tiempo volverá a brillar sobre Francia el sol de Austerlitz.

EL ERROR DE GROUCHY

Grouchy tiene, sin saberlo, en sus manos la suerte de Napoleón. Partió cumpliendo las órdenes recibidas al atardecer del 17 de junio, siguiendo las huellas de los prusianos.

La lluvia ha cesado y, como si atravesaren tierras pacíficas, las confiadas y noveles compañía que en la víspera habían venteado por primera vez la pólvora, no ven aparecer al enemigo por ninguna parte, no descubren el más pequeño rastro del ejército prusiano.

De pronto, mientras el mariscal desayuna rápidamente en una casa de campo, sienten que el suelo se estremece ligeramente bajo sus pies; aguzan el oído y llega hasta ellos un sordo, continuo y amortiguado rumor. Son cañones que disparan a los lejos, a una distancia de tres horas. Algunos oficiales se echan al suelo, aplican el oído contra la tierra y escuchan a la manera de los indios para inquirir la dirección del bombardeo. Y el eco retumba sordo y lejano. Es el principio de Waterloo, el cañoneo de Saint - Jean.

Grouchy reúne a sus oficiales. Gerard, el jefe de su estado mayor, exclama fogosamente:

—*Il faut marcher au canon!*

¡Es preciso marchar en dirección al fuego de artillería!

Otro de los oficiales apoya esta opinión gritando:

—¡Vamos, inmediatamente, sin pérdida de tiempo!

Ninguno de ellos duda de que el Emperador ha entrado en contacto con los ingleses y que ha comenzado una dura batalla.

Pero Grouchy está indeciso. Acostumbrado a obedecer, se aferra a las instrucciones recibidas, a la orden imperial de perseguir a los prusianos en su retirada.

Al verle titubear, Gerard insiste con vehemencia:

—*Marchez au canon!*

Y ante los veinte oficiales, este consejo resuena como una orden, como una súplica.

Grouchy se exaspera; con tono violento y severo exclama que no puede apartarse del camino que le dicta el deber, si no recibe una contraorden del Emperador. Y los oficiales se siente decepcionados escuchando en el silencio el retumbar lejano de los fatídicos cañones.

Gerard intenta entonces un último recurso: suplica que se le permita acudir al campo de batalla con su división y unas cuantas piezas de artillería y se compromete a regresar a tiempo.

Y Grouchy medita por unos momentos.

LA HISTORIA DEL MUNDO EN UN MOMENTO

Un momento medita Grouchy, y este instante decide su propio destino, el destino de Napoleón y el destino del mundo.

Aquel momento transcurrido en una casa de campo de Walheim, decide todo el siglo XIX.

Aquel momento — que es la Inmortalidad — está pendiente de los labios de un hombre mediocre y valiente; se halla entre las manos que estrujan nerviosamente la orden fatal del Emperador.

Francia estaría salvada si, en aquel instante, Grouchy fuese capaz de tener valor y osadía, si fuese capaz de comprender los signos palpables, si tuviese fuerza para desobe-

decer las órdenes recibidas. Pero ese hombre mediocre se atiene a las órdenes; es incapaz de escuchar la palabra del Destino.

Por esta razón su negativa es enérgica. Sería insensato reducir aún más un cuerpo de ejército que ya se halla dividido. Su misión consiste en perseguir a los prusianos y nada más. No puede obrar contra las órdenes del Emperador.

Los oficiales no replican y reina un penoso silencio.

Y el instante decisivo se ha deslizado inexorable y ni los hechos ni las palabras podrán ya reparar jamás la fatalidad.

Wellington ha vencido.

Sigue el avance. Gerard y Vandome llevan la rabia en el corazón. Grouchy está intranquilo y a cada momento que pasa se siente menos seguro, pues no se ve ningún indicio de las fuerzas prusianas. Seguramente habrán abandonado la ruta de Bruselas.

Comienzan a llegar emisarios con sospechosos informes. Parece que la retirada del adversario se ha convertido en una marcha de flanco hacia el campo de batalla.

Todavía sería tiempo de correr a marchas forzadas y realizar un supremo esfuerzo en auxilio del Emperador.

Grouchy espera con impaciencia la orden de regreso. Pero ésta no llega.

Sigue resonando tan sólo, cada vez más lejana, la voz del cañón. La tierra tiembla.

Son los dados de hierro de Waterloo.

LA TARDE DE WATERLOO

Es ya la una.

Han sido rechazados cuatro ataques, pero se ha conseguido abrir una brecha en el centro de Wellington. Napoleón dispone de la iniciativa. Ordena reforzar las baterías de Belle Alliance y, antes de que se descorra la cortina de humo que cubre las colinas, Napoleón dirige una última mirada al campo de batalla.

Y entonces observa que por la parte del Noroeste avanza una sombra obscura que parece surgir de los bosques. ¡Son nuevas tropas!

Todos los catalejos se concentran sobre aquel punto. ¿Será Grouchy que, en un momento de clarividencia, ha desobedecido sus órdenes y se presenta milagrosamente en el momento decisivo?

No. Un prisionero cree que se trata de la vanguardia del general von Blücher, de tropas prusianas. Por primera vez el Emperador experimenta la sospecha de que el derrotado ejército alemán se ha zafado de la persecución y acude a reunirse, oportunamente para ello, con los ingleses, mientras que una tercera parte de sus propias tropas se halla maniobrando estérilmente en el vacío. Sin perder momento envía un mensaje a Grouchy conminándole para que mantega a toda costa el contacto e impida la intervención de los alemanes en la batalla.

Simultáneamente recibe el mariscal Ney la orden de atacar. Es necesario que Wellington sea rechazado antes de que puedan intervenir los prusianos. Dada la incertidumbre de la situación no se puede retroceder ante ningún riesgo.

Y durante toda la tarde se suceden aquellos terribles ataques en la llanura, con tropas de infantería constantemente renovadas; las destruídas aldeas son tomadas por asalto, las banderas ondean sobre la ola napoleónica que arremete contra las agotadas formaciones enemigas.

Pero Wellington se mantiene firme y no llega noticia alguna de Grouchy.

—¿Dónde está Grouchy? — pregunta constantemente el Emperador, viendo cómo la vanguardia prusiana va interviniendo progresivamente en la lucha. Los mariscales se sienten también llenos de impaciencia.

El mariscal Ney, tan temerario como Grouchy prudente — ha perdido ya tres caballos en la batalla —, está decidido a terminar de una vez; lanza de golpe toda la caballería francesa a un ataque en masa. Diez mil coraceros y dragones se precipitan a la terrible carrera de la muerte, destrozan los cuadros, derriban a los artilleros y penetran en las primeras filas.

Son rechazados de nuevo, pero las tropas inglesas están ya agotadas y el puño que se agarra a aquellas colinas comienza a ceder. Y cuando la diezmada caballería francesa

retrocede ante el fuego de fusilería, avanza la última reserva de Napoleón con paso grave y lento; es la vieja guardia que marcha a conquistar la colina de cuya posesión depende la suerte de Europa.

EL FALLO

Desde la mañana retumban sin cesar cuatrocientos cañones en ambos bandos. La llanura tiembla al choque de la caballería contra las tropas que lanzan torrentes de fuego, al redoble ensordecedor de los tambores. Allá arriba, en lo alto de las dos colinas, los dos caudillos permanecen impasibles al ruido de aquella tempestad humana. Se hallan pendientes de otro sonido apagado: el tictac débil de dos relojes que laten como el corazón de un pájaro en las manos de ambos caudillos, marcando el tiempo, indiferentes a las masas que combaten.

Napoleón y Wellington no apartan la vista de sus cronómetros; cuentan las horas, los minutos que han de traerles los refuerzos decisivos.

Wellington sabe que Blücher se halla cerca. Napoleón espera a Grouchy. Ninguno de los dos cuenta con más tropas de refuerzo, las que lleguen primero serán las que han de dar la victoria.

En el lindero del bosque comienza a divisarse la tenue nube de la vanguardia prusiana y ambos tienen la mirada fija en aquel enigma.

¿Son únicamente destacamentos? ¿Es todo el grueso del ejército que ha escapado a Grouchy?

Los ingleses resisten con sus últimas fuerzas, pero también los franceses se hallan desfallecidos. Los dos ejércitos, jadeantes, permanecen frente a frente; los dos luchadores dejan caer ya los brazos debilitados y retienen la respiración antes de acometerse por última vez.

Ha llegado el momento del golpe decisivo.

Por fin truenan los cañones en el flanco prusiano, se columbran destacamentos, se oye el fuego de la fusilería.

—*Enfin Grouchy* — dice Napoleón lanzando un suspiro y, creyendo asegurado el flanco, reúne sus últimas tropas

y las lanza de nuevo contra el centro de Wellington con objeto de romper el anillo inglés que guarda Bruselas y hacer volar de este modo la puerta de Europa.

Pero aquel fuego de fusilería no ha sido más que una errónea escaramuza: desconcertados los prusianos por unos uniformes desconocidos habían dirigido el fuego contra los de Hannover, pero pronto se dan cuenta de su equivocación y en masa amplia y potente salen de la espesura del bosque.

No, no es Grouchy que llega con sus tropas, es Blücher, y con él la sentencia.

No tarda la noticia en llegar a las filas imperiales, que comienzan a replegarse con relativo orden.

Wellington se ha dado cuenta del momento crítico, galopa hasta la falda de la colina victoriosamente defendida y agita el sombrero sobre su cabeza, señalando al enemigo que retrocede. Aquel gesto de triunfo es comprendido por los suyos y, en un supremo esfuerzo, los ingleses se lanzan contra la masa desmoralizada. Al mismo tiempo, la caballería prusiana arremete por el flanco contra el destrozado ejército y resuena el grito mortal de:

"Sauve qui peut!"

En pocos minutos, el gran ejército se convierte en un torrente desencadenado, impelido por el terror, en una avalancha ciega que arrastra al mismo Napoleón.

La caballería enemiga penetra libremente en aquel torrente que ya es agua mansa e inofensiva para ella; y sin dificultad pesca la carroza de Napoleón, los valores del ejército, toda la artillería abandonada en aquella espuma de angustia de terror.

El Emperador puede salvar su vida y su libertad amparado tan sólo por la noche. Pero aquel hombre que, sucio y aturdido, muerto de fatiga, se deja caer del caballo a la puerta de una mísera posada, ya no es un emperador. Su reino, su dinastía, su suerte se han evaporado.

La falta de decisión de un hombre vulgar ha derribado el soberbio edificio construído en veinte años por el más atrevido y perspicaz de los mortales.

TRISTE RETORNO A LA VIDA VULGAR

Acababa apenas de caer derribado Napoleón por el empuje inglés, cuando una calesa, en la que iba sentado un hombre desconocido, tomó a galope tendido el camino de Bruselas y de allí al mar, donde un buque aguardaba ya al viajero.

El buque se hace a la vela para Londres, y el hombre desconocido llega allí antes que los correos extraordinarios y consigue, gracias al absoluto desconocimiento de la gran noticia, hacer saltar la Bolsa.

Este hombre es Rothschild que, con un rasgo genial, acaba de fundar un nuevo imperio, una nueva dinastía.

Al día siguiente, Inglaterra se entera de la victoria, y en París, Fouché, el eterno traidor, se entera del descalabro.

En Bruselas y en Alemania son lanzadas al vuelo las campanas de la victoria.

Sólo un ser no sabe nada, a la mañana siguiente, del desastre de Waterloo, a pesar de hallarse solamente a cuatro horas de distancia del lugar memorable. Es el pobre Grouchy.

Terco y sistemático, fiel a las órdenes recibidas, continúa marchando en persecución de los prusianos. Pero, como no los encuentra por ninguna parte, su ánimo flaquea y queda desconcertado.

Los cañones no cesan de rugir a poca distancia, cada vez más fuerte, como si pidiesen auxilio. Cada disparo parece penetrar en la tierra, parece hendirse en el corazón. Ya todos saben con certeza que no se trata de una escaramuza, sino de una gran batalla. Una gran batalla final.

Grouchy cabalga nervioso entre sus oficiales, que evitan toda discusión con él, pues sus consejos fueron rechazados.

Por fin, cerca de Wavre, encuentran un cuerpo prusiano: es la retaguardia de Blücher que se ha atrincherado en aquel lugar. Los franceses lánzanse furiosos al ataque. Gerard marcha a la cabeza, como si, poseído por un siniestro presentimiento, buscase la muerte.

Cae derribado por una bala y queda silenciosa la voz que podía reprochar.

A la entrada de la noche los franceses se hacen dueños de la aldea, pero todos comprenden que aquella minúscula conquista ya no tiene ninguna significación, pues allá, en la lejanía, en el gran campo de batalla, reina un silencio profundo, una quietud angustiosa, una paz cruel, una paz de muerte.

Todos comprenden que el rugir de los cañones era mil veces mejor que esa incertidumbre que consume los nervios.

La batalla ha terminado; esa batalla de Waterloo, de la que Grouchy se entera ¡por fin! al recibir una carta de Napoleón en la que reclama urgentemente su presencia.

La gigantesca contienda debe de estar ya decidida, pero ¿a favor de quién?

La espera dura toda la noche. ¡Vana espera! No llega ningún correo. Se diría que el gran ejército los ha olvidado y que se hallan, sin objeto ni razón, sumidos en la noche impenetrable.

Al llegar la aurora levantan el campamento y reanudan la marcha, convencidos ya de que son inútiles sus avances y sus maniobras. Finalmente, a las diez de la mañana, llega a galope un oficial del estado mayor.

Le ayudan a desmontar y le acosan a preguntas. Pero él, con el cabello pegado a las sienes por el sudor, demacrado por el sufrimiento, presa de una excitación sobrehumana, pronuncia palabras sin sentido, palabras que nadie puede ni quiere comprender.

Se le toma por un loco, por un borracho, cuando afirma que el Emperador ya no existe, que no existe el ejército imperial y que Francia está perdida. Pero a poco le van arrancando la verdad, toda la verdad, y escuchan de sus labios el golpe mortal.

Grouchy, demudado, se apoya tembloroso en su sable; comprende que, en aquel instante, comienza el martirio de su vida, pero acepta decidido la inmensa responsabilidad de toda la culpa.

El hombre indeciso y disciplinado que en el momento supremo no tuvo la resolución necesaria, ahora, cuando se ha-

lla frente a frente con el peligro próximo, se convierte casi en un héroe. Reúne sin perder un momento a todos los oficiales y con los ojos llenos de lágrimas de rabia y de dolor, les dirige una breve alocución en la cual se acusa de su indecisión, que trata de justificar. Los oficiales, que en la víspera le miraban con rencor, le escuchan ahora en silencio. Podrían acusarle y vanagloriarse de haber sostenido un criterio más acertado que él, pero nadie se atreve, ni quiere hacerlo. El dolor desesperado les hace permanecer callados.

Y precisamente en aquella hora, demasiado tarde ya, pues se ha escapado irremisiblemente de sus manos el instante supremo, es cuando Grouchy da muestras de todas sus aptitudes militares. Sus virtudes, su prudencia, su habilidad, su circunspección y escrupulosidad, se manifiestan a la luz cuando se siente dueño de sí mismo y no esclavo de una orden escrita. Rodeado por fuerzas cinco veces superiores a las suyas, emprende la retirada de sus tropas a trevés del enemigo. Una retirada que es una obra maestra de la táctica militar. No pierde un solo hombre ni un solo cañón y salva de este modo el último ejército del Imperio y de Francia.

A su regreso, sin embargo, ya no hay un emperador que le dé las gracias, ni un enemigo a quien desafiar.

Ha llegado demasiado tarde. Su vida exterior se eleva al ser nombrado general en jefe y par de Francia; sigue desempeñando sus cargos con energía y pericia; pero nada le redimirá de aquel momento en que fué dueño del Destino y que no supo aprovechar.

Terrible venganza del instante supremo, de este instante que, de vez en cuando, desciende hasta la vida de los mortales, entregándose al hombre vulgar que no sabe utilizarlo.

Las virtudes ciudadanas, la previsión, la disciplina, el celo y la prudencia, armas magníficas en los días vulgares y pacíficos, se funden impotentes abrasadas por el fuego glorioso del instante del Destino que exige el genio para ser plasmado en una imagen duradera.

El indeciso es rechazado con desprecio. Sólo los atrevidos, nuevos dioses de la Tierra, son elevados por los brazos de fuego del Destino hasta el cielo de los **héroes.**

LA LUCHA POR EL POLO SUR

(CAPITÁN SCOTT, 90 GRADOS DE LATITUD SUR, 16 DE ENERO DE 1912)

LA LUCHA POR LA TIERRA

El siglo XX puede contemplar un mundo que ya no tiene secretos. Todas las tierras han sido exploradas y surcados todos los mares. Las regiones que, en la anterior generación, permanecían libres y venturosas en la penumbra del anónimo, hoy son esclavas de las necesidades de Europa. Los vapores se remontan, ahora, hasta las fuentes del Nilo que, durante tanto tiempo, fueron inútilmente buscadas. Las cataratas Victoria, que un europeo contempló por ver primera hace medio siglo, producen ahora energía eléctrica. El último baluarte de la naturaleza virgen, las selvas del Amazonas, ha sido ya explorado. La muralla que aislaba al último país inviolado, el Tibet, ha sido ya rota.

Las palabras "tierra incógnita" de los viejos mapas y esferas terrestres han sido borradas por los eruditos. El hombre del siglo XX conoce perfectamente el planeta sobre el que vive. La inquietud humana ha comenzado ya a buscar nuevos caminos, desciende a los océanos para arrancar los secretos de las faunas abismales y se eleva en la atmósfera infinita.

Los derroteros inexplorados están en el cielo y en él se elevan incansables las golondrinas de acero que llamamos aeroplanos, disputándose los campeonatos de altura y de distancia. La Tierra, sin secretos, ha dejado de ser un alimento para la humana curiosidad.

Sin embargo, su pudor defendió de la mirada de la humanidad el último enigma hasta principios de nuestro siglo. Dos puntos insignificantes de su cuerpo atormentado estaban vedados todavía a la avidez de las humanas criaturas Vírgenes e intactos conservó la Tierra esos dos puntos inaccesibles que se llaman polos, esos puntos extremos de la columna vertebral de su cuerpo, en torno de los cuales viene girando desde hace miles y miles de años. Ha alzado barreras de hielo delante de su último secreto y ha puesto como

guardián al eterno invierno. El cielo y la tempestad montan fielmente la guardia a la puerta de aquellas desoladas regiones, y la muerte amenaza constantemente al atrevido que quiera acercarse. El mismo Sol envía unos rayos tímidos y oblicuos a las cerradas esferas que los ojos de los hombres no vislumbraron nunca.

Las expediciones se siguen por espacio de varios decenios, pero ninguna consigue su objetivo. En algún lugar desconocido, encerrado en su cristalina tumba de hielo, reposa, desde hace 33 años, el cuerpo del más atrevido entre los atrevidos, el cuerpo de Andrée, que se propuso llegar hasta el polo en globo y no ha regresado jamás. Todos los asaltos se estrellaron contra las relucientes olas de hielo. Durante miles de años, hasta nuestros días, la Tierra ha conservado allí su propia fisonomía, resistiéndose victoriosamente a la pasión de sus criaturas.

Virgen y pura defiende su castidad contra las indiscreciones del mundo.

Pero el joven siglo XX tendió sus manos con impaciencia. Se han forjado nuevas armas en los laboratorios, se han encontrado nuevos escudos contra los peligros. La resistencia no es más que un acicate para el deseo. Quiere saber toda la verdad y está firmemente decidido a conquistarla. Quiere conocer aquello que los anteriores siglos no pudieron saber. Al valor individual se asocia la competencia de las naciones. Ya no se lucha únicamente por el polo, se lucha por la bandera, por esa bandera que será la primera en ondear sobre la tierra virgen.

Una cruzada de pueblos y de razas para conquistar los lugares santificados por el deseo. Los ataques se renuevan desde todos los continentes. La humanidad espera con impaciencia, pues sabe que se trata del último secreto del planeta.

De América parten Peary y Cook hacia el polo Norte, y dos barcos zarpan con rumbo al Antártico, uno mandado por el noruego Amundsen y el otro por un inglés, el capitan Scott.

SCOTT

Scott es uno de tantos capitanes de la marina inglesa. Su vida es de las más vulgares. Sirvió a satisfacción de sus jefes; luego se enroló en la expedición de Shackleton. Ningún gesto revela en él al héroe. Su rostro, tal como se ve en la fotografía, es el de millares de ingleses, de decenas de millares; un rostro frío, enérgico, flemático, como envarado por una energía puramente exterior. Los ojos son de un gris de acero, los labios apretados. No tiene ninguna línea romántica; no hay ninguna alegría en ese semblante que es todo voluntad y sentido práctico. Su escritura es una escritura inglesa corriente, sin curvas ni rasgos, recia y segura. Tiene un estilo claro y correcto, concentrado en realidades, desprovisto de fantasía como un informe.

Scott escribe el inglés como Tácito el latín, un inglés escueto sin adornos ni filigranas. Se adivina en él al hombre que no tiene nada de soñador, al fanático de la objetividad. Es un inglés auténtico, en el cual incluso el genio se comprime en la forma cristalizada del cumplimiento del deber.

Ese Scott ha aparecido cien veces a través de la historia de Inglaterra; es él quien conquistó la India, las innumerables islas; él fué quien colonizó el África y libró batallas contra el mundo. Y siempre lo hizo con la misma energía inmutable, con la misma conciencia colectiva, con el mismo rostro frío e impenetrable.

Esa voluntad es dura como el hierro, se la adivina ya antes de que realice la hazaña. Scott quiere terminar aquello que comenzara Shackleton. Intenta equipar una expedición, pero sus medios son insuficientes. No se desanima, sin embargo, emplea su propio dinero y contrae deudas porque está seguro del éxito que le espera.

Su joven esposa le da un hijo, pero él no vacila; como un nuevo Héctor abandona a Andrómaca. Ninguna consideración humana podrá hacer flaquear su voluntad. Reúne a algunos compañeros, bautiza con el nombre de "Terra Nova" al buque que le ha de transportar al mar Glacial, buque extraño, mitad arca de Noé llena de animales, mitad labora-

torio moderno con instrumentos y libros, pues debe llevarse todo lo necesario para atender a las necesidades físicas y espirituales en aquel mundo desierto. Allí se reúnen en confusión los medios de defensa del hombre primitivo, pieles, animales, con los instrumentos más modernos y refinados.

Fantástica como el barco es la expedición, que ofrece un doble aspecto: el de la aventura y el de una precisión fríamente calculada como un negocio. Es la audacia con todas las previsiones de la prudencia. Es la inmensa confianza en sí mismo contra la inmensidad todavía más fuerte del Destino.

El día primero de junio de 1910 zarpa de Inglaterra.

La campiña inglesa se halla en todo su esplendor, los prados se extienden verdes y jugosos, y el Sol reluce sobre un mundo diáfano y límpido.

Impresiona ver cómo se alejan de aquella costa. Todos saben que se despiden del calor y del Sol para años enteros. Algunos de ellos, tal vez, para siempre. Pero en el mástil del buque ondea el pabellón inglés y los tripulantes sienten consuelo al pensar que llevan con ellos, hasta el último ámbito de la Tierra no conquistado todavía, aquel emblema mundial.

UNIVERSITAS ANTARCTICA

En enero, después de un breve descanso en Nueva Zelanda, desembarcan en las proximidades del Cabo Evans, en la región de los hielos eternos, y se construyen una casa para invernar.

Diciembre y enero son en aquellos parajes los meses de verano; en ellos el Sol luce un par de horas al día en lo alto de un blanco cielo metálico.

Las paredes de la casa son de madera, lo mismo que en las anteriores expediciones, pero en el interior pueden observarse los progresos de la técnica. Los antecesores se veían obligados a permanecer en la penumbra, a la luz de las lámparas de aceite, de llama vacilante, mortecina y apestosa; hastiados de sus propios semblantes, hartos de la

monotonía de los días sin sol. Estos hombres del siglo XX disponen del mundo entero entre sus cuatro paredes, disponen de toda la ciencia condensada. Una instalación de acetileno proporciona luz blanca y cálida, el cinematógrafo les ofrece las visiones de las tierras lejanas, escenas tropicales, parajes templados; una pianola les ragala su música, un fonógrafo les reproduce la voz humana, una biblioteca les ofrece los conocimientos de la época. En una de las habitaciones teclea la máquina de escribir, otra sirve de cámara obscura y en ella son revelados los clisés cinematográficos, las fotografías en colores.

El geólogo estudia la radioactividad de la piedra, el zoólogo descubre nuevos parásitos en los pingüinos que ha cazado. Las observaciones meteorológicas alternan con los experimentos físicos. Cada cual tiene asignada su labor en aquellos meses de obscuridad, y un sistema inteligente convierte las observaciones aisladas en una enseñanza colectiva. Los veinte hombres tienen, todas las noches, conferencias y cursos universitarios entre las masas de hielo, sumidos en el frío polar. Cada uno se esfuerza en comunicar su ciencia a los demás y, mediante las discusiones y controversias, va formándose en ellos un criterio del mundo y de la vida.

La especialización prescinde aquí de su altivez y se esfuerza en ser comprendida por la colectividad. En el seno de un mundo elemental y primitivo, aislados, fuera de la marcha del tiempo, veinte hombres cambian entre ellos los últimos resultados del siglo XX, espiando no sólo la hora, sino el segundo, en el reloj universal.

Es conmovedor leer cómo esos hombres graves celebran ingenuamente la fiesta del árbol de Navidad, cómo disfrutan con sus bromas inocentes del "South Polar Times", el periódico humorístico editado por ellos; cómo lo pequeño — la aparición de una ballena, un animal que se despeña — se convierte en un acontecimiento, mientras que lo grandioso — la aurora boreal, el frío terrible, la inmensa soledad — se convierte en lo habitual y lo ordinario.

Durante este tiempo se aventuran en pequeños reconocimientos. Prueban sus trineos automóvibles, aprenden a

esquiar, amaestran los perros, construyen un depósito para el largo viaje. Y, entre tanto, las hojas del calendario van cayendo lentamente una tras otra, hasta el verano — diciembre — en que el barco, salvando los hielos, les traerá noticias de su patria.

Pequeños grupos atrevidos emprenden cortas excursiones, desafiando los espantosos rigores del invierno. Se va adquiriendo experiencia.

No todo pasa siempre satisfactoriamente, pero los obstáculos engendran nuevo calor. Al regreso de las expediciones, helados y rendidos, encuentran caras alegres y un fuego brillante que les reanima, y aquella casita situada a los 77 grados de latitud S. les parece, después de las privaciones, el refugio más delicioso del mundo.

Un día, una expedición que había salido en dirección Oeste regresó con una noticia que produjo en la casa una gran inquietud: durante las exploraciones había sido descubierto el campamento de invierno de Amundsen.

Scott se enteraba, de pronto, de que, además del hielo y de los peligros, había alguien que le disputaba la gloria de ser el primero en arrebatar el secreto a la región que obstinadamente guardaba su misterio. Estaba allí el noruego Amundsen.

Scott consulta el mapa y comprueba que el cuartel de invierno de Amundsen se halla situado ciento diez kilómetros más cerca del polo que el suyo. Scott siente inquietud, pero no se descorazona. Escribe con orgullo en su Diario:

"¡Adelante, por el honor de mi patria!"

Una sola vez figura el nombre de Amundsen en los apuntes de Scott; pero se comprende claramente que, a partir de aquel día, una sombra de inquietud flota sobre aquella solitaria casa rodeada de hielos.

No pasará una sola hora sin que aquel nombre turbe su sueño y su vida.

LA PARTIDA HACIA EL POLO

A una milla de la cabaña, en la cumbre de una colina, hay un puesto de guardia permanente. En aquella altura solitaria se ha instalado un aparato que parece un cañón

dirigido contra un enemigo invisible. Es un instrumento destinado a medir las calorías del Sol que se va aproximando. Días tras día se consultan con impaciencia los resultados.

En el cielo de la mañana aparecen ya las primeras maravillas fulgurantes del Sol, pero el disco de fuego no se decide aún a remontarse sobre el horizonte. El cielo se llena ya, sin embargo, de la mágica luz que satura de alegría a aquellos hombres impacientes.

Un día, suena el teléfono anunciando que el Sol se ha elevado. Por primera vez, después de meses y meses, ha levantado el Sol su disco en la noche invernal, por espacio de una hora. Su brillo es débil, su palidez extrema, su luz apenas anima el aire helado; sus ondas vacilantes dejan una huella casi imperceptible en el registro del aparato. Pero su aparición ha hecho latir todos los corazones.

Se realizan febrilmente los últimos preparativos. Es necesario aprovechar, sin perder un segundo, aquel breve espacio de luz en el que se condensan a la vez la primavera, el verano y el otoño y que, en nuestro concepto ordinario de la vida, equivale a un riguroso invierno.

A la cabeza de la expedición zumban los trineos automóviles. Siguen los trineos arrastrados por yeguas siberianas y perros.

La ruta ha sido cuidadosamente dividida en etapas y cada dos jornadas se establece un depósito que tendrá por objeto suministrar, al regreso, vestidos, provisiones y, principalmente, petróleo, calor concentrado en medio de los hielos eternos. La caravana marcha completa, pero regresará en grupos reducidos, formando el último grupo el de los elegidos, el de los conquistadores del polo, que tendrá que llevar el máximo de carga y dispondrá de los animales de tiro más resistentes y de los mejores trineos.

El plan ha sido trazado de mano maestra. La posibilidad del fracaso ha sido prevista con todo detalle.

Las dificultades no tardan en presentarse. A los dos días de viaje dejan de funcionar los trineos a motor y tienen que ser abandonados como un lastre inútil. Las yeguas no dan el rendimiento que se podía esperar. Pero, a pesar de esto, el instrumento orgánico triunfa sobre el técnico, pues los animales que no pueden resistir son rematados y cons-

tituyen para los perros un excelente alimento, manantial de energía y de calor.

El primero de noviembre emprenden la marcha por grupos separados. Puede contemplarse en las fotografías la admirable caravana compuesta al principio por treinta hombres, después por veinte, luego por diez y finalmente por cinco, marchando a través del blanco desierto en un mundo virgen e inanimado.

A la cabeza marcha siempre un hombre envuelto en pieles, un ser de aspecto salvaje, que lleva solamente descubiertos los ojos y la barba. La enguantada mano sujeta el ronzal de una yegua que arrastra un cargado trineo. Detrás sigue otro, con la misma indumentaria, en idéntica postura, y luego otro y otro, hasta veinte puntos negros en línea oscilante, destacándose en la inmensidad de la deslumbrante llanura.

Por la noche se agazapan en las tiendas, al abrigo de las paredes de nieve construídas contra la dirección del viento con objeto de resguardar a las yeguas, y a la mañana siguiente se reanuda la marcha, marcha monótona a través del aire glacial, del aire virgen que, después de miles y miles de años, es respirado por primera vez por los pulmones del hombre.

Las preocupaciones van en aumento. El tiempo no es favorable. En vez de los cuarenta kilómetros calculados, con frecuencia no pueden correr más que treinta, a pesar de que cada día es un tesoro, pues saben que en aquella soledad hay otro ser invisible, que marcha por distinto camino, pero que se dirige a la misma meta.

El incidente más nimio constituye un gran peligro. Un perro que se escapa. una yegua que se desvía, son motivos de angustia en aquellos parajes desolados donde los valores se truecan del modo más espantoso. Allí todo ser vivo tiene un valor que no se puede medir, pues no puede ser sustituído. De los cascos de una yegua depende quizá la inmortalidad. Una tempestad puede hacer fracasar una hazaña que será eternamente gloriosa.

El estado físico de los expedicionarios comienza a resentirse. Algunos sufren deslumbramientos causados por la nieve, a otros se les hielan los miembros. Las yeguas van

perdiendo fuerzas rápidamente y al llegar a las proximidades del glaciar de Beardmore se desploman todas a la vez. Es preciso cumplir con el deber de dar muerte a los valientes animales que en aquellas soledades han sido, por espacio de dos años, verdaderos amigos. Todas eran conocidas por sus nombres y tratadas cariñosamente.

A aquel campamento trágico le dieron el nombre de "El Matadero".

Una parte de la expedición se separa en aquel lugar sangriento y retrocede hasta la base, mientras que la otra se apresta a realizar el último esfuerzo, a emprender el terrible camino a través del glaciar, peligroso muro de hielo que rodea al polo y que sólo el ardor apasionado de la voluntad de un hombre puede romper.

Y cada día las distancias que se recorren son más cortas. La nieve es allí hiriente como el granito. El duro cristal de hielo corta las maderas de los trineos, las arenas heladas hieren los pies.

Pero ellos no desmayan. El 30 de diciembre llegan al grado 87 de latitud S., al punto máximo a que llegó Shackleton.

Allí retrocede el último grupo. Tan sólo cuatro elegidos deben acompañar a Scott al polo. El jefe elige a su gente. Los que no son admitidos no se atreven a protestar, pero sienten la pesadumbre de tener que regresar cuando se hallan ya tan próximos al objetivo y abandonar a los camaradas la gloria de ser los primeros que hayan visto el polo.

La suerte ha sido ya echada. El último apretón de manos, un esfuerzo varonil para ocultar la emoción que les embarga y los dos grupos se separan.

Son dos diminutos miserables convoyes: el uno se dirige hacia el Sur, hacia lo desconocido; el otro hacia el Norte, regresa a la patria. Ambos se vuelven sin cesar en una mirada de despedida a los amigos entrañables. Pronto se desvanecen las últimas siluetas.

Los cinco héroes marchan ya solos hacia lo desconocido: son Scott, Bowers, Oates, Wilson y Evans.

EL POLO SUR

Las notas de esos últimos días revelan una gran inquietud. Oscilan como la aguja de la brújula, temblorosas, al aproximarse al polo.

"Nuestras sombras emplean un tiempo interminable para pasar de nuestra derecha a nuestro frente y luego seguir situándose hasta situarse a izquierda".

Pero la esperanza relampaguea ante ellos. Scott anota con vehemencia las distancias recorridas:

"Sólo faltan 150 kilómetros para llegar al polo. Si la cosa sigue así, no lo resistiremos".

Dos días más tarde escribe:

"Faltan aún 137 kilómetros hasta el polo. Serán verdaderamente difíciles.

Luego, de pronto, un grito de victoria:

"¡Sólo faltan 94 kilómetros! Si no lo alcanzamos, habremos llegado de todos modos muy cerca".

El día 14 de enero la esperanza se convierte en certeza.

"No faltan más que 70 kilómetros. ¡La meta está ante nosotros!"

Al día siguiente las notas respiran alegría franca.

"¡Sólo unos miserables 50 kilómetros! ¡Hay que llegar, cueste lo que cueste!"

En estas líneas aladas uno comprende hasta qué punto, en lo más recóndito del corazón, la esperanza mantiene el anhelo de aquellos hombres. Se siente cómo sus nervios se estremecen de deseo y de impaciencia. El botín está próximo. Los brazos se tienden para apoderarse del último secreto de nuestro Globo.

El postrer esfuerzo y el objetivo habrá sido alcanzado.

EL 16 DE ENERO

Scott consigna en su Diario: "La mejor disposición de ánimo".

Aquella mañana partieron más temprano de lo acostumbrado. La impaciencia les sacó de los sacos - camas. Sienten avidez de contemplar, cuanto antes, el secreto, aquel secreto de inmensa belleza.

Recorren 14 kilómetros sin desmayar, hasta el mediodía, avanzando a paso largo a través del blanco desierto sin vida. La meta será alcanzada, no cabe duda. La hazaña decisiva para la humanidad está ya casi realizada.

De pronto, uno de los expedicionarios, Bowers, da muestras de inquietud. Su mirada se clava ardiente en un diminuto punto obscuro que se vislumbra en la inmensidad de aquel campo de nieve. No se atreve a exteriorizar su sospecha, pero ya en el corazón de todos se agita la misma idea terrible: la idea de que otra mano humana haya podido plantar allí su señal.

Procura tranquilizarse con especiosas reflexiones — del mismo modo como Robinson se empeña, en vano, en persuardirse de que la huella que ha descubierto en la isla es la de su propio pie —. Se dicen que será tal vez una grieta del hielo, tal vez un reflejo. Tratan de engañarse mutuamente, pero todos conocen ya la verdad sin duda posible.

El noruego Amundsen ha llegado antes al polo.

Pronto se desvanece la última incertidumbre ante el hecho positivo de una bandera negra atada al árbol de un trineo clavado en el suelo ante los restos de un campamento abandonado. Varas de trineo y huellas de perros. Amundsen ha acampado allí.

Lo que la humanidad ha considerado grandioso, incomprensible, se ha realizado ya. El polo de la Tierra inviolado por espacio de miles y miles de siglos, nunca contemplado por el ojo humano, acaba de ser descubierto por dos veces en el espacio de un pequeño instante de tiempo, con una diferencia de quince días.

Y ellos son los segundos — retrasados un triste mes entre millones de meses — los segundos de toda una humanidad para la cual el primero lo es todo y el segundo nada.

Han sido inútiles todos los esfuerzos, inútiles todas las privaciones y locas las esperanzas alimentadas durante semanas, meses y años.

"Todas las penalidades, todos los sacrificios, todos los sufrimientos, ¿de qué han servido?" — escribe Scott en su Diario —. "No han sido más que sueños que acaban de desvanecerse".

Scott llora; a pesar de su inmensa fatiga, no consigue conciliar el sueño en toda la noche.

Desalentados, perdida toda esperanza, emprenden, como condenados, la última etapa que ha de llevarles al polo que ansían conquistar. No intentan consolarse mutuamente y marchan en silencio.

El 18 de enero llegan al polo Antártico el capitán Scott y sus compañeros, y como la hazaña de haber sido los primeros ya no ciega sus ojos, sus tristes miradas contemplan la desolación del paisaje.

"Nada se ve aquí, nada que se distinga de la espantosa monotonía de estos últimos días". Esta es toda la descripción que da del polo sir Roberto F. Scott.

La única particularidad que allí descubren no es obra de la Naturaleza, sino de una mano enemiga: la tienda de Amundsen, con la bandera noruega que flota insolente y victoriosa sobre la vencida fortaleza que había retado a la humanidad.

Una carta del conquistador aguarda allí al incógnito segundo que alcanzará después de él aquel lugar. La carta ruega que sea transmitida la nota al rey Haakón de Noruega.

Scott se hace cargo del penoso deber y se dispone a cumplirlo fielmente. El deber de ser testigo ante el mundo de una hazaña a la cual él también había aspirado con todo el ardor de su alma.

Izan tristemente la bandera inglesa, la "Union Jack", al lado del emblema victorioso de Amundsen.

Luego abandonan "el paraje infiel a su ambición", seguidos por un viento glacial.

Una angustia profética dicta a Scott estas palabras que consigna en su Diario:

"Temo por el regreso".

LA CATÁSTROFE

En el regreso los peligros se multiplican. En su marcha hacia el polo les guiaba la brújula. Ahora, durante la vuelta, deben tener en cuenta otra circunstancia, la de no perder sus propias huellas, no perderlas ni una sola vez en

varias semanas para no desviarse de los depósitos donde se hallan las provisiones, los vestidos, el calor condensado en forma de unos cuantos galones de petróleo.

A cada paso les asalta por eso una profunda inquietud, pues sus ojos se cierran por las ráfagas de nieve. Saben que todo error conduce a una muerte cierta. Les falta el vigor acumulado que les sirvió de reserva en su marcha hacia adelante. Disponían entonces de las calorías proporcionadas por una alimentación abundante. El resorte de acero que mantenía su pecho en tensión se ha aflojado. En sus avances había una esperanza ultraterrena, personificaban todo el afán y toda la curiosidad de una humanidad entera. Esta esperanza daba a sus energías heroicas proporciones. La conciencia de una proeza inmortal les llenaba de sobrehumanas fuerzas.

Ahora ya no luchaban más que para defender su existencia, en un regreso sin gloria que, en el fondo de su alma, tal vez temían más que deseaban.

La lectura de las notas escritas aquellos días produce una terrible impresión. El viento sopla contrario, el invierno ha llegado antes de lo esperado; la nieve blanda se endurece, destroza las botas, aprisiona los pies y la marcha se hace muy difícil. El frío enerva los agotados cuerpos. Hay una exclamación de alegría cada vez que, después de un penoso camino, consiguen llegar hasta un depósito. Entonces las palabras palpitan con una tenue llama de esperanza.

Nada revela de un modo tan grandioso el heroísmo espiritual de aquellos hombres sumidos en la terrible soledad, como el hecho de Wilson, el naturalista, continuando al borde de la muerte sus investigaciones científicas y arrastrando su propio trineo cargado con todo lo necesario y aumentado con 16 kilos de piedras raras encontradas por el camino.

Lentamente, sin embargo, aquel valor humano sucumbe en la lucha contra el poder supremo de la Naturaleza despiadada en aquellos parajes, que hiere con la fuerza acumulada durante miles de años a aquellos cinco valientes y precipita contra ellos todos sus formidables recursos aniquiladores: el viento, el frío, el hielo y la nieve.

Desde hace días tienen los pies llenos de llagas y los cuerpos mal alimentados por una única comida diaria caliente; se van debilitando, comienzan a ceder.

Los compañeros observan con terror que Evans, el más fuerte de todos, comienza a comportarse extrañamente. Se queda rezagado, se queja de dolores reales y de dolores imaginarios, tiembla, sostiene monólogos extravagantes. A causa de las penalidades espantosas ha enloquecido. ¿Qué hacer de él? ¿Abandonarle en pleno desierto de hielo? Es necesario, absolutamente necesario, llegar sin tardanza al depósito más próximo, de lo contrario... Scott vacila en escribir la palabra.

A la una de la madrugada del 17 de febrero muere el desdichado oficial, a una jornada escasa del campamento de "El Matadero", donde por vez primera hallarán comida más nutritiva, suministrada por la carne de las yeguas que unos meses antes se vieron precisados a sacrificar allí.

Los cuatro emprenden de nuevo la marcha, pero ¡oh fatalidad! el depósito hallado les proporciona una nueva y amarga desilusión. Contiene muy poco petróleo, lo que significa que deben economizar lo más necesario, el calor, el arma eficaz y única contra el hielo.

Se sumen en el frío polar, en la noche tempestuosa, y, al despertar, apenas tienen fuerzas para ponerse las botas. Pero reanudan la marcha.

Uno de ellos, Oates, tiene que arrastrarse, sus pies están helados.

El viento es cada vez más fuerte y, al llegar al siguiente depósito, el día 2 de marzo, la desilusión se repite: el combustible es también insuficiente.

A partir de este momento la angustia hace vibrar todas las palabras. Se comprende el esfuerzo de Scott para dominar su horror. Pero a cada momento se adivina el agudo grito de la desesperación detrás de las palabras contenidas: "Esto no puede continuar" o bien "¡Dios mío, no nos abandones; nuestras fuerzas no están al nivel de estas dificultades!" "Nuestro drama va convirtiéndose en tragedia" y, finalmente, la pavorosa sentencia:

"¡Que Dios nos proteja! Nada podemos esperar de los hombres".

Pero siguen su camino, arrastrándose sin esperanza, con los dientes apretados. Oates avanza cada vez con más dificultad, es más una carga que una ayuda para sus compañeros. Con una temperatura de 42 grados bajo cero al mediodía se ven obligados a retardar la marcha, y el infeliz comprende y sabe que constituye ya un estorbo para sus camaradas.

Todos están preparados para el fin. Piden a Wilson, el naturalista, las diez tabletas de morfina de que se han provisto para acelerar su muerte en caso desgraciado.

Pero realizan otra jornada, cargados con el enfermo. Luego éste pide a sus camaradas que le metan en el saco-cama y le abandonen a su suerte, pero ellos rechazan con energía esta proposición a pesar de saber con toda certeza que aquello significaría un gran alivio.

El enfermo puede andar todavía unos pocos kilómetros, sosteniéndose sobre sus helados pies, y de este modo llegan hasta el refugio próximo.

Allí duermen. Al despertar y salir al exterior, el huracán arrecia. Oates se ha incorporado en su lecho y dice que quiere salir un momento afuera: "Estaré allí fuera un rato", dice a sus compañeros.

Los demás tiemblan. Saben lo que significa aquella salida. Pero nadie se atreve a oponerse, nadie se atreve a estrechar su mano en la última despedida. Todos saben que el capitán de caballería Lawrence J. E. Oates, del escuadrón de dragones de Inniskilling, va heroicamente al encuentro de la muerte.

A través del páramo infinito de férreo hielo se arrastran tres hombres extenuados. Han perdido la esperanza, les guía tan sólo el instinto de conservación.

El tiempo es cada vez más despiadado. Cada depósito es para ellos una nueva decepción; siempre la escasez de petróleo, la falta de calor.

El 21 de marzo se encuentran a veinte kilómetros de un depósito, pero el viento sopla con tal furia que les es imposible abandonar la tienda. Cada noche esperan la mañana que les permita alcanzar la meta, y entre tanto van consumiéndose las provisiones y con ellas las últimas esperanzas. El combustible se ha agotado y el termómetro mar-

ca 40 grados bajo cero. Se hallan ante el dilema de elegir entre la muerte por hambre o la muerte por frío.

Por espacio de tres días los tres hombres, cobijados en la tienda, luchan contra lo inevitable en el seno de un mundo virgen.

El día 29 de marzo saben que ni un milagro puede salvarles.

Entonces deciden no avanzar más contra la fatalidad, no dar un paso más y aceptar la muerte dignamente, con la entereza con que han soportado todas las demás penalidades. Se meten en sus sacos de dormir y, de sus últimos sufrimientos, ni un solo suspiro ha trascendido al mundo.

LAS CARTAS DEL MORIBUNDO

Mientras el huracán azota las frágiles paredes de la tienda, en aquellos momentos en que se halla solo, frente a frente con la muerte invisible y próxima, el capitán Scott se acuerda de todos aquellos con los que está unido con diferentes lazos.

En aquel silencio de hielo se despiertan sus sentimientos de fraternidad para con la nación propia, para con la humanidad entera. La íntima Fata Morgana de su espíritu va evocando en el blanco desierto las imágenes de los que un día estuvieron unidos a él por los lazos del amor, de la fidelidad, de la amistad. A todos los dirige la palabra. Con los dedos entumecidos, a la hora de la muerte, el capitán Scott escribe cartas a todos los seres vivos que ama.

Han sido escritas a los de su época, pero sus palabras pasarán a la eternidad.

Escribe a su mujer. Le pide que cuide de su tesoro supremo, del hijo. Le pide que le defienda y le proteja. Al final de una de las más nobles empresas de la historia del mundo, hace una confesión: "Como sabes, me costaba mucho desplegar mi actividad, he sido siempre inclinado a la pereza". A un instante de la muerte se felicita de su resolución en vez de lamentarla:

"¡Cuántas cosas podría contarte de este viaje! A pesar de todo ha sido mucho mejor que lo realizase y no que me hubiese quedado en casa rodeado de comodidades".

Movido por la amistad más fiel, escribe a las esposas y a las madres de los camaradas que mueren con él, para dar testimonio de su heroicidad. Un moribundo consuela a las familias ajenas, movido por un sentimiento fuerte, sobrehumano, por la grandiosidad del momento y lo memorable de la catástrofe.

Escribe también a sus amigos. Modesto en lo que se refiere a él, se manifiesta orgulloso respecto a su patria, de la que se siente hijo, hijo dignísimo.

"No sé si habré sido un gran descubridor, pero nuestro fin será testimonio del espíritu valiente, de la resistencia al sufrimiento, que no se han extinguido en nuestra raza".

Y la muerte le arranca la confesión de amistad que en todo el curso de su vida le impidió exteriorizar la rigidez humana y la timidez espiritual:

"Nunca, durante todo el curso de mi vida, encontré a un hombre que me inspirase mayor afecto y admiración que usted, aunque nunca tuve ocasión para demostrarle lo que para mí su amistad significaba, pues usted tenía mucho que dar y yo no podía corresponderle".

Luego escribe una última carta, la más bella de todas, dirigida a la nación inglesa. Se siente obligado a manifestar que, en aquella pugna por la gloria de Inglaterra, sucumbe libre de toda culpa. Enumera los obstáculos conjurados contra él y, con una voz que el eco de la muerte hace patética, se dirige a todos los ingleses y les suplica que no abandonen a sus huérfanos. Sus pensamientos se elevan por encima de su propia suerte; su última palabra no se refiere a él, sino a la vida de los demás:

"¡Por el amor de Dios, no desamparéis a los que quedan!"

Después las páginas han quedado en blanco...

Hasta el instante supremo, hasta que el lápiz se escapó de sus dedos helados, el capitán Scott siguió redactando su Diario de ruta.

La esperanza de que al lado de su cadáver serían encontradas aquellas páginas, testigos de su valor y del de la raza inglesa, fué el estimulante que le sostuvo y le permitió realizar el sobrehumano esfuerzo.

La última línea trazada con letra temblorosa a causa de la resistencia de los dedos helados, expresa el último deseo:

"Remitid el Diario a mi esposa". Luego su mano, impelida por una cruel certeza, tacha la palabra "esposa" y escribe: "a mi viuda".

LA RESPUESTA

Los compañeros esperaron durante varias semanas. Al principio llenos de esperanzas, luego inquietos; después se sintieron presa de una angustia febril.

Por dos veces fueron enviadas expediciones de socorro, pero el mal tiempo las hizo retroceder.

Los expedicionarios permanecieron todo el invierno en la choza, sombríos, con los corazones oprimidos por el presentimiento de la catástrofe. Durante todos aquellos meses la hazaña y la suerte del capitán Scott permanecieron en el silencio, enterrados bajo la nieve. El hielo los encerró en un sarcófago de cristal y los guardó celosamente.

El 29 de octubre, al principio de la primavera austral, salió una expedición con el objeto de descubrir, a lo menos, los cadáveres de los héroes y sus mensajes.

El 18 de noviembre llegan a la tienda, encontrando en ella los cuerpos de los desventurados, metidos en los sacos-camas.

Scott está abrazado a Wilson, como protegiéndole aún en la muerte.

Recogen las cartas y los documentos. Antes de partir cavan una fosa para las trágicas víctimas. Una cruz negra, sencilla, en la cúspide de un montón de nieve, se destaca solitaria en aquel mundo blanco que guarda en su seno una de las más heroicas proezas de la humanidad.

¡Pero no! ¡De un modo inesperado y maravilloso sus hazañas resucitan! ¡Sorprendente milagro de la técnica moderna!

Los camaradas llevan a la patria las placas y las películas. Por medio de un baño químico revelan las imágenes que ellas guardan, y de nuevo aparecen Scott y sus compañeros

en su peregrinación por las tierran polares, que, aparte de ellos, sólo Amundsen pudo contemplar.

El hilo eléctrico difunde sus palabras y sus cartas por todos los ámbitos del admirado mundo, y en la Catedral de la patria dobla el Rey la rodilla rindiendo homenaje a los héroes.

Así vuelve a ser fecundo aquello que pareciera estéril. El sacrificio inútil es una llamada vibrante a la humanidad, una exhortación a dirigir hacia lo inaccesible todas las energías.

Del grandioso reflejo de una muerte heroica brota una vida magnífica; de la ruina completa nace la voluntad de remontarse a lo infinito.

Sólo la ambición se enciende en la llama del éxito, de la fortuna, del fácil logro.

Pero nada hay que eleve tanto los corazones como la muerte de un hombre en su lucha contra el poder invisible del Destino.

Esta es la tragedia suprema de todas las épocas cantada de vez en cuando por un poeta y plasmada mil veces por la vida.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

ÍNDICE

Pág.

Dos palabras XI
Para mis alumnos XIII

PRIMERA PARTE

ARMANDO PALACIO VALDÉS 3
Polifemo 4

ESOPO 11
Dos fábulas sobre la avaricia 12

JOSÉ MARTÍ 14
Un cuento de elefantes 15

FEDRO 17
El zapatero médico 17
El perro fiel 18

LEOPOLDO ALAS (Clarín) 19
¡Adiós, Cordera! 20

LA FONTAINE 30
La encina y la caña 31
Los dos mulos 33

JOSÉ MARTÍNEZ RUIZ (Azorín) 34
Don Illán el Mágico 35

FÉLIX MARÍA DE SAMANIEGO 40
El congreso de los ratones 41
El viejo y la muerte 41
Las dos ranas 42

BENITO PÉREZ GALDÓS 43
La mula y el buey 45

TOMÁS DE IRIARTE 58
La campana y el esquilón 59
Los dos loros y la cotorra 60
Los dos huéspedes 61

Pág.

ANTONIO DE TRUEBA 62
El más listo que Cardona 63
JUAN EUGENIO DE HARTZENBUSCH 71
El comprador y el hortera 72
A su tiempo cada cosa 74
El avaro y el jornalero 74
DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO 75
El rastreador 76
RAMÓN CAMPOAMOR 80
Los hijos y los padres 82
Los padres y los hijos 82
Los dos gorriones 83
MARIANO DE CAVIA 84
Las dos multas 85
TRILUSSA 89
El sapo y el cangrejo 89
El león agradecido 90
La fama 90
RAMÓN DEL VALLE INCLÁN 92
¡Malpocado! 93
CERVANTES 97
La española inglesa 99
RICARDO PALMA 139
El latín de una limeña 140
La pantorrilla del comandante 144
Los mosquitos de Santa Rosa 147
La camisa de Margarita 149
El rosal de Rosa 153
LEÓN TOLSTOI 156
El mujik y el espíritu de las aguas 157
El manantial 158
El ciervo 159
Los dos compañeros 160

SEGUNDA PARTE

Pág.

JOSÉ MARTÍ 161
Los dos príncipes 163
La rosa blanca 164

RUBÉN DARÍO 165
Canto a la Argentina (fragmentos) 166
Canto de esperanza 168

JOSÉ SANTOS CHOCANO 169
Caupolicán 170
La cruz del Sur 171

JUAN ZORRILLA DE SAN MARTÍN 172
TABARÉ: El rapto de la española 173
El atardecer 175

GABRIELA MISTRAL 176
Plegaria por el nido 177
La lluvia lenta 178

AMADO NERVO 180
La bala del día 181
Si una espina me hiere 182

ESTEBAN ECHEVERRÍA 183
A mi guitarra 185
LA CAUTIVA: El desierto 186

JOSÉ MÁRMOL 189
Al Plata 190
Una lágrima de amor 194

OLEGARIO V. ANDRADE 195
El nido de cóndores 196
La vuelta al hogar 203

ESTANISLAO DEL CAMPO 206
FAUSTO: El encuentro de Anastasio el Pollo y Don Laguna 207
Id.: ¿Sabe que es linda la mar? 213

RICARDO GUTIÉRREZ 214
La victoria 215
La hermana de la caridad 215

Pág.

RAFAEL OBLIGADO 219
El hogar paterno 220
SANTOS VEGA: El alma del payador 223

CARLOS GUIDO Y SPANO 225
Nenia 226
At home 227

CALIXTO OYUELA 229
En la pampa 230
Paisaje holandés 232

LEOPOLDO LUGONES 232
La caña 233
El chingolo 234

EVARISTO CARRIEGO 237
Reíd mucho, hermanitas 238
La silla que ahora nadie ocupa 239

ENRIQUE BANCHS 240
Viejo grabado 241
Elogio de la simiente 242

B. FERNÁNDEZ MORENO 243
Setenta balcones y ninguna flor 244
Doce de Octubre 245

CERVANTES
Rinconete y Cortadillo 246

LEANDRO FERNÁNDEZ DE MORATÍN 284
El médico a palos 286

MARIANO JOSÉ DE LARRA 319
El castellano viejo 320
Yo quiero ser cómico 331

SERAFÍN Y JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO 338
Rosa y Rosita 340
Secretico de confesión 349

ESTEBAN ZWEIG 358
Momentos estelares de la humanidad:
El minuto mundial de Waterloo 359
La lucha por el Polo Sur 374

BIBLIOTECA NACIONAL DE MAESTROS

ESTE LIBRO SE
TERMINÓ DE IMPRIMIR EL
DÍA 10 DE DICIEMBRE DE 1940
EN LOS TALLERES GRÁFICOS DE LA
"EDITORIAL ESTRADA"
466 - BOLÍVAR - 466
BUENOS AIRES